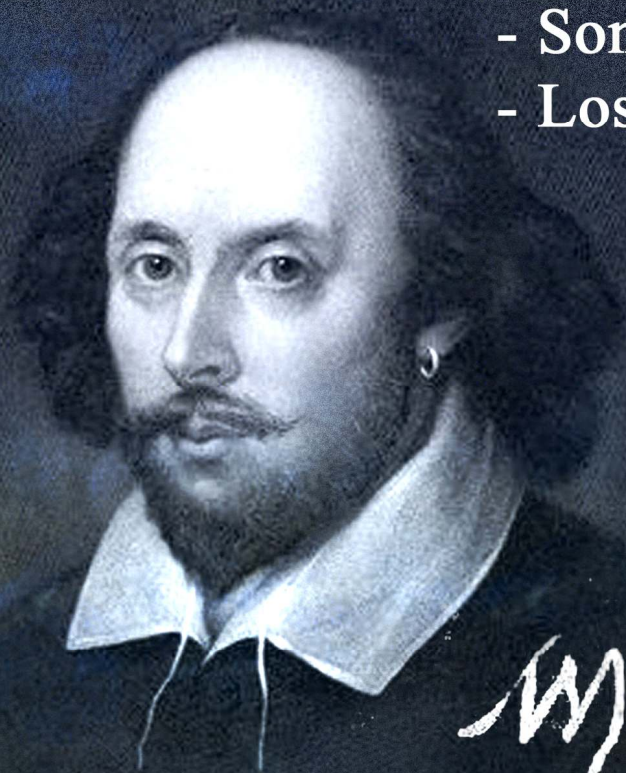


William Shakespeare

Volúmen **1**

OBRAS COMPLETAS

- Hamlet
- Romeo y Julieta
- Otelo
- Macbeth
- Sonetos de Amor
- Los Dos Hidalgos de Verona



William Shakespeare



**Liderazgo
y Mercadeo.com**
www.liderazgoymercadeo.com

INDICE

Hamlet	3
Romeo y Julieta	92
Otelo	165
Macbeth	251
Sonetos de Amor	307
Los Dos Hidalgos de Verona	327

HAMLET

WILLIAM SHAKESPEARE

DRAMATIS PERSONAE

EI ESPECTRO

HAMLET, Príncipe de Dinamarca

EI REY Claudio, hermano del difunto Rey Hamlet

La PEINA Gertrudis, viuda del difunto Rey Hamlet y esposa
del Rey Claudio

POLONIO, dignatario de la corte danesa

OFELIA, hija de Polonio

LAERTES, hijo de Polonio

REINALDO, criado de Polonio

HORACIO amigos de Hamlet

ROSENCRANTZ amigos de Hamlet

GUILDENSTERN amigos de Hamlet

VOLTEMAND cortesanos

CORNELIO cortesanos

OSRIC cortesanos

FRANCISCO soldados

BERNARDO soldados

MARCELO soldados

FORTINBRÁS, Príncipe de Noruega

Un CAPITÁN del ejército noruego

EI ENTERRADOR

SU COMPAÑERO

Un SACERDOTE

ACTORES

MARINEROS

SECUACES de Laertes

EMBAJADORES de Inglaterra

Cortesanos, mensajeros, criados, guardias, soldados, acompañamiento.

LA TRAGEDIA DE HAMLET, PRÍNCIPE DE DINAMARCA

(Entran Bernardo y Francisco, dos centinelas)

BERNARDO - ¿Quién va?

FRANCISCO - ¡Contestad vos! ¡Alto, daos a conocer!

BERNARDO - ¡Viva el rey!

FRANCISCO - ¿Bernardo?

BERNARDO - El mismo.

FRANCISCO - Llegas con gran puntualidad.

BERNARDO - Ya han dado las doce: acuéstate, Francisco.

FRANCISCO - Gracias por el relevo. Hace un frío ingrato, y estoy abatido.

BERNARDO - ¿Todo en calma?

FRANCISCO - No se ha oído un ratón.

BERNARDO - Muy bien, buenas noches. Si ves a Horacio y a Marcelo, mis compañeros de guardia, dales prisa.

(Entran Horacio y Marcelo)

FRANCISCO - Creo que los oigo. ¡Alto! ¿Quién va?

HORACIO - Amigos de esta tierra.

MARCELO - Y vasallos del rey danés.

FRANCISCO - Adiós, buenas noches.

MARCELO - Adiós, buen soldado. ¿Quién te releva?

FRANCISCO - Bernardo. Quedad con Dios. *(Sale)*

MARCELO - ¡Eh, Bernardo!

BERNARDO - ¡Eh! Oye, ¿está ahí Horacio?

HORACIO - Parte de él.

BERNARDO - Bienvenido, Horacio. Bienvenido, Marcelo.

MARCELO - ¿Se ha vuelto a aparecer eso esta noche?

BERNARDO - Yo no he visto nada.

MARCELO - Dice Horacio que es una fantasía, y se resiste a creer en la espantosa figura que hemos visto ya dos veces. Por eso le he rogado que vigile con nosotros el paso de la noche, para que, si vuelve ese aparecido, confirme que lo vimos y le hable.

HORACIO - ¡Bah! No vendrá.

BERNARDO - Siéntate un rato y deja que asedemos tus oídos, tan escudados contra nuestra historia, diciéndote lo que hemos visto estas dos noches

HORACIO -Muy bien, sentémonos y oigamos lo que cuenta Bernardo.

BERNARDO -Anoche mismo, cuando esa estrella que hay al oeste de la polar se movía iluminando la parte del cielo en que ahora brilla, Marcelo y yo, con el reloj dando la una...

(Entra el Espectro)

MARCELO -¡Chsss! No sigas: mira, ahí viene.

BERNARDO -La misma figura; igual que el rey muerto.

MARCELO -Tú tienes estudios: háblale, Horacio.

BERNARDO -¿No se parece al rey? Fíjate, Horacio.

HORACIO -Muchísimo. Me sobrecoge y angustia.

BERNARDO -Quiere que le hablen.

MARCELO - Pregúntale, Horacio.

HORACIO - ¿Quién eres, que usurpas esta hora de la noche y la forma intrépida y marcial del que en vida fue rey de Dinamarca? Por el cielo, te conjuro que hables.

MARCELO - Se ha ofendido.

BERNARDO - Mira, se aleja solemne.

HORACIO - Espera, habla, habla. Te conjuro que hables.

(Sale el Espectro)

MARCELO - Se fue sin contestar.

BERNARDO - Bueno, Horacio. Estás temblando y palideces. ¿No es esto algo más que una ilusión? ¿Qué opinas?

HORACIO - Por Dios, que no lo habría creído sin la prueba real y terminante de mis ojos.

MARCELO - ¿Verdad que se parece al rey?

HORACIO - Como tú a ti mismo. Tal era la armadura que llevaba cuando combatió al ambicioso rey noruego. Tal su ceño cuando, tras fiera discusión, a los polacos aplastó en sus trineos sobre el hielo. Es asombroso.

MARCELO - Con paso tan marcial ha cruzado ya dos veces nuestro puesto a esta hora cerrada de la noche.

HORACIO - No puedo interpretarlo exactamente, pero, en lo que se me alcanza, creo que esto presagia conmoción en nuestro estado.

MARCELO - Bueno, sentaos, y dígame quien lo sepa por qué se exige cada noche al ciudadano tan estricta y rigurosa vigilancia; por qué tanto fundir cañones día tras día y comprar armamento al extranjero; por qué se reclutan calafates, cuyo esfuerzo no distingue el domingo en la semana. ¿Qué ejército amenaza para que prisa y sudor hagan compañeros de trabajo al día y a la noche? ¿Quién puede informarme?

HORACIO - Yo puedo. Al menos, el rumor que corre es este: nuestro difunto rey, cuya imagen se nos ha aparecido ahora, sabéis que fue retado por Fortinbrás de Noruega, que se crecía en su afán de emulación. Nuestro valiente Hamlet, pues tal era su fama en el mundo conocido, mató a Fortinbrás, quien, según pacto sellado, con refrendo de las leyes de la caballería, con su vida entregó a su

vencedor todas las tierras de que era propietario: nuestro rey había puesto en juego una parte equivalente, que habría recaído en Fortinbrás, de haber triunfado éste; de igual modo que la suya, según lo previsto y pactado en el acuerdo, pasó a Hamlet. Pues bien, Fortinbrás el joven, rebosante de ímpetu y ardor, por los confines de Noruega ha reclutado una partida de aventureros sin tierras, carne de cañón para un empeño de coraje, que no es más, como han visto muy bien en el gobierno, que arrebatarnos por la fuerza y el peso de las armas esas tierras perdidas por su padre. Creo que esta es la causa principal de los aprestos, la razón de nuestra guardia, la fuente del tráfigo y actividad en nuestro reino. (*Vuelve a entrar el Espectro*) Pero, ¡alto, mirad! ¡Ahí vuelve! Le saldré al paso, aunque me fulmine. ¡Detente, ilusión! (*El Espectro abre los brazos*) Si hay en ti voz o sonido, háblame. Si hay que hacer alguna buena obra que te depare alivio y a mí, gracia, háblame. Si sabes de peligros que amenacen a tu patria y puedan evitarse, háblame. O, si escondes en el vientre de la tierra tesoros en vida mal ganados, lo cual, según se cree, os hace a los espíritus vagar en vuestra muerte, háblame. ¡Detente y habla! (*Canta el gallo*) ¡Detenlo tú, Marcelo!

MARCELO - ¿Le doy con mi alabarda?

HORACIO - Si no se para, dale.

BERNARDO - ¡Está aquí!

HORACIO - ¡Aquí!

(*Sale El Espectro*)

MARCELO - Se ha ido. Hicimos mal en usar la violencia con un ser de tanta majestad, pues es invulnerable como el aire y pretender agredirle es una burla.

BERNARDO - Iba a hablar cuando cantó el gallo.

HORACIO - Y se sobresaltó como un culpable citado por el juez. He oído decir que el gallo, clarín de la mañana, despierta con su voz altiva y penetrante al dios del día y que, alertados, en tierra o aire, mar o fuego, los espíritus errantes en seguida se recluyen: de que es verdad ha dado prueba este aparecido.

MARCELO - Se esfumó al cantar el gallo. Dicen que en los días anteriores al del nacimiento de nuestro Salvador el ave de la aurora canta toda la noche; entonces, dicen, no vagan los espíritus, las noches son puras, los astros no dañan, las hadas no embrujan, las brujas no hechizan: tan santo y tan bendito es este tiempo.

HORACIO - Eso he oído, y lo creo en parte. Mas mirad: con manto cobrizo, el alba camina sobre el rocío de esa cumbre del oriente. Dejemos la guardia y, si os parece, vamos a contar al joven Hamlet lo que hemos visto esta noche, pues, por mi vida, que el espectro, mudo con nosotros, le hablará. ¿Estáis de acuerdo en que debemos informarle, como exigen la amistad y nuestro deber?

MARCELO - Sí, vamos, que sé dónde podemos hallarle fácilmente esta mañana. (*Salen*)

(*Entran Claudio, Rey de Dinamarca, la Reina Gertrudis, Hamlet, Polonio, Laertes y su hermana Ofelia, señores y acompañamiento*)

REY - Aunque la muerte de mi amado hermano Hamlet sigue viva en el recuerdo, y procedía sumirse en el dolor y fundirse todo el reino en un solo semblante de tristeza, no obstante, tanto han combatido la cordura y el afecto, que ahora le lloro con buen juicio sin haber olvidado mi persona. Por eso, a quien fuera mi cuñada, hoy mi reina, viuda corregente de nuestra guerrera nación, con, por así decir, la dicha ensombrecida, con un ojo radiante y el otro desolado, con gozo en las exequias y duelo en nuestra boda, equilibrando el júbilo y el luto, la he tomado por esposa. Y no he desestimado vuestro buen criterio, que siempre prodigasteis en el curso de este asunto. Por todo ello, gracias. Ahora sabed que Fortinbrás el joven, juzgando mal nuestra valía o creyendo que, tras la muerte de mi amado hermano, la nación está descoyuntada y en desorden, y movido por sueños de ventaja, no ha dejado de asediarme con mensajes que reclaman la entrega de las tierras perdidas por su padre y en buena ley ganadas por mi valiente hermano. Esto, en cuanto a él. (*Entran Voltemand y Cornelio*) Respecto a mí y a la presente reunión, el caso es como sigue: he escrito esta carta al rey noruego, tío de Fortinbrás el joven, quien, sin fuerzas y postrado, apenas sabe la intención de su sobrino, pidiéndole que detenga su avance, ya que toda la tropa reclutada se compone de súbditos suyos. Y así os envío, queridos Cornelio y Voltemand, como portadores de mi saludo al viejo rey, sin daros más poder personal para negociar con el noruego que el fijado ampliamente en estas cláusulas. Adiós, y que vuestra rapidez sea prueba de lealtad.

VOLTEMAND - En esto como en todo veréis nuestra lealtad.

REY - No puedo dudarlo. Cordialmente, adiós. (*Salen Voltemand y Cornelio*) Bien, Laertes, ¿qué hay de nuevo? Me hablaste de una súplica. ¿Cuál es, Laertes? Al rey danés nada que sea de razón le pedirás en vano. ¿Qué solicitas, Laertes, que no pueda ser mi ofrecimiento, y no tu ruego? La cabeza no será tan afín al corazón, ni la mano diligente con la boca como el trono de Dinamarca con tu padre. ¿Qué deseas, Laertes?

LAERTES - Augusto señor, la merced de vuestra venia para regresar a Francia, pues, aunque vine a Dinamarca de buen grado a mostraros mi lealtad en vuestra coronación, ahora confieso que, cumplido mi deber, mis pensamientos y deseos miran a Francia y se inclinan en demanda de permiso.

REY - ¿Tienes la venia de tu padre? ¿Qué dice Polonio?

POLONIO - Sí, mi señor. Os suplico que le deis vuestra licencia.

REY - Disfruta de tus años, Laertes; tuyo sea el tiempo y emplea tus buenas prendas a tu gusto. Y ahora, sobrino Hamlet e hijo mío...

HAMLET - Más en familia y menos familiar.

REY - ¿Cómo es que estás siempre tan sombrío?

HAMLET - No, mi señor: es que me da mucho el sol.

REINA - Querido Hamlet, sal de tu penumbra y mira a Dinamarca con ojos de afecto. No quieras estar siempre, con párpado abatido, buscando en el polvo a tu noble padre. Sabes que es ley común: lo que vive, morirá, pasando por la vida hacia la eternidad.

HAMLET - Sí, señora, es ley común.

REINA - Si lo es, ¿por qué parece para ti tan singular?

HAMLET - ¿Parece, señora? No: es. En mí no hay «parecer». No es mi capa negra, buena madre, ni mi constante luto riguroso, ni suspiros de un aliento entrecortado, no, ni ríos que manan de los ojos, ni expresión decaída de la cara, con todos los modos, formas y muestras de dolor, lo que puede retratarme; todo eso es «parecer», pues son gestos que se pueden simular. Lo que yo llevo dentro no se expresa; lo demás es ropaje de la pena.

REY - Es bueno y digno de alabanza, Hamlet, que llores a tu padre tan fielmente, pero sabes que tu padre perdió un padre, y ese padre perdió al suyo; y que el deber filial obligaba al hijo por un tiempo a guardar luto. Pero aferrarse a un duelo pertinaz es conducta impía y obstinada, dolor poco viril, y muestra voluntad contraria al cielo, ánimo débil, alma impaciente, entendimiento ignorante e inmaduro. Pues, sabiendo que hay algo inevitable y tan común como la cosa más normal, ¿por qué hemos de tomarlo tan a pecho en necia oposición? ¡Vamos! Es una ofensa al cielo, ofensa al muerto, ofensa a la realidad y hostil a la razón, cuya plática perpetua es la muerte de los padres, y que siempre, desde el primer cadáver hasta el último, ha proclamado: «Así ha de ser» Te ruego que entierres

esa pena infructuosa y que veas en mí a un padre, pues sepa el mundo que tú eres el más próximo a mi trono, y que pienso prodigarte un género de afecto en nada inferior al que el más tierno padre profese a su hijo. Respecto a tu propósito de volver a la universidad de Wittenberg, no podría ser más contrario a mi deseo, y te suplico que accedas a quedarte, ante el gozo y alegría de mis ojos, cual cortesano principal, sobrino e hijo mío.

REINA - Que tu madre no te ruegue en vano, Hamlet: quédate con nosotros, no vayas a Wittenberg.

HAMLET - Haré cuanto pueda por obedeceros, señora.

REY - Una respuesta grata y cariñosa. Sé como yo mismo en Dinamarca - Venid, señora. El libre y gentil asentimiento de Hamlet sonrío a mi corazón; en gratitud el rey no brindará en este día sin que el cañón a las nubes lo proclame y mi brindis retumbe por el cielo, repitiendo el trueno de la tierra. Vamos.

(Salen todos menos Hamlet)

HAMLET - ¡Ojalá que esta carne tan firme, tan sólida, se fundiera y derritiera hecha rocío, o el Eterno no hubiera promulgado una ley contra el suicidio! ¡Ah, Dios, Dios, que enojosos, rancios, inútiles e inertes me parecen los hábitos del mundo! ¡Me repugna! Es un jardín sin cuidar, echado a perder: invadido hasta los bordes por hierbas infectas. ¡Haber llegado a esto! Muerto hace dos meses... No, ni dos; no tanto. Un rey tan admirable, un Hiperión al lado de este sátiro, tan tierno con mi madre que nunca permitía que los vientos del cielo le hiriesen la cara. ¡Cielo y tierra! ¿He de recordarlo? Y ella se le abrazaba como si el alimento le excitase el apetito; pero luego, al mes escaso... ¡Que no lo piense! Flaqueza, te llamas mujer. Al mes apenas, antes que gastase los zapatos con los que acompañó el cadáver de mi padre como Níobe, toda llanto, ella, ella ¡Dios mío, una bestia sin uso de razón le habría llorado más! se casa con mi tío, hermano de mi padre, y a él tan semejante como yo a Hércules; al mes escaso, antes que la sal de sus lágrimas bastardas dejara de irritarle los ojos, vuelve a casarse. ¡Ah, malvada prontitud, saltar con tal viveza al lecho incestuoso! Ni está bien, ni puede traer nada bueno. Pero estalla, corazón, porque yo debo callar.

(Entran Horacio, Bernardo Y Marcelo)

HORACIO - Salud a Vuestra Alteza.

HAMLET - Me alegro de veros... ¡Horacio, o no sé quién soy!

HORACIO - El mismo, señor, y vuestro humilde servidor.

HAMLET - Mi buen amigo, y yo servidor tuyo. ¿Qué te trae de Wittenberg, Horacio?-¡Marcelo!

MARCELO (*Saludando*) Mi señor...

HAMLET - Me alegro de verte. (*A Bernardo*) Buenas tardes. Pero, ¿qué te trae de Wittenberg, Horacio?

HORACIO - Mi afición a la vagancia, señor.

HAMLET - Que no me lo diga tu enemigo, ni tú ofendas mis oídos confiándoles una imagen tan adversa de ti mismo. Sé que no eres ningún vago. Dime, ¿qué estás haciendo en Elsenor? Te enseñaremos a beber a gusto antes de irte.

HORACIO - Señor, he venido al funeral de vuestro padre.

HAMLET - Compañero, no te burles, te lo ruego: di más bien a la boda de mi madre.

HORACIO - La verdad es que vinieron muy seguidos.

HAMLET - Ahorro, Horacio, ahorro: los pasteles funerarios han sido el plato frío de la boda. Antes encontrar en el cielo a mi peor enemigo que haber visto ese día, Horacio. Mi padre... Creo que veo a mi padre.

HORACIO - ¿Dónde, señor?

HAMLET - En mi pensamiento, Horacio.

HORACIO - Yo le vi una vez: era un rey admirable.

HAMLET - Era un hombre, perfecto en todo y por todo; ya nunca veré su igual.

HORACIO - Señor, creo que le vi anoche.

HAMLET - ¿Viste? ¿A quién?

HORACIO - Señor, a vuestro padre el rey.

HAMLET - ¡A mi padre el rey!

HORACIO - Templad por un instante vuestro asombro y escuchad con atención la maravilla que voy a relataros, con estos dos señores por testigos.

HAMLET - ¡Por Dios santo, cuéntame!

HORACIO - Dos noches seguidas, a estos dos señores, Marcelo y Bernardo, haciendo guardia en el vacío sepulcral de media noche, se les ha aparecido una figura igual que vuestro padre, armada de pies a cabeza, que ante ellos camina solemne, con paso lento y grave. Tres veces anduvo ante sus ojos aterrados y suspensos, a la distancia de su bastón de mando, mientras ellos, encogidos de pavor, se quedaban mudos sin hablarle. A mí me lo contaron con miedo y sigilo, y la tercera noche yo velé con ellos; y allí, tal como dijeron, la hora, la figura, hasta la última sílaba, llegó el aparecido. Era vuestro padre, como iguales son mis manos.

HAMLET - Pero, ¿dónde fue eso?

MARCELO - Señor, en la explanada donde hacíamos la guardia.

HAMLET - ¿Y no le hablaste?

HORACIO - Le hablé, señor, pero él no contestó; aunque una vez, alzando la cabeza, se movió como si fuese a hablar, pero entonces cantó fuerte el gallo mañanero y, al oírlo, el espectro se esfumó y desapareció de nuestra vista.

HAMLET - Asombroso.

HORACIO - Alteza, por mi vida que es verdad; pensamos que era nuestra obligación hacéroslo saber.

HAMLET - Sí, sí, claro; pero me inquieta. – ¿Hacéis guardia esta noche?

BERNARDO y MARCELO - Sí, señor.

HAMLET - ¿Decís que armado?

BERNARDO y MARCELO - Armado, señor.

HAMLET - ¿De pies a cabeza?

BERNARDO Y MARCELO - Señor, de la cabeza a los pies.

HAMLET - Entonces no le visteis la cara.

HORACIO - Sí, señor: la visera estaba en alto.

HAMLET - ¿Tenía mirada fiera?

HORACIO - Un semblante de pesar más que de ira.

HAMLET - ¿Pálido o encendido?

HORACIO - No, muy pálido.

HAMLET - ¿Y te miraba de frente?

HORACIO - Con la vista clavada.

HAMLET - ¡Quién hubiera estado allí!

HORACIO - Os habría aterrado.

HAMLET - Sí, seguramente. ¿Se quedó mucho tiempo?

HORACIO - Lo que se tarda en contar cien sin mucha prisa.

BERNARDO y MARCELO - Más tiempo, más.

HORACIO - Cuando yo le vi, no.

HAMLET - Tenía la barba cana, ¿o no?

HORACIO - La tenía igual que en vida: de un negro plateado.

HAMLET - Esta noche velaré. Quizá vuelva a aparecerse.

HORACIO - Seguro que vuelve.

HAMLET - Si adopta la figura de mi noble padre le hablaré, aunque se abra la boca del infierno y me mande callar. Os lo suplico, si no habéis revelado aún la aparición, seguid manteniéndola en secreto, y a lo que vaya a suceder en esta noche podéis darle sentido, mas no lengua. Premiaré vuestra amistad. Y ahora, adiós: en la explanada, entre las once y las doce, me reuniré con vosotros.

LOS TRES - Nuestra lealtad a Vuestra Alteza.

HAMLET - Decid afecto y recibid el mío. Adiós. *(Salen todos menos Hamlet)*
¿El espectro de mi padre en armas? Algo pasa. Sospecho una traición. ¡Ojalá fuese de noche! Mientras, alma mía, aguarda: la ruindad, por más que la entierren, se descubrirá. *(Sale)*

(Entran Laertes y Ofelia)

LAERTES - Mi equipaje está embarcado. Adiós. Hermana, siempre que el viento sea pródigo y zarpe algún barco, no descansas hasta haberme escrito.

OFELIA - ¿Lo dudas?

LAERTES - Respecto a Hamlet y su vano galanteo, tenlo por capricho e impulsiva liviandad, por violeta de su joven primavera: precoz, mas transitoria; grata, mas huidiza; perfume y pasatiempo de un minuto, nada más.

OFELIA - ¿Nada más?

LAERTES - Seguro que nada más. No crecemos solamente en tamaño y en vigor, sino que con nuestro cuerpo aumenta la eficacia de la mente y el espíritu. Tal vez te quiera ahora y no haya mancha ni doblez que empañe sus nobles intenciones. Mas desconfía: su grandeza le impide su deseo y su regia cuna le somete. Él no puede hacer su voluntad como la gente sin rango, pues de su elección depende el bienestar de todo el reino, y por eso su elección se supedita al voto y aquiescencia de ese cuerpo del cual él es cabeza. Si te dice que te quiere, podrá creerlo tu prudencia en la medida en que él, por su altura y posición, pueda cumplirlo, es decir, no más allá del sentir general de Dinamarca. Así que considera tu deshonor si, crédula, escuchas su cantar, le das tu corazón o le abres tu casto tesoro a su empeño inmoderado. Cuidado, Ofelia, ten cuidado, hermana mía; mantente en retaguardia del cariño, no te espongas al peligro del deseo. La más recatada se prodiga si a la luna revela su belleza. Ni la virtud escapa a la calumnia. El gusano estraga los renuevos antes que florezcan, y en la aurora y el fresco rocío de nuestros años es cuando las plagas más corrompen. Guárdate; el temor es la mejor defensa: la sangre joven, sin tentarla, se subleva.

OFELIA - El sentido de tu buena lección será el guardián de mi pecho. Mas, hermano, no me enseñes, como el mal sacerdote, la espinosa pendiente del cielo mientras tú, cual fatuo libertino, sigues la senda florida del placer y no tus propios consejos.

LAERTES - No temas por mí. (*Entra Polonio*) Me estoy demorando. Aquí está nuestro padre. Doble bendición es doble fortuna: feliz ocasión para otra despedida.

POLONIO - ¿Aún aquí, Laertes? ¡Por Dios, a bordo, a bordo! El viento ya ha hinchado tus velas, y están esperándote. Llévate mi bendición y graba en tu memoria estos principios: no le prestes lengua al pensamiento, ni lo pongas por obra si es impropio. Sé sociable, pero no con todos. Al amigo que te pruebe su amistad sujétalo al alma con aros de acero, pero no embotes tu mano agasajando al primer conocido que te llegue. Guárdate de riñas, pero, si peleas, haz que tu adversario se guarde de ti. A todos presta oídos; tu voz, a pocos. Escucha el juicio

de todos, y guárdate el tuyo. Viste cuan fino permita tu bolsa, mas no estrafalario; elegante, no chillón, pues el traje suele revelar al hombre, y los franceses de rango y calidad son de suma distinción a este respecto. Ni tomes ni des prestado, pues dando se suele perder préstamo y amigo, y tomando se vicia la buena economía. Y, sobre todo, sé fiel a ti mismo, pues de ello se sigue, como el día a la noche, que no podrás ser falso con nadie. Adiós. Mi bendición madure esto en ti.

LAERTES - Humildemente de vos me despido.

POLONIO - El tiempo te llama. Corre, los criados esperan.

LAERTES - Adiós, Ofelia, y recuerda bien lo que te he dicho.

OFELIA - Lo he encerrado en la memoria, y tú guardarás la llave.

LAERTES - Adiós. (*Sale*)

POLONIO - ¿Qué es lo que te ha dicho, Ofelia?

OFELIA - Con permiso, una cosa del Príncipe Hamlet

POLONIO - Vaya, ha hecho bien. Me han dicho que últimamente te dedica mucho tiempo y que tú le dispensas tu atención con gran esplendidez. Si es así, como me han insinuado a modo de aviso, debo decirte que no parece comprender con claridad tu lugar como hija mía ni tu honra. ¿Qué hay entre vosotros? Dime la verdad.

OFELIA - Señor, últimamente me ha dado muchas muestras de su afecto.

POLONIO - ¿Afecto? ¡Bah! Veo que estás verde e inexperta en cuestión tan peligrosa. ¿Crees en sus muestras, como tú las llamas?

OFELIA - Señor, no sé qué pensar.

POLONIO - Pues yo te enseñaré. Considérate una niña al haber dado por valiosas unas muestras que no son de ley. Muéstrate más cauta o, por no agotar el término acosándolo, harás que yo sea muestra de idiotez.

OFELIA - Señor, me ha galanteado de un modo decoroso.

POLONIO - Ya, a modo de capricho. ¡Vamos, vamos!

OFELIA - Y me ha corroborado sus palabras con todos los divinos juramentos.

POLONIO - Sí, cepos para pájaros. Sé bien que, cuando arde la sangre, el alma se prodiga en juramentos. Hija, esas llamaradas, que dan más luz que calor y se extinguen cuando parece que prometen, no las tomes por fuego. Desde ahora, hija, escatima un poco más tu virginal presencia, haz que tus encuentros exijan algo más que la orden de acudir. Respecto a Hamlet, créele en la medida en que es joven, y piensa que el roncal con que se mueve es mucho más largo que el tuyo. En suma, Ofelia, no creas sus juramentos, pues son intermediarios de distinto color del que los viste, abogados de causas impías, que se expresan como santos y piadosos alcahuetes para seducirte mejor. No lo repetiré: hablando claro, no quiero que en adelante deshonres ni un momento de tu ocio conversando con el Príncipe Hamlet. Haz lo que te digo. Vamos, ven.

OFELIA - Os obedeceré, señor. (*Salen*)

(*Entran Hamlet, Horacio y Marcelo*)

HAMLET - El viento corta implacable. Hace mucho frío.

HORACIO - Este viento hiela y te traspasa.

HAMLET - ¿Qué hora es?

HORACIO - Creo que casi las doce.

MARCELO - No, ya las han dado.

HORACIO - ¿Ah, sí? No he oído nada. Entonces se acerca la hora en que el espectro acostumbra a vagar. (*Toque de trompetas y dos salvas*) ¿Qué significa esto, señor?

HAMLET - El rey trasnocha y alza el codo, está de borrachera, baila como un remolino y, cada vez que se atiza su vino del Rin, rebuznan las trompetas y timbales celebrando su brindis.

HORACIO - ¿Es la costumbre?

HAMLET - Vaya que sí. Pero, a mi juicio y aunque vine al mundo aquí y estoy hecho a ella, es una costumbre que más honra perder que conservar.

(*Entra el Espectro*)

HORACIO - ¡Mirad, señor, ahí viene!

HAMLET - ¡Los ángeles del cielo nos protejan! Seas espíritu del bien o genio maldito, traigas auras celestiales o rachas del infierno, sean tus propósitos malvados o benignos, tu aspecto tanto mueve a preguntar que voy a hablarte. Te llamaré Hamlet, rey, padre, excelso danés. ¡Ah, contesta! No me dejes que estalle en la ignorancia, sino dime por qué tus restos consagrados han roto su mortaja, por qué el sepulcro al que en calma descendiste abre ahora sus pesadas mandíbulas de mármol para arrojarte de sí. ¿Qué puede suceder para que tú, estando muerto, bajo la tenue luna aparezcas otra vez revestido de acero, llenando la noche de espanto, y a nosotros, juguetes de la vida, nos perturbes con pensamientos que rebasan nuestra mente? ¿Por qué? Di. ¿Por qué razón? ¿Qué hemos de hacer?

(El Espectro le hace señas)

HORACIO - Os llama para que le sigáis, como si quisiera haceros una confidencia.

MARCELO - Mirad, con un gesto cortés os llama a un lugar más apartado. ¡No vayáis!

HORACIO - No, de ningún modo.

HAMLET - Se niega a hablar. Tengo que seguirle.

HORACIO - ¡Señor, no!

HAMLET - Pero, ¿a qué viene el miedo? Mi vida no vale para mí ni un alfiler y, en cuanto a mi alma, ¿qué puede él hacerle si es tan inmortal como él mismo? Me vuelve a llamar. Voy a seguirle.

HORACIO - Señor, ¿y si os condujese hacia las aguas o a la espantosa cima de la roca que se descuelga amenazante sobre el mar y adoptase alguna forma aterradora que os privara del poder de la razón y os llevase a la locura? Pensadlo bien.

HAMLET - Me sigue llamando - Ya voy, te sigo.

MARCELO - No debéis ir, señor.

HAMLET - ¡Quítame las manos!

HORACIO - Hacednos caso, no vayáis.

HAMLET - Me llama el destino, y la más fina arteria de este cuerpo es tan potente cual las fibras del león de Nemea. Aún me hace señas. ¡Soltadme, señores! Por Dios, que a quien me pare volveré un espectro. ¡Fuera ya! - Vamos, te sigo.

(Salen el Espectro y Hamlet)

HORACIO - Sus fantasías le trastornan.

MARCELO - Sigámosle. No conviene obedecerle.

HORACIO - Vamos tras él. ¿Adónde puede llevar esto?

MARCELO - Algo podrido hay en Dinamarca.

HORACIO - El cielo dispondrá.

MARCELO - Nosotros sigámosle. *(Salen)*

(Entran el Espectro y Hamlet)

HAMLET - ¿Adónde me llevas? No pienso seguir.

ESPECTRO - Escúchame.

HAMLET - Habla.

ESPECTRO - Se acerca la hora en que he de entregarme al tormento de las llamas sulfúreas.

HAMLET - ¡Ah, pobre ánima!

ESPECTRO - No me compadezcas, sino presta oído atento a lo que voy a revelarte.

HAMLET - Habla, he de oírte.

ESPECTRO - Y habrás de vengarme cuando oigas.

HAMLET - ¿Qué?

ESPECTRO - Soy el alma de tu padre, condenada por un tiempo a vagar en la noche y a ayunar en el fuego por el día mientras no se consuman y purguen los graves pecados que en vida cometí. Si no me hubieran prohibido revelar los

secretos de mi cárcel, oírías una historia cuya más leve palabra desgarraría tu alma, te helaría la sangre, como estrellas te haría saltar los ojos de sus órbitas, y erizaría tu liso cabello, poniendo de punta cada pelo, como púas de aterrado puercoespín. Pero esta proclamación del más allá no es para oídos de mortales. ¡Ah, Hamlet, escucha! Si alguna vez quisiste a tu padre...

HAMLET - ¡Santo Dios!

ESPECTRO - ... venga su inmundo y monstruoso asesinato.

HAMLET - ¡Asesinato!

ESPECTRO - Inmundo asesinato como todos, pero éste harto inmundo, inusitado y monstruoso.

HAMLET - Vamos, cuéntamelo ya y, con alas tan veloces como el meditar o el amoroso pensamiento, correré a la venganza.

ESPECTRO - Te veo dispuesto; si no reaccionases, serías más insensible que la planta que lánguida se pudre en la inacción a orillas del Leteo. óyeme, Hamlet. Propagaron que, durmiendo en el jardín, me mordió una serpiente: con una historia falsa de mi muerte burdamente han engañado a toda Dinamarca. Mas atiende, noble hijo: la serpiente que arrancó la vida de tu padre lleva ahora su corona.

HAMLET - ¡Ah, mi alma profética! ¿Mi tío?

ESPECTRO - Sí, esa bestia incestuosa, ese adúltero, con su astuta brujería y sus pérfidas prendas ¡ah, astucia que daña, prendas que seducen! se atrajo a su lascivia ignominiosa el deseo de una reina honesta en apariencia. ¡Oh, Hamlet, qué deslealtad! Conmigo, cuyo amor fue siempre tan perfecto que iba en armonía con las promesas que le hice al desposarla, para hundirse con un mísero cuyas dotes naturales eran pobres al lado de las mías. Pero si la virtud no se deja seducir aunque el vicio la tienta bajo forma divina, la lujuria, aunque unida a un ángel radiante, se sacia en un lecho celestial y se ceba en la inmundicia. Espera. Creo que siento el olor de la mañana. He de ser breve. Durmiendo en el jardín, como era mi costumbre por la tarde, tu tío, a esa hora insospechada, se acercó sigiloso con un frasco de esencia ponzoñosa y vertió en los portales de mi oído el tósigo ulcerante, cuyo efecto a la sangre del hombre es tan hostil que al punto recorre como azogue las venas y conductos corporales y con súbito poder cuaja y coagula, como gotas de ácido en la leche, la sangre más fluida y saludable. Lo hizo con la mía y al instante me vi como un leproso, mi piel lisa arrugada en una costra infecta y repugnante. Así, mientras dormía, el acto de un hermano de un golpe me arrancó vida, corona, esposa, me segó en la flor de mis pecados, sin

viático, asistencia, extremaunción y, mis cuentas sin rendir, me envió a juicio con todas mis imperfecciones sobre mí. ¡Fue horrendo, horrendo, harto horrendo! Si tienes sentimientos, no lo sufras; no consientas que el tálamo real de Dinamarca sea lecho de lujuria y vil incesto. Mas, cualquiera que sea tu proceder, no ensucies tu alma, ni acometas ninguna acción contra tu madre. Déjala al cielo y a las espinas que, clavadas, le hieren su propio corazón. Adiós ya. La luciérnaga anuncia la mañana: su llama mortecina palidece. Adiós, adiós, Hamlet. Acuérdate de mí. (*Sale*)

HAMLET - ¡Ah, legiones celestiales! ¡Ah, tierra! - ¿Qué más? ¿Afiado el infierno? ¡No! - Resiste, corazón, y vosotras, mis fibras, no envejecáis y mantenedme firme. ¿Acordarme de ti? Sí, pobre ánima, mientras resida memoria en mi turbada cabeza. ¿Acordarme de ti? Sí, de la tabla del recuerdo borraré toda anotación ligera y trivial, máximas de libros, impresiones, imágenes que en ella escribieron juventud y observación, y sólo tus mandatos viviran en mi libro del cerebro, sin mezcla de asuntos menos dignos. ¡Sí, sí, por el cielo! ¡Ah, perversa mujer! ¡Ah, infame, infame, maldito infame sonriente! Mi cuaderno, mi cuaderno; he de anotarlo: uno puede sonreír y sonreír, siendo un infame. Al menos, seguro que es posible en Dinamarca. Bueno, tío, ahí tienes. Y ahora, mi consigna: «Adiós, adiós, acuérdate de mí.» Lo he jurado.

HORACIO y MARCELO (*dentro*) ¡Señor, señor!

(*Entran Horacio Y Marcelo*)

MARCELO - ¡Príncipe Hamlet!

HORACIO - Que Dios le proteja.

HAMLET - Así sea.

HORACIO - ¡Eh-oh! ¡Eh-oh, señor!

HAMLET - ¡Hucho, hucho-hó! ¡Vuelve, pájaro!

MARCELO - ¿Cómo estáis, noble señor?

HORACIO - ¿Qué ha ocurrido, señor?

HAMLET - ¡Ah, qué prodigio!

HORACIO - Mi buen señor, contado.

HAMLET - No, que lo divulgaréis.

HORACIO - Yo no, señor, por el cielo.

MARCELO - Ni yo, señor.

HAMLET - ¿Qué me decís? ¿Quién pensaría que... ? ¿Guardaréis el secreto?

HORACIO y MARCELO - Sí, por el cielo.

HAMLET - No hay un solo canalla en Dinamarca que no sea un pillo redomado.

HORACIO - Señor, para oír eso no hace falta que salga de la tumba espectro alguno.

HAMLET - Sí, claro, desde luego. Entonces, sin más ceremonia, es mejor que nos demos la mano y nos vayamos: vosotros, adonde os lleven vuestros asuntos y deseos, pues cada cual tiene sus asuntos y deseos, los que sean; en cuanto a mí, ¿sabéis?, me voy a rezar.

HORACIO - Señor, habláis sin orden ni medida.

HAMLET - Siento haberte ofendido, de veras, lo siento de veras.

HORACIO - No hay ofensa, señor.

HAMLET - Por San Patricio, sí que hay ofensa, Horacio, y mucha. En cuanto a esta aparición, es un espectro de verdad, os lo aseguro. Por lo que hace a vuestro deseo de saber lo que me ha dicho, dominadlo. Y ahora, pues sois amigos y hombres de armas y letras, concededme un humilde favor.

HORACIO - Sí, señor. ¿Cuál?

HAMLET - No revelar lo que habéis visto esta noche.

HORACIO y MARCELO - No lo haremos, señor.

HAMLET - Pues juradlo.

HORACIO - Juro que no, señor.

MARCELO - Juro que no, señor.

HAMLET - Sobre mi espada.

MARCELO - Señor, ya hemos jurado.

HAMLET - Vamos, sobre mi espada. Vamos.

(Grita el Espectro bajo el escenario)

ESPECTRO - ¡Jurad!

HAMLET - ¡Ajá, muchacho! ¿Tú también? ¿Estás ahí, buen hombre? - Vamos, ya oís al del sótano Prestaos a jurar.

HORACIO - Proponed el juramento, señor.

HAMLET - No decir jamás lo que habéis visto. Jurad sobre mi espada.

ESPECTRO - ¡Jurad!

(Juran)

HAMLET - *Hic et ubique* ?. Pues cambiemos de sitio. Venid, señores y volved a poner vuestras manos en mi espada: no decir jamás lo que habéis oído. Jurad sobre mi espada.

ESPECTRO - ¡Jurad!

(Juran)

HAMLET - Muy bien, viejo topo. ¡Qué rápido escarbas! ¡Vaya zapador! - Cambiemos de nuevo, amigos.

HORACIO - ¡Día y noche, esto es harto extraño!

HAMLET - Pues igual que al extraño, acógelo bien. Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de las que sueña nuestra filosofía. Vamos, como antes: jurad que nunca, Dios mediante, por rara o extraña que sea mi conducta pues tal vez desde ahora crea conveniente adoptar un talante estafalario, si me veis en tal tesitura, jamás, doblando así los brazos, meneando la cabeza o diciendo expresiones equívocas, como «Nosotros lo sabemos», o «Queriendo, podríamos», o «Si fuésemos a hablar» o «Los hay que si pudieran», mostrando con frases tan ambiguas que sabéis algo de mí... Jurad que, Dios mediante y toda la gracia divina, no haréis nada de eso.

ESPECTRO - ¡Jurad!

(Juran)

HAMLET - ¡Descansa, ánimo inquieta! - Señores, de corazón a vosotros me encomiendo; y todo lo que un ser tan humilde como Hamlet pueda hacer por demostraros su estima, si Dios quiere, nunca faltará. Entremos todos. Y, os lo ruego, el dedo siempre en el labio. Los tiempos se han dislocado. ¡Cruel conflicto, venir yo a este mundo para corregirlos! Venid. Vamos todos. *(Salen)*

(Entran Polonio y Reinaldo)

POLONIO - Dale este dinero y estas notas, Reinaldo.

REINALDO - Sí, señor.

POLONIO - Obrarás con prudencia, buen Reinaldo, si, antes de visitarle, te informas de su género de vida.

REINALDO - Señor, es lo que iba a hacer.

POLONIO - Estupendo, estupendo. Atiende: primero averigua cuántos daneses hay en París, y cómo, quién, qué medios, dónde viven, sus compañías, sus gastos; y así, con estos rodeos y preámbulos, cuando veas que conocen a mi hijo, más cerca estarás que si preguntas por él directamente. Finge, es un decir, que le conoces a lo vago, diciendo: «Conozco a su padre y a los suyos, y un poco a él.» ¿Te fijas, Reinaldo?

REINALDO - Perfectamente, señor.

POLONIO - «Y un poco a él, pero», y añades, «no mucho, aunque si es el que pienso, es un juerguista, muy dado a esto y aquello». Entonces le imputas los cuentos que te plazcan. Bueno, no tan graves que puedan deshonrarle, de eso guárdate; sólo los deslices bulliciosos y alocados que notoria y comúnmente se asocian con la libre juventud.

REINALDO - ¿Como el juego, señor?

POLONIO - Sí, o la bebida, la esgrima, la blasfemia, las peleas, las ramerías... Hasta ahí.

REINALDO - Señor, eso le deshonraría.

POLONIO - Pues no, mientras moderes los cargos. No le hagas imputaciones de otro modo, diciendo que es muy dado al desenfreno, eso no: tú habla de sus

faltas con tal arte que parezcan las lacras de su libertad, el estallido de un ánimo fogoso, la braveza de una sangre indómita que a todos les asalta.

REINALDO - Pero, señor...

POLONIO - ¿Por qué todo esto?

REINALDO - Sí, señor. Desearía saberlo.

POLONIO - Pues, mira, te explico mi intención, y entiendo que la maña es legítima. Achacándole a mi hijo esas leves faltas como si fueran polvo del camino, fíjate, si aquel a quien pretendes sondear ha visto que el joven de quien hablas es culpable de las lacras antedichas, seguro que concuerda contigo como sigue: «Señor» o algo así, «amigo», o «caballero», con arreglo a la expresión y el título de la persona y el país.

REINALDO - Entendido, señor.

POLONIO - Y entonces él va y... él va y... ¿Qué iba yo a decirte? Por la misa, que iba a decir algo. ¿Dónde me he quedado?

REINALDO - En «concuerda como sigue», en «amigo o algo así», en «caballero».

POLONIO - En «concuerda como sigue». ¡Eso es! Él concuerda diciéndote: «Conozco al caballero, le vi ayer, o el otro día, el otro o el otro, con éste y aquél, y, como decís, estaba jugando, o inundado de bebida, o discutiendo en el tenis»; o te dice: «Le vi entrar en tal casa de trato», es decir, un burdel, y así. ¿Te das cuenta? Con un cebo de mentiras pescas el pez de la verdad. Así es como los hombres prudentes y capaces, con rodeos y requilorios, desviándonos damos con la vía. Y tú, siguiendo mi enseñanza y mi consejo, lo lograrás con mi hijo. ¿Entendido?

REINALDO - Perfectamente, señor.

POLONIO - Entonces, ve con Dios.

REINALDO (*Despidiéndose*) Mi señor...

POLONIO - Observa tú mismo su conducta.

REINALDO - Sí, señor.

POLONIO - Y que siga con su música.

REINALDO - Muy bien, señor. (*Sale*)

(*Entra Ofelia*)

POLONIO - Adiós - ¿Qué hay, Ofelia? ¿Qué pasa?

OFELIA - ¡Ah, señor, me he asustado tanto!

POLONIO - Por Dios, ¿cómo ha sido?

OFELIA - Señor, mientras cosía en mi aposento, aparece ante mí el Príncipe Hamlet con el jubón desabrochado, sin sombrero con las calzas sucias y caídas, como argollas al tobillo, más pálido que el lino, temblando las rodillas, y el semblante tan triste en su expresión que parecía huido del infierno para hablar de espantos.

POLONIO - ¿Está loco por ti?

OFELIA - Señor, no lo sé, pero lo temo.

POLONIO - ¿Qué te dijo?

OFELIA - Me agarró de la muñeca y me apretó. Entonces extendió todo su brazo y con la otra mano haciendo de visera se puso a escudriñarme la cara, cual si fuera a dibujarla. Así, un buen rato. Al final, sacudiéndome el brazo levemente y alzando y bajando así tres veces la cabeza, lanzó un suspiro tan profundo y lastimero que pareció destrozarle todo el cuerpo y acabar con su existencia. Entonces me soltó y, vuelta la cabeza sobre el hombro, parece que encontró el camino sin mirar, pues salió sin ayuda de los ojos y los tuvo en mí clavados hasta el fin.

POLONIO - Anda, ven conmigo. Voy a ver al rey. Eso es el delirio del amor, que por su propia violencia se aniquila y lleva a las acciones más desesperadas, como sucede cada vez con las pasiones que tanto nos afligen. Siento... ¿Le has hablado con dureza últimamente?

OFELIA - No, señor. Sólo cumplí vuestras órdenes: le devolví sus cartas y rechacé su presencia.

POLONIO - Eso le ha enloquecido. Siento no haber acertado al observarle. Pensé que jugaba contigo y que sería tu perdición. ¡Malditos mis celos! Parece natural en la vejez excedernos en la desconfianza, igual que es propio de los jóvenes andar escasos de juicio. Ven, vamos con el rey. Esto ha de saberse, que obrar con sigilo traerá más desgracia que enojarlo. (*Salen*)

(*Entran El Rey, La Reina, Rosencrantz, Guildenstern y Otros*)

REY - Bienvenidos, Rosencrantz y Guildenstern. Además de lo mucho que ansiábamos veros, os mandamos llamar a toda prisa porque os necesitábamos. Habéis oído hablar de la transformación de Hamlet: la llamo así puesto que no parece el mismo, ni por fuera ni por dentro. Qué pueda ser, si no es la muerte de su padre, lo que le tiene tan fuera de sí, no acierto a imaginarlo. Os ruego a los dos que, habiéndoos criado con él desde la infancia y conociendo tan de cerca su carácter, accedáis a quedaros en la corte por un tiempo, de modo que vuestra compañía le aporte distracción y permita averiguar, mediando ocasiones favorables, si algo ignorado le perturba que, descubierto, podamos remediar.

REINA - Caballeros, él ha hablado mucho de vosotros y me consta que no hay dos en todo el mundo a quien tenga más afecto. Si os complace mostrar la cortesía y gentileza de pasar algún tiempo con nosotros en ayuda y cumplimiento de nuestra esperanza, vuestra visita recibirá la gratitud que a la real largueza corresponde.

ROSENCRANTZ - El poder soberano de vuestras Majestades puede hacernos cumplir vuestros augustos deseos sin tener que suplicarnos.

GUILDENSTERN - Con todo, obedecemos y nos brindamos con toda nuestra entrega, poniendo a vuestros pies nuestros servicios y aguardando vuestras órdenes.

REY - Gracias, Rosencrantz y noble Guildenstern.

REINA - Gracias, Guildenstern y noble Rosencrantz. Os suplico que al instante visitéis a mi hijo, ahora tan cambiado - Que uno de vosotros lleve a estos señores donde esté Hamlet.

GUILDENSTERN - ¡Quiera Dios que nuestra presencia y nuestro esfuerzo le sirvan de alivio y ayuda!

REINA - Así sea.

(*Salen Rosencrantz y Guildenstern con un Criado. Entra Polonio*)

POLONIO - Señor, nuestros embajadores han vuelto felizmente de Noruega.

REY - Siempre fuisteis portador de buenas nuevas.

POLONIO - ¿Lo creéis, señor? Os aseguro, Majestad, que tanto mi lealtad como mi alma están al servicio de Dios y de mi rey. Y creo, a no ser que este mi

cerebro ya no siga el rastro de la astucia tan bien como solía, que he encontrado la causa de la insania de Hamlet.

REY - Decídmela, que ansío conocerla.

POLONIO - Primero, recibid a los embajadores. Mi noticia será el postre del banquete.

REY - Pues honrad los entrantes y traedlos. (*Sale Polonio*) Mi reina, dice que ya ha averiguado la causa del trastorno de tu hijo.

REINA - Temo que ya la conozcamos: la muerte de su padre y nuestra boda apresurada.

REY - Bien, le sondearemos. (*Entran Polonio, Voltemand y Cornelio*). Bienvenidos, amigos. ¿Qué hay de nuestro hermano el noruego?

VOLTEMAND - Os devuelve complacido deseos y saludos. Así que nos oyó, ordenó que detuviesen las levas del sobrino, que él había tomado por un reclutamiento contra el rey de Polonia, pero que, tras indagaciones, resultó que apuntaban contra Vuestra Majestad. Así, dolido al ver que se habían aprovechado de su afección, vejez y decaimiento, ordenó a Fortinbrás que desistiera. Éste al punto obedeció, fue reprimido por el rey, y al final le hizo promesa de no volver a tomar armas contra vos, ante lo cual, lleno de gozo, el rey noruego le dio una anualidad de tres mil coronas y permiso para usar sus tropas reclutadas contra el rey de Polonia, con el ruego, consignado en este documento, de que os dignéis conceder paso franco por vuestros dominios a esta expedición, con tales garantías y licencias como en él se recogen.

REY - Me complace, y en tiempo conveniente he de leer, contestar y ponderar todo este asunto. Mientras, gracias por empresa tan lograda. Id a descansar; por la noche, venid al festín. Sed muy bienvenidos.

(*Salen los embajadores*)

POLONIO - El asunto acabó bien. Mi soberano, mi reina, controvertir qué pueda ser la majestad, el deber, por qué el día es día, la noche noche, y el tiempo tiempo, sería perder noche, día y tiempo. Así que, pues lo breve es el alma del buen juicio y lo extenso, los miembros y adornos exteriores, seré breve. Vuestro noble hijo está loco. Digo «loco», pues, para definir la locura, ¿no tendría uno que estar loco? Pero dejemos esto.

REINA - Más sustancia y menos arte.

POLONIO - Señora, os juro que hablo sin arte. Que está loco es cierto; es cierto que es lástima y es lástima que sea cierto... ¡Qué torpe figura! Ya basta, que no pienso hablar con arte. Admitamos que está loco; sólo resta averiguar la causa del efecto o, mejor dicho, la causa del defecto, pues el efecto defectivo tiene causa. Por tanto, sólo resta... Lo restante, por tanto... Ponderad. Tengo una hija la tengo mientras sea mía que, fijaos, en su lealtad y obediencia, me ha entregado esto. Sacad vuestras conclusiones. (*Lee la carta*) «Al ídolo de mi alma, la celestial y hermosada Ofelia ...» Este término es horrible, infame; «hermosada» es un término infame. Pero escuchad: «... esta carta; a su blanquísimo pecho, esta carta».

REINA - ¿Es Hamlet quien se lo ha escrito?

POLONIO - Tened paciencia, señora. Voy a leerla fielmente. «Duda que ardan los astros, duda que se mueva el sol duda que haya verdad, mas no dudes de mi amor. ¡Ah, querida Ofelia! Los versos se me dan mal. No tengo arte para medir mis lamentos. Pero que te amo más que a nadie, mucho más, créelo. Adiós. Tuyo siempre, queridísima amada mientras mi cuerpo sea mío, Hamlet.» Esto me lo ha mostrado mi obediente hija y, además, a mi oído ha confiado todos sus galanteos, tal como sucedieron en tiempo, modo y lugar.

REY - Y ella, ¿cómo le ha respondido?

POLONIO - ¿Qué opináis de mí?

REY - Que sois hombre leal y de bien.

POLONIO - Procuro serlo. ¿Qué habrías pensado si, cuando vi en acción su amor ardiente pues yo me percaté, tenedlo en cuenta, antes que mi hija me avisara); qué habrías pensado vos o mi querida Majestad, la reina, si yo hubiera sido el cuaderno de sus notas, o me hubiera hecho el distraído, o no hubiera dado importancia a estos amores? ¿Qué habrías pensado? No, yo no perdí el tiempo y le hablé a mi jovencita de este modo: «El Príncipe Hamlet no es de tu esfera; esto se acabó.» Entonces le ordené que si él venía a verla se encerrara, no admitiera sus mensajes, ni recibiera prendas. Lo hizo, y mi consejo le dio fruto, pues, para abreviar, al verse por ella rechazado, le entró melancolía, después inapetencia, después insomnio, después debilidad, después mareos y, siguiendo este declive, la locura que le hace delirar y que todos lamentamos.

REY - ¿Tú crees que es eso?

REINA - Tal vez. Es Posible.

POLONIO - Decidme, ¿ha ocurrido alguna vez que yo haya dicho con certeza «Es tal cosa» y me haya equivocado?

REY - Que yo sepa, no.

POLONIO (*Señalando su cabeza y sus hombros*) Separad ésta de aquí si me equivoco. Habiendo indicios que me guíen, daré con la verdad, aunque se oculte en el centro de la tierra.

REY - ¿Cómo podemos comprobarlo?

POLONIO - Sabéis que a veces pasea largo rato por esta galería.

REINA - Desde luego.

POLONIO - La próxima vez, le suelto a mi hija. Vos y yo nos pondremos detrás de algún tapiz. Observad su encuentro. Si no está enamorado y por estarlo no ha perdido el juicio, haced que yo cese en mi puesto de gobierno y me ocupe de una granja y de sus cuadras.

REY - Lo probaremos.

(*Entra Hamlet leyendo un libro*)

REINA - Mirad qué, absorto en su lectura viene el pobre.

POLONIO - Retiraos, os lo ruego, retiraos. Voy a hablarle. Con permiso. (*Salen el Rey y la Reina*) ¿Cómo está mi Príncipe Hamlet?

HAMLET - Bien, gracias.

POLONIO - ¿Sabéis quién soy, señor?

HAMLET - Perfectísimamente: sois un pescadero.

POLONIO - ¿Yo? No, señor.

HAMLET - Pues ojalá fueseis tan honrado.

POLONIO - ¿Honrado, señor?

HAMLET - Claro: tal como va el mundo, ser honrado es ser uno entre diez mil.

POLONIO - Muy cierto, seiior.

HAMLET - Pues si el sol cría gusanos en un perro muerto, que es carnaza digna de besar... ¿Tenéis una hija?

POLONIO - Sí, señor.

HAMLET - Que no salga al sol. Concebir es una dicha, mas no como pueda concebirlo vuestra hija. Amigo, cuidado.

POLONIO – (*Aparte*) ¿Qué te parece? Siempre con mi hija. Aunque al principio no me conoció: dijo que yo era pescadero. Está ido, ido. La verdad es que yo, en mi juventud, también sufrí penas de amor, casi tanto como él. Le hablaré otra vez - ¿Qué leéis, señor?

HAMLET - Palabras, palabras, palabras.

POLONIO - ¿De qué tratan, señor?

HAMLET - ¿Tratan, quién?

POLONIO - Quiero decir lo que leéis, señor.

HAMLET - Son calumnias, pues el satírico granuja dice aquí que los viejos tienen la barba cana, la cara llena de arrugas, los ojos segregando resina o savia de ciruelo, y que andan escasos de juicio y flojos de muslos. Todo lo cual, señor, aunque lo creo con firmeza y entereza, no me parece correcto escribirlo así. Vos mismo os volveríais de mi edad si pudierais andar para atrás como un cangrejo.

POLONIO – (*Aparte*) Será locura, pero con lógica - ¿Queréis pasar donde no haga aire?

HAMLET - ¿A mi tumba?

POLONIO - Ahí sí que no hace aire. (*Aparte*) ¡Qué atinadas suelen ser sus respuestas! La locura acierta a veces cuando el juicio y la cordura no dan fruto. Voy a dejarte, y en seguida urdiré el modo de que se encuentre con mi hija - Honorable señor, humildemente pido licencia para retirarme.

HAMLET - No podéis pedirme nada que yo no os dé con mayor gusto; salvo mi vida, mi vida.

POLONIO - Adiós, señor.

HAMLET - ¡Viejos tontos y cargantes!

(*Entran Rosencrantz y Guildenstern*)

POLONIO - Si buscáis al Príncipe Hamlet, ahí está.

ROSENCRANTZ (*A Polonio*) Id con Dios, señor.

(*Sale Polonio*)

GUILDENSTERN - ¡Respetable señor!

ROSENCRANTZ - ¡Queridísimo señor!

HAMLET - ¡Mis magníficos amigos! ¿Qué tal, Guildenstern? ¡Ah, Rosencrantz! ¿Cómo estáis, muchachos?

ROSENCRANTZ - Igual que el común de los mortales.

GUILDENSTERN - Contentos de no pasar de contentos: del gorro de la Fortuna no somos la borla.

HAMLET - ¿Ni las suelas de sus zapatos?

ROSENCRANTZ - Tampoco, señor.

HAMLET - Entonces vivís por su cintura o en el centro de sus favores.

GUILDENSTERN - En su intimidad.

HAMLET - ¿Así que en sus partes? ¡Ah, claro! Es una golfa. ¿Qué hay de nuevo?

ROSENCRANTZ - Nada, señor: que el mundo se ha vuelto honrado.

HAMLET - Estará cerca el Día del Juicio. No, vuestra noticia no es cierta. Dejad que os pregunte con más precisión. ¿Qué habéis hecho, queridos amigos, para que la Fortuna os traiga a esta cárcel?

GUILDENSTERN - ¿Cárcel, señor?

HAMLET - Dinamarca es una cárcel.

ROSENCRANTZ - Entonces lo es el mundo.

HAMLET - Sí, una cárcel espléndida, con muchas celdas, encierros y calabozos, y Dinamarca es de los peores.

ROSENCRANTZ - No somos de esa opinión, señor.

HAMLET - Porque no lo es para vosotros, pues no hay nada bueno ni malo: nuestra opinión le hace serlo. Para mí es una cárcel.

ROSENCRANTZ - Así lo ve vuestra ambición: es poco país para vuestro ánimo.

HAMLET - ¡Dios santo! Encerrado en una cáscara de nuez me tendría por rey del espacio infinito, si no fuera porque tengo malos sueños.

GUILDENSTERN - Sueños que son ambición, pues la esencia del ambicioso es la sombra de un sueño.

HAMLET - Y un sueño es una sombra.

ROSENCRANTZ - Cierto, y considero a la ambición de sustancia tan etérea que sería la sombra de una sombra.

HAMLET - Entonces los mendigos son cuerpos, y los reyes y los héroes engolados, sombras de mendigos. ¿Vamos a la corte? Más no puedo discurrir.

ROSENCRANTZ Y GUILDENSTERN - Os acompañaremos.

HAMLET - De ningún modo. No pienso mezclaros con mis sirvientes, pues, para ser sincero, estoy pésimamente atendido. Pero, con la franqueza de nuestra amistad, ¿qué hacéis en Elsenor?

ROSENCRANTZ - Visitaros, señor, nada más.

HAMLET - Pobre como soy, no tengo ni gracias para dar. Pero os lo agradezco, aunque mi gratitud no valga un centavo. ¿No os han hecho venir? ¿Fue iniciativa vuestra? ¿Es visita voluntaria? Vamos, sed sinceros conmigo. Venga, vamos, hablad ya.

GUILDENSTERN - ¿Qué vamos a decir, señor?

HAMLET - Lo que sea, con tal que haga al caso. Os han hecho venir: hay en vuestra mirada una confesión que vuestro pudor no es capaz de disfrazar. Sé que los buenos reyes os han hecho venir.

ROSENCRANTZ - ¿Con qué fin, señor?

HAMLET - Eso decídmelo vosotros. Mas permitid que os conjure, por los derechos de nuestro compañerismo, por la armonía de nuestros años mozos, por la obligación de una amistad tan duradera y por todo lo que otro podría proponer: sed abiertos y sinceros y decidme si os han hecho venir o no.

ROSENCRANTZ (*Aparte a Guildenstern*) ¿Qué dices tú?

HAMLET - Cuidado, que os vigilo. Si me apreciáis, no calléis.

GUILDENSTERN - Señor, nos han hecho venir.

HAMLET - Yo os diré por qué. Me adelantaré a lo que vais a revelarme y así no sufrirá menoscabo la discreción que prometisteis a los reyes. Últimamente, no sé por qué, he perdido la alegría, he dejado todas mis actividades; y lo cierto es que me veo tan abatido que esta bella estructura que es la tierra me parece un estéril promontorio. Esta regia bóveda, el cielo, ¿veis?, este excelso firmamento, este techo majestuoso adornado con fuego de oro, todo esto me parece nada más que una asamblea de emanaciones pestilentes e inmundas. ¡Qué obra maestra es el hombre! ¡Qué noble en su raciocinio! ¡Qué infinito en sus potencias! ¡Qué perfecto y admirable en forma y movimiento! ¡Cuán parecido a un ángel en sus actos y a un dios en su entendimiento! ¡La gala del mundo, el arquetipo de criaturas! Y sin embargo, ¿qué es para mí esta quintaesencia del polvo? El hombre no me agrada; no, tampoco la mujer, aunque por tus sonrisas pareces creer que sí.

ROSENCRANTZ - Señor, no había en mí tal pensamiento.

HAMLET - Entonces, ¿por qué te has reído cuando he dicho que el hombre no me agrada?

ROSENCRANTZ - Señor, de pensar en la cuaresma que les vais a dar a los cómicos. Los dejamos atrás cuando venían hacia aquí a ofreceros sus servicios.

HAMLET - El que haga de rey será bienvenido; a su majestad le pagaré tributo. El caballero andante usará su espada y su rodela, el amante no suspirará en vano, el excéntrico acabará su papel en paz, el gracioso hará reír a los que pronto se disparan y la dama hablará sin cortapisas, que, si no, el verso suelto andará cojo. ¿Qué cómicos son éstos?

ROSENCRANTZ - Los que tanto os agradaban: los actores de la ciudad.

HAMLET - ¿Cómo es que viajan? Siendo estables gozaban de más fama y beneficios.

ROSENCRANTZ - Creo que les prohibieron actuar tras el reciente disturbio.

HAMLET - ¿Y son tan renombrados como cuando yo estaba en la ciudad? ¿Tienen tanto público?

ROSENCRANTZ - No, desde luego que no.

HAMLET - ¿Cómo es eso? ¿Es que están pasados?

ROSENCRANTZ - No, se mantienen a su altura. Pero ha nacido una parvada de chiquillos, unos pollitos que chillan a más no poder y se les aplaude escandalosamente. Están de moda, y tanto se meten con los teatros populares, como ellos los llaman, que el galán de espada al cinto tiene miedo de la pluma y ya no vuelve a frecuentarlos.

HAMLET - ¿Así que chiquillos? ¿Quién los patrocina? ¿Cómo se mantienen? ¿Seguirán en el oficio cuando muden la voz? Y si luego acaban en los teatros populares, que será lo más probable si no hay otra cosa, ¿no dirán que sus poetas los malean obligándolos a criticar su propio futuro?

ROSENCRANTZ - La verdad es que ha habido mucho ruido en ambas partes, y la gente no ve nada malo en provocarlos al debate. Durante un tiempo no se vendía un argumento en que no se enzarzasen autores contra actores.

HAMLET - ¿Es posible?

GUILDENSTERN - Bueno, se ha vertido mucho ingenio.

HAMLET - ¿Y se llevan la palma los chiquillos?

ROSENCRANTZ - Sí, señor, y a Hércules mismo con su carga.

HAMLET - Tan extraño no es, pues mi tío es rey de Dinamarca, y los que en vida de mi padre le hacían muecas dan ahora veinte, cuarenta, cincuenta, cien ducados por su retrato en miniatura. Voto a Dios, que hay algo anormal en todo esto, como podría demostrar la filosofía.

(Toque de trompetas)

GUILDENSTERN - Ahí están los cómicos.

HAMLET - Caballeros, sed bienvenidos a Elsenor. Dadme la mano, vamos. A toda bienvenida corresponde ceremonia y cortesía. Permitid que cumpla con vosotros de este modo, no sea que mi acogida a los actores que, os lo advierto, será espléndida parezca más calurosa que la vuestra. Bienvenidos. Pero mi tío-padre y mi tía-madre se equivocan.

GUILDENSTERN - ¿En qué, mi señor?

HAMLET - Yo sólo estoy loco con el nornoroeste; si el viento es del sur, distingo un pico de una picaza.

(Entra Polonio).

POLONIO - Mis saludos, caballeros.

HAMLET - Escucha, Guildenstern, y tú también: a cada oído, un oyente. Esa gran criatura que veis ahí todavía va en pañales.

ROSENCRANTZ - Será la segunda vuelta, pues dicen que el viejo vuelve a ser niño.

HAMLET - Profetizo que viene a hablarnos de los cómicos. Atended... Tenéis razón, pues así fue el lunes por la mañana.

POLONIO - Señor, tengo noticias para vos.

HAMLET - Y yo noticias para vos. Cuando Roscio era actor en Roma...

POLONIO - Señor, han llegado los actores.

HAMLET - ¡Ya, ya!

POLONIO - Os lo juro...

HAMLET - Cada actor llegó en su burro.

POLONIO - Los mejores actores del mundo, tanto en lo trágico como en lo cómico, lo histórico, pastoril, cómico-pastoril, histórico-pastoril, trágico-histórico, trágico-cómico-histórico-pastoril, la obra unitaria o la pieza libre. Séneca no será tan grave ni Plauto tan leve. Se observen las reglas o se desatiendan, ellos no tienen igual.

HAMLET - ¡Ah, Jefté, juez de Israel, qué tesoro tienes!

POLONIO - ¿Qué tesoro tenía?

HAMLET - Pues, «Hija hermosa, nada más, y la quería de verdad.»

POLONIO (*Aparte*) Y dale con mi hija.

HAMLET - ¿No estoy en lo cierto, Jefté?

POLONIO - Señor, si me llamáis Jefté, sí que tengo una hija y la quiero de verdad.

HAMLET - No, eso no se sigue.

POLONIO - Pues, ¿cómo se sigue?

HAMLET - Así: «Por azar, cual Dios dirá.» Que sabéis que continúa: «Sucedió, como se vio... » Lo demás lo tenéis en la primera estrofa de la devota canción, que aquí llegan pasatiempos. (*Entran cuatro o cinco Actores*) Bienvenidos, señores, bienvenidos todos - Me alegra verte tan bien - Bienvenidos, amigos - ¡Mi viejo amigo! Te ha salido barba desde que te vi. ¿No te subirás a mis barbas aquí, en Dinamarca? - ¡Ah, mi joven señora! Válgame, desde la última vez que os vi, vuestra merced se ha acercado al cielo en la altura de un chapín. Dios quiera que no hayas mudado la voz y suene a moneda falsa - Señores, sed todos bienvenidos. Ahora, a lanzarse contra lo que salga, como cetreros franceses. Anda, a recitar. Venga, una prueba de tus dotes; vamos, un fragmento que conmueva.

ACTOR 1 - ¿Cuál, señor?

HAMLET - Te oí una vez recitar un fragmento que nunca se representó; a lo sumo, una sola vez. La obra, lo recuerdo bien, no gustó a la multitud, era caviar para el público. Pero, en mi sentir y en el de otros cuyo juicio en la materia pesa más que el mío, era una obra magnífica, bien concertada, y compuesta con tanta medida como arte. Recuerdo que alguien dijo que no había pimienta en los versos que los hiciera picantes, ni nada en el lenguaje que pudiera acusar al autor de afectación, sino que tenía un estilo comedido. En ella me gustaba más que nada un fragmento, el relato de Eneas a Dido, especialmente la parte que trata de la muerte de Príamo. Si aún vive en tu memoria, empieza donde dice... A ver, a ver: «El áspero Pirro, cual la fiera hircana...» No, así, no. Empieza con Pirro: «El áspero Pirro, con sable armadura, negra cual su intento e igual que la noche cuando en el funesto corcel iba oculto, ha untado su negra y horrificada efigie de heráldica infausta. De pies a cabeza vestido de gules, hebras pavorosas de sangre de padres, madres, hijas, hijos, cocida y reseca por calles que abrasan y dan una luz violenta y maldita a su odiosa muerte. Quemado de furia y fuego,

cubierto de sangre cuajada, carbunclos sus ojos, Pirro infernal busca al anciano Príamo.» Sigue tú.

POLONIO - Por Dios, que lo habéis dicho muy bien, con buena dicción y gran mesura.

ACTOR 1 - «Al punto le halla en vana ofensiva. Su espada vetusta yace donde cae, hostil a sus órdenes, rebelde a su brazo. En lid desigual Pirro embiste a Príamo y yerra en su rabia, pero con el soplo de su rudo acero el anciano cae. La inánime Ilión, cual sintiendo el golpe, con torres en llamas se viene a tierra, y su hórrido estruendo a Pirro suspende: he ahí que su espada, en trance de herir la nívea cabeza del viejo patriarca, se paró en el aire. Cual imagen de un tirano quedó Pirro, quien, inmóvil entre propósito y acto, no hacía nada. Mas tal como ocurre ante una tormenta, el cielo callado, las nubes tranquilas, los vientos en calma, y toda la tierra muda cual la muerte, de pronto el trueno estremece el aire; así, tras la pausa, se excita otra vez la venganza de Pirro; y nunca golpeó el martillo de un cíclope con menos piedad la armadura de Marte, de forja perpetua, que ahora golpea a Príamo el arma sangrienta de Pirro. ¡Atrás, ramera Fortuna! ¡Oíd, dioses! ¡En santo concilio quitadle su fuerza, rompedle a su rueda los radios y pinas, haciendo que el cubo rueda desde el cielo y caiga en el tártaro!»

POLONIO - Demasiado largo.

HAMLET - Irá al barbero, junto con tu barba - Sigue, te lo ruego. Éste sólo quiere mojjigangas o cuentos verdes; si no, se duerme. Sigue. Llega a lo de Hécuba.

ACTOR 1 - «Mas quien a la reina viese en su arrebozo... »

HAMLET - ¿«Arrebozo»?

POLONIO - Está bien; «arrebozo» está bien.

ACTOR 1 - «... corriendo descalza, un río de lágrimas conminando al fuego; paño y no corona sobre la cabeza; vestido su cuerpo, flaco y extenuado de tanto engendrar, con manta cogida en la prisa del miedo... Quien todo esto viese, con voz venenosa contra el poder de Fortuna se alzaría. Hubiéranla visto entonces los dioses, cuando ella vio a Pirro en cruel pasatiempo cortando a su esposo en tristes pedazos, a no ser que lo mortal no los conmueva, el mero estallido de pena y dolor habría hecho llorar a los ojos del cielo y sufrir a los dioses».

POLONIO - Mirad: se le altera el semblante y le brotan las lágrimas - No sigas, te lo ruego.

HAMLET - Ya basta. Pronto declamarás el resto - Mi buen señor, ¿queréis cuidaros de hospedar bien a los actores? Oídme: que sean bien tratados, pues son el compendio y la crónica del mundo. Más os vale un mal epitafio a vuestra muerte que sufrir en vida su censura.

POLONIO - Señor, los trataré como se merecen.

HAMLET - ¡Cuerpo de Dios, mucho mejor! Tratad a cada uno como se merece y, ¿quién escapa al látigo? Tratadlos según vuestro honor y dignidad: cuanto menos merezcan, más mérito tendrá vuestra largueza. Acompañadlos.

POLONIO - Venid, señores.

(Sale con todos los Actores menos el primero).

HAMLET - Seguidle, amigos. Mañana habrá función - Oye, amigo, ¿podéis representar «El asesinato de Gonzago»?

ACTOR 1 - Sí, mi señor.

HAMLET - Será para mañana noche. Si es preciso, ¿podrías aprenderte de memoria un fragmento de doce a dieciséis versos que yo puedo escribir e intercalar?

ACTOR 1 - Sí, mi señor.

HAMLET - Muy bien. Sigue al caballero y no te burles de él. *(Sale el Actor 1)* Mis buenos amigos, hasta la noche. Sed bienvenidos a Elsenor.

ROSENCRANTZ *(Despidiéndose)* Mi señor...

(Salen Rosencrantz y Guildenstern)

HAMLET - Quedad con Dios - Ahora ya estoy solo. ¡Ah, qué innoble soy, qué mísero canalla! ¿No afea mi conducta el que este actor, en su fábula, fingiendo sentimiento, acomode su alma a una imagen al punto que su rostro palidezca, le broten lágrimas, el semblante se le mude, la voz se le entrecorte, y que aplique todo el cuerpo a la expresión de su imagen? Y todo por nada. ¿Por Hécuba? ¿Quién es Hécuba para él, o él para Hécuba, que le hace llorar? ¿Qué haría si tuviese el motivo y la llamada al sentimiento que yo tengo? Ahogar el teatro con sus lágrimas, atronar con su clamor los oídos del público, enloquecer al culpable y aterrar al inocente, pasmar al ignorante y suspender los sentidos de la vista y el oído. Mas yo, vil desganado, me arrastro en la apatía como un soñador, impasible ante mi causa y sin decir palabra; no, ni por un rey cuya vida, su bien más

preciado, fue ruinmente aniquilada. ¿Soy un cobarde? ¿Quién me llama infame, me da en la cabeza, me arranca la barba y me la sopla a la cara, me tira de la nariz, me acusa de embustero en cuerpo y alma? ¿Quién? ¡Voto a... ! Lo sufriría. Pues seguro que soy dulce cual paloma y no tengo la hiel que encona los agravios, que, si no, ya habría cebado a los milanos del cielo con la asadura de este ruin. ¡Canalla inhumano rijoso, sensual, desleal, desnaturalizado! ¡Oh, venganza! ¡Ah, qué torpe soy! Sí. ¡Buen lucimiento! Yo, hijo de un padre querido al que asesinan, movido a la venganza por cielo e infierno, como una puta me desfogo con palabras y me pongo a maldecir como una golfa o vil fregona. ¡Ah, qué vergüenza! Actúa, cerebro. He oído decir que unos culpables que asistían al teatro se han impresionado a tal extremo con el arte de la escena que al instante han confesado sus delitos; pues el crimen, aunque es mudo, al final habla con lengua milagrosa. Haré que estos actores reciten algo como el crimen de mi padre en presencia de mi tío. Observaré sus gestos, le hurgaré la herida. Al menor sobresalto ya sé qué hacer. El espíritu que he visto quizá sea el demonio, cuyo poder le permite adoptar una forma atrayente; sí, y tal vez por mi debilidad y melancolía, pues es poderoso con tales estados, me engaña para condenarme. Quiero pruebas concluyentes: el teatro es la red que atraparé la conciencia de este rey. (Sale)

(Entran el Rey, la Reina, Polonio, Ofelia, Rosencrantz y Guildenstern)

REY - ¿Y a través de circunloquios no podéis averiguar por qué afecta ese trastorno y se crispa el sosiego a tal extremo con su demencia destemplada y peligrosa?

ROSENCRANTZ - Reconoce que se siente perturbado, mas no hay modo de que diga por qué causa.

GUILDENSTERN - Ni parece que se deje sondear: cuando queremos llevarle a que revele su estado verdadero, rehúye la ocasión con su locura fingida.

REINA - ¿Os acogió bien?

ROSENCRANTZ - Como todo un caballero.

GUILDENSTERN - Y, sin embargo, muy forzado.

ROSENCRANTZ - Se resistía a conversar, mas respondió a nuestras preguntas sin reservas.

REINA - ¿Le animasteis con alguna distracción?

ROSENCRANTZ - Señora, sucedió que, de camino, dejamos atrás a unos actores. Le hablamos de ellos y, por lo visto, se alegró con la noticia. Ahora ya se encuentran en la corte y creo que tienen el encargo de actuar esta noche en su presencia.

POLONIO - Muy cierto, y me ha rogado que suplique a Vuestras Majestades que asistáis a la función.

REY - Con toda el alma, y me complace sumamente que esté con ese ánimo - Caballeros, alentadle un poco más y seguid llevándole hacia estas diversiones.

ROSENCRANTZ - Sí, Majestad.

(Salen Rosencrantz y Guildenstern)

REY - Querida Gertrudis, déjanos tú también, pues hemos planeado que venga aquí Hamlet para que pueda encontrarse con Ofelia como por azar. Su padre y yo mismo, legítimos espías, haremos de tal modo que, viendo sin ser vistos, podamos juzgar el encuentro con certeza y deducir de su conducta si lo que tanto le aqueja es realmente una afección amorosa.

REINA - Te obedezco - En cuanto a ti, Ofelia, me alegraría que la causa de la insania de Hamlet fueran tus encantos, como espero que, por el bien de los dos, tus virtudes le devuelvan al camino acostumbrado.

OFELIA - Así lo espero, señora.

(Sale la Reina)

POLONIO - Ofelia, pasea por aquí - Majestad, si os place, vamos a ocultarnos - Tú lee este libro: tal muestra de recogimiento explicará tu soledad - En esto no obramos bien: como prueba la experiencia, con el rostro devoto y el acto piadoso hacemos atrayente al propio diablo.

REY *(Aparte)* ¡Gran verdad! ¡Qué duro latigazo a mi conciencia! La cara de una golfa, repintada de color, no es más fea con el afeite que se aplica que mis actos con mis falsas palabras. ¡Ah, qué pesada carga!

POLONIO - Ya viene; retirémonos, señor.

(Salen el Rey y Polonio. Entra Hamlet).

HAMLET - Ser o no ser, esa es la cuestión: si es más noble para el alma soportar las flechas y pedradas de la áspera Fortuna o armarse contra un mar de

adversidades y darles fin en el encuentro. Morir: dormir, nada más. Y si durmiendo terminaran las angustias y los mil ataques naturales herencia de la carne, sería una conclusión seriamente deseable. Morir, dormir: dormir, tal vez soñar. Sí, ese es el estorbo; pues qué podríamos soñar en nuestro sueño eterno ya libres del agobio terrenal, es una consideración que frena el juicio y da tan larga vida a la desgracia. Pues, ¿quién soportaría los azotes e injurias de este mundo, el desmán del tirano, la afrenta del soberbio, las penas del amor menospreciado, la tardanza de la ley, la arrogancia del cargo, los insultos que sufre la paciencia, pudiendo cerrar cuentas uno mismo con un simple puñal? ¿Quién lleva esas cargas, gimiendo y sudando bajo el peso de esta vida, si no es porque el temor al más allá, la tierra inexplorada de cuyas fronteras ningún viajero vuelve, detiene los sentidos y nos hace soportar los males que tenemos antes que huir hacia otros que ignoramos? La conciencia nos vuelve unos cobardes, el color natural de nuestro ánimo se mustia con el pálido matiz del pensamiento, y empresas de gran peso y entidad por tal motivo se desvían de su curso y ya no son acción - Pero, alto: la bella Ofelia. Hermosa, en tus plegarias recuerda mis pecados.

OFELIA - Mi señor, ¿cómo ha estado Vuestra Alteza todos estos días?

HAMLET - Con humildad os lo agradezco: bien, bien, bien.

OFELIA - Señor, aquí tengo recuerdos que me disteis y que hace tiempo pensaba devolveros. Os lo suplico, tomadlos.

HAMLET - No, no. Yo nunca os di nada.

OFELIA - Mi señor, sabéis muy bien que sí, y con ellos palabras de aliento tan dulce que les daban más valor. Perdida su fragancia, tomad vuestros presentes: para el ánimo noble, cuando olvida el donante se empobrecen sus dones. Tomad, señor.

HAMLET - ¡Ajá! ¿Eres honesta?

OFELIA - ¡Señor!

HAMLET - ¿Eres bella?

OFELIA - ¿Qué queréis decir?

HAMLET - Que si eres honesta y bella, tu honestidad no debe permitir el trato con tu belleza.

OFELIA - ¿Puede haber mejor comercio, señor, que el de honestidad y belleza?

HAMLET - Pues sí, porque la belleza puede transformar la honestidad en alcahueta antes que la honestidad vuelva honesta a la belleza. Antiguamente esto era un absurdo, pero ahora los tiempos lo confirman. Antes te amaba.

OFELIA - Señor, me lo hicisteis creer.

HAMLET - No debías haberme creído, pues la virtud no se puede injertar en nuestro viejo tronco sin que quede algún resabio. Así que no te amaba.

OFELIA - Más me engañé.

HAMLET - ¡Vete a un convento! ¿Es que quieres criar pecadores? Yo soy bastante decente, pero puedo acusarme de cosas tales que más valdría que mi madre no me hubiese engendrado. Soy muy orgulloso, vengador, ambicioso, con más disposición para hacer daño que ideas para concebirlo, imaginación para plasmarlo o tiempo para cumplirlo. ¿Por qué gente como yo ha de arrastrarse entre la tierra y el cielo? Todos somos unos miserables: no nos creas a ninguno. Venga, vete a un convento. ¿Dónde está tu padre?.

OFELIA - En casa, señor.

HAMLET - Cerrad bien las puertas, que sólo haga el bobo allí dentro. Adiós.

OFELIA - ¡El cielo le asista!

HAMLET - Si te casas, sea mi dote esta maldición: serás más casta que el hielo y más pura que la nieve, y no podrás evitar la calumnia. Vete a un convento, anda, adiós. O si es que has de casarte, cástate con un tonto, pues el listo sabe bien los cuernos que ponéis, A un convento, vamos, deprisa. Adiós.

OFELIA - ¡Santos del cielo, curadle!

HAMLET - Sé muy bien lo de vuestros afeites. Dios os da una cara y vosotras os hacéis otra. Andáis a saltitos o pausado, gangueando bautizáis todo lo creado, y hacéis pasar por inocencia vuestros dengues. Muy bien, se acabó; me ha vuelto loco. Ya no habrá más matrimonios. De los que ya están casados vivirán todos menos uno. Los demás, que sigan como están. ¡A un convento, vamos! (*Sale*)

OFELIA - ¡Ah, qué noble inteligencia destruida! Del cortesano, él sabio y el soldado, el ojo, la lengua, la espada. Esperanza y flor de nuestro reino, espejo de elegancia y modelo de conducta, blanco de observantes, y ahora destrozado. Y yo, la mujer más abatida, que gozó de la miel de sus promesas, veo ese noble y soberano entendimiento destemplado cual campanas que disuenan, esa estampa

sin par de perfecta juventud perdida en el delirio. ¡Pobre de mí! Tener que ver esto, y no lo que vi.

(Entran el Rey y Polonio)

REY - ¿Amor? No, por ahí no se encamina y, aunque fuera algo confuso, lo que ha dicho no es indicio de locura. Algo lleva en el alma que su melancolía está incubando y temo que al romperse el cascarón habrá peligro. Para evitarlo, como medida inmediata he decidido que parta sin demora hacia Inglaterra a reclamar el tributo que nos debe. Quizá la travesía, el cambio de país y de escenario consigan arrancarle de su pecho la inquietud tan arraigada, que no deja reposo a su cerebro y le saca de sí mismo. ¿Qué os parece?

POLONIO - Le hará bien. Aunque yo sigo creyendo que la causa y fundamento de su mal es amor desestimado - ¿Qué hay, Ofelia? No nos cuentes lo del Príncipe Hamlet: lo hemos oído todo - Señor, obrad como gustéis, mas, si os parece, después de la función, permitid que su madre la reina le inste a solas a que revele sus penas. Que sea clara con él. Yo, con vuestra venia, pondré mi oído al alcance de su plática. Si nada descubre, mandadle a Inglaterra o recludle donde juzguéis conveniente.

REY - Vigíladle. La locura de un grande no debe descuidarse. *(Salen)*.

(Entran Hamlet y dos o tres Actores)

HAMLET - Te lo ruego, di el fragmento como te lo he recitado, con soltura de lengua. Más si voceas, como hacen tantos cómicos, me dará igual que mis versos los diga el pregonero. Y no cortes mucho el aire con la mano, así; hazlo todo con mesura, pues en un torrente, tempestad y, por así decir, torbellino de emoción has de adquirir la sobriedad que le pueda dar fluidez. Me exaspera ver cómo un escandaloso con peluca desgarrada y hace trizas la emoción de un recitado atronando los oídos del vulgo, que, en su mayor parte, sólo aprecia el ruido y las pantomimas más absurdas. Haría azotar a ése por inflar a Termagante: eso es más herodista que Herodes. Te lo ruego, evítalo.

ACTOR 1 - Esté segura Vuestra Alteza.

HAMLET - Tampoco seas muy tibio: tú deja que te guíe la prudencia. Amolda el gesto a la palabra y la palabra al gesto, cuidando sobre todo de no exceder la naturalidad, pues lo que se exagera se opone al fin de la actuación, cuyo objeto ha sido y sigue siendo poner un espejo ante la vida: mostrar la faz de la virtud, el semblante del vicio y la forma y carácter de toda época y momento. Si esto se agiganta o no se alcanza, aunque haga reír al profano, disgustará al juicioso, cuya sola opinión debéis valorar mucho más que un teatro lleno de ignorantes. No

quiero ser irreverente, pero he visto actores elogiados por otros en extremo que, no teniendo acento de cristiano, ni andares de cristiano, pagano u hombre alguno, se contonean y braman; de tal modo que parece que los hombres fuesen obra de aprendices de la Naturaleza, viendo lo vilmente que imitan a la humanidad.

ACTOR 1 - Señor, espero que eso lo tengamos bastante dominado.

HAMLET - Dominadlo del todo. Y que el gracioso no se salga de su texto, pues los hay que se ríen para hacer reír a un grupo de pasmados, aunque sea en algún momento crítico del drama. Eso es infame, y demuestra una ambición muy lamentable en el gracioso. Anda, preparaos. (*Salen los Actores. Entran Polonio, Rosencrantz y Guildenstern*) ¿Qué hay, señor? ¿Va a asistir el rey a la función?

POLONIO - Con la reina, y en seguida.

HAMLET - Apremiad a los actores. (*Sale Polonio*) ¿Queréis ayudarle a darles prisa?

ROSENCRANTZ Y GUILDENSTERN - Sí, Alteza. (*Salen*)

(*Entra Horacio*)

HAMLET - ¡Eh, Horacio!

HORACIO - Aquí estoy, mi señor, a vuestras órdenes.

HAMLET - Horacio, eres el más ponderado de cuantos hombres haya conocido.

HORACIO - Querido señor...

HAMLET - No, no pienses que te adulo. ¿Qué ventaja podría yo esperar de ti, que no tienes más renta para comer y vestirme que tus propias cualidades? ¿A qué adular al pobre? No, que la lengua melosa endulce vanidades y se doblen las solícitas rodillas si el halago rinde beneficio. Escucha. Desde que mi persona aprendió a escoger y supo distinguir, su elección recayó en ti. Tú has sido como aquel que, sufriendo todo, nada sufre; un hombre que, sereno, recibe por igual reveses y favores de Fortuna. Dichoso el que armoniza pasión y buen sentido y no es flauta al servicio de Fortuna por sonar como le plazca. Dame un hombre que no sea esclavo de emociones, y le llevaré en mi corazón; sí, en el corazón del corazón, como yo a ti. Pero ya basta. Esta noche actúan ante el rey. Las circunstancias de una escena se aproximan a las que ya te dije de la muerte de mi padre. Te lo ruego, cuando presenten el hecho observa a mi tío con la máxima atención que te dé el alma. Si durante un fragmento no sale a la luz su escondida

culpa, el espectro que hemos visto está maldito y mis figuraciones son inmundas cual la fragua de Vulcano. Fíjate en él; yo pienso clavarle mis ojos en su cara. Después uniremos pareceres cuando juzguemos su reacción.

HORACIO - Sí, Alteza. Si durante la comedia hurta algo a mi atención y se me escapa, yo pagaré el robo.

HAMLET - Ya vienen a la función. Me haré el loco. Búscate un sitio.

(Marcha danesa. Toque de clarines. Entran el Rey, la Reina, Polonio, Ofelia, Rosencrantz, Guildenstern y Nobles del Séquito, con la Guardia Real llevando antorchas)

REY - ¿Cómo lo pasa mi sobrino Hamlet?

HAMLET - Pues muy bien; con el yantar camaleónico: vivo del aire, relleno de promesas. Ni el capón se ceba así.

REY - ¡No entiendo tus palabras, Hamlet. A mí no me responden.

HAMLET - Ni a mí tampoco. *(A Polonio)* Señor, actuasteis una vez en la universidad, ¿no es así?

POLONIO - Sí, Alteza, y me tenían por buen actor.

HAMLET - ¿Y qué papel representasteis?

POLONIO - El de Julio César. Me mataron en el Capitolio. Me mató Bruto.

HAMLET - Bruto capital tenía que ser para matar a ese cabestro - ¿Están listos los cómicos?

ROSENCRANTZ - Sí, Alteza. Esperan vuestra orden.

REINA - Mi buen Hamlet, ven; siéntate a mi lado.

HAMLET - No, buena madre; aquí hay un imán más atrayente.

POLONIO - *(Al Rey)* ¡Vaya! ¿Habéis oído?

HAMLET - Señora, ¿puedo echarme en vuestra falda?

OFELIA - No, mi señor.

HAMLET - Quiero decir apoyando la cabeza.

OFELIA - Sí, mi señor.

HAMLET - ¿Creéis que pensaba en el asunto?

OFELIA - No creo nada, señor.

HAMLET - No está mal lo de echarse entre las piernas de una dama.

OFELIA - ¿Cómo, señor?

HAMLET - Nada.

OFELIA - Estáis alegre, señor.

HAMLET - ¿Quién, yo?

OFELIA - Sí, Alteza.

HAMLET - ¡Vaya por Dios! ¡Vuestro autor de mojigangas! Pero, ¿qué puede hacer uno sino estar alegre? Mirad lo contenta que está mi madre, y mi padre murió hace menos de dos horas.

OFELIA - No, hace dos veces dos meses.

HAMLET - ¿Tanto? Entonces al diablo estas ropas, que mi luto será fastuoso. ¡Por Dios! ¡Muerto hace dos meses y aún no olvidado! Entonces hay esperanza de que el recuerdo de un gran hombre le sobreviva seis meses. ¡Por la Virgen! Tendrá que construir iglesias o soportar el olvido, igual que el caballito, cuyo epitafio reza: «¡Qué pecado! Al caballito olvidaron»

(Suenan oboes. Se inicia la pantomima. Entran un Rey y una Reina, abrazándose con gran ternura. La Reina se arrodilla y con gestos le asegura su amor. El Rey la levanta, le pone la cabeza sobre el hombro y se tiende sobre un lecho de flores. Ella, al verle dormido, se aleja. Pronto entra un hombre, que le quita la corona, la besa, vierte veneno en los oídos del rey y sale. Vuelve la Reina, le ve muerto y hace gestos de dolor. El Envenenador, con dos o tres comparsas, vuelve a entrar y da muestras de condolencia. Se llevan el cadáver. El envenenador corteja a la Reina con regalos. Al principio, ella parece reacia y opuesta, pero al final acepta su amor. Salen)

OFELIA - ¿Qué significa eso, señor?

HAMLET - Es un malhecho al acecho, que quiere decir desastre.

OFELIA - Tal vez la pantomima exprese el argumento de la obra.

(Entra el Faraute)

HAMLET - Éste nos lo dirá. Los cómicos no saben guardar secretos; lo cuentan todo.

OFELIA - ¿Explicará lo que hemos visto?

HAMLET - Eso o lo que queráis enseñarle. Si no os da reparo que mire, a él tampoco le dará deciros qué significa.

OFELIA - ¡Qué malo, qué malo sois! Voy a seguir la obra.

FARAUTE - Al presentar la tragedia rogamos vuestra clemencia y vuestra atenta paciencia. *(Sale)*

HAMLET - ¿Qué es esto, un prólogo o un lema de sortija?

OFELIA - Ha sido breve, señor.

HAMLET - Como amor de mujer.

(Entran Actor Rey y Actor Reina)

ACTOR REY - El carro de Febo ya dio treinta vueltas al mar de Neptuno y al orbe de Gea, y al mundo han bañado treinta veces doce lunas rutilantes otras tantas noches desde que Himeneo y Amor nos juntaron las manos y almas en vínculo santo.

ACTOR REINA - Haya tantos giros de luna y de sol antes que se pierda nuestro inmenso amor. Mas, ¡pobre de mí! Te veo tan doliente y sin la alegría que has gozado siempre, que estoy alarmada. Mas, aunque esté inquieta, señor, tú no debes sentir impaciencia, pues ansia y amor de mujer cambian juntos: ambos en exceso o nada ninguno. Ya te he demostrado cuán grande es mi amor, y de esa medida ahora es mi temor.

ACTOR REY - Muy pronto, mi amor, habré de dejarte, pues ya no soy dueño de mis facultades. Honrada y amada, sola quedarás en el bello mundo; y esposo, quizá, con igual carifio...

ACTOR REINA - ¡No sigas, no sigas! Traición a mi alma tal amor sería. Si tomo otro esposo, él sea mi infierno, pues quiere un segundo quien mató al primero.

HAMLET - ¡Ajenjo, ajenjo!

ACTOR REINA - A otro matrimonio nunca dan lugar razones de amor, mas de utilidad. A mi esposo muerto mataría otra vez si en el lecho a otro yo fuese a ceder.

ACTOR REY - No dudo que sientas lo que ahora me dices, mas muchos designios no suelen cumplirse; pues son los esclavos de nuestra memoria: fuertes cuando nacen, mas su fuerza es corta. Como el fruto verde, se aferran al árbol; cuando están maduros, caen sin tocarlos. Todos olvidamos, y por conveniencia, pagarnos nosotros nuestras propias deudas. Si nos proponemos algo con pasión, veremos que muere pasado el ardor; pues, cuando es violenta, la pena o la dicha en sus propios actos se mata a sí misma. Donde hay grande dicha, la pena más daña: la dicha y la pena oscilan por nada. El mundo es fugaz, y extrañar no debe que nuestro amor mismo cambie con la suerte, pues al juicio nuestro queda la cuestión: si amor guía a fortuna o fortuna a amor. Cuando el grande cae, sus íntimos huyen; no tendrá enemigos el pobre que sube. El amor, por tanto, sirve a la fortuna, y para el pudiente amigos abundan; pruebe a un falso amigo quien sufra escasez y un gran enemigo pronto ha de tener. Mas, para acabar donde he comenzado, deseo y destino corren tan contrarios que nuestros designios siempre se deshacen: la intención es nuestra, más no el desenlace. Dices que no piensas casarte con otro; morirá tu idea tras morir tu esposo.

ACTOR REINA - Ni frutos la tierra, ni luz me dé el cielo, ni solaz el día, ni la noche el sueño. ¡Que todo contrario que enturbie la dicha destruya los grandes deseos de mi vida! ¡Que aquí y más allá me acose la angustia si vuelvo a casarme cuando yo sea viuda!

HAMLET - ¡Como no lo cumpla...!

ACTOR REY - Solemne promesa. Y ahora déjame: el sueño me vence y deseo distraer el tiempo durmiendo. (*Se duerme*)

ACTOR REINA - Tu mente descansa, y que la desgracia jamás nos separe. (*Sale*)

HAMLET - Señora, ¿qué os parece la obra?

REINA - Creo que la dama promete demasiado.

HAMLET - Más cumplirá su palabra.

REY - ¿Conoces el argumento? ¿No hay nada que ofenda?

HAMLET - No, no. Todo es simulado, incluso el veneno. No hay nada que ofenda.

REY - ¿Cómo se llama la obra?

HAMLET - «La ratonera.» ¿Que por qué? Es metafórico. La pieza representa un crimen cometido en Viena. El duque se llama Gonzago; su esposa, Baptista. Ya veréis. Una canallada, pero, ¿qué más da? A Vuestra Majestad y a los libres de culpa no nos toca. El jamelgo, que respingue, que nuestros lomos no pican. (*Entra Luciano*) Este es un tal Luciano, sobrino del rey.

OFELIA - Hacéis muy bien de coro, Alteza.

HAMLET - Podría decir el diálogo entre vos y vuestro amado si viera a los títeres en danza.

OFELIA - Estáis muy mordaz, señor.

HAMLET - Quitarme el hambre os costará un buen suspiro.

OFELIA - Cuanto mejor, peor.

HAMLET - Así confundís a los maridos - Empieza, criminal. ¡Venga! Déjate de muecas y empieza. Vamos, que el cuervo ha graznado en son de venganza.

LUCIANO - Negros pensamientos, poción, manos prestas, sazón favorable, nadie que lo vea; ponzoña de hierbas en sombras cogidas, tres veces por Hécate infecta y maldita, tu natural magia e influjo maléfico, la salud y vida róbenle al momento. (*Le vierte el veneno en el oído*)

HAMLET - Le envenena en el jardín para quitarle el reino. Se llama Gonzago. La historia se conserva y está escrita en espléndido italiano. Ahora veréis cómo el asesino se gana el amor de la esposa de Gonzago.

OFELIA - El rey se levanta.

HAMLET - ¡Cómo! ¿Le asusta el fogueo?.

REINA - Mi señor, ¿qué os pasa?

POLONIO - ¡Cese la función!

REY - Traedme luz. Vámonos.

NOBLES - ¡Luces, luces, luces!

(Salen todos menos Hamlet y Horacio)

HAMLET - Dejad que, herido, llore el corzo y brinque el gamo ileso, pues, si unos duermen, velan otros y el mundo sigue entero. Amigo, si la suerte fuese a abandonarme, con esto, un penacho de plumas y dos rosetas de Provenza en mis zapatos calados, ¿verdad que entraría de socio en una tropa de actores?

HORACIO - Con media participación.

HAMLET - No, una entera. Mi buen Damón, ya te he contado que el reino fue muy pronto de nuestro Jove despojado y ahora reina un... mico.

HoRACIO - Así no hay rima.

HAMLET - ¡Ah, Horacio! Mil libras a que el espectro no mintió. ¿Te has fijado?

HORACIO - Perfectamente, Alteza.

HAMLET - ¿Al mencionarse el veneno?

HORACIO - Le observé muy bien.

(Entran Rosencrantz y Guildenstern)

HAMLET - ¡Ajá! ¡Vamos, música! ¡Venga, las flautas! Pues si al rey no le gusta la función, será que no le gusta, y se acabó. ¡Vamos, música!

GUILDENSTERN - Señor, concededme un momento.

HAMLET - Todo un siglo.

GUILDENSTERN - El rey...

HAMLET - Ah, sí, ¿qué le pasa?

GUILDENSTERN - Está en sus aposentos y alterado.

HAMLET - ¿Por el vino?

GUILDENSTERN - No, Alteza, de cólera.

HAMLET - Tenías que haber sido más sensato y decírselo a su médico, pues, si de mí depende el que se purgue, quizá se agrave su cólera.

GUILDENSTERN - Mi señor, poned en orden las palabras y no os apartéis tan bruscamente de mi asunto.

HAMLET - Estoy suave. Declama.

GUILDENSTERN - Vuestra madre la reina, con el ánimo angustiado, me envía a vos.

HAMLET - Sé bienvenido.

GUILDENSTERN - No, Alteza; esta clase de cumplido no es de buena ley. Si tenéis a bien darme una respuesta sana, cumpliré el encargo de vuestra madre. Si no, vuestro permiso y mi vuelta pondrán fin a este asunto.

HAMLET - No puedo.

GUILDENSTERN - ¿No podéis qué, señor?

HAMLET - Darte una respuesta sana: mi cabeza está enferma. Pero, en fin, cuantas respuestas pueda darte serán tuyas o, como dices, más bien de mi madre. Conque basta y al grano. Mi madre, dices...

ROSENCRANTZ - Dice que vuestra conducta la ha sumido en el pasmo y desconcierto.

HAMLET - ¡Qué maravilla de hijo, que tanto asombra a su madre! Pero, ¿qué cola trae la materna admiración?

ROSENCRANTZ - Antes que os acostéis desea hablar con vos en su aposento.

HAMLET - Será obedecida, así fuera diez veces mi madre. ¿Alguna otra cosa?

ROSENCRANTZ - Señor, antes me apreciabais.

HAMLET - Y ahora también, por mis manos pecadoras.

ROSENCRANTZ - Señor, ¿a qué se debe vuestro mal? Os empeñáis en negaros vuestra propia libertad al no confiar vuestras penas a un amigo.

HAMLET - Señor, no puedo medrar.

ROSENCRANTZ - ¿Cómo es posible, si tenéis el voto del rey para sucederle en Dinamarca?

HAMLET - Sí, pero, entre tanto, «el que espera... ». El refrán ya está pasado. *(Entra uno con una flauta)* ¡Ah, la flauta! A ver - En confianza, ¿por qué dais tantas vueltas y me ahuyentáis como si me empujarais a una trampa?

GUILDENSTERN - Mi señor, si mi lealtad es tan osada, mi afecto es descortés.

HAMLET - No entiendo bien eso. ¿Quieres tocar esta flauta?

GUILDENSTERN - Señor, no sé.

HAMLET - Te lo ruego.

GUILDENSTERN - Creedme, no sé.

HAMLET - Te lo suplico.

GUILDENSTERN - Señor, no sé tocarla.

HAMLET - Tan fácil es como mentir. Tapa estos agujeros con los dedos y el pulgar, dale aliento con la boca y emitirá una música muy elocuente. Mira, estos son los agujeros.

GUILDENSTERN - Pero no sabré sacarles ninguna melodía. Me falta el arte.

HAMLET - Vaya, mira en qué poco me tienes. Quieres hacerme sonar, parece que conoces mis registros, quieres arrancarme el corazón de mi secreto, quieres tantearme en toda la extensión de mi voz; y, habiendo tanta música y tan buen sonido en este corto instrumento, no sabes hacerle hablar. ¡Voto a... ! ¿Crees que yo soy más fácil de tocar que esta flauta? Ponedme el nombre de cualquier instrumento; aunque me destempléis, no soltaré nota. *(Entra Polonio)* Dios os guarde, señor.

POLONIO - Señor, la reina quiere hablar con vos en seguida.

HAMLET - ¿Veis esa nube que tanto se parece a un camello?

POLONIO - Por Dios que es igual que un camello.

HAMLET - Parece una comadreja.

POLONIO - El lomo es de comadreja.

HAMLET - ¿No parece una ballena?

POLONIO - Igual que una ballena.

HAMLET - Entonces iré pronto con mi madre. – (*Aparte*] Me agotan el histrionismo - Iré pronto.

POLONIO - Se lo diré. (*Sale*)

HAMLET - «Pronto» se dice pronto - Y ahora, dejadme, amigos. (*Salen todos menos Hamlet*) Ya es la hora embrujada de la noche en que se abren los sepulcros y el infierno exhala al mundo su infección. Ahora bebería sangre caliente y cometería atrocidades que, al verlas, el día se estremeciera. Ya basta. Ahora, con mi madre. No te corrompas, corazón. Que el alma de Nerón no invada mi ánimo Pierda yo bondad, mas no sentimiento. Le diré venablos, pero sin herirla. Haya hipocresía entre mi alma y mi lengua. Aunque la repruebe con duras palabras, ponerlas por obra no quiera mi alma. (*Sale*)

(*Entran el Rey, Rosencrantz y Guildenstern*)

REY - No me gusta su actitud, ni conviene a mi seguridad dejar tan libre su locura. Así que preparaos: os expido el nombramiento y él parte a Inglaterra con vosotros. Mi condición no puede tolerar un peligro tan cercano como el que engendra de hora en hora su delirio.

GUILDENSTERN - Estaremos aprestados. Es un desvelo sagrado y piadoso proteger al sinnúmero de súbditos que viven y se nutren de Vuestra Majestad.

ROSENCRANTZ - La vida personal está obligada a preservarse de los daños con la fuerza y las armas de la mente; con más razón un espíritu de cuyo bienestar dependen tantas vidas. Cuando muere un rey no muere solo, sino que, cual remolino, arrastra cuanto le rodea. Es una rueda ingente, colocada en la cima del monte más alto, en cuyos radios enormes se entallan diez mil piezas menudas, de modo tal que, cuando cae, todo aditamento, todo apéndice acompaña a su ruina estrepitosa. Pues jamás gimió un rey sin lamento general.

REY - Preparaos para la inminente travesía. Le pondremos cadenas al peligro que se mueve con tanta libertad.

ROSENCRANTZ Y GUILDENSTERN - Nos apresuraremos. (*Salen*)

(*Entra Polonio*)

POLONIO - Señor, se dirige al aposento de su madre. Yo me esconderé tras los tapices para oírlo. Seguro que le riñe a fondo. Y, como dijisteis, y dijisteis sabiamente, conviene que alguien más que una madre, pues ellas son parciales por naturaleza, escuche la plática a escondidas. Adiós, Majestad. Antes que os acostéis, pasaré a veros y contaros lo que sepa.

REY - Gracias, señor. (*Sale Polonio*) ¡Ah, inmundo es mi delito, su hedor llega hasta el cielo! Lleva la primera y primitiva maldición el fratricidio. Rezar no puedo. Fuertes son inclinación y voluntad, pero más fuerte es la culpa, y las derrota. Como un hombre enfrentado a un doble objeto, dudo por cuál he de empezar y no emprendo ninguno. ¿Y si esta mano maldita se agrandara con la sangre de un hermano, no habría lluvia en los cielos piadosos para dejarla más blanca que la nieve? ¿Para qué sirve la gracia si no es para mirar al pecado cara a cara? ¿Y qué hay en la oración sino el doble poder de impedirnos obrar mal o perdonarnos si caemos?. Tendré ánimo. El daño está hecho, más, ¿qué suerte de oración me serviría? ¿«Perdona mi inmundo asesinato»? Imposible, pues aún gozo de los frutos por los que cometí el asesinato: la corona, la reina, mi ambición. ¿Nos pueden perdonar sin quitarnos el provecho? En la usanza corrupta de este mundo la mano dadivosa del culpable desplaza a la justicia; y es sabido que el propio botín compra a la ley. Más no en el cielo: allí no hay fraude, allí el acto muestra su color verdadero, y nos obligan, habiendo de hacer frente a nuestras faltas, a declarar contra nosotros. Entonces, ¿qué me resta? Ver qué puede el arrepentimiento. ¿Qué no podrá? Más, ¿qué puede cuando uno ya no puede arrepentirse? ¡Miserable estado! ¡Corazón más negro que la muerte! ¡Oh, alma atrapada, que luchando por librarse más se enreda! ¡Amparadme, ángeles, queredlo! Doblaos, rígidas rodillas, y tú, pecho de acero, sé tierno como un recién nacido. Tal vez sea posible. (*Se arrodilla. Entra Hamlet*)

HAMLET - Ahora es buen momento, está rezando; voy a hacerlo ya. (*Desenvaina*) Entonces sube al cielo y esa es mi venganza. Esto hay que razonarlo. Un ruin mata a mi padre, y yo, su único hijo, por ello mando al cielo a ese ruin. Ah, esto es paga y recompensa, no venganza. Mató a mi padre en la impureza, saciado, en la flor de sus culpas, en plena lozanía. ¿Quién sabe cómo están sus cuentas, salvo el cielo? Mas, según nuestro saber y modo de pensar, su caso es grave. ¿Me habré vengado matándole mientras él purga su alma, cuando está preparado para el tránsito? No. Adentro, espada, y conoce sazón más horrorosa. Cuando duerma borracho o esté ardiente, o en el lecho del placer incestuoso, blasfemando en el juego o en un acto que no tenga señal de salvación, entonces le derribas; que dé voces al cielo y su alma sea más negra y más maldita que el infierno adonde va. Mi madre aguarda. Tu rezo los días enfermos te alarga. (*Sale*)

REY - Vuelan mis palabras, queda el pensamiento. Palabras vacías no suben al cielo.

(Entran la Reina y Polonio)

POLONIO - Viene en seguida. Censuradle a fondo. Decid que sus excesos ya son insufribles y que Vuestra Majestad le ha protegido de las iras. No voy a hablar más. Os lo ruego, sed clara con él.

HAMLET – *(Dentro)* ¡Madre, madre, madre!

REINA - Así lo haré. Perded cuidado. Escondeos, que ya viene.

(Entra Hamlet)

HAMLET - Y bien, madre, ¿qué ocurre?

REINA - Hamlet, has ofendido mucho a tu padre.

HAMLET - Madre, tú has ofendido mucho a mi padre.

REINA - Vamos, vamos, replicas con lengua muy suelta.

HAMLET - Venga, venga, preguntas con lengua perversa.

REINA - ¿Qué es esto, Hamlet?

HAMLET - ¿Qué ocurre ahora?

REINA - ¿Olvidas quién soy?

HAMLET - Por la cruz, nada de eso. Eres la reina, esposa del hermano de tu esposo y, ojala no lo fueras, pero eres mi madre.

REINA - Muy bien. Te mandaré a quien sepa hablarte.

HAMLET - Vamos, vamos, siéntate. Tú no te mueves ni te vas hasta que ponga frente a ti un espejo que te enseñe tus adentros.

REINA - ¿Qué vas a hacer? ¿No irás a matarme? ¡Ah, socorro, socorro!

POLONIO – *(Detrás del tapiz)* ¡Ah, socorro, socorro, socorro!

HAMLET - ¡Cómo! ¿Una rata? ¡Por un ducado la mato! (*Mata a Polonio atravesando el tapiz*).

POLONIO - ¡Ah, me han matado!

REINA - ¡Ay de mí! ¿Qué has hecho?

HAMLET - Pues no sé. ¿Es el rey?

REINA - ¡Ah, qué locura criminal es esta!

HAMLET - ¿Criminal? Casi tanto, buena madre, como matar a un rey y casarse con su hermano.

REINA - ¿Matar a un rey?

HAMLET - Sí, señora, eso he dicho - Y tú, bobo, imprudente, entrometido, adiós. Te creí tu superior. Acepta tu suerte. Pasarse de curioso trae peligro - No te retuerzas más las manos. Calma, siéntate; yo seré quien te retuerza el corazón si está hecho de materia permeable y la ruin costumbre no lo ha vuelto tan duro que no pueda expugnarlo el sentimiento.

REINA - ¿Qué he hecho yo para que me hables así con lengua tan ruidosa y ofensiva?

HAMLET - Una acción tal que empaña el cándido rubor de la decencia, llama hipocresía a la virtud, quita la rosa de la frente al amor puro dejándole un estigma, vuelve los esponsales tan falsos como juramentos de tahúr. Ah, tal acción que del sagrado contrato arranca el alma, cambiando en palabrería la santa religión. El cielo enrojece sobre esta sólida esfera y, con triste semblante, como si aguardara el Día del Juicio, está angustiado por tu acción.

REINA - ¡Ay de mí! ¿Qué acción, que se anuncia tronando y rugiendo?

HAMLET - Mira este retrato, y ahora éste; imágenes son de dos hermanos. Ve la gallardía de este rostro, los rizos de Hiperión, la frente de Júpiter, los ojos de Marte, que ordenan o amenazan; el porte de Mercurio el mensajero posándose en una montaña sublime. En verdad, una alianza y una forma en que los dioses dejaron su sello para ratificar lo que es un hombre. Él fue tu marido. Mira lo que sigue. Este es tu marido, espiga podrida que infecta a su hermano. ¿Tienes ojos? ¿Dejaste de pastar en tan hermoso monte para cebarte en este páramo? ¿Eh? ¿Tienes ojos? No lo llames amor, pues a tu edad el ardor de la sangre está amansado y se somete al juicio. ¿Y qué juicio llevaría de éste a éste? ¿Qué demonio te ha engañado a la gallina ciega? ¡Ah, vergüenza! ¿Y tu rubor? Ardiente

infierno, si te inflamas en cuerpo de matrona, en la fogosa juventud la castidad sea como cera y en su fuego se derrita. No hables de impudicia si se enciende la indómita pasión cuando el hielo también arde y la razón sirve al deseo.

REINA - ¡Ah, Hamlet, no sigas! Me vuelves los ojos hacia el fondo de mi alma, y en ella veo manchas negras y profundas que no pueden borrarse.

HAMLET - No, vivirán en la náusea y el sudor de una cama pringosa, cociéndose en el vicio y la inmundicia entre arrullos y ternezas.

REINA - ¡No sigas hablando! Cual puñales tus palabras me traspasan los oídos. ¡Basta, buen Hamlet!

HAMLET - Un asesino, un infame; un canalla que no llega a los talones del que fue tu marido; un payaso de rey, el ratero del reino y el poder, que robó la corona del estante para echársela al bolsillo...

REINA - ¡Basta!

HAMLET - Un rey de parches y pingajos... (*Entra el Espectro en ropa de noche*) ¡Salvadme y envolvedme en vuestras alas, ángeles del cielo! ¿Qué deseas, noble figura?

REINA - ¡Ay, está loco!

HAMLET - ¿Vienes a reñirle a tu hijo indolente que, dejando pasar tiempo y fervor, no pone por obra tu fiero mandato? ¡Habla!

ESPECTRO - No lo olvides. Esta aparición sólo quiere aguzar tu embotado propósito. Pero mira el desconcierto de tu madre. Interponte entre ella y su alma en lucha. La imaginación de los más débiles opera con más fuerza. Háblale, Hamlet.

HAMLET - ¿Cómo estás, madre?

REINA - ¡Ah! ¿Cómo estás tú, que clavas la mirada en el vacío y conversas con el aire incorpóreo? Por tus ojos asoma tu ánimo agitado y, como guerreros despertados por la alarma, tu liso cabello se levanta cual si fuera una excrecencia viviente. ¡Ah, hijo mío! Rocía el fuego y ardor de tu mal con la fría quietud. ¿Qué es lo que miras?

HAMLET - ¡A él, a él! ¡Mira qué semblante demacrado! Si predicase a las piedras, su causa y su figura las ablandaría - No me mires, no sea que tu acto

compasivo cambie mi duro propósito. Mi objeto perdería su color: llanto en vez de sangre.

REINA - ¿A quién le dices eso?

HAMLET - ¿No ves nada ahí?

REINA - No, nada; aunque veo todo lo que hay.

HAMLET - ¿Ni has oído nada?

REINA - No, sólo nuestras voces.

HAMLET - ¡Ah, mira! ¡Ve cómo se aleja! ¡Mi padre, vestido como en vida! ¡Mira cómo sale por la puerta!

(Sale el Espectro)

REINA - No es más que un ensueño de tu mente. El delirio es muy hábil en crear apariciones.

HAMLET - ¿Delirio? Mi pulso late acompasado como el tuyo y da una música tan sana. No es locura lo que he dicho. Ponme a prueba y yo repetiré mis palabras, de lo cual huiría la locura. Madre, por el cielo, no pongas un bálsamo a tu alma que muestre mi demencia y no tu culpa. Será una fina piel sobre la llaga, mientras, invisible, la inmundada podredumbre por dentro todo infecta. Confiésate al cielo, llora el pasado, evita tentaciones; no quieras abonar la mala hierba y hacerla más frondosa. Perdona mi virtud, pero en estos tiempos de molice y saciedad la virtud ha de excusarse con el vicio e implorar que le deje socorrerle.

REINA - ¡Ah, Hamlet! Me has partido en dos el corazón.

HAMLET - Pues tira la peor parte y con la otra mitad vive más pura. Buenas noches. No vayas al lecho de mi tío. Aparenta virtud, aunque no tengas. Esta noche abstente; eso dará mayor facilidad a la próxima abstinencia. Buenas noches otra vez. Cuando ruegues la divina bendición, yo te pediré la tuya - En cuanto a este caballero, lo siento de veras. Pero el cielo ha querido, haciéndome su azote y su verdugo, castigarme a mí con él y a él conmigo. Le sacaré de aquí y responderé de su muerte. Una vez más, buenas noches. Tengo que ser cruel sólo por afecto. Lo peor vendrá; esto es el comienzo.

REINA - ¿Qué puedo hacer?

HAMLET - De ningún modo lo que yo te diga: dejar que el flácido rey te atraiga a su lecho, te pellizque la cara, te llame paloma y que, por un par de besos inmundos, o sobándote el cuello con sus dedos malditos, consiga que le aclares el enigma: que, en realidad, toda mi locura es fingimiento. Estaría bien decírselo. ¿Podría una reina gentil, modosa, prudente, ocultarle cuestiones de tal entidad a un sapo, un murciélago, un morrongo? ¿Podría? No: a despecho de juicio y reserva, abre la jaula en el tejado, deja volar a los pájaros y, como el célebre mono, haz la prueba metiéndote en la jaula y estréllate al caer.

REINA - Si el habla es aliento, y el aliento, vida, te aseguro que vida no tendré para contar lo que has dicho.

HAMLET - He de ir a Inglaterra. ¿Lo sabías?

REINA - ¡Ah, lo había olvidado! Está decidido.

HAMLET - Éste va a adelantarme el viaje. Le arrastraré el pellejo a la otra estancia. Madre, buenas noches ya. Este dignatario, que en vida fue un torpe y servil palabrero, ahora es un sepulcro callado y secreto. – Vamos, señor, acabemos el asunto. – Buenas noches, madre. (*Sale arrastrando a Polonio*)

(*Entra el Rey*)

REY - Algo hay en tus suspiros y sollozos. Tienes que explicármelo. Es propio que lo sepa. ¿Dónde está tu hijo?

REINA - ¡Ay, esposo, lo que he visto esta noche!

REY - ¡Pobre Gertrudis! ¿Cómo está Hamlet?

REINA - Más loco que el viento y el mar cuando ambos luchan a porfía. En su paroxismo, al ver que algo se movía tras el tapiz, desenvaina gritando «¡Una rata, una rata!» y en su frenética ilusión ha matado al pobre anciano allí escondido.

REY - ¡Ah, grave acción! De haber estado allí, habría sido mi muerte. Su libertad es una amenaza: para ti, para mí, para todos. ¿Y cómo defender tal acto de violencia? Yo seré el responsable: por previsión tenía que haber atado corto y recluido al joven demente. Más tanto era mi afecto que no quise entender lo inexcusable y, como el que padece una inmundicia, por no divulgarlo, he dejado que corrompa hasta el tuétano. ¿Adónde ha ido?

REINA - A llevarse el cadáver de su víctima, con quien su demencia, como veta de oro en una mina de viles metales, se muestra pura y llora lo ocurrido.

REY - Ven, Getrudis, Antes de que el sol toque la montaña ya le habré embarcado. A este acto vil habré de hacerle frente y excusarlo con toda majestad y diplomacia - ¡Guildenstern! (*Entran Rosencrantz y Guildenstern*) Amigos, procuraos más ayuda. En su demencia, Hamlet ha matado a Polonio y le ha sacado a rastras del cuarto de su madre. Buscadle, habladle cortésmente y llevad el cuerpo a la capilla. Os lo ruego, daos prisa. (*Salen Rosencrantz y Guildenstern*) Ven, Gertrudis; reunamos a los sabios amigos e informémosles de esta desgracia y de nuestras decisiones. ¡Ven ya, vamos! Mi alma está llena de angustia y desánimo. (*Salen*)

(*Entra Hamlet*)

HAMLET - A buen recaudo.

ROSENCRANTZ Y GUILDENSTERN – (*Dentro*) ¡Hamlet! ¡Príncipe Hamlet!

HAMLET - ¿Qué ruido es ese? ¿Quién llama a Hamlet? ¡Ah, aquí están!

(*Entran Rosencrantz y Guildenstern*)

ROSENCRANTZ - Señor, ¿qué habéis hecho con el cadáver?

HAMLET - Mezclarlo con el polvo, su pariente.

ROSENCRANTZ - Decidnos dónde está, para sacarlo y llevarlo a la capilla.

HAMLET - Ni lo creáis.

ROSENCRANTZ - ¿Crear qué?

HAMLET - Que puedo guardar vuestro secreto y no el mío. Además, si me interroga una esponja, ¿qué respuesta puede dar el hijo de un rey?

ROSENCRANTZ - ¿Me tomáis por una esponja, señor?

HAMLET - Sí, que chupa el favor del rey, sus recompensas, sus poderes. Al final, quien mejor sirve al rey sois vosotros; como un mono, él os guarda en un rincón de su mandíbula: primero os saborea y luego os traga. Cuando necesite lo que hayas indagado, te exprime y la esponja vuelve a quedar seca.

ROSENCRANTZ - No os entiendo, señor.

HAMLET - Me alegro. Palabra punzante no entra en oído de necio.

ROSENCRANTZ - Señor, tenéis que deciros dónde está el cuerpo y venir con nosotros ante el rey.

HAMLET - El cuerpo está con el rey, pero el rey no está con el cuerpo. El rey es una cosa.

GUILDENSTERN - Señor, ¿una cosa?

HAMLET - Una cosa de nada. Llevadme a él. ¡Que te pillo, escóndete! (*Salen*)

(*Entra el Rey*)

REY - He mandado buscarle y hallar el cadáver. Es un peligro dejar que siga libre. Más no conviene que le caiga todo el peso de la ley: le quiere la confusa multitud, que no ama con el juicio, sino con los ojos, y atiende al sufrimiento del culpable, no a la culpa. Para evitar sobresaltos, su marcha repentina debe parecer decisión bien ponderada. Dolencias extremas exigen remedios extremos o jamás se curan. (*Entra Rosencrantz*) ¿Qué hay? ¿Qué ha ocurrido?

ROSENCRANTZ - Señor, se niega a deciros dónde ha dejado el cadáver.

REY - ¿Y él dónde está?

ROSENCRANTZ - Fuera, vigilado y esperando vuestra orden.

REY - Traedle a mi presencia.

ROSENCRANTZ - ¡Guildenstern! Trae al príncipe.

(*Entran Hamlet, Guildenstern y Acompañamiento*)

REY - Bien, Hamlet, ¿dónde está Polonio?

HAMLET - De cena.

REY - ¿De cena? ¿Dónde?

HAMLET - No donde come, sino donde es comido: tiene encima una asamblea de gusanos políticos. El gusano es el gran emperador de la dieta. Nosotros engordamos engordando animales, y así estamos gordos para los gusanos. El rey gordo y el mendigo flaco son dos viandas posibles: dos platos, la misma mesa. Ahí se acaba.

REY - ¿Qué quieres decir con eso?

HAMLET - Nada, sólo mostraros cómo un rey puede viajar por las tripas de un mendigo.

REY - ¿Dónde está Polonio?

HAMLET - En el cielo. Mandad que le busquen. Si allí no le encuentra el mensajero, buscadle vos mismo en el otro sitio. Si no le encontráis de aquí a un mes, os llegará el olor al subir a la galería.

REY - ¡Buscadle allí!

HAMLET - Os estará esperando.

(Salen algunos del acompañamiento)

REY - Hamlet, por tu propia seguridad, que tanta inquietud me produce como llanto lo que has hecho, tu acción exige tu marcha inmediata. Prepárate, la nave está presta, el viento acompaña, te aguarda la escolta y todo está a punto para ir a Inglaterra.

HAMLET - ¿Inglaterra?

REY - Si, Hamlet.

HAMLET - Bueno.

REY - Así lo verás cuando sepas mi intención.

HAMLET - Veo un querubín que ya la ha visto - Bueno, vamos. ¡A Inglaterra! Adiós, querida madre.

REY - Tu tierno padre, Hamlet.

HAMLET - Madre. Padre y madre son marido y mujer, marido y mujer son una carne, así que madre - Vamos. ¡A Inglaterra! *(Sale)*

REY - Seguidle de cerca; embarcadle sin demora. No os retraséis: le quiero fuera esta noche. En marcha, que, en lo que atañe a este asunto, todo está ultimado. Daos prisa. *(Salen todos menos el Rey)* Inglaterra, si mi afecto en algo tienes como tal vez te aconseje nuestra fuerza, pues la cicatriz de nuestro acero danés aún sigue roja, y nos pagas tributo de buen grado, no puedes tratar con ligereza mi real orden que, en carta especial y por extenso, reclama encarecidamente la muerte inmediata de Hamlet. Hazlo, Inglaterra, pues él, como

fiebre, me quema la sangre y tú eres mi cura. Mientras no esté hecho, nada me traerá dicha ni contento. (*Sale*)

(*Entra Fortinbrás con su ejército*)

FORTINBRÁS - Capitán, al rey danés presenta mis respetos. Dile que, según nos concedió, Fortinbrás reclama la escolta prometida para cruzar su reino. Sabes dónde nos reunimos. Si Su Majestad quiere algo de mí, le expresaré mi lealtad en su presencia. Házselo saber.

CAPITÁN - Así lo haré, señor.

FORTINBRÁS - Marchad seguros. (*Salen*)

(*Entran la Reina y Horacio*)

REINA - No quiero hablar con ella.

HORACIO - Insiste en veros, desvaría. Su estado da pena.

REINA - ¿Qué quiere?

HORACIO - Habla mucho de su padre, de las trampas de este mundo; balbucea y se da golpes de pecho; se ofende por minucias; habla sin concierto. Lo que dice es absurdo, mas lleva a quien la oye a interpretar su incoherencia. Se hacen conjeturas; amoldan a su idea las palabras que juntan, las cuales, a juzgar por los gestos y los guiños, darían pie a sospechas que, aun siendo infundadas, serían maliciosas.

REINA - Habrá que hablar con ella, no sea que siembre dudas peligrosas en mentes malévolas. Hazla pasar. (*Horacio se dirige a la puerta*) (*Aparte*) En mi alma enferma, pues vive en pecado, cualquier nadería predice un gran daño. La culpa no sabe fingir su recelo y al fin se traiciona queriendo esconderlo.

(*Entra Ofelia tocando un laúd, con el pelo suelto y cantando*)

OFELIA - ¿Dónde está la hermosa majestad de Dinamarca?

REINA - ¿Qué ocurre, Ofelia?

OFELIA (*Canta*) ¿Cómo conoceré a tu amor entre los demás? Con venera y con bordón y sandalias va.

REINA - ¡Ah, pobre Ofelia! ¿A qué viene esa canción?

OFELIA - ¿Decíais? Atended, os lo ruego. (*Canta*) Ya murió, señora, y se fue, ya murió y se fue: césped a su cabecera y piedra a sus pies.

REINA - Pero, Ofelia...

OFELIA - Atended, os lo ruego. (*Canta*) Su mortaja, blanquísima...

(*Entra el Rey*)

REINA - ¡Ah, mírala, esposo!

OFELIA (*Canta*) ... cubierta de flor, a la tumba fue sin llevar lágrimas de amor.

REY - ¿Cómo estás, linda Ofelia?

OFELIA - Bien, Dios os lo pague. Cuentan que la lechuza era la hija de un panadero. ¡Señor! Sabemos lo que somos, no lo que podemos ser. ¡Dios bendiga vuestra mesa!

REY - Fantasea sobre su padre.

OFELIA - Os lo ruego, no hablemos de esto. Cuando os pregunten qué significa, decid: (*Canta*) «Mañana es el día de San Valentín, temprano, al amanecer, y yo estaré en tu balcón; tu enamorada seré.» Entonces él se levantó y vistió y a la doncella hizo entrar que de su alcoba doncella ya nunca saldría jamás.

REY - Linda Ofelia...

OFELIA - Pues sí, y sin blasfemar le pondré fin: (*Canta*) ¡Jesús, caridad cristiana! Vergüenza le tiene que dar. Si puede, un joven te goza: ¡Su potra, eso está mal! «Juraste antes de tumbarme hacer de mí tu mujer» «¡Y ya lo serías si en mi cama no te llegas a meter!»

REY - ¿Cuánto hace que está así?

OFELIA - Espero que todo irá bien. Hay que tener paciencia. Pero lloro sin remedio de pensar que lo enterraron en la fría tierra. Mi hermano ha de saberlo. Así que gracias por el buen consejo. ¡Vamos, mi carruaje! Buenas noches, señoras, buenas noches, buenas noches. (*Sale*)

REY - Síguela de cerca. Vigílala bien, te lo ruego. (*Sale Horacio*) Ah, este es el veneno de la honda tristeza; todo viene de la muerte de su padre. ¡Ah, Gertrudis! Las penas nunca vienen como espías de avanzada, sino en batallones. Primero, su padre muerto; después, tu hijo ausente, el más violento autor de su propia

partida; el pueblo, enturbiado, revuelto con tantas sospechas y rumores sobre la muerte de Polonio y fue una ingenuidad enterrarle bajo mano; la pobre Ofelia, trastornada y privada de razón, sin la cual todos somos pinturas o animales; por último, y peor que todo lo demás, su hermano ha regresado de Francia en secreto, se nutre de su asombro, vive en la penumbra y no le faltan chismosos que le infectan los oídos con infundíos sobre la muerte de su padre. En tal apuro, y escaseando los hechos, no dudarán en acusar a mi persona en sus rumores. Querida Gertrudis, todo esto, cual disparos de metralla, me da muerte superflua en muchas partes.

(Ruido dentro. Entra un Mensajero)

REINA - ¡Ah! ¿Qué ruido es ese?

REY - ¡Mi guardia suiza! ¡Que defiendan la puerta! ¿Qué ocurre?

MENSAJERO - Salvaos, señor. El océano, rebasando sus orillas, no sumerge los llanos con más ímpetu que Laertes, con sus amotinados, arrolla a vuestra guardia. La chusma le llama señor y, cual si el mundo fuese a empezar hoy y no hubiera costumbres ni pasado garantía y sostén de las palabras, gritan: «¡Elijamos nosotros!. ¡Laertes será rey!» Al cielo vuelan gorros, aplausos y vítores: «¡Laertes será rey, Laertes rey!»

REINA - ¡Qué alegres ladran tras la pista falsa! ¡Rastreáis al revés, perros daneses!

(Ruido dentro)

REY - ¡Han roto las puertas!

(Entra Laertes con sus Secuaces)

LAERTES - ¿Dónde está ese rey? - Quedaos todos fuera.

SECUACES - No, entremos.

LAERTES - Dejadme, os lo ruego.

SECUACES - Muy bien, señor.

LAERTES - Gracias. Guardad la puerta. *(Salen los Secuaces)* ¡Ah, vil rey! ¡Dadme a mi padre!

REINA - Quieto, buen Laertes.

LAERTES - La gota de mi sangre que esté quieta me acusará de bastardo, gritará «cornudo» a mi padre y pondrá el estigma de ramera en la frente casta y pura de mi madre.

REY - Laertes, ¿cuál es el motivo de esta rebelión tan gigantesca? – Suéltale, Gertrudis. No te inquiete mi persona. Hay tal divinidad guardando a un rey que la traición apenas si vislumbra su objetivo y no llega a actuar - Laertes, dime lo que tanto te ha inflamado - Suéltale, Gertrudis. –Habla ya.

LAERTES - ¿Dónde está mi padre?

REY - Muerto.

REINA - Pero no a sus manos.

REY - Que pregunte a placer.

LAERTES - ¿Cómo murió? Nada de trampas. ¡Al infierno la lealtad! ¡Al más negro diablo juramentos! ¡Al más profundo abismo la gracia y la conciencia! No temo condenarme. A tal punto he llegado que no me importa nada esta vida, la otra, cualquier cosa: tomaré plena venganza por mi padre.

REY - ¿Quién te frenará?

LAERTES - Juro que ni el mundo entero. Y mis medios voy a administrarlos de modo que lo poco rinda mucho.

REY - Buen Laertes, si deseas conocer la verdad de la muerte de tu padre, ¿está escrito en tu venganza que tu juego barra de montón a amigo y enemigo, al que gane y al que pierda?

LAERTES - Sólo a sus enemigos.

REY - ¿Quieres conocerlos?

LAERTES - A sus amigos les abro los brazos y, como el pelícano, generoso les daré vida y alimento con mi sangre.

REY - Ahora hablas como un buen hijo y todo un caballero. Que soy inocente de la muerte de tu padre y la he llorado con honda tristeza entrará tan de lleno en tu razón como el día en tus ojos.

(Ruido dentro)

VOCES – (*Dentro*) ¡Dejadla pasar!

LAERTES - ¿Eh? ¿Qué ruido es ese? (*Entra Ofelia como antes*) ¡Fiebre, sécame el cerebro! ¡Lágrimas amargas, quemadme el sentido y poder de mis ojos! Juro que tu demencia será pagada en peso hasta que la balanza se incline de mi lado. ¡Rosa de mayo, querida doncella, hermana, Ofelia! ¡Dios! ¿Es posible que un juicio tan tierno sea tan mortal como la vida de un anciano? El amor nos perfecciona, y nos hace enviar una valiosa parte nuestra tras el ser al que amamos.

OFELIA - (*Canta*) Su ataúd descubierto va, ay, nony, nony, no, nony, no, y en la tumba le lloran ya. Adiós, mi paloma.

LAERTES - Si estuvieras en tu juicio y clamases venganza, no conmovieras tanto.

OFELIA - Vos cantad «Do-re-dó», y vos «Do-re-fá». ¡Ah, qué bien le va el estribillo! El pérfido mayordomo raptó a la hija del amo.

LAERTES - Ese absurdo dice mucho.

OFELIA - Esto es romero, para recordar. Acuérdate, amor. Y esto pensamientos, para pensar.

LAERTES - La lección de la locura: ajusta el pensamiento y el recuerdo.

OFELIA - Esto es hinojo, para vos, y aguileña. Y esto ruda, para vos; y una poca para mí. Los domingos la llamamos hierba de la gracia. ¡Ah, vos llevad la ruda por otro motivo! Esto es una margarita. Os daría violetas, pero todas se mustiaron al morir mi padre; dicen que tuvo buena muerte. (*Canta*) Pues Robin el guapo es mi ilusión.

LAERTES - Pesadumbre y tristeza, dolor, el infierno, ella los convierte en dulzura y encanto.

OFELIA – (*Canta*) ¿Y ya nunca volverá? ¿Y ya nunca volverá? No, no, no, muerto está, y tú muere ya, pues él jamás volverá. La barba, níveo blancor, el pelo, rubio color; Ya murió, ya murió. ¿A qué más dolor? Acoja su alma Dios. Y todas las almas cristianas, si Dios quiere. Adiós. (*Sale*)

LAERTES - ¿Ves esto, Dios?

REY - Laertes, debo compartir tu pena; no me niegues mi derecho. Ahora sal y escoge a tus amigos más juiciosos para que oigan y arbitren entre tú y yo. Si me

creen implicado, de manera personal o coligada, yo, en desagravio, te daré mi reino, mi vida, mi corona y todo lo que es mío. Más, si no es así, accede a dispensarme tu paciencia y obraré en alianza con tu alma por dejarte satisfecho.

LAERTES - Conforme. El modo en que murió, su oscuro entierro sin emblema, espada, ni blasón sobre sus restos, rito noble o ceremonia funeral; todo esto clama tanto del cielo a la tierra que exijo que se indague.

REY - Así se hará; y donde haya crimen, el hacha caerá. Te lo ruego, ven conmigo. (*Salen*)

(*Entra Horacio con un Criado*)

HORACIO - ¿Quiénes son los que quieren hablarme?

CRIADOS - Marineros, señor. Dicen que os traen una carta.

HORACIO - Que pasen. (*Sale el Criado*) No sé quién en todo el mundo va a escribirme, si no es el propio Hamlet.

(*Entran los Marineros*)

MARINERO 1 - Dios os guarde, señor.

HORACIO - Igualmente.

MARINERO 1 - Él os oiga. Señor, os traigo esta carta de parte del embajador que iba a Inglaterra, sí, como me han hecho saber, vuestro nombre es Horacio.

HORACIO – (*Lee*) «Horacio: Cuando hayas leído esto, haz que estos hombres tengan acceso al rey. Traen carta para él. No llevábamos dos días en el mar cuando un barco pirata bien armado nos dio caza. Al ser lentas nuestras velas, hubimos de mostrarnos animosos, y en el choque lo abordé. Al instante se soltaron de nuestro barco, y yo quedé su solo prisionero. Me han tratado cual ladrones compasivos. Pero saben lo que hacen: tengo que pagarles el favor. Que el rey lea la carta que le mando, y reúnete conmigo tan deprisa como huirías de la muerte. Te diré algo al oído que, aunque sea muy leve para el calibre del hecho, te va a dejar sin habla. Estos buenos hombres te llevarán donde estoy. Rosencrantz y Guildenstern siguen con rumbo a Inglaterra. De ellos tengo mucho que contarte. Adiós. Siempre tuyo, Hamlet» Venid, daré curso a vuestra carta y, por cierto, a toda prisa, pues habéis de llevarme al que os la dio. (*Salen*)

(*Entran el Rey y Laertes*)

REY - Tu conciencia debe ahora sancionar mi absolución, y tú pecho acogerme como amigo, pues has podido oír y comprobar que el hombre que mató a tu noble padre atentaba contra mí.

LAERTES - Es evidente. Más decidme por qué no procedisteis contra hechos tan graves y tan ciertos de pena capital, cuando a ello tanto os obligaban vuestra seguridad, prudencia y más motivos.

REY - Por dos razones especiales que, aunque a ti te parezcan harto endebles, tienen fuerza para mí. Su madre, la reina, le idolatra y, en lo que a mí respecta sea mi suerte o mi desgracia, no sé cuál, tal es mi conjunción con ella en cuerpo y alma que, cual astro que sólo gira dentro de su esfera, yo fuera de ella no existo. La otra razón para no haber hecho cargos públicos es el cariño que las gentes le profesan: un afecto que, sumergiendo sus delitos, cambiaría sus culpas en virtudes cual la fuente que transmuta en piedra la madera. Así, mis flechas, de ingrátida vara para viento tan fuerte, habrían regresado a mi arco sin hacer diana.

LAERTES - Y yo me encuentro sin mi noble padre y a mi hermana en condiciones angustiosas, que, si elogio lo que fue, desde una cumbre podía haber retado al mundo entero a emular sus perfecciones. Mas ya me vengaré.

REY - Por eso no pierdas el sueño. No creas que estoy hecho de sustancia tan inerte que dejo que el peligro me tire de la barba y lo tomo a simple juego. Pronto has de oír más. Yo quería a tu padre, y me quiero a mí mismo, y esto espero que te enseñe a imaginar... (*Entra un Mensajero*) ¿Qué pasa? ¿Hay noticias?

MENSAJERO - Señor, cartas de Hamlet. Ésta para Vuestra Majestad, ésta para la reina.

REY - ¿De Hamlet? ¿Quién las ha traído?

MENSAJERO - Señor, dicen que marineros. Yo no los vi. Me las dio Claudio; él las recibió.

REY - Laertes, tú has de oírlo - Déjanos. (*Sale el Mensajero. Lee*) «Excelsa Majestad: Sabed que, despojado, he puesto pie en vuestro reino. Mañana he de pedir licencia para presentarme ante vos y, con vuestra venia, exponeros las razones de mi pronto e insólito regreso. Hamlet» ¿Qué significa esto? ¿Han vuelto los demás? ¿O es alguna trampa y todo es falso?

LAERTES - ¿Conocéis la letra?

REY - Es la de Hamlet. «Despojado» Y en posdata dice «solo». ¿Te lo explicas?

LAERTES - Señor, no entiendo nada. Pero que venga. Alivia la dolencia de mi pecho pensar que viviré para decirle a la cara: «¡Así mataste!»

REY - Laertes, en tal caso y parece extraño, pero cierto, ¿dejarás que yo te guíe?

LAERTES - Sí, mientras no me desviéis hacia la paz.

REY - Hacia tu paz. Si ahora ha regresado tras cortar su travesía y no piensa reemprenderla, le induciré a un encuentro cuya trama está madura y en el cual sin remedio ha de caer. Por su muerte no habrá un hálito de culpa: ni su madre advertirá la maña y la creará un accidente. Hace unos dos meses estuvo aquí un caballero normando. Yo he visto a los franceses, he luchado contra ellos, y son diestros a caballo, pero este valiente tenía magia. Clavado a la silla, conseguía del animal tales prodigios cual si fuese un solo cuerpo con la bestia y de su especie por mitad. Tanto rebasaba mi inventiva que yo, imaginando piruetas, quedaba atrás de las suyas.

LAERTES - ¿Normando decíais?

REY - Normando.

LAERTES - Seguro que Lamord.

REY - El mismo.

LAERTES - Le conozco bien. Es la gala y la gema de su tierra.

REY - Dio testimonio de ti y alabó de tal modo tu destreza en el arte y ejercicio de la esgrima, sobre todo tu dominio del estoque, que exclamó: «¡Qué espectáculo sería si él tuviera un rival!» Este elogio envenenó de envidia a Hamlet, a tal punto que no hacía sino pedir y desear tu rápido regreso por luchar contra ti. De todo esto...

LAERTES - De todo esto, ¿qué, señor?

REY - Laertes, ¿no querías a tu padre? ¿O eres como imagen del dolor, como un rostro sin alma?

LAERTES - ¿Por qué lo preguntáis?

REY - No es que crea que no querías a tu padre; es que sé que el amor está sujeto al tiempo y veo, pues lo prueba la experiencia, que el tiempo le resta su

fuego y ardor. Hamlet regresa. ¿A qué estarías dispuesto por mostrar, más en hechos que en palabras, que eres digno de tu padre?

LAERTES - A degollarlo en la iglesia.

REY - Ni al crimen debe darse refugio en sagrado, ni poner freno a la venganza. Más, buen Laertes, si piensas actuar, permanece en tu aposento. Hamlet sabrá que has regresado. Haré que algunos elogien tu excelencia y den doble barniz al gran renombre que el francés te dispensó, os junten finalmente y arreglen las apuestas sobre ambos. El, como es despreocupado, noble e incapaz de estrategias, no mirará las armas; así, con sutileza de manos, te será fácil escoger una espada con punta y, de una artera estocada, desquitarte.

LAERTES - Lo haré; y a ese fin untaré mi espada de veneno. Le compré un ungüento a un charlatán, tan mortal que un cuchillo en él mojado donde hiere no hay emplasto milagroso compuesto con las hierbas más enérgicas del mundo que salve de la muerte a quien sólo haya arañado. Pondré el veneno en la punta y bastará con que le roce para que sea su muerte.

REY - Lo estudiaremos. Pondera qué momento y qué medios favorecen nuestro objeto. Si éste fracasara y nuestra mala actuación mostrase el plan, más valdría no intentarlo. Por tanto, a tu proyecto hay que añadirle otro de reserva por si fuera a malograrse. Espera, a ver. Haré una apuesta solemne por vuestra maestría. Eso es. Cuando el esfuerzo os dé calor y sed y habrás de hacer más violentos los asaltos, y él pida de beber, le tendré preparada una copa a propósito; con que la sorba, aunque escape a tu golpe envenenado, nuestro plan se habrá cumplido. (*Entra la Reina*) ¿Qué hay, querida esposa?

REINA - Una pena le pisa los talones a la otra; tan rápido se siguen - Laertes, tu hermana se ha ahogado

LAERTES - ¿Ahogado? ¿Dónde?

REINA - Sobre un arroyo, inclinado crece un sauce que muestra su pálido verdor en el cristal. Con sus ramas hizo ella coronas caprichosas de ranúnculos, ortigas, margaritas, y orquídeas a las que el llano pastor da un nombre grosero y las jóvenes castas llaman «dedos de difunto». Estaba trepando para colgar las guiraldas en las ramas pendientes, cuando un pérfido mimbre cedió y los aros de flores cayeron con ella al río lloroso. Sus ropas se extendieron, llevándola a flote como una sirena; ella, mientras tanto, cantaba fragmentos de viejas tonadas como ajena a su trance o cual si fuera un ser nacido y dotado para ese elemento. Pero sus vestidos, cargados de agua, no tardaron mucho en arrastrar a la pobre con sus melodías a un fango de muerte.

LAERTES - Ah, así que está ahogada.

REINA - Ahogada, ahogada.

LAERTES - Pobre Ofelia, bastante agua has tenido: me prohíbo llorar. Y sin embargo, es humano; se impone la naturaleza, aunque sea vergonzoso. Cuando cese mi llanto, ya no habrá mujer - Adiós, señor. Tengo palabras de fuego queriendo encenderse, pero este desliz las apaga. (*Sale*)

REY - Sigámosle, Gertrudis. Mucho me ha costado aplacar su ira, y ahora me temo que vuelve a empezar. Sigámosle. (*Salen*)

(*Entran dos Rústicos, el Enterrador y su Compañero*)

ENTERRADOR - ¿Se va a dar cristiana sepultura a la que conscientemente buscó su salvación?

COMPAÑERO - Te digo que sí, conque cava ya la fosa. El juez ha visto el caso y dice que cristiana.

ENTERRADOR - ¿Cómo es posible si no se ahogó en defensa propia?

COMPAÑERO - Pues eso ha decidido.

ENTERRADOR - Entonces habrá sido *se offendendo*; no pudo ser otra cosa. La cuestión es esta: si yo me ahogo a sabiendas, esto arguye un acto; un acto tiene tres ramas: hacer, obrar, realizar. *Ergu* ella se ahogó a sabiendas.

COMPAÑERO - Escucha, señor cavador...

ENTERRADOR - Perdona. Aquí está el agua: bien. Aquí, el hombre: bien. Si el hombre va al agua y se ahoga, quieras que no, es él quien se va. ¿Te fijas? Pero si el agua viene a él y le ahoga, él no se ahoga a sí mismo. *Ergu* quien no es culpable de su muerte no pudo acortar su vida.

COMPAÑERO - ¿Esa es la ley?

ENTERRADOR - ¡Pues claro! La ley que lo investiga.

COMPAÑERO - ¿Quieres saber la verdad? Sí no es una señora, no le dan cristiana sepultura.

ENTERRADOR - Exacto. Y es una pena que los grandes tengan más derecho a ahogarse o colgarse que sus hermanos cristianos. ¡Venga, la pala! En la

antigüedad no había más señores que los jardineros, cavadores y sepultureros. Tenían el oficio de Adán.

COMPAÑERO - ¿Adán fue caballero?

ENTERRADOR - El primero en armarse.

COMPAÑERO - ¡Pero si no tenía armas!

ENTERRADOR - ¿Tú es que eres pagano? ¿No dice la Biblia que Adán tuvo que labrar la Tierra? Luego se armó de paciencia. Voy a hacerte otra pregunta. Si no la contestas, confesión y...

COMPAÑERO - Venga.

ENTERRADOR - Albañil, calafate o carpintero: ¿Quién construye más fuerte que los tres?

COMPAÑERO - El que hace la horca: el armazón sobrevive a mil ocupantes.

ENTERRADOR - Eso me ha gustado, de veras. Lo de la horca está bien. Pero, ¿para quién? Está bien para los que hacen mal. Entonces está mal decir que una horca es más fuerte que una iglesia; *ergu* la horca estará bien para ti. Otra vez, venga.

COMPAÑERO - ¿Que quién construye más fuerte que albañil, calafate o carpintero?

ENTERRADOR - Vamos, dilo y a correr.

COMPAÑERO - ¡Ya lo tengo!

ENTERRADOR - Venga.

COMPAÑERO - ¡Dios, no lo sé!

(Entran Hamlet y Horacio a distancia)

ENTERRADOR - No te devanes los sesos, que, por más que le pegues, tu burro no irá más rápido. Cuando te vengan con esa pregunta, tú di que el sepulturero, porque las casas que hace duran hasta el Día del Juicio. Vamos, corre a la taberna y tráeme una jarra de aguardiente. *(Sale el Compañero)* *(Canta)* De joven yo amé, amé; me pareció muy grato menguar mis años con placer; igual no lo había probado

HAMLET - ¿Es que este hombre no tiene sentido de su oficio, que cava tumbas cantando?

HORACIO - Con la costumbre se vuelve una cuestión de indiferencia.

HAMLET - Cierto. La mano que poco labra tiene el sentido más fino.

ENTERRADOR – (*Canta*) Mas con sigilo la vejez ha hecho presa en mí y me transporta a la región como al que no ha gozado así.

(*Arroja una calavera*)

HAMLET - Esa calavera tenía lengua y podía cantar. Este bribón la estrella contra el suelo como si fuera la quijada de Caín, que cometió el primer crimen. Tal vez fuese la cabeza de un político, ahora avasallado por un asno, capaz de engañar a Dios, ¿no crees?

HORACIO - Tal vez, señor.

HAMLET - O la de un cortesano, que diría: «Buenos días, mi señor. ¿Cómo estáis, mi buen señor?» Sería el señor don Tal, que elogiaba el caballo del señor don Cual cuando pensaba pedirselo, ¿verdad?

HORACIO - Sí, mi señor.

HAMLET - Pues claro, y ahora es de don Gusano, sin mandíbulas y con la crisma sacudida por el sepulturero. Bonita transmutación, si supiéramos verla. ¿Tan fácil ha sido crear estos huesos que ahora sólo sirven para jugar a los bolos? Los míos me duelen de pensarlo.

ENTERRADOR – (*Canta*) Un pico y una pala, pal, envuelto en un sudario, y un hoyo para huésped tal será lo necesario.

(*Arroja otra calavera*)

HAMLET - Otra más. ¿No podría ser la de un abogado? ¿Dónde están ahora sus argucias, sus distingos, sus pleitos, sus títulos, sus mañas? ¿Cómo deja que este bruto le sacuda el cráneo con una pala sucia sin denunciarle por agresión? ¡Mmm... ! Tal vez fuese en vida un gran comprador de tierras, con sus gravámenes, conocimientos, transmisiones, fianzas dobles, demandas. ¿Transmitió sus transmisiones y demandó sus demandas para acabar con esta tierra en la cabeza? ¿Le negarán garantía sus garantes, aun siendo dos, para una compra que no excede el tamaño de un contrato? Todas sus escrituras apenas caben en este hueco. ¿No tiene derecho a más el hacendado?

HORACIO - Ni a una pizca más, señor.

HAMLET - Los pergaminos, ¿no son de piel de carnero?

HORACIO - Sí, Alteza, y de becerro.

HAMLET - Carnero y becerro ha de ser quien crea que aseguran algo. Hablaré con este hombre - Tú, ¿de quién es esta fosa?

ENTERRADOR - Mía, señor. (*Canta*) ... y un hoyo para huésped tal será lo necesario.

HAMLET - Será tuya porque te has metido dentro.

ENTERRADOR - Y como vos estáis fuera, no es vuestra. Yo en esto no me he metido, pero es mía.

HAMLET - Te has metido y has mentido diciendo que es tuya. Es para un muerto, no para un vivo; así que has mentido.

ENTERRADOR - Señor, es una mentira viva y ahora vuelve con vos.

HAMLET - ¿Para qué hombre la cavas?

ENTERRADOR - Para ningún hombre, señor.

HAMLET - ¿Para qué mujer?

ENTERRADOR - Para ninguna, tampoco.

HAMLET - Pues, ¿a quién van a enterrar?

ENTERRADOR - A una que fue mujer, pero, que en paz descansa, está muerta.

HAMLET - ¡Qué rotundo es el granuja! Como no hilemos delgado nos matarán los equívocos. De veras, Horacio; lo he notado en los últimos tres años: nos hemos vuelto tan finos que hasta el más palurdo le pisa el talón al cortesano y le roza el sabañón - ¿Desde cuándo eres sepulturero?

ENTERRADOR - De todos los días del año, desde aquel en que nuestro difunto rey Hamlet venció a Fortinbrás.

HAMLET - Y de eso, ¿cuánto hace?

ENTERRADOR - ¿No lo sabéis? ¡Si hasta los tontos lo saben! Fue el día en que nació el joven Hamlet, el que estaba loco y mandaron a Inglaterra.

HAMLET - Sí, claro. ¿Y por qué le mandaron a Inglaterra?

ENTERRADOR - Pues porque estaba loco. Allí recobraré el juicio y, si no, poco importa.

HAMLET - ¿Por qué?

ENTERRADOR - No se lo notarán: allí todos están igual de locos.

HAMLET - ¿Cómo se volvió loco?

ENTERRADOR - De un modo extraño.

HAMLET - ¿Cómo «extraño»?

ENTERRADOR - Vaya, pues perdiendo el juicio.

HAMLET - ¿De dónde salió su locura?

ENTERRADOR - Pues de aquí, de Dinamarca. Mozo y hombre, yo llevo aquí de sepulturero treinta años.

HAMLET - ¿Cuánto tarda en pudrirse un muerto enterrado?

ENTERRADOR - Bueno, si no se ha podrido antes de morir pues hoy en día nos traen muchos venéreos que apenas se pueden enterrar, os puede durar unos ocho o nueve años. Un curtidor os dura nueve años.

HAMLET - ¿Y él por qué más que otros?

ENTERRADOR - Pues, señor, porque tiene la piel tan curtida que el agua no la atraviesa en mucho tiempo, y el agua descompone bien a todo puto cadáver. Aquí hay una calavera; lleva enterrada veintitrés años.

HAMLET - ¿De quién es?

ENTERRADOR - De un puto chiflado. ¿Quién creéis que era?

HAMLET - No lo sé.

ENTERRADOR - ¡Mala peste de loco! Un día me vació en la cabeza una jarra de vino del Rin. Esta calavera, señor, es la de Yorick, el bufón del rey.

HAMLET - ¿Ésta?

ENTERRADOR - La misma.

HAMLET - Deja que la vea. ¡Ay, pobre Yorick! Yo le conocía, Horacio: tenía un humor incansable, una agudeza asombrosa. Me llevó a cuestras mil veces. Y ahora, ¡cómo me repugna imaginarlo! Me revuelve el estómago. Aquí colgaban los labios que besé infinitas veces. Y ahora, ¿dónde están tus pullas, tus brincos, tus canciones, esas ocurrencias que hacían estallar de risa a toda la mesa? ¿Ya no tienes quien se ría de tus muecas? ¿Estás encogido? Vete a la estancia de tu señora y dile que, por más que se embadurne, acabará con esta cara. Hazla reír con esto - Horacio, dime una cosa.

HORACIO - Sí, mi señor.

HAMLET - ¿Tú crees que Alejandro tenía este aspecto bajo tierra?

HORACIO - El mismo.

HAMLET - ¿Y olía así? ¡Uf!

HORACIO - Igual, señor.

HAMLET - ¡En qué bajos usos podemos caer, Horacio! ¿No podría la imaginación rastrear el noble polvo de Alejandro y encontrarlo taponando un barril?

HORACIO - Sería una busca demasiado rebuscada.

HAMLET - No, nada de eso; habría que seguirle con mesura llevados de lo probable. Es decir: Alejandro murió, Alejandro fue enterrado, Alejandro se convirtió en polvo. El polvo es tierra, con la tierra se hace el barro, y con el barro en que se convirtió, ¿por qué no se puede tapar un barril de cerveza? Muerto y hecho barro, el imperial César rellena un boquete y el aire intercepta. ¡Ah, que aquella tierra que al mundo arredró tape una pared y corte un ventarrón! Pero, alto. Apartémonos: se acerca el rey, la reina, cortesanos. (*Entran, siguiendo un féretro, el Rey, la Reina, Laertes, otros Cortesanos y un Sacerdote*) ¿A quién siguen? ¿Por qué un rito tan menguado? Eso indica que el difunto al que siguen, temerario se quitó su propia vida. Y era de alto rango. Vamos a escondernos y mirar.

LAERTES - ¿Qué más ceremonias?

HAMLET - Este es Laertes, un joven noble. Atiende.

LAERTES - ¿Qué más ceremonias?

SACERDOTE - Sus exequias las hemos extendido hasta el límite aprobado. Su muerte fue dudosa; de no haberlo impedido una orden superior, yacería en lugar no consagrado hasta el Día del Juicio. En vez de plegarias, le habrían arrojado cascotes, guijas y piedras. Pero aquí se le permiten ritos virginales, flores de doncella y entierro en sagrado con toque de campana y funeral.

LAERTES - ¿Sin hacer nada más?

SACERDOTE - Nada más. Profanaríamos el oficio de difuntos entonando un solemne responso y rezándole como a las almas que mueren en paz.

LAERTES - Dadle sepultura y que broten violetas de su carne pura y sin mancha. Cruel sacerdote, yo te digo que mi hermana será un ángel providente cuando tú estés aullando en el averno.

HAMLET - ¿Cómo? ¿La bella Ofelia?

REINA – (*Esparciendo flores*) Flores a esta flor. Adiós. Confiaba en que serías la esposa de mi Hamlet. Querida niña, creí que iba a engalanar tu lecho de bodas, no tu sepultura.

LAERTES - ¡Ah, que un triple dolor diez veces triplicado caiga sobre ese maldito cuyo crimen te privó de tu excelsa cordura! – Esperad, no la sepultéis hasta que yo la tenga una vez más entre mis brazos. (*Salta a la fosa*) ¡Apilad ahora tierra sobre vivos y muertos hasta hacer de este llano una montaña que descuelle sobre el monte Pelión o la cumbre celeste del Olimpo!

HAMLET – (*Adelantándose*) ¿Quién es este que vocea su dolor con tanto ímpetu y hechiza a los planetas con su angustia, dejándolos suspensos como a oyentes asombrados? Aquí está Hamlet de Dinamarca.

(*Salta dentro tras Laertes*)

LAERTES - ¡Que el diablo te lleve!

HAMLET - ¡Qué mal rezas! Quítame esos dedos de la garganta, pues, aunque no soy impulsivo ni colérico, en mí hay algo peligroso que más te vale temer. ¡Quítame esa mano!

REY - ¡Separadlos!

REINA - ¡Hamlet, Hamlet!

TODOS LOS CORTESANOS - ¡Señores!

HORACIO - Calmaos, Alteza.

HAMLET - Por esta causa lucharé con él hasta que mis párpados dejen de moverse.

REINA - ¿Qué causa, hijo mío?

HAMLET - Yo quería a Ofelia. Ni todo el amor de veinte mil hermanos juntos sumaría la medida del mío - ¿Qué piensas hacer por ella?

REY - ¡Ah, está loco, Laertes!

REINA - ¡Por el amor de Dios, no le oigas!

HAMLET - ¡Voto a... ! Dime lo que harás. ¿Piensas llorar, luchar, ayunar, desgarrarte? ¿O beber vinagre, comerte un cocodrilo? Yo también. ¿Has venido aquí a lloriquear, a rebajarme tirándote a la fosa? Si te entierras con ella, yo también. Y si hablas de montañas, que nos echen encima fanegas a millones hasta que la tierra se queme la cabeza en el círculo solar y el Osa parezca una verruga. Si voceas, yo hablaré tan hinchado como tú.

REY - Esto es pura demencia; el acceso no puede durarle mucho tiempo. Muy pronto estará manso como una paloma al salir del cascarón sus doradas parejas y se hundirá en el silencio.

HAMLET - Oídmelo bien. ¿Por qué me tratáis así? Yo siempre os aprecié. Pero no importa. Que Hércules haga lo que se le antoje; el gato maúlla y el perro se impone. *(Sale)*

REY - Acompáñale, Horacio, te lo ruego. *(Sale Horacio)* Lo que hablamos anoche debe darte paciencia; lo pondremos por obra de inmediato. Gertrudis, haz que vigilen a tu hijo. Esta tumba tendrá su perenne monumento. Muy pronto veremos la hora tranquila; mientras, la paciencia será nuestra guía. *(Salen)*

(Entran Hamlet y Horacio)

HAMLET - De eso nada más. En cuanto al resto, veamos. ¿Te acuerdas de todo mi relato?

HORACIO - ¡Cómo no acordarme, señor!

HAMLET - Había en mi alma una especie de lucha que me tenía despierto. Me sentí peor que un amotinado en los grilletes. En un raptó... Benditos los arrebatos: admitamos que a veces el impulso nos es más útil que el cálculo, lo que nos muestra que hay una divinidad que modela nuestros fines, cualquiera que haya sido nuestro esbozo.

HORACIO - Así es.

HAMLET - Salí del camarote y, envuelto en mi tabardo marineró, anduve a tientas en las sombras hasta hallarlos les quité los documentos y volví finalmente al camarote, permitiéndome abrir el real comunicado, mis temores venciendo mis modales. Horacio, en él leí ¡ah, regia canallada! la orden expresa, guarnecida de razones muy variadas sobre el bien de Dinamarca e Inglaterra, con, ¡ah!, todos los duendes que me hacen peligroso, de que, a su lectura y en el acto, sin esperar a que afilasen el hacha, me cortaran la cabeza.

HORACIO - ¡No es posible!

HAMLET - Aquí está el comunicado. Léelo sin prisa. ¿Quieres saber cómo procedí?

HORACIO - Os lo ruego.

HAMLET - Véndome atrapado por infames antes que le diera un resumen al cerebro, él ya veía la acción, me senté, proyecté una nueva orden, la escribí con buena letra. Al igual que los políticos, yo antes menospreciaba la caligrafía y me esforcé en olvidarla, pero ahora me ha prestado un fiel servicio. ¿Te digo el contenido de la orden?

HORACIO - Sí, Alteza.

HAMLET - Fue un ruego muy solemne de parte del rey: Puesto que Inglaterra ha sido su leal tributaria y sus lazos deben florecer cual la palmera, puesto que la paz debe llevar siempre su guirnalda de espigas y unirlos en su afecto, con otros muchos «puestos» bien colmados, que, a la vista y lectura del escrito, sin debate y cumpliéndolo a la letra, se dé a sus portadores la muerte inmediata sin lugar a confesión.

HORACIO - ¿Y cómo lo sellasteis?

HAMLET - Hasta en eso fue el cielo providente: llevaba en la bolsa el anillo de mi padre, cuyo sello es idéntico al del rey; doblé el escrito a la manera del otro, lo firmé, sellé y reemplacé sin que nadie advirtiera ningún cambio. Al otro día fue el combate naval; lo que sigue ya lo sabes.

HORACIO - Y Guildenstern y Rosencrantz fueron a su muerte

HAMLET - ¡Pero si estaban prendados de su oficio! No me rozan la conciencia. Su caída resulta de su propia intromisión. El inferior corre peligro atravesándose entre los fieros golpes y estocadas de rivales poderosos.

HORACIO - ¡Qué rey es este!

HAMLET - ¿No crees que ya es mi turno? Mata a mi padre, prostituye a mi madre, se mete entre la elección y mi esperanza y a mi propia vida le echa el anzuelo con toda esa maña. ¿No sería de conciencia pagarle con mi brazo? ¿Y no sería condenarse permitir que esta úlcera se extienda y siga corrompiendo?

HORACIO - Tendrá pronto noticias de Inglaterra informándole de todo lo ocurrido.

HAMLET - Muy pronto. Pero el intervalo es mío. Una vida no dura más que decir «uno». Pero me ha dolido mucho, buen Horacio, haberme propasado con Laertes, pues en el rostro de mi causa puedo ver el reflejo de la suya. Me ganaré su favor. Sin embargo, sus alardes de angustia dispararon mi arrebató.

HORACIO - ¡Chsss! ¿Quién viene?

(Entra el joven Osric)

OSRIC - Alteza, sed muy bienvenido a Dinamarca.

HAMLET - Con humildad os lo agradezco - ¿Conoces a esta libélula?

HORACIO - No, mi señor.

HAMLET - Más gracia para tu alma, que conocerle es pecado. Posee tierras, muchas y fértiles. Con que un animal sea dueño de animales, ya tiene el pesebre en la mesa del rey. Este es un rústico, pero, como digo, con grandes extensiones de estiércol.

OSRIC - Mi querido señor, si vuestra gentileza se hallara ociosa, os transmitiría un mensaje de Su Majestad.

HAMLET - Señor, le prestaré oídos con toda entrega de espíritu. Dadle a vuestro gorro el uso debido: es para la cabeza.

OSRIC - Gracias, Alteza. Hace mucho calor.

HAMLET - No, creedme: hace mucho frío. El viento es del norte.

OSRIC - En efecto, señor; hace bastante frío.

HAMLET - Para mi complexión hace un calor sofocante.

OSRIC - Sobre manera, Alteza. Hace mucho bochorno, como quien dice... ¿Cómo decirlo? Pero, señor, Su Majestad me manda participaros que ha hecho una gran apuesta en favor vuestro. Señor, se trata de...

HAMLET - Acordaos de cubriros.

OSRIC - No, mi buen señor, de veras; por respeto. Alteza, no ignoráis la excelencia de Laertes con su arma.

HAMLET - ¿Y cuál es?

OSRIC - Estoque y daga.

HAMLET - Son dos armas. Pero, en fin...

OSRIC - Señor, el rey ha apostado seis corceles berberiscos, a los cuales, según creo, Laertes ha contrapuesto seis estoques y puñales franceses con todos sus adherentes, tales como el cinto, los tahalíes, etcétera. En verdad, tres de las portaderas son muy gratas al gusto, muy acordes con la empuñadura, un auténtico primor y de extremada fantasía.

HAMLET - ¿A qué llamáis «portaderas»?

OSRIC - Señor, las portaderas son las correas.

HAMLET - El término sería más propio si pudiéramos ceñirnos un cañón. Entre tanto, llámense correas. Más sigamos. Seis caballos berberiscos contra seis espadas francesas, con sus adherentes y tres portaderas de extremada fantasía. Es la apuesta francesa contra la danesa. ¿Por qué se ha «contrapuesto», como vos decís?

OSRIC - Señor, el rey ha apostado que en doce asaltos entre vos y Laertes, él no os ganará por más de tres. Laertes ha apostado por nueve de los doce. Podría ponerse a prueba de inmediato si Vuestra Alteza se dignase responder.

HAMLET - ¿Y si respondo que no?

OSRIC - Señor, quiero decir si accedierais a enfrentaros.

HAMLET - Señor, pasearé por este salón. Si le place a Su Majestad, es mi hora de ejercicios. Si traen las armas, y está dispuesto el caballero, y el rey mantiene su apuesta, haré que gane si puedo. Si no, me ganaré la deshonra y los golpes en cuestión.

OSRIC - ¿Transmito así vuestra respuesta?

HAMLET - En tal sentido, señor, con los floreos que os dicte vuestro estilo.

OSRIC - Me recomiendo con lealtad a Vuestra Alteza.

HAMLET - Todo vuestro. (*Sale Osric*) Hace bien en recomendarse, pues nadie lo hará por él.

HORACIO - Este chorlito se va con el cascarón en la cabeza.

HAMLET - Le hacía ceremonias a la teta antes de mamar. Éste y otros muchos de su cuerda, que tanto cautivan a nuestro frívolo mundo, sólo han pescado la jerga de moda y las fórmulas externas: un surtido de pamemas que los saca adelante entre las mentes más cultas; pero prueba a soplarles y les revientas las pompas.

HORACIO - Perderéis este encuentro, señor.

HAMLET - No lo creo. Desde que él marchó a Francia, no he dejado de practicar, y con tal apuesta ganaré. Aunque no te imaginas el malestar que siento. Pero no importa.

HORACIO - ¿Qué es, señor?

HAMLET - Una tontería; uno de esos presentimientos que turbarían a una mujer

HORACIO - Si vuestro ánimo está inquieto, obedecedlo. Haré que no vengan y diré que no estáis listo.

HAMLET - Nada de eso; los augurios se rechazan. Hay singular providencia en la caída de un pájaro. Si viene ahora, no vendrá luego. Si no viene luego, vendrá ahora. Si no viene ahora, vendrá un día. Todo es estar preparado. Como nadie sabe nada de lo que deja, ¿qué importa dejarlo antes? Ya basta.

(*Entran el Rey, la Reina, Laertes, Cortesanos, Osric y acompañamiento con trompetas, tambores, cojines, espadas de esgrima y manoplas, - una mesa con jarras de vino*)

REY - Ven, Hamlet; ven y toma esta mano. (*Pone la mano de Laertes en la De Hamlet*)

HAMLET - Perdonadme, señor. Os he agraviado. Perdonad como caballero. Los presentes bien saben y a vos de cierto os han dicho que estoy aquejado de un grave trastorno. Si rudamente he provocado vuestros sentimientos, honor y disgusto, aquí proclamo que ha sido locura. ¿Fue Hamlet quien hirió a Laertes? Jamás. Si Hamlet ha salido de sí y, no siendo él mismo, agravia a Laertes, no es Hamlet quien obra; Hamlet lo niega. Entonces, ¿quién obra? Su locura. Si es así, Hamlet es también de la parte agraviada y la locura es su cruel enemiga. Señor, ante esta asamblea: que mi negación de un mal pretendido me absuelva en vuestro noble pensamiento, como si mi flecha, volando por encima de la casa, hubiera herido a mi hermano.

LAERTES - Lo admito en mis sentimientos, que son los que más deberían moverme a la venganza. Respecto a mi honor me reservo, y no deseo reconciliarme hasta que voces de probada autoridad emitan juicio y precedente de concordia y mi buen nombre salga intacto. Hasta entonces acojo como afecto el afecto declarado y no lo menosprecio.

HAMLET - Lo acepto muy gustoso, y lucharé abiertamente en este encuentro fraternal. – Traed las espadas, vamos.

LAERTES - Venga, una para mí.

HAMLET - Laertes, os daré realce. Mi torpeza hará que vuestro arte brille tanto como un astro en la noche más oscura.

LAERTES - Os burláis, señor.

HAMLET - No, os lo juro.

REY - Dales las espadas, joven Osric. Hamlet, ¿conoces la apuesta?

HAMLET - Perfectamente, señor. Vuestra Majestad ha apostado por el débil.

REY - No me inquieta; os he visto a ambos. Mas, como él es un maestro, se te ha dado ventaja.

LAERTES - Ésta es muy pesada. A ver otra.

HAMLET - Ésta me gusta. ¿Son todas del mismo largo?

OSRIC - Sí, Alteza.

(Se disponen a luchar)

REY - Poned las jarras de vino en esa mesa. Si Hamlet da el primer golpe o el segundo, o se desquita en el tercer asalto, que en todas las almenas disparen los cañones. El rey beberá por el vigor de Hamlet y en la copa echará una perla más valiosa que la que cuatro reyes sucesivos en la corona danesa portaron. Dadme las copas; el timbal hablará a la trompeta, la trompeta al cañón de la muralla, el cañón al cielo y el cielo a la tierra, diciendo: «El rey bebe ahora por Hamlet.» Empezad. Jueces, vosotros siempre vigilantes.

HAMLET - Vamos.

LAERTES - Vamos, señor.

(Luchan)

HAMLET - ¡Uno!

LAERTES - ¡No!

HAMLET - ¿Jueces?

OSRIC - Un punto, un punto muy claro.

LAERTES - Bien, sigamos.

REY - Alto. Traed el vino. Hamlet, tuya es esta perla. Bebo a tu salud. *(Suenan tambores y trompetas, y disparan una salva)* Dadle la copa.

HAMLET - Primero, este asalto. Dejadla a un lado - Vamos. *(Vuelven a luchar)* Otro punto. ¿Qué decis?

LAERTES - Otro punto, lo confieso.

REY - Ganará nuestro hijo.

REINA - Está sudando y sin aliento. Hamlet, toma mi pañuelo, sécate la frente. La reina bebe por tu suerte, Hamlet.

HAMLET - Gracias, madre.

REY - Gertrudis, no bebas.

REINA - Quiero beber, esposo; con permiso.

(Bebe y ofrece la copa a Hamlet)

REY – *(Aparte)* Es la copa envenenada. Ya es tarde.

HAMLET - Aún no me atrevo, señora. Beberé luego.

REINA - Ven, deja que te seque la cara.

LAERTES - Majestad, esta vez le toco.

REY - No lo creo.

LAERTES - *(Aparte)* Esto va casi contra mi conciencia.

HAMLET - Vamos al tercero, Laertes. No dais en serio. Os lo ruego, atacad con más ardor. Temo ser vuestro juguete.

LAERTES - ¿Eso creéis? Vamos.

(Luchan)

OSRIC - Ningún punto para nadie.

LAERTES - ¡En guardia!

(Hiere a Hamlet. Hay un forcejeo y se cambian los estoques. Hamlet hiere a Laertes)

REY - ¡Separadlos! Están furiosos.

HAMLET - No, sigamos.

(Cae la Reina)

OSRIC - ¡Atended a la reina!

HORACIO - Sangran ambos - ¿Cómo estáis, Alteza?

OSRIC - ¿Cómo estáis, Laertes?

LAERTES - Como pájaro cogido en mi trampa, Osríc. Mi propia traición me da justa muerte.

HAMLET - ¿Cómo está la reina?

REY - Se ha desmayado al verlos sangrar.

REINA - ¡No, no, el vino, el vino! ¡Ah, mi buen Hamlet! ¡El vino, el vino! ¡Me ha envenenado! (*Muere*)

HAMLET - ¡Ah, infamia! ¡Que cierren la puerta! ¡Traición! ¡Descubridla!

(*Sale Osric*)

LAERTES - Está aquí, Hamlet. Hamlet, estás muerto. No hay medicina que pueda salvarte. No te queda ni media hora de vida. El arma traidora está en tu mano, con punta y envenenada. La vileza se ha vuelto contra mí. Mira: yo, caído para siempre, y tu madre, envenenada. No puedo más. ¡El rey, el rey es el culpable!

HAMLET - ¿Con punta y envenenada? ¡Pues a lo tuyo, veneno!

(*Hiere al Rey*)

TODOS LOS CORTESANOS - ¡Traición, traición!

REY - ¡Amigos, defendedme! Sólo estoy herido.

HAMLET - ¡Toma, maldito danés, criminal, incestuoso! ¡Bébetela pócima! (*Obliga a beber al Rey*) ¿Está ahí tu perla? Sigue a mi madre.

(*Muere el Rey*)

LAERTES - Recibió su merecido: es veneno que él mismo preparó. Perdonémonos, mi noble Hamlet. ¡No caigan sobre ti mi muerte ni la de mi padre, ni la tuya sobre mí! (*Muere*)

HAMLET - El ciclo te absuelva. Voy a seguirte. Me muero, Horacio - ¡Adiós, pobre reina! Vosotros, que palidecéis y tembláis ante esta desdicha, comparsas o testigos mudos de esta obra, si me quedara tiempo pues el esbirro de la muerte siempre arresta, ah, os contaría... Ya basta. Horacio, me muero; tú vives: relata mi historia y mi causa a cuantos las ignoran.

HORACIO - Nada de eso. Más que danés soy antiguo romano. Aún queda bebida.

HAMLET - Como hombre que eres, dame esa copa. ¡Suéltala! ¡Por Dios, dámela! ¡Ah, buen Horacio! Si todo queda oculto, ¡qué nombre tan manchado dejaré! Si por mí sentiste algún cariño, abstente de la dicha por un tiempo y vive

con dolor en el cruel mundo para contar mi historia. (*Marcha a lo lejos y cañonazo*)
¿Qué es ese ruido de guerra?

(*Entra Osric*)

OSRIC - El joven Fortinbrás, de vuelta victoriosa de Polonia, dispara esta salva marcial en honor de los embajadores de Inglaterra.

HAMLET - ¡Ah, ya muero, Horacio! El fuerte veneno señorea mi ánimo. No viviré para oír las nuevas de Inglaterra, pero adivino que será elegido rey Fortinbrás. Le doy mi voto agonizante. Díselo, junto con todos los sucesos que me han llevado... El resto es silencio. (*Lanza un hondo suspiro y muere*)

HORACIO - Ha estallado un noble pecho. Buenas noches, buen príncipe; que cánticos de ángeles te lleven al reposo - ¿Por qué vienen los tambores?

(*Entran Fortinbrás y los Embajadores de Inglaterra, con tambores, estandartes y acompañamiento*)

FORTINBRÁS - ¿Dónde está la escena?

HORACIO - ¿Qué queréis ver? Si es algo de asombro o dolor, cese vuestra busca.

FORTINBRÁS - Esta sangre pregona matanza. Muerte altiva, ¿qué festín preparas en tu celda infernal, que con tal violencia hieres a la vez a tantos príncipes?

EMBAJADOR - El cuadro es angustioso y nuestra embajada de Inglaterra llega tarde. Sordos están los oídos que nos deben dar audiencia, pues su orden fue cumplida y Rosencrantz y Guildenstern han muerto. ¿Quién nos dará las gracias?

HORACIO - Su boca, no, aunque en ella hubiera vida para agradecerlo; él nunca dio la orden de matarlos. Mas, puesto que llegáis en hora tan sangrienta, vos, de la guerra con Polonia, y vos, de Inglaterra, disponed que los cadáveres sean expuestos en alto a la vista de todos y permitid que cuente al mundo, pues lo ignora, todo cuanto sucedió. De este modo sabréis de actos lascivos, sangrientos e inhumanos, castigos fortuitos, muertes casuales y otras que se deben a engaños y artificios; y, por último, de intrigas malogradas vueltas contra sus autores. Todo esto fielmente os contaré.

FORTINBRÁS - Apresurémonos a oírlo, y que esté presente toda la nobleza. En cuanto a mí, acojo mi destino con dolor. Sobre este reino tengo derechos históricos y ahora es la sazón para reivindicarlos.

HORACIO - Hablaré también de ello y del voto que otros muchos atraerá. Mas cumplamos sin tardanza lo propuesto, ahora que los ánimos se encienden, no sea que a estas tramas sucedan más desdichas.

FORTINBRÁS - Cuatro capitanes portarán a Hamlet marcialmente al catafalco, pues, de habersele brindado, habría sido un gran rey. Su muerte será honrada con sonos militares y ritos de guerrero. Llevaos los cadáveres. Esta escena, más propia de batalla, aquí disuena. Vamos, que disparen los soldados.

(Salen en marcha solemne, seguida de una salva de cañón)

ROMEO Y JULIETA

WILLIAM SHAKESPEARE

DRAMATIS PERSONAE

EI CORO

ROMEO

MONTESCO, su padre

SEÑORA MONTESCO

BENVOLIO, sobrino de Montesco

ABRAHAN, criado de Montesco

BALTASAR, criado de Romeo

JULIETA

CAPULETO, Su padre

SEÑORA CAPULETO

TEBALDO, su sobrino

PARIENTE DE CAPULETO

EI AMA de Julieta

PEDRO criado de Capuleto

SANSÓNcriado de Capuleto

GREGORIO criado de Capuleto

Della Scala, PRINCIPE de Verona

MERCUCIO pariente del Príncipe

El Conde PARIS pariente del Príncipe

PAJE de Paris

FRAY LORENZO

FRAY JUAN

Un BOTICARIO

Criados, músicos, guardias, ciudadanos, máscaras, etc.

LA TRAGEDIA DE ROMEO Y JULIETA**PRÓLOGO I**

(Entra el Coro).

CORO - En Verona, escena de la acción, dos familias de rango y calidad renuevan viejos odios con pasión y manchan con su sangre la ciudad. De la entraña fatal de estos rivales nacieron dos amantes malhadados, cuyas desgracias y funestos males enterrarán conflictos heredados. El curso de un amor de muerte herido y una ira paterna tan extrema que hasta el fin de sus hijos no ha cedido será en estas dos horas nuestro tema. Si escucháis la obra con paciencia, nuestro afán salvará toda carencia. *(Sale)*

(Entran Sansón y Gregorio, de la casa de los Capuletos, armados con espada y escudo)

SANSÓN - Gregorio, te juro que no vamos a tragar saliva.

GREGORIO - No, que tan tragones no somos.

SANSÓN - Digo que si no los tragamos, se les corta el cuello.

GREGORIO - Sí, pero no acabemos con la soga al cuello.

SANSÓN - Si me provocan, yo pego rápido.

GREGORIO - Sí, pero a pegar no te provocan tan rápido.

SANSÓN - A mí me provocan los perros de los Montescos.

GREGORIO - Provocar es mover y ser valiente, plantarse, así que si te provocan, tú sales corriendo.

SANSÓN - Los perros de los Montescos me mueven a plantarme. Con un hombre o mujer de los Montescos me agarro a las paredes.

GREGORIO - Entonces es que te pueden, porque al débil lo empujan contra la pared.

SANSÓN - Cierto, y por eso a las mujeres, seres débiles, las empujan contra la pared. Así que yo echaré de la pared a los hombres de Montesco y empujaré contra ella a las mujeres.

GREGORIO - Pero la disputa es entre nuestros amos y nosotros, sus criados.

SANSÓN - Es igual; me portaré como un déspota. Cuando haya peleado con los hombres, seré cortés con las doncellas: las desvergaré.

GREGORIO - ¿Desvergar doncellas?

SANSÓN - Sí, desvergar o desvirgar. Tómallo por donde quieras.

GREGORIO - Por dónde lo sabrán las que lo prueben.

SANSÓN - Pues me van a probar mientras este no se encoja, y ya se sabe que soy más carne que pescado.

GREGORIO - Menos mal, que, si no, serías un merluzo. Saca el hierro, que vienen de la casa de Montesco.

(Entran otros dos criados uno llamado Abraham)

SANSÓN - Aquí está mi arma. Tú pelea; yo te guardo las espaldas.

GREGORIO - ¿Para volver las tuyas y huir?

SANSÓN - Descuida, que no.

GREGORIO - No, contigo no me descuido.

SANSÓN - Tengamos la ley de nuestra parte: que empiecen ellos.

GREGORIO - Me pondré ceñudo cuando pase por su lado, y que se lo tomen como quieran.

SANSÓN - Si se atreven. Yo les haré burla a ver si se dejan insultar.

ABRAHÁN - ¿Nos hacéis burla, señor?

SANSÓN - Hago burla.

ABRAHÁN - ¿Nos hacéis burla a nosotros, señor?

SANSÓN - *(Aparte a Gregorio)* ¿Tenemos la ley de nuestra parte si digo que sí?

GREGORIO - *(Aparte a Sansón)* No.

SANSÓN - No, señor, no os hago burla. Pero hago burla, señor.

GREGORIO - ¿Buscáis pelea?

ABRAHÁN - ¿Pelea? No, señor.

SANSÓN - Más si la buscáis, aquí estoy yo: criado de tan buen amo como el vuestro.

ABRAHÁN - Más no mejor.

SANSÓN - Pues...

(Entra Benvolio)

GREGORIO – *(Aparte a Sansón)* Di que mejor: ahí viene un pariente del amo.

SANSÓN - Sí, señor: mejor.

ABRAHÁN - ¡Mentira!

SANSÓN - Desenvainad si sois hombres. Gregorio, recuerda tu mandoble.

(Pelean)

BENVOLIO – *(Desenvaina)* ¡Alto, bobos! Envainad; no sabéis lo que hacéis.

(Entra Tebaldo)

TEBALDO - ¿Conque desenvainas contra míseros esclavos? Vuélvete, Benvolio, y afronta tu muerte.

BENVOLIO - Estoy poniendo paz. Envaina tu espada o ven con ella a intenta detenerlos.

TEBALDO - ¿Y armado hablas de paz? Odio esa palabra como odio el infierno, a ti y a los Montescos. ¡Vamos, cobarde!

(Luchan. Entran tres o cuatro Ciudadanos con palos)

CIUDADANOS - ¡Palos, picas, partesanas! ¡Pegadles! ¡Tumbadlos! ¡Abajo con los Capuletos! ¡Abajo con los Montescos!

(Entran Capuleto, en bata, y su esposa la Señora Capuleto)

CAPULETO - ¿Qué ruido es ese? ¡Dadme mi espada de guerra!

SEÑORA CAPULETO - ¡Dadle una muleta! - ¿Por qué pides la espada?

(Entran Montesco y su Esposa la Señora Montesco)

CAPULETO - ¡Quiero mi espada! ¡Ahí está Montesco, blandiendo su arma en desafío!

MONTESCO - ¡Infame Capuleto! - ¡Suéltame, vamos!

SEÑORA MONTESCO - Contra tu enemigo no darás un paso.

(Entra el Príncipe Della Scala, con su séquito)

PRÍNCIPE - ¡Súbditos rebeldes, enemigos de la paz, que profanáis el acero con sangre ciudadana! – ¡No escuchan! - ¡Vosotros, hombres, bestias, que apagáis el ardor de vuestra cólera con chorros de púrpura que os salen de las venas! ¡Bajo pena de tormento, arrojad de las manos sangrientas esas mal templadas armas y oíd la decisión de vuestro Príncipe! Tres refriegas, que, por una palabra de nada, vos causasteis, Capuleto, y vos, Montesco, tres veces perturbaron la quietud de nuestras calles e hicieron que los viejos de Verona prescindiesen de su grave indumentaria y con viejas manos empuñasen viejas armas, corroídas en la paz, por apartaros del odio que os corroe. Si causáis otro disturbio, vuestra vida será el precio. Por esta vez, que todos se dispersen. Vos, Capuleto, habréis de acompañarme. Montesco, venid esta tarde a Villa Franca ; mi Palacio de Justicia, a conocer mis restantes decisiones sobre el caso. ¡Una vez más, bajo pena de muerte, dispersaos!

(Salen todos, menos Montesco, la Señora Montesco y Benvolio)

MONTESCO - ¿Quién ha renovado el viejo pleito? Dime, sobrino, ¿estabas aquí cuando empezó?

BENVOLIO - Cuando llegué, los criados de vuestro adversario estaban enzarzados con los vuestros. Desenvainé por separarlos. En esto apareció el fogoso Tebaldo, espada en mano, y la blandía alrededor de la cabeza, cubriéndome de insultos y cortando el aire, que, indemne, le silbaba en menosprecio. Mientras cruzábamos tajos y estocadas, llegaron más, y lucharon de uno y otro lado hasta que el Príncipe vino y pudo separarlos.

SEÑORA MONTESCO - ¿Y Romeo? ¿Le has visto hoy? Me alegra el ver que no ha estado en esta pelea.

BENVOLIO - Señora, una hora antes de que el astro rey asomase por las áureas ventanas del oriente, la inquietud me empujó a pasear. Entonces, bajo unos sicamores que crecen al oeste de Verona, caminando tan temprano vi a vuestro hijo. Fui hacia él, que, advirtiéndome mi presencia, se escondió en el bosque. Medí sus sentimientos por los míos, que ansiaban un espacio retirado mi propio ser entristecido me sobraba, seguí mi humor al no seguir el suyo y gustoso evité a quien por gusto me evitaba.

MONTESCO - Le han visto allí muchas mañanas, aumentando con su llanto el rocío de la mañana, añadiendo a las nubes sus nubes de suspiros. Mas, en cuanto el sol, que todo alegra, comienza a descender por el remoto oriente las oscuras cortinas del lecho de Aurora, mi melancólico hijo huye de la luz y se encierra solitario en su aposento, cerrando las ventanas, expulsando toda luz y creándose una noche artificial. Este humor será muy sombrío y funesto si la causa no la quita el buen consejo.

BENVOLIO - Mi noble tío, ¿conocéis vos la causa?

MONTESCO - Ni la conozco, ni por él puedo saberla.

BENVOLIO - ¿Le habéis apremiado de uno a otro modo?

MONTESCO - Sí, y también otros amigos, mas él sólo confía sus sentimientos a sí mismo, no sé si con acierto, y se muestra tan callado y reservado, tan insondable y tan hermético como flor comida por gusano antes de abrir sus tiernos pétalos al aire o al sol ofrecerle su hermosura. Si supiéramos la causa de su pena, le daríamos remedio sin espera.

(Entra Romeo)

BENVOLIO - Ahí viene. Os lo ruego, ponedlos a un lado: me dirá su dolor, si no se ha obstinado.

MONTESCO - Espero que, al quedarte, por fin oigas su sincera confesión. Vamos, señora.

(Salen Montesco y la Señora Montesco)

BENVOLIO - Buenos días, primo.

ROMEO - ¿Ya es tan de mañana?

BENVOLIO - Las nueve ya han dado.

ROMEO - ¡Ah! Las horas tristes se alargan. ¿Era mi padre quien se fue tan deprisa?

BENVOLIO - Sí. ¿Qué tristeza alarga las horas de Romeo?

ROMEO - No tener lo que, al tenerlo, las abrevia.

BENVOLIO - ¿Enamorado?

ROMEO - Cansado.

BENVOLIO - ¿De amar?

ROMEO - De no ser correspondido por mi amada.

BENVOLIO - ¡Ah! ¿Por qué el amor, de presencia gentil, es tan duro y tiránico en sus obras?

ROMEO - ¡Ah! ¿Por qué el amor, con la venda en los ojos, puede, siendo ciego imponer sus antojos? ¿Dónde comemos? . ¡Ah! ¿Qué pelea ha habido? No me lo digas, que ya lo sé todo. Tumulto de odio, pero más de amor. ¡Ah, amor combativo! ¡Ah, odio amoroso! ¡Ah, todo, creado de la nada! ¡Ah, grave levedad, seria vanidad, caos deforme de formas hermosas, pluma de plomo, humo radiante, fuego glacial, salud enfermiza, sueño desvelado, que no es lo que es! Yo siento este amor sin sentir nada en él. ¿No te ríes?

BENVOLIO - No, primo; más bien lloro.

ROMEO - ¿Por qué, noble alma?

BENVOLIO - Porque en tu alma hay dolor.

ROMEO - Así es el pecado del amor: mi propio pesar, que tanto me angustia, tú ahora lo agrandas, puesto que lo turbas con el tuyo propio. Ese amor que muestras añade congoja a la que me supera. El amor es humo, soplo de suspiros: se esfuma, y es fuego en ojos que aman; refrénalo, y crece como un mar de lágrimas. ¿Qué cosa es, si no? Locura juiciosa, amargor que asfixia, dulzor que conforta. Adiós, primo mío.

BENVOLIO - Voy contigo, espera; injusto serás si ahora me dejas.

ROMEO - ¡Bah! Yo no estoy aquí, y me hallo perdido. Romeo no es este: está en otro sitio.

BENVOLIO - Habla en serio y dime quién es la que amas.

ROMEO - ¡Ah! ¿Quieres oírme gemir?

BENVOLIO - ¿Gemir? No: quiero que digas en serio quién es.

ROMEO - Pídele al enfermo que haga testamento; para quien tanto lo está, es un mal momento. En serio, primo, amo a una mujer.

BENVOLIO - Por ahí apuntaba yo cuando supe que amabas.

ROMEO - ¡Buen tirador! Y la que amo es hermosa.

BENVOLIO - Si el blanco es hermoso, antes se acierta.

ROMEO - Ahí has fallado: Cupido no la alcanza con sus flechas; es prudente cual Diana: su casta coraza la protege tanto que del niño Amor no la hechiza el arco. No puede asediarla el discurso amoroso, ni cede al ataque de ojos que asaltan, ni recoge el oro que tienta hasta a un santo. En belleza es rica y su sola pobreza está en que, a su muerte, muere su riqueza.

BENVOLIO - ¿Así que ha jurado vivir siempre casta?

ROMEO - Sí, y con ese ahorro todo lo malgasta: matando lo bello por severidad priva de hermosura a la posteridad. Al ser tan prudente con esa belleza no merece el cielo, pues me desespera. No amar ha jurado, y su juramento a quien te lo cuenta le hace vivir muerto.

BENVOLIO - Hazme caso y no pienses más en ella.

ROMEO - Enséñame a olvidar.

BENVOLIO - Deja en libertad a tus ojos: contempla otras bellezas.

ROMEO - Así estimaré la suya en mucho más. Esas máscaras negras que acarician el rostro de las bellas nos traen al recuerdo la belleza que ocultan. Quien ciego ha quedado no olvida el tesoro que sus ojos perdieron. Muéstrame una dama que sea muy bella. ¿Qué hace su hermosura sino recordarme a la que supera su belleza? Enseñarme a olvidar no puedes. Adiós.

BENVOLIO - Pues pienso enseñarte o morir tu deudor. *(Salen)*

(Entran Capuleto, el Conde Paris y el gracioso Criado de Capuleto)

CAPULETO - Montesco está tan obligado como yo, bajo la misma pena. A nuestros años no será difícil, creo yo, vivir en paz.

PARIS - Ambos gozáis de gran reputación y es lástima que llevéis enfrentados tanto tiempo. En fin, señor, ¿qué decís a este pretendiente?

CAPULETO - Lo que ya he dicho antes: mi hija nada sabe de la vida; aún no ha llegado a los catorce. Dejad que muera el esplendor de dos veranos y habrá madurado para desposarse.

PARIS - Otras más jóvenes ya son madres felices.

CAPULETO - Quien pronto se casa, pronto se amarga. Mis otras esperanzas las cubrió la tierra; ella es la única que me queda en la vida. Mas cortejadla, Paris, enamoradla, que en sus sentimientos ella es la que manda. Una vez que acepte, daré sin reservas mi consentimiento al que ella prefiera. Esta noche doy mi fiesta de siempre, a la que vendrá multitud de gente, y todos amigos. Uníos a ellos y con toda el alma os acogeremos. En mi humilde casa esta noche ved estrellas terrenas el cielo encender. La dicha que siente el joven lozano cuando abril vistoso muda el débil paso del caduco invierno, ese mismo goce tendréis en mi casa estando esta noche entre mozas bellas. Ved y oíd a todas, y entre ellas amad a la más meritoria; con todas bien vistas, tal vez al final queráis a la mía, aunque es una más. Venid vos conmigo. (*Al Criado*) Tú ve por Verona, recorre sus calles, busca a las personas que he apuntado aquí; diles que mi casa, si bien les parece, su presencia aguarda. (*Sale con el Conde Paris*).

CRIADO - ¡Que busque a las personas que ha apuntado aquí! Ya lo dicen: el zapatero, a su regla; el sastre, a su horma; el pescador, a su brocha, y el pintor, a su red. Pero a mí me mandan que busque a las personas que ha apuntado, cuando no sé leer los nombres que ha escrito el escribiente. Preguntaré al instruido. (*Entran Benvolio y Romeo*) ¡Buena ocasión!

BENVOLIO - Vamos, calla: un fuego apaga otro fuego; el pesar de otro tu dolor amengua; si estás mareado, gira a contrapelo; la angustia insufrible la cura otra pena. Aqueja tu vista con un nuevo mal y el viejo veneno pronto morirá.

ROMEO - Las cataplasmas son grandes remedios.

BENVOLIO - Remedios, ¿contra qué!

ROMEO - Golpe en la espinilla.

BENVOLIO - Pero, Romeo, ¿tú estás loco?

ROMEO - Loco, no; más atado que un loco: encarcelado, sin mi alimento, azotado y torturado, y... Buenas tardes, amigo.

CRIADO - Buenas os dé Dios. Señor, ¿sabéis leer?

ROMEO - Sí, mi mala fortuna en mi adversidad.

CRIADO - Eso lo habréis aprendido de memoria. Pero, os lo ruego, ¿sabéis leer lo que veáis?

ROMEO - Si conozco el alfabeto y el idioma, sí.

CRIADO - Está claro. Quedad con Dios.

ROMEO - Espera, que sí sé leer. (*Lee el papel*) «El señor Martino, esposa e hijas. El conde Anselmo y sus bellas hermanas. La viuda del señor Vitruvio. El señor Piacencio y sus lindas sobrinas. Mercucio y su hermano Valentino. Mi tío Capuleto, esposa a hijas. Mi bella sobrina Rosalina y Livia. El señor Valentio y su primo Tebaldo. Lucio y la alegre Elena» Bella compañía. ¿Adónde han de ir?

CRIADO - Arriba.

ROMEO - ¿Adónde? ¿A una cena?

CRIADO - A nuestra casa.

ROMEO - ¿A casa de quién?

CRIADO - De mi amo.

ROMEO - Tenía que habértelo preguntado antes.

CRIADO - Os lo diré sin que preguntéis. Mi amo es el grande y rico Capuleto, y si vos no sois de los Montescos, venid a echar un trago de vino. Quedad con Dios. (*Sale*)

BENEVOLIO - En el festín tradicional de Capuleto estará tu amada, la bella Rosalina, con las más admiradas bellezas de Verona. Tú ve a la fiesta: con ojo imparcial compárala con otras que te mostraré, y, en lugar de un cisne, un cuervo has de ver.

ROMEO - Si fuera tan falso el fervor de mis ojos, que mis lágrimas se conviertan en llamas, y si se anegaron, siendo mentirosos, y nunca murieron, cual

herejes ardan. ¡Otra más hermosa! Si todo ve el sol, su igual nunca ha visto desde la creación.

BENVOLIO - Te parece bella si no ves a otras: tus ojos con ella misma la confrontan. Pero si tus ojos hacen de balanza, sopesa a tu amada con cualquier muchacha que pienso mostrarte brillando en la fiesta, y lucirá menos la que ahora te ciega.

ROMEO - Iré, no por admirar a las que elogias, sino sólo el esplendor de mi señora. *(Salen)*

(Entran la Señora Capuleto y el Ama)

SEÑORA CAPULETO - Ama, ¿y mi hija? Dile que venga.

AMA - Ah, por mi virginidad a mis doce años, ¡si la mandé venir! ¡Eh, paloma! ¡Eh, reina! ¡Santo cielo! ¿Dónde está la niña? ¡Julieta!

(Entra Julieta)

JULIETA - Hola, ¿quién me llama?

AMA - Tu madre.

JULIETA - Aquí estoy, señora. ¿Qué deseáis?

SEÑORA CAPULETO - Pues se trata... Ama, déjanos un rato; hemos de hablar a solas... Ama, vuelve. Pensándolo bien, más vale que to oigas. Sabes que mi hija está en edad de merecer.

AMA - Me sé su edad hasta en las horas.

SEÑORA CAPULETO - Aún no tiene los catorce.

AMA - Apuesto catorce de mis dientes (aunque, ¡válgame!, no me quedan más que cuatro a que no ha cumplido los catorce. ¿Cuánto falta para que acabe julio?.

SEÑORA CAPULETO - Dos semanas y pico.

AMA - Pues con o sin pico, entre todos los días del año la última noche de julio cumple los catorce. Susana y ella ¡Señor, da paz a las ánimas! tenían la misma edad. Bueno, Susana está en el cielo, yo no la merecía. Como digo, la última noche de julio cumple los catorce, vaya que sí; me acuerdo muy bien. Del terremoto hace ahora once años y, de todos los días del año nunca se me olvidará

ese mismo día la desteté: me había puesto ajeno en el pecho, ahí sentada al sol, bajo el palomar. El señor y vos estabais en Mantua ¡qué memoria tengo!. Pero, como digo, en cuanto probó el ajeno en mi pezón y le supo tan amargo... Angelito, ¡hay que ver qué rabia le dio la teta! De pronto el palomar dice que tiembla; desde luego, no hacía falta avisarme que corriese. Y de eso ya van once años, pues entonces se tenía en pie ella solita. ¡Qué digo! ¡Pero si podía andar y correr! El día antes se dio un golpe en la frente, y mi marido que en paz descansa, siempre alegre levantó a la niña. «Ajá», le dijo, «¿te caes boca abajo? Cuando tengas más seso te caerás boca arriba, ¿a que sí, Juli?». Y, Virgen santa, la mocosilla paró de llorar y dijo que sí. ¡Pensar que la broma iba a cumplirse! Aunque viva mil años, juro que nunca se me olvidara. «¿A que sí, Juli?», dice. Y la pobrecilla se calla y le dice que sí.

SEÑORA CAPULETO - Ya basta. No sigas, te lo ruego.

AMA - Sí, señora. Pero es que me viene la risa de pensar que se calla y le dice que sí. Y eso que llevaba en la frente un chichón de grande como un huevo de pollo; un golpe muy feo, y lloraba amargamente. «Ajá», dice mi marido, «¿te caes boca abajo? Cuando seas mayor te caerás boca arriba, ¿a que sí, Juli?» Y se calla y le dice que sí.

JULIETA - Calla tú también, ama, te lo ruego.

AMA - ¡Chsss...! He dicho. Dios te dé su gracia; fuiste la criatura más bonita que crié. Ahora mi único deseo es vivir para verte casada.

SEÑORA CAPULETO - Pues de casamiento venía yo a hablar. Dime, Julieta, hija mía, ¿qué te parece la idea de casarte?

JULIETA - Es un honor que no he soñado.

AMA - ¡Un honor! Si yo no fuera tu nodriza, diría que mamaste listeza de mis pechos.

SEÑORA CAPULETO - Pues piensa ya en el matrimonio. Aquí, en Verona, hay damas principales, más jóvenes que tú, que ya son madres. Según mis cuentas, yo te tuve a ti más o menos a la edad que tú tienes ahora. Abreviando: el gallardo Paris te pretende.

AMA - ¡Qué hombre, jovencita! Un hombre que el mundo entero... ¡Es la perfección!

SEÑORA CAPULETO - El estío de Verona no da tal flor.

AMA - ¡Eso, es una flor, toda una flor!

SEÑORA CAPULETO - ¿Qué dices? ¿Podrás amar al caballero? Esta noche le verás en nuestra fiesta. Si lees el semblante de Paris como un libro, verás que la belleza ha escrito en él la dicha. Examina sus facciones y hallarás que congenian en armónica unidad, y, si algo de este libro no es muy claro, en el margen de sus ojos va glosado. A este libro de amor, que ahora es tan bello, le falta cubierta para ser perfecto. Si en el mar vive el pez, también hay excelencia en todo lo bello que encierra belleza: hay libros con gloria, pues su hermoso fondo queda bien cerrado con broche de oro. Todas sus virtudes, uniéndote a él, también serán tuyas, sin nada perder.

AMA - Perder, no; ganar: el hombre engorda a la mujer.

SEÑORA CAPULETO - En suma, ¿crees que a Paris amarás?

JULIETA - Creo que sí, si la vista lleva a amar. Más no dejaré que mis ojos le miren más de lo que vuestro deseo autorice.

(Entra un Criado)

CRIADO - Señora, los convidados ya están; la cena, en la mesa; preguntan por vos y la señorita; en la despensa maldicen al ama, y todo está por hacer. Yo voy a servir. Os lo ruego, venid en seguida. *(Sale)*

SEÑORA CAPULETO - Ahora mismo vamos. Julieta, te espera el conde.

AMA - ¡Vamos! ¡A gozar los días gozando las noches! *(Salen)*

(Entran Romeo, Mercucio, Benvolio, con cinco o seis máscaras, Portadores de Antorchas)

ROMEO - ¿Decimos el discurso de rigor o entramos sin dar explicaciones?

BENVOLIO - Hoy ya no se gasta tanta ceremonia: nada de Cupido con los ojos vendados llevando por arco una regla pintada y asustando a las damas como un espantajo, ni tímido prólogo que anuncia una entrada dicho de memoria con apuntador. Que nos tomen como quieran. Nosotros les tomamos algún baile y nos vamos.

ROMEO - Dadme una antorcha, que no estoy para bailes. Si estoy tan sombrío, llevaré la luz.

MERCUCIO - No, gentil Romeo: tienes que bailar.

ROMEO - No, de veras. Vosotros lleváis calzado de ingrátida suela, pero yo del suelo no puedo moverme, de tanto que me pesa el alma.

MERCUCIO - Tú, enamorado, pídele las alas a Cupido y toma vuelo más allá de todo salto.

ROMEO - El vuelo de su flecha me ha alcanzado y ya no puedo elevarme con sus alas, ni alzarme por encima de mi pena, y así me hundo bajo el peso del amor.

MERCUCIO - Para hundirte en amor has de hacer peso: demasiada carga para cosa tan tierna.

ROMEO - ¿Tierno el amor? Es harto duro, harto áspero y violento, y se clava como espina.

MERCUCIO - Si el amor te maltrata, maltrátalo tú: si se clava, lo clavas y lo hundes. Dadme una máscara, que me tape el semblante: para mi cara, careta. ¿Qué me importa ahora que un ojo curioso note imperfecciones? Que se ruborice este mascarón.

BENVOLIO - Vamos, llamad y entrad. Una vez dentro, todos a mover las piernas.

ROMEO - Dadme una antorcha. Que la alegre compañía haga cosquillas con sus pies a las esteras, que a mí bien me cuadra el viejo proverbio: bien juega quien mira, y así podré ver mejor la partida; pero sin jugar.

MERCUCIO - Te la juegas, dijo el guardia. Si no juegas, habrá que sacarte; sacarte, con perdón, del fango amoroso en que te hundes. Ven, que se apaga la luz.

ROMEO - No es verdad.

MERCUCIO - Digo que si nos entretenemos, malgastamos la antorcha, cual si fuese de día. Toma el buen sentido y verás que aciertas cinco veces más que con la listeza.

ROMEO - Nosotros al baile venimos por bien, mas no veo el acierto.

MERCUCIO - Pues dime por qué.

ROMEO - Anoche tuve un sueño.

MERCUCIO - Y también yo.

ROMEO - ¿Qué soñaste?

MERCUCIO - Que los sueños son ficción.

ROMEO - No, porque durmiendo sueñas la verdad.

MERCUCIO - Ya veo que te ha visitado la reina Mab, la partera de las hadas. Su cuerpo es tan menudo cual piedra de ágata en el anillo de un regidor. Sobre la nariz de los durmientes seres diminutos tiran de su carro, que es una cáscara vacía de avellana y está hecho por la ardilla carpintera o la oruga de antiguo carroceras de las hadas. Patas de araña zanquilarga son los radios, alas de saltamontes la capota; los tirantes, de la más fina telaraña; la collera, de reflejos lunares sobre el agua; la fusta, de hueso de grillo; la tralla, de hebra; el cochero, un mosquito vestido de gris, menos de la mitad que un gusanito sacado del dedo holgazán de una muchacha. Y con tal pompa recorre en la noche cerebros de amantes, y les hace soñar el amor; rodillas de cortesanos, y les hace soñar reverencias; dedos de abogados, y les hace soñar honorarios; labios de damas, y les hace soñar besos, labios que suele ulcerar la colérica Mab, pues su aliento está mancillado por los dulces. A veces galopa sobre la nariz de un cortesano y le hace soñar que huele alguna recompensa; y a veces acude con un rabo de cerdo por diezmo y cosquillea en la nariz al cura dormido, que entonces sueña con otra parroquia. A veces marcha sobre el cuello de un soldado y le hace soñar con degüellos de extranjeros, brechas, emboscadas, espadas españolas, tragos de a litro; y entonces le tamborilea en el oído, lo que le asusta y despierta; y él, sobresaltado, entona oraciones y vuelve a dormirse. Esta es la misma Mab que de noche les trenza la crin a los caballos, y a las desgredadas les emplasta mechones de pelo, que, desenredados, traen desgracias. Es la bruja que, cuando las mozas yacen boca arriba, las oprime y les enseña a concebir y a ser mujeres de peso. Es la que...

ROMEO - ¡Calla, Mercucio, calla! No hablas de nada.

MERCUCIO - Es verdad: hablo de sueños, que son hijos de un cerebro ocioso y nacen de la vana fantasía, tan pobre de sustancia como el aire y más variable que el viento, que tan pronto galantea al pecho helado del norte como, lleno de ira, se aleja resoplando y se vuelve hacia el sur, que gotea de rocío.

BENVOLIO - El viento de que hablas nos desvía. La cena terminó y llegaremos tarde.

ROMEO - Muy temprano, temo yo, pues presiento que algún accidente aún oculto en las estrellas iniciará su curso aciago con la fiesta de esta noche y pondrá fin a esta vida que guardo en mi pecho con el ultraje de una muerte adelantada. Mas que Aquél que gobierna mi rumbo guíe mi nave. ¡Vamos, alegres señores!

BENVOLIO - ¡Que suene el tambor! (*Desfilan por el escenario y salen*)

(*Entran Criados con servilletas*)

CRIADO 1 - ¿Dónde está Perola, que no ayuda a quitar la mesa? ¿Cuándo coge un plato? ¿Cuándo friega un plato?

CRIADO 2 - Si la finura sólo está en las manos de uno, y encima no se las lava, vamos listos.

CRIADO 1 - Llevaos las banquetas, quitad el aparador, cuidado con la plata. Oye, tú, sé bueno y guárdame un poco de mazapán; y hazme un favor: dile al portero que deje entrar a Susi Muelas y a Lena. (*Sale el Criado 2*) ¡Antonio! ¡Perola!

(*Entran otros dos Criados*)

CRIADO 3 - Aquí estamos, joven.

CRIADO 1 - Te buscan y rebuscan, lo llaman y reclaman allá, en el salón.

CRIADO 4 - No se puede estar aquí y allí. ¡Ánimo, muchachos! Venga alegría, que quien resiste, gana el premio. (*Salen*)

(*Entran Capuleto, la Señora Capuleto, Julieta, Tebaldo, el Ama, todos los convidados y las máscaras Romeo, Benvolio y Mercucio*)

CAPULETO - ¡Bienvenidos, señores! Las damas sin callos querrán echar un baile con vosotros.- ¡Vamos, señoras! ¿Quién de vosotras se niega a bailar? La que haga remilgos juraré que tiene callos. ¿A que he acertado? - ¡Bienvenidos, señores! Hubo un tiempo en que yo me ponía el antifaz y musitaba palabras deleitosas al oído de una bella. Pero pasó, pasó. Bienvenidos, señores - ¡Músicos, a tocar! ¡Haced sitio, despejad! ¡Muchachas, a bailar! (*Suena la música y bailan*) ¡Más luz, bribones! Desmontad las mesas y apagad la lumbre, que da mucho calor. Oye, ¡qué suerte la visita inesperada! Vamos, siéntate, pariente Capuleto, que nuestra época de bailes ya pasó. ¿Cuánto tiempo hace que estuvimos en una mascarada?

PARIENTE DE CAPULETO - ¡Virgen santa! Treinta años.

CAPULETO - ¡Qué va! No tanto, no tanto. Fue cuando la boda de Lucencio: en Pentecostés hará unos veinticinco años. Esa fue la última vez.

PARIENTE DE CAPULETO - Hace más, hace más: su hijo es mayor; tiene treinta años.

CAPULETO - ¿Me lo vas a decir tú? Hace dos años era aún menor de edad.

ROMEO - (A un Criado) ¿Quién es la dama cuya mano enaltece a ese caballero?

CRIADO - No lo sé, señor.

ROMEO - ¡Ah, cómo enseña a brillar a las antorchas! En el rostro de la noche es cual la joya que en la oreja de una etíope destella... No se hizo para el mundo tal belleza. Esa dama se distingue de las otras como de los cuervos la blanca paloma. Buscaré su sitio cuando hayan bailado y seré feliz si le toco la mano. ¿Supe qué es amor? Ojos, desmentidlo, pues nunca hasta ahora la belleza he visto.

TEBALDO - Por su voz, este es un Montesco. Muchacho, tráeme el estoque.- ¿Cómo se atreve a venir aquí el infame con esa careta, burlándose de fiesta tan solemne? Por mi cuna y la honra de mi estirpe, que matarle no puede ser un crimen.

CAPULETO - ¿Qué pasa, sobrino? ¿Por qué te sulfuras?

TEBALDO - Tío, ese es un Montesco, nuestro enemigo: un canalla que viene ex profeso a burlarse de la celebración.

CAPULETO - ¿No es el joven Romeo?

TEBALDO - El mismo: el canalla de Romeo.

CAPULETO - Cálmate, sobrino; déjale en paz: se porta como un digno caballero y, a decir verdad, Verona habla con orgullo de su nobleza y cortesía. Ni por todo el oro de nuestra ciudad le haría ningún desaire aquí, en mi casa. Así que calma, y no le hagas caso. Es mi voluntad, y si la respetas, muéstrate amable y deja ese ceño, pues casa muy mal con una fiesta.

TEBALDO - Casa bien si el convidado es un infame. ¡No pienso tolerarlo!

CAPULETO - Vas a tolerarlo. Óyeme, joven don nadie: vas a tolerarlo, ¿pues sí! ¿Quién manda aquí, tú o yo? ¡Pues sí! ¿Tú no tolerarlo? Dios me bendiga, ¿tú armar alboroto aquí, en mi fiesta? ¿Tú andar desbocado? ¿Tú hacerte el héroe?

TEBALDO - Pero, tío, ¡es una vergüenza!

CAPULETO - ¡Conque sí! ¡Serás descarado! ¡Conque una vergüenza! Este juego tuyo te puede costar caro, te lo digo yo. ¡Tú contrariarme! Ya está bien.- ¡Magnífico, amigos!- ¡ Insolente! Vete, cállate o...- ¡Más luz, más luz!-Te juro que te haré callar - ¡Alegría, amigos!

TEBALDO - Calmarme a la fuerza y estar indignado me ha descompuesto, al ser tan contrarios. Ahora me retiro, mas esta intrusión, ahora tan grata, causará dolor. (*Sale*)

ROMEO - Si con mi mano indigna he profanado tu santa efigie, sólo peco en eso: mi boca, peregrino avergonzado, suavizará el contacto con un beso.

JULIETA - Buen peregrino, no reproches tanto a tu mano un fervor tan verdadero: si juntan manos peregrino y santo, palma con palma es beso de palmero.

ROMEO - ¿Ni santos ni palmeros tienen boca?

JULIETA - Sí, peregrino: para la oración.

ROMEO - Entonces, santa, mi oración te invoca: suplico un beso por mi salvación.

JULIETA - Los santos están quietos cuando acceden.

ROMEO - Pues, quieta, y tomaré lo que conceden. (*La besa*) Mi pecado en tu boca se ha purgado.

JULIETA - Pecado que en mi boca quedaría.

ROMEO - Repruebas con dulzura. ¿Mi pecado? ¡Devuélvemelo!

JULIETA - Besas con maestría.

AMA - Julieta, tu madre quiere hablarte.

ROMEO - ¿Quién es su madre?

AMA - Pero, ¡joven! Su madre es la señora de la casa, y es muy buena, prudente y virtuosa. Yo crié a su hija, con la que ahora hablabais. Os digo que quien la gane, conocerá el beneficio.

ROMEO - ¿Es una Capuleto? ¡Triste cuenta! Con mi enemigo quedo en deuda.

BENVOLIO - Vamonos, que lo bueno poco dura.

ROMEO - Sí, es lo que me temo, y me preocupa.

CAPULETO - Pero, señores, no queráis iros ya. Nos espera un humilde postrecito. *(Le hablan al oído)* ¿Ah, sí? Entonces, gracias a todos. Gracias, buenos caballeros, buenas noches.- ¡Más antorchas aquí, vamos! Después, a acostarse - Oye, ¡qué tarde se está haciendo! Me voy a descansar.

(Salen todos menos Julieta y el Ama)

JULIETA - Ven aquí, ama. ¿Quién es ese caballero?

AMA - El hijo mayor del viejo Tiberio.

JULIETA - ¿Y quién es el que está saliendo ahora?

AMA - Pues creo que es el joven Petrucio.

JULIETA - ¿Y el que le sigue, el que no bailaba?

AMA - No sé.

JULIETA - Pregunta quién es - Si ya tiene esposa, la tumba sería mi lecho de bodas.

AMA - Se llama Romeo y es un Montesco: el único hijo de tu gran enemigo.

JULIETA - ¡Mi amor ha nacido de mi único odio! Muy pronto le he visto y tarde le conozco. Fatal nacimiento de amor habrá sido si tengo que amar al peor enemigo.

AMA - ¿Qué dices? ¿Qué dices?

JULIETA - Unos versos que he aprendido de uno con quien bailé.

(Llaman a Julieta desde dentro)

AMA - ¡Ya va! ¡Ya va! - Vamos, los convidados ya no están. *(Salen)*

PRÓLOGO II

(Entra el Coro)

CORO - Ahora yace muerto el viejo amor y el joven heredero ya aparece. La bella que causaba tal dolor al lado de Julieta desmerece. Romeo ya es amado y es amante: los ha unido un hechizo en la mirada. Él es de su enemiga suplicante y ella roba a ese anzuelo la carnada. Él no puede jurarle su pasión, pues en la otra casa es rechazado, y su amada no tiene la ocasión de verse en un lugar con su adorado. Mas el amor encuentra los procura, templando ese rigor con la dulzura.
(Sale)

(Entra Romeo solo)

ROMEO - ¿Cómo sigo adelante, si mi amor está aquí? Vuelve, triste barro, y busca tu centro. *(Se esconde)*

(Entran Benvolio y Mercucio)

BENVOLIO - ¡Romeo! ¡Primo Romeo! ¡Romeo!

MERCUCIO - Este es muy listo, y seguro que se ha ido a dormir.

BENVOLIO - Vino corriendo por aquí y saltó la tapia de este huerto. Llámale, Mercucio.

MERCUCIO - Haré una invocación. ¡Antojos! ¡Locuelo! ¡Delirios! ¡Prendado! Aparece en forma de suspiro. Di un verso y me quedo satisfecho. Exclama «¡Ay de mí!», rima «amor» con «flor», di una bella palabra a la comadre Venus y ponle un mote al ciego de su hijo, Cupido el golfillo, cuyo dardo certero hizo al rey Cofetua amar a la mendiga. Ni oye, ni bulle, ni se mueve: el mono se ha muerto; haré un conjuro. Conjúrote por los ojos claros de tu Rosalina, por su alta frente y su labio carmesí, su lindo pie, firme pierna, trémulo muslo y todas las comarcas adyacentes, que ante nosotros aparezcas en persona.

BENVOLIO - Como te oiga, se enfadará.

MERCUCIO - Imposible. Se enfadaría si yo hiciese penetrar un espíritu extraño en el cerco de su amada, dejándolo erecto hasta que se escurriese y esfumase. Eso sí le irritaría. Mi invocación es noble y decente: en nombre de su amada yo sólo le conjuro que aparezca.

BENVOLIO - Ven, que se ha escondido entre estos árboles, en alianza con la noche melancólica. Ciego es su amor, y lo oscuro, su lugar.

MERCUCIO - Si el amor es ciego, no puede atinar. Romeo está sentado al pie de una higuera deseando que su amada fuese el fruto que las mozas, entre risas, llaman higo. ¡Ah, Romeo, si ella fuese, ah, si fuese un higo abierto y tú una pera! Romeo, buenas noches. Me voy a mi camita, que dormir al raso me da frío. Ven, ¿nos vamos?

BENVOLIO - Sí, pues es inútil buscar a quien no quiere ser hallado. *(Sale)*

ROMEO - *(Adelantándose)* Se ríe de las heridas quien no las ha sufrido. Pero, alto. ¿Qué luz alumbraba esa ventana? Es el oriente, y Julieta, el sol. Sal, bello sol, y mata a la luna envidiosa, que está enferma y pálida de pena porque tú, que la sirves, eres más hermoso. Si es tan envidiosa, no seas su sirviente. Su ropa de vestal es de un verde apagado que sólo llevan los bobos. ¡Tírala! *(Entra Julieta arriba, en el balcón)* ¡Ah, es mi dama, es mi amor! ¡Ojalá lo supiera! Mueve los labios, mas no habla. No importa: hablan sus ojos; voy a responderles. ¡Qué presuntuoso! No me habla a mí. Dos de las estrellas más hermosas del cielo tenían que ausentarse y han rogado a sus ojos que brillen en su puesto hasta que vuelvan. ¿Y si ojos se cambiasen con estrellas? El fulgor de su mejilla les haría avergonzarse, como la luz del día a una lámpara; y sus ojos lucirían en el cielo tan brillantes que, al no haber noche, cantarían las aves. ¡Ved cómo apoya la mejilla en la mano! ¡Ah, quién fuera el guante de esa mano por tocarle la mejilla!

JULIETA - ¡Ay de mí!

ROMEO - Ha hablado. ¡Ah, sigue hablando, ángel radiante, pues, en tu altura, a la noche le das tanto esplendor como el alado mensajero de los cielos ante los ojos en blanco y extasiados de mortales que alzan la mirada cuando cabalga sobre nube perezosa y surca el seno de los aires!

JULIETA - ¡Ah, Romeo, Romeo! ¿Por qué eres Romeo? Niega a tu padre y rechaza tu nombre, o, si no, júrame tu amor y ya nunca seré una Capuleto.

ROMEO - ¿La sigo escuchando o le hablo ya?

JULIETA - Mi único enemigo es tu nombre. Tú eres tú, aunque seas un Montesco. ¿Qué es «Montesco»? Ni mano, ni pie, ni brazo, ni cara, ni parte del cuerpo. ¡Ah, ponte otro nombre! ¿Qué tiene un nombre? Lo que llamamos rosa sería tan fragante con cualquier otro nombre. Si Romeo no se llamase Romeo, conservaría su propia perfección sin ese nombre. Romeo, quítate el nombre y, a cambio de él, que es parte de ti, ¡tómame entera!

ROMEO - Te tomo la palabra. Llámame « amor » y volveré a bautizarme: desde hoy nunca más seré Romeo.

JULIETA - ¿Quién eres tú, que te ocultas en la noche e irrumpes en mis pensamientos?

ROMEO - Con un nombre no sé decirte quién soy. Mi nombre, santa mía, me es odioso porque es tu enemigo. Si estuviera escrito, rompería el papel.

JULIETA - Mis oídos apenas han sorbido cien palabras de tu boca y ya te conozco por la voz. ¿No eres Romeo, y además Montesco?

ROMEO - No, bella mía, si uno a otro te disgusta.

JULIETA - Dime, ¿cómo has llegado hasta aquí y por qué? Las tapias de este huerto son muy altas y, siendo quien eres, el lugar será tu muerte si alguno de los míos te descubre.

ROMEO - Con las alas del amor salté la tapia, pues para el amor no hay barrera de piedra, y, como el amor lo que puede siempre intenta, los tuyos nada pueden contra mí.

JULIETA - Si te ven, te matarán.

ROMEO - ¡Ah! Más peligro hay en tus ojos que en veinte espadas tuyas. Mírame con dulzura y quedo a salvo de su hostilidad.

JULIETA - Por nada del mundo quisiera que te vieses.

ROMEO - Me oculta el manto de la noche y, si no me quieres, que me encuentren: mejor que mi vida acabe por su odio que ver cómo se arrastra sin tu amor.

JULIETA - ¿Quién te dijo dónde podías encontrarme?

ROMEO - El amor, que me indujo a preguntar. Él me dio consejo; yo mis ojos le presté. No soy piloto, pero, aunque tú estuvieras lejos, en la orilla más distante de los mares más remotos, zarparía tras un tesoro como tú.

JULIETA - La noche me oculta con su velo; si no, el rubor teñiría mis mejillas por lo que antes me has oído decir. ¡Cuánto me gustaría seguir las reglas, negar lo dicho! Pero, ¡adiós al fingimiento! ¿Me quieres? Sé que dirás que sí y te creeré. Si jurases, podrías ser perjuro: dicen que Júpiter se ríe de los perjuros de amantes. ¡Ah, gentil Romeo! Si me quieres, dímelo de buena fe. O, si crees que soy tan

fácil, me pondré áspera y rara, y diré «no» con tal que me enamores, y no más que por ti. Mas confía en mí: demostraré ser más fiel que las que saben fingirse distantes. Reconozco que habría sido más cauta si tú, a escondidas, no hubieras oído mi confesión de amor. Así que, perdóname y no juzgues liviandad esta entrega que la oscuridad de la noche ha descubierto.

ROMEO - Juro por esa luna santa que platea las copas de estos árboles...

JULIETA - Ah, no jures por la luna, esa inconstante que cada mes cambia en su esfera, no sea que tu amor resulte tan variable.

ROMEO - ¿Por quién voy a jurar?

JULIETA - No jures; o, si lo haces, jura por tu ser adorable, que es el dios de mi idolatría, y te creeré.

ROMEO - Si el amor de mi pecho...

JULIETA - No jures. Aunque seas mi alegría, no me alegra nuestro acuerdo de esta noche: demasiado brusco, imprudente, repentino, igual que el relámpago, que cesa antes de poder nombrarlo. Amor, buenas noches. Con el aliento del verano, este brote amoroso puede dar bella flor cuando volvamos a vernos. Adiós, buenas noches. Que el dulce descanso se aloje en tu pecho igual que en mi ánimo.

ROMEO - ¿Y me dejas tan insatisfecho?

JULIETA - ¿Qué satisfacción esperas esta noche?

ROMEO - La de jurarnos nuestro amor.

JULIETA - El mío te lo di sin que lo pidieras; ojala se pudiese dar otra vez.

ROMEO - ¿Te lo llevarías? ¿Para qué, mi amor?

JULIETA - Para ser generosa y dártelo otra vez. Y, sin embargo, quiero lo que tengo. Mi generosidad es inmensa como el mar, mi amor, tan hondo; cuanto más te doy, más tengo, pues los dos son infinitos. (*Llama el Ama dentro*) Oigo voces dentro. Adiós, mi bien - ¡Ya voy, ama! - Buen Montesco, sé fiel. Espera un momento, vuelvo en seguida. (*Sale*)

ROMEO - ¡Ah, santa, santa noche! Temo que, siendo de noche, todo sea un sueño, harto halagador y sin realidad.

(*Entra Julieta arriba*)

JULIETA - Unas palabras, Romeo, y ya buenas noches. Si tu ánimo amoroso es honrado y tu fin, el matrimonio, hazme saber mañana yo te enviaré un mensajero dónde y cuándo será la ceremonia y pondré a tus pies toda mi suerte y te seguiré, mi señor, por todo el mundo.

AMA – (*Dentro*) ¡Julieta!

JULIETA - ¡Ya voy! - Más, si no es buena tu intención, te lo suplico...

AMA – (*Dentro*) ¡Julieta!

JULIETA - ¡Voy ahora mismo! - abandona tu empeño y déjame con mi pena. Mañana lo dirás.

ROMEO - ¡Así se salve mi alma...!

JULIETA - ¡Mil veces buenas noches! (*Sale*)

ROMEO - Mil veces peor, pues falta tu luz. El amor corre al amor como el niño huye del libro y, cual niño que va a clase, se retira entristecido.

(*Vuelve a entrar Julieta arriba*)

JULIETA - ¡Chss, Romeo, chss! ¡Ah, quién fuera cetrero por llamar a este halcón peregrino! Mas el cautivo habla bajo, no puede gritar; si no, yo haría estallar la cueva de Eco y dejaría su voz más ronca que la mía repitiendo el nombre de Romeo.

ROMEO - Mi alma me llama por mi nombre. ¡Qué dulces suenan las voces de amantes en la noche, igual que la música suave al oído!

JULIETA - ¡Romeo!

ROMEO - ¿Mi neblí?.

JULIETA - Mañana, ¿a qué hora te mando el mensajero?

ROMEO - A las nueve.

JULIETA - Allá estará. ¡Aún faltan veinte años! No me acuerdo por qué te llamé.

ROMEO - Deja que me quede hasta que te acuerdes.

JULIETA - Lo olvidaré para tenerte ahí delante, recordando tu amada compañía.

ROMEO - Y yo me quedaré para que siempre lo olvides, olvidándome de cualquier otro hogar.

JULIETA - Es casi de día. Dejaría que te fueses, pero no más allá que el pajarillo que, cual preso sujeto con cadenas, la niña mimada deja saltar de su mano para recobrarlo con hilo de seda, amante celosa de su libertad.

ROMEO - ¡Ojala fuera yo el pajarillo!

JULIETA - Ojala lo fueras, mi amor, pero te mataría de cariño. ¡Ah, buenas noches! Partir es tan dulce pena que diré «buenas noches» hasta que amanezca. *(Sale)*

ROMEO - ¡Quede el sueño en tus ojos, la paz en tu ánimo! ¡Quién fuera sueño y paz, para tal descanso! A mi buen confesor en su celda he de verle por pedirle su ayuda y contarle mi suerte *(Sale)*

(Entra Fray Lorenzo solo, con una cesta)

FRAY LORENZO - Sonríe a la noche la clara mañana rayando las nubes con luces rosáceas. Las sombras se alejan como el que va ebrio, cediendo al día y al carro de Helio. Antes que el sol abra su ojo de llamas, que alegra el día y ablanda la escarcha, tengo que llenar esta cesta de mimbre de hierbas dañosas y flores que auxilien. La tierra es madre y tumba de natura, pues siempre da vida en donde sepulta: nacen de su vientre muy diversos hijos que toman sustento del seno nutricio. Por muchas virtudes muchos sobresalen; ninguno sin una y todos dispares. Grande es el poder curativo que guardan las hierbas y piedras y todas las plantas. Pues no hay nada tan vil en la tierra que algún beneficio nunca le devuelva, ni nada tan bueno que, al verse forzado, no vicie su ser y se aplique al daño. La virtud es vicio cuando sufre abuso y a veces el vicio puede dar buen fruto. *(Entra Romeo)* Bajo la envoltura de esta tierna flor convive el veneno con la curación, porque, si la olemos, al cuerpo da alivio, mas, si la probamos, suspende el sentido. En el hombre acampan, igual que en las hierbas, virtud y pasión, dos reyes en guerra; y, siempre que el malo sea el que aventaja, muy pronto el gusano devora esa planta.

ROMEO - Buenos días, padre.

FRAY LORENZO - ¡Benedicite! ¿Qué voz tan suave saluda tan pronto? Hijo, despedirse del lecho a estas horas dice que a tu mente algo la trastorna. La preocupación desvela a los viejos y donde se aloja, no reside el sueño; mas donde

la mocedad franca y exenta extiende sus miembros, el sueño gobierna. Si hoy madrugas, me inclino a pensar que te ha levantado alguna ansiedad. O, si no, y entonces seguro que acierto, esta noche no se ha acostado Romeo.

ROMEO - Habéis acertado, pero fue una dicha.

FRAY LORENZO - ¡Dios borre el pecado! ¿Viste a Rosalina?

ROMEO - ¿Cómo Rosalina? No, buen padre, no. Ya olvidé ese nombre y el pesar que dio.

FRAY LORENZO - Bien hecho, hijo mío. Más, ¿dónde has estado?

ROMEO - Dejad que os lo diga sin gastar preámbulos. He ido a la fiesta del que es mi enemigo, donde alguien de pronto me ha dejado herido, y yo he herido a alguien. Nuestra curación está en vuestra mano y santa labor. No me mueve el odio, padre, pues mi ruego para mi enemigo también es benéfico.

FRAY LORENZO - Habla claro, hijo: confesión de enigmas solamente trae absolución ambigua.

ROMEO - Pues oíd: la amada que llena mi pecho es la bella hija del gran Capuleto. Le he dado mi alma, y ella a mí la suya; ya estamos unidos, salvo lo que una vuestro sacramento. Dónde, cómo y cuándo la vi, cortejé, y juramos amarnos, os lo diré de camino; lo que os pido es que accedáis a casarnos hoy mismo.

FRAY LORENZO - ¡Por San Francisco bendito, cómo cambias! ¿Así a Rosalina, amor de tu alma, ya has abandonado? El joven amor sólo está en los ojos, no en el corazón. ¡Jesús y María! Por tu Rosalina bañó un océano tus mustias mejillas. ¡Cuánta agua salada has tirado en vano, sazizando amor, para no gustarlo! Aún no ha deshecho el sol tus suspiros, y aún tus lamentos suenan en mi oído. Aquí, en la mejilla, te queda la mancha de una antigua lágrima aún no enjugada. Si eras tú mismo, y tanto sufrías, tú y tus penas fueron para Rosalina. ¿Y ahora has cambiado? Pues di la sentencia: «Que engañe mujer si el hombre flaquea»

ROMEO - Me reñáis por amar a Rosalina.

FRAY LORENZO - Más no por tu amor: por tu idolatría.

ROMEO - Queráis que enterrase el amor.

FRAY LORENZO - No quieras meterlo en la tumba y tener otro fuera.

ROMEO - No me censuréis. La que amo ahora con amor me paga y su favor me otorga. La otra lo negaba.

FRAY LORENZO - Te oía muy bien declamar amores sin saber leer. Más ven, veleidoso, ven ahora conmigo; para darte ayuda hay un buen motivo: en vuestras familias servirá la unión para que ese odio se cambie en amor.

ROMEO - Hay que darse prisa. Vámonos ya, venga.

FRAY LORENZO - Prudente y despacio. Quien corre, tropieza. (*Salen*)

(*Entran Benvolio y Mercucio*)

MERCUCIO - ¿Dónde demonios puede estar Romeo? Anoche, ¿no volvió a casa?

BENVOLIO - No a la de su padre, según un criado.

MERCUCIO - Esa moza pálida y cruel, esa Rosalina, le va a volver loco de tanto tormento.

BENVOLIO - Tebaldo, sobrino del viejo Capuleto, ha enviado una carta a casa de su padre.

MERCUCIO - ¡Un reto, seguro!

BENVOLIO - Romeo responderá.

MERCUCIO - Quien sabe escribir puede responder una carta.

BENVOLIO - No, responderá al que la escribe: el retado retará.

MERCUCIO - ¡Ah, pobre Romeo! Él, que ya está muerto, traspasado por los ojos negros de una moza blanca, el oído atravesado por canción de amor, el centro del corazón partido por la flecha del niño ciego. ¿Y él va a enfrentarse a Tebaldo?

BENVOLIO - Pues, ¿qué tiene Tebaldo?

MERCUCIO - Es el rey de los gatos ; pero más. Es todo un artista del ceremonial: combate como quien canta las notas, respetando tiempo, distancia y medida; observando las pausas, una, dos y la tercera en el pecho; perforándote el botón de la camisa; un duelista, un duelista. Caballero de óptima escuela, de la causa primera y segunda. Ah, la fatal «passata», el «punto reverso», el «hai»!

BENVOLIO - ¿El qué?

MERCUCIO - ¡Mala peste a estos afectados, a estos relamidos y a su nuevo acento! «¡Jesús, qué buena espada! ¡Qué hombre más apuesto! ¡Qué buena puta!» ¿No es triste, abuelo, tener que sufrir a estas moscas foráneas, estos novedosos, estos «excusadme», tan metidos en su nuevo ropaje que ya no se acuerdan de los viejos hábitos? ¡Ah, su cuerpo, su cuerpo!

(*Entra Romeo*)

BENVOLIO - Aquí está Romeo, aquí está Romeo.

MERCUCIO - Sin su Romea y como un arenque ahumado. ¡Ah, carne, carne, te has vuelto pescado! Ahora está para los versos en los que fluía Petrarca. Al lado de su amada, Laura fue una fregona y eso que su amado sí sabía celebrarla; Dido, un guiñapo; Cleopatra, una gitana; Helena y Hero, pencos y pendones; Tisbe, con sus ojos claros, no tenía nada que hacer. *Signor* Romeo, *bon jour*: saludo francés a tu calzón francés. Anoche nos lo diste bien.

ROMEO - Buenos días a los dos. ¿Qué os di yo anoche?

MERCUCIO - El esquinazo. ¿Es que no entiendes?

ROMEO - Perdona, buen Mercucio. Mi asunto era importante, y en un caso así se puede plegar la cortesía.

MERCUCIO - Eso es como decir que en un caso como el tuyo se deben doblar las corvas.

ROMEO - ¿Hacer una reverencia?

MERCUCIO - La has clavado en el blanco.

ROMEO - ¡Qué exposición tan cortés!

MERCUCIO - Es que soy el culmen.

ROMEO - ¿De la cortesía?

MERCUCIO - Exacto.

ROMEO - No, eres el colmo, y sin la cortesía.

MERCUCIO - ¡Qué ingenio! Sígueme la broma hasta gastar el zapato, que, cuando suelen gastarse las suelas, te quedas desolado por el pie.

ROMEO - ¡Ah, broma descalza, que ya no consuela!

MERCUCIO - Sepáranos, Benvolio: me flaquea el sentido.

ROMEO - Mete espuelas, mete espuelas o te gano.

MERCUCIO - Si hacemos carrera de gansos, pierdo yo, que tú eres más ganso con un solo sentido que yo con mis cinco. ¿Estamos empatados en lo de «ganso» ?

ROMEO - Empatados, no. En lo de «ganso» estamos engansados.

MERCUCIO - Te voy a morder la oreja por esa.

ROMEO - Ganso que grazna no muerde.

MERCUCIO - Tu ingenio es una manzana amarga, una salsa picante.

ROMEO - ¿Y no da sabor a un buen ganso?

MERCUCIO - ¡Vaya ingenio de cabritilla, que de una pulgada se estira a una vara!

ROMEO - Yo lo estiro para demostrar que a lo ancho y a lo largo eres un inmenso ganso.

MERCUCIO - ¿A que más vale esto que gemir de amor? Ahora eres sociable, ahora eres Romeo, ahora eres quien eres, por arte y por naturaleza, pues ese amor babeante es como un tonto que va de un lado a otro con la lengua fuera para meter su bastón en un hoyo.

BENVOLIO - ¡Para, para!

MERCUCIO - Tú quieres que pare mi asunto a contrapelo.

BENVOLIO - Si no, tu asunto se habría alargado.

MERCUCIO - Te equivocas: se habría acortado, porque ya había llegado al fondo del asunto y no pensaba seguir con la cuestión.

ROMEO - ¡Vaya aparato! (*Entran el Ama y su criado Pedro*) ¡Velero a la vista!

MERCUCIO - Dos, dos: camisa y camisón.

AMA - ¡Pedro!

PEDRO - Voy.

AMA - Mi abanico, Pedro.

MERCUCIO - Para taparle la cara, Pedro: el abanico es más bonito.

AMA - Buenos días, señores.

MERCUCIO - Buenas tardes, hermosa señora.

AMA - ¿Buenas tardes ya?

MERCUCIO - Sí, de veras, pues el obsceno reloj está clavado en la raya de las doce.

AMA - ¡Fuera! ¿Qué hombre sois?

ROMEO - Señora, uno creado por Dios para que se vicie solo.

AMA - Muy bien dicho, vaya que sí. «Para que se vicie solo», bien - Señores, ¿puede decirme alguno dónde encontrar al joven Romeo?

ROMEO - Yo puedo, pero, cuando le halléis, el joven Romeo será menos joven de lo que era cuando le buscabais: yo soy el más joven con ese nombre a falta de otro peor.

AMA - Muy bien.

MERCUCIO - ¡Ah! ¿Está bien ser el peor? ¡Qué agudeza! Muy lista, muy lista.

AMA - Si sois vos, señor, deseo hablaros *conferencialmente*.

BENVOLIO - Le *intimará* a cenar.

MERCUCIO - ¡Alcahueta, alcahueta! ¡Eh-oh!

ROMEO - ¿Has visto una liebre?

MERCUCIO - Una liebre, no: tal vez un conejo viejo y pellejo para un pastel de Cuaresma. (*Anda alrededor de ellos cantando*) Conejo viejo y pellejo, conejo

pellejo y viejo es buena carne en Cuaresma. Pero conejo pasado ya no puede ser gozado si se acartona y reseca. Romeo, ¿vienes a casa de tu padre? Comemos allí.

ROMEO - Ahora os sigo.

MERCUCIO - Adiós, vieja señora. Adiós, señora, señora, señora.

(Salen Mercucio y Benvolio)

AMA - Decidme, señor. ¿Quién es ese grosero tan lleno de golferías?

ROMEO - Un caballero, ama, al que le encanta escucharse y que habla más en un minuto de lo que oye en un mes.

AMA - Como diga algo contra mí, le doy en la cresta, por muy robusto que sea, él o veinte como él. Y, si yo no puedo, ya encontraré quien lo haga. ¡Miserable! Yo no soy una de sus ninfas, una de sus golfas. *(Se vuelve a su criado Pedro)* ¡Y tú delante, permitiendo que un granuja me trate a su gusto!

PEDRO - Yo no vi que nadie os tratara a su gusto. Si no, habría sacado el arma al instante. De verdad: soy tan rápido en sacar como el primero si veo una buena razón para luchar y tengo la ley de mi parte.

AMA - Dios santo, estoy tan disgustada que me tiembla todo el cuerpo. ¡Miserable! - Deseo hablaros, señor. Como os decía, mi señorita me manda buscaros. El mensaje me lo guardo. Primero, permitid que os diga que si, como suele decirse, pensáis tenderle un lazo, sería juego sucio. Pues ella es muy joven y, si la engaáis, sería una mala pasada con cualquier mujer, una acción muy turbia.

ROMEO - Ama, encomiéndame a tu dama y señora. Declaro solemnemente...

AMA - ¡Dios os bendiga! Voy a decírselo. Señor, Señor, ¡no cabrá de gozo!

ROMEO - ¿Qué vas a decirle, ama? No has entendido.

AMA - Le diré, señor, que os declaráis, y que eso es proposición de caballero.

ROMEO - Dile que vea la manera de acudir esta tarde a confesarse, y allí, en la celda de Fray Lorenzo, se confesará y casará. Toma, por la molestia.

AMA - No, de veras, señor. Ni un centavo.

ROMEO - Vamos, toma.

AMA - ¿Esta tarde, señor? Pues allí estará.

ROMEO - Ama, espera tras la tapia del convento. A esa hora estará contigo mi criado y te dará la escalera de cuerda que en la noche secreta ha de llevarme a la cumbre suprema de mi dicha. Adiós, guarda silencio y serás recompensada. Adiós, encomiéndame a tu dama.

AMA - ¡Que el Dios del cielo os bendiga! Esperad, señor.

ROMEO - ¿Qué quieres, mi buena ama?

AMA - ¿Vuestro criado es discreto? Lo habréis oído: «Dos guardan secreto si uno lo ignora»

ROMEO - Descuida: mi criado es más fiel que el acero.

AMA - Pues mi señorita es la dama más dulce... ¡Señor, Señor! ¡Tan parlanchina de niña! Ah, hay un noble en la ciudad, un tal Paris, que le tiene echado el ojo, pero ella, Dios la bendiga, antes que verle a él prefiere ver un sapo, un sapo de verdad. Yo a veces la irrito diciéndole que Paris es el más apuesto, pero, de veras, cuando se lo digo, se pone más blanca que una sábana. ¿A que «romero» y «Romeo» empiezan con la misma letra?

ROMEO - Sí, ama, con una erre. ¿Qué pasa?

AMA - ¡Ah, guasón! «Erre» es lo que hace el perro. Con erre empieza la... No, que empieza con otra letra. Ella ha hecho una frase preciosa sobre vos y el romero; os daría gusto oírla.

ROMEO - Encomiéndame a tu dama.

AMA - Sí, mil veces. (*Sale Romeo*) ¡Pedro!

PEDRO - ¡Voy!

AMA - Delante y deprisa. (*Salen*)

(*Entra Julieta*)

JULIETA - El reloj daba las nueve cuando mandé al ama; prometió volver en media hora. Tal vez no lo encuentra; no, imposible. Es que anda despacio. El amor debiera anunciarlo el pensamiento, diez veces más rápido que un rayo de

sol disipando las sombras de los lúgubres montes. Por eso llevan a Venus veloces palomas y Cupido tiene alas. El sol está ahora en la cumbre más alta del día; de las nueve a las doce van tres largas horas, y aún no ha vuelto. Si tuviera sentimientos y sangre de joven, sería más veloz que una pelota: mis palabras la enviarían a mi amado, y las tuyas me la devolverían. Pero estos viejos... Muchos se hacen el muerto; torpes, lentos, pesados y más pálidos que el plomo. (*Entra el Ama con Pedro*) ¡Dios santo, es ella! Ama, mi vida, ¿qué hay? ¿Le has visto? Despide al criado.

AMA - Pedro, espera a la puerta.

(*Sale Pedro*)

JULIETA - Mi querida ama... Dios santo, ¿tan seria? Si las noticias son malas, dílas alegre; si son buenas, no estropees su música viniéndome con tan mala cara.

AMA - Estoy muy cansada. Espera un momento. ¡Qué dolor de huesos! ¡Qué carreras!

JULIETA - Por tus noticias te daría mis huesos. Venga, vamos, habla, buena ama, habla.

AMA - ¡Jesús, qué prisa! ¿No puedes esperar? ¿No ves que estoy sin aliento?

JULIETA - ¿Cómo puedes estar sin aliento, si lo tienes para decirme que estás sin aliento? Tu excusa para este retraso es más larga que el propio mensaje. ¿Traes buenas o malas noticias? Contesta. Di una cosa a otra, y ya vendrán los detalles. Que sepa a qué atenerme: ¿Son buenas o malas?

AMA - Eres muy simple eligiendo, no sabes elegir hombre. ¿Romeo? No, él no. Y eso que es más guapo que nadie, que tiene mejores piernas, y que las manos, los pies y el cuerpo, aunque no merecen comentarse no tienen comparación. Sin ser la flor de la cortesía es más dulce que un cordero. Anda ya, mujer, sirve a Dios. ¿Has comido en casa?

JULIETA - ¡No, no! Todo eso lo sabía. ¿Qué dice de matrimonio, eh?

AMA - ¡Señor, qué dolor de cabeza! ¡Ay, mi cabeza! Palpita como si fuera a saltar en veinte trozos. Mi espalda al otro lado... ¡Ay, mi espalda! ¡Que Dios te perdone por mandarme por ahí para matarme con tanta carrera!

JULIETA - Me da mucha pena verte así. Querida, mi querida ama, ¿qué dice mi amor?

AMA - Tu amor dice, como caballero honorable, cortés, afable y apuesto, y sin duda virtuoso... ¿Dónde está tu madre?

JULIETA - ¿Que dónde está mi madre? Pues, dentro. ¿Dónde iba a estar? ¡Qué contestación más rara! «Tu amor dice, como caballero... ¿Dónde está tu madre?»

AMA - ¡Virgen santa! ¡Serás impaciente! Repórtate. ¿Es esta la cura para mi dolor de huesos? Desde ahora, haz tú misma los recados.

JULIETA - ¡Cuánto embrollo! Vamos, ¿qué dice Romeo?

AMA - ¿Tienes permiso para ir hoy a confesarte?

JULIETA - Sí.

AMA - Pues corre a la celda de Fray Lorenzo: te espera un marido para hacerte esposa. Ya se te rebela la sangre en la cara: por cualquier noticia se te pone roja. Corre a la iglesia. Yo voy a otro sitio por una escalera, con la que tu amado, cuando sea de noche, subirá a tu nido. Soy la esclava y me afano por tu dicha, pero esta noche tú serás quien lleve la carga. Yo me voy a comer. Tú vete a la celda.

JULIETA - ¡Con mi buena suerte! Adiós, ama buena. (*Salen*)

(*Entran Fray Lorenzo y Romeo*)

FRAY LORENZO - Sonría el cielo ante el santo rito y no nos castigue después con pesares.

ROMEO - Amén. Mas por grande que sea el sufrimiento, no podrá superar la alegría que me invade al verla un breve minuto. Unid nuestras manos con las santas palabras y que la muerte, devoradora del amor, haga su voluntad: llamarla mía me basta.

FRAY LORENZO - El gozo violento tiene un fin violento y muere en su éxtasis como fuego y pólvora, que, al unirse, estallan. La más dulce miel empalaga de pura delicia y, al probarla, mata el apetito. Modera tu amor y durará largo tiempo: el muy rápido llega tarde como el lento. (*Entra Julieta apresurada y abraza a Romeo*) Aquí está la dama. Ah, pies tan ligeros no pueden desgastar la dura piedra. Los enamorados pueden andar sin caerse por los hilos de araña que flotan en el aire travieso del verano; así de leve es la ilusión.

JULIETA - Buenas tardes tenga mi padre confesor.

FRAY LORENZO - Romeo te dará las gracias por los dos, hija.

JULIETA - Y un saludo a él, o las tuyas estarían de más.

ROMEO - Ah, Julieta, si la cima de tu gozo se eleva como la mía y tienes más arte que yo para ensalzarlo, que tus palabras endulcen el aire que nos envuelve, y la armonía de tu voz revele la dicha íntima que ambos sentimos en este encuentro.

JULIETA - El sentimiento, si no lo abrumba el adorno, se precia de su verdad, no del ornato. Sólo los pobres cuentan su dinero, mas mi amor se ha enriquecido de tal modo que no puedo sumar la mitad de mi fortuna.

FRAY LORENZO - Vamos, venid conmigo y pronto acabaremos, pues, con permiso, no vais a quedar solos hasta que la Iglesia os una en matrimonio. (*Salen*)

(*Entran Mercucio, Benvolio y sus Criados*)

BENVOLIO - Te lo ruego buen Mercucio, vámonos. Hace calor, los Capuletos han salido y, si los encontramos, tendremos pelea, pues este calor inflama la sangre.

MERCUCIO - Tú eres uno de esos que, cuando entran en la taberna, golpean la mesa con la espada diciendo «Quiera Dios que no te necesite» y, bajo el efecto del segundo vaso, desenvainan contra el tabernero, cuando no hay necesidad.

BENVOLIO - ¿Yo soy así?

MERCUCIO - Vamos, vamos. Cuando te da el ramalazo, eres tan vehemente como el que más en Italia: te incitan a ofenderte y te ofendes porque te incitan.

BENVOLIO - ¿Ah, sí?

MERCUCIO - Si hubiera dos *así*, muy pronto no habría ninguno, pues se matarían. ¿Tú? ¡Pero si tú te peleas con uno porque su barba tiene un pelo más o menos que la tuya! Te peleas con quien parte avellanas porque tienes ojos de avellana. ¿Qué otro ojo sino el tuyo vería en ello motivo? En tu cabeza hay más broncas que sustancia en un huevo, sólo que, con tanta bronca, a tu cabeza le han zurrado más que a un huevo huero. Te peleaste con uno que tosió en la calle porque despertó a tu perro, que estaba durmiendo al sol. ¿No la armaste con un sastre porque estrenó jubón antes de Pascua? ¿Y con otro porque les puso cordoneras viejas a los zapatos nuevos? ¿Y ahora tú me sermoneas sobre las broncas?.

BENVOLIO - Si yo fuese tan peleón como tú, podría vender mi renta vitalicia por simplemente una hora y cuarto.

MERCUCIO - ¿Simplemente? ¡Ah, simple!

(Entran Tebaldo y otros)

BENVOLIO - Por mi cabeza, ahí vienen los Capuletos.

MERCUCIO - Por mis pies, que me da igual.

TEBALDO - Quedad a mi lado, que voy a hablarles - Buenas tardes, señores. Sólo dos palabras.

MERCUCIO - ¿Una para cada uno? Ponedle pareja: que sea palabra y golpe.

TEBALDO - Señor, si me dais motivo, no voy a quedarme quieto.

MERCUCIO - ¿No podríais tomar motivo sin que se os dé?

TEBALDO - Mercucio, sois del grupo de Romeo.

MERCUCIO - ¿Grupo? ¿Es que nos tomáis por músicos? Pues si somos músicos, vais a oír discordancias. Aquí está el arco de violín que os va a hacer bailar. ¡Voto a...! ¡Grupo!

BENVOLIO - Estamos hablando en la vía pública. Dirigíos a un lugar privado, tratad con más calma vuestras diferencias o, si no, marchaos. Aquí nos ven muchos ojos.

MERCUCIO - Los ojos se hicieron para ver: que vean. No pienso moverme por gusto de nadie.

(Entra Romeo)

TEBALDO - Quedad en paz, señor. Aquí está mi hombre.

MERCUCIO - Que me cuelguen si sirve en vuestra casa. Os servirá en el campo del honor: en eso vuestra merced sí puede llamarle hombre.

TEBALDO - Romeo, es tanto lo que te estimo que puedo decirte esto: eres un ruin.

ROMEO - Tebaldo, razones para estimarte tengo yo y excusan el furor que corresponde a tu saludo. No soy ningún ruin, así que adiós. Veo que no me conoces.

TEBALDO - Niño, eso no excusa las ofensas que me has hecho, conque vuelve y desenvaina.

ROMEO - Te aseguro que no te he ofendido y que te aprecio más de lo que puedas figurarte mientras no sepas por qué. Así que, buen Capuleto, cuyo nombre estimo en tanto como el mío, queda en paz.

MERCUCIO - ¡Qué rendición tan vil y deshonrosa! Y el Stocatta sale airoso. (*Desenvaina*) Tebaldo, cazarratas, ¿luchamos?

TEBALDO - ¿Tú qué quieres de mí?

MERCUCIO - Gran rey de los gatos, tan sólo perderle el respeto a una de tus siete vidas y, según como me trates desde ahora, zurrar a las otras seis. ¿Quieres sacar ya de cuajo tu espada? Deprisa, o la mía te hará echar el cuajo.

TEBALDO – (*Desenvaina*) Dispuesto.

ROMEO - Noble Mercucio, envaina esa espada.

MERCUCIO - Venga, a ver tu «passata».

(*Luchan*)

ROMEO - Benvolio, desenvaina y abate esas espadas.- ¡Señores, por Dios, evitad este oprobio! Tebaldo, Mercucio, el Príncipe ha prohibido expresamente pelear en las calles de Verona. ¡Basta, Tebaldo, Mercucio!

(*Tebaldo hiere a Mercucio bajo el brazo de Romeo y huye con los suyos*).

MERCUCIO - Estoy herido. ¡Malditas vuestras familias! Se acabó. ¿Se fue sin llevarse nada?

BENVOLIO - ¿Estás herido?

MERCUCIO - Sí, sí: es un arañazo, un arañazo. Eso basta. ¿Y mi paje? - Vamos, tú, corre por un médico.

(*Sale el paje*)

ROMEO - Ánimo, hombre. La herida no será nada.

MERCUCIO - No, no es tan honda como un pozo, ni tan ancha como un pósito, pero es buena, servirá. Pregunta por mí mañana y me verás mortuorio. Te juro que en este mundo ya no soy más que un fiambre. ¡Malditas vuestras familias! ¡Voto a...! ¡Que un perro, una rata, un ratón, un gato me arañe de muerte! ¡Un bravucón, un granuja, un canalla, que lucha según reglas matemáticas! ¿Por qué demonios te metiste en medio? Me hirió bajo tu brazo.

ROMEO - Fue con la mejor intención.

MERCUCIO - Llévame a alguna casa, Benvolio, o me desmayo. ¡Malditas vuestras familias! Me han convertido en pasto de gusanos. Estoy herido, y bien. ¡Malditas! (*Sale con Benvolio*)

ROMEO - Este caballero, pariente del Príncipe, amigo entrañable, está herido de muerte por mi causa; y mi honra, mancillada con la ofensa de Tebaldo. Él, que era primo mío desde hace poco. ¡Querida Julieta, tu belleza me ha vuelto pusilánime y ha ablandado el temple de mi acero!

(*Entra Benvolio*)

BENVOLIO - ¡Romeo, Romeo, Mercucio ha muerto! Su alma gallarda que, siendo tan joven, desdeñaba la tierra, ha subido al cielo.

ROMEO - Un día tan triste augura otros males: empieza un dolor que ha de prolongarse.

(*Entra Tebaldo*)

BENVOLIO - Aquí retorna el furioso Tebaldo.

ROMEO - Vivo, victorioso, y Mercucio, asesinado. ¡Vuélvete al cielo, benigna dulzura, y sea mi guía la cólera ardiente! Tebaldo, te devuelvo lo de «ruin» con que me ofendiste, pues el alma de Mercucio está sobre nuestras cabezas esperando a que la tuya sea su compañera. Tú, yo, o los dos le seguiremos.

TEBALDO - Desgraciado, tú, que andabas con él, serás quien le siga.

ROMEO - Esto lo decidirá.

(*Luchan. Cae Tebaldo*)

BENVOLIO - ¡Romeo, huye, corre! La gente está alertada y Tebaldo ha muerto. ¡No te quedes pasmado! Si te apresan, el Príncipe te condenará a muerte. ¡Vete, huye!

ROMEO - ¡Ah, soy juguete del destino!

BENVOLIO - ¡Muévete!

(Sale Romeo. Entran Ciudadanos)

CIUDADANO - ¿Por dónde ha huido el que mató a Mercucio? Tebaldo, ese criminal, ¿por dónde ha huido?

BENVOLIO - Ahí yace Tebaldo.

CIUDADANO - Vamos, arriba, ven conmigo. En nombre del Príncipe, obedece.

(Entran el Príncipe, Montesco, Capuleto, sus esposas y todos)

PRÍNCIPE - ¿Dónde están los viles causantes de la riña?

BENVOLIO - Ah, noble Príncipe, yo puedo explicaros lo que provocó el triste altercado. Al hombre que ahí yace Romeo dio muerte; él mató a Mercucio, a vuestro pariente.

SEÑORA CAPULETO - ¡Tebaldo, sobrino! ¡Hijo de mi hermano! ¡Príncipe, marido! Se ha derramado sangre de mi gente. Príncipe, sois recto: esta sangre exige sangre de un Montesco. ¡Ah, Tebaldo, sobrino!

PRÍNCIPE - Benvolio, ¿quién provocó este acto sangriento?

BENVOLIO - Tebaldo, aquí muerto a manos de Romeo. Siempre con respeto, Romeo le hizo ver lo infundado de la lucha y le recordó vuestro disgusto; todo ello, expresado cortésmente, con calma y doblando la rodilla, no logró aplacar la ira indomable de Tebaldo, quien, sordo a la amistad, con su acero arremetió contra el pecho de Mercucio, que, igual de furioso, respondió desenvainando y, con marcial desdén, apartaba la fría muerte con la izquierda, y con la otra devolvía la estocada a Tebaldo, cuyo arte la paraba. Romeo les gritó «¡Alto, amigos, separaos!» , y su ágil brazo, más presto que su lengua, abatió sus armas y entre ambos se interpuso. Por debajo de su brazo, un golpe ruin de Tebaldo acabó con la vida de Mercucio. Huyó Tebaldo, mas pronto volvió por Romeo, que entonces pensó en tomar venganza. Ambos se enzarzaron como el rayo, pues antes de que yo pudiera separarlos, Tebaldo fue muerto; y antes que cayera, Romeo ya huía. Que muera Benvolio si dice mentira.

SEÑORA CAPULETO - Este es un pariente del joven Montesco; no dice verdad, miente por afecto. De ellos lucharon unos veinte o más y sólo una vida pudieron quitar. Que hagáis justicia os debo pedir: quien mató a Tebaldo, no debe vivir.

PRÍNCIPE - Le mató Romeo, él mató a Mercucio. ¿Quién paga su muerte, que llena de luto?

MONTESCO - No sea Romeo, pues era su amigo. Matando a Tebaldo, él tan sólo hizo lo que hace la ley.

PRÍNCIPE - Pues por ese exceso inmediatamente de aquí le destierro. Vuestra gran discordia ahora me atañe: con vuestras refriegas ya corre mi sangre. Mas voy a imponeros sanción tan severa que habrá de pesaros el mal de mi pérdida. Haré oídos sordos a excusas y ruegos, y no va a libraros ni el llanto ni el rezo, así que evitados. Que Romeo huya, pues, como le encuentren, su muerte es segura. Llevad este cuerpo y cumplid mi sentencia: si a quien mata absuelve, mata la clemencia. (*Salen*)

(*Entra Julieta sola*)

JULIETA - Galopad raudos, corceles fogosos, a la morada de Febo; la fusta de Faetonte os llevaría al poniente, trayendo la noche tenebrosa. Corre tu velo tupido, noche de amores; apáguese la luz fugitiva y que Romeo, en silencio y oculto, se arroje en mis brazos. Para el rito amoroso basta a los amantes la luz de su belleza; o, si ciego es el amor, congenia con la noche. Ven, noche discreta, matrona vestida de negro solemne, y enséñame a perder el juego que gano, en el que los dos arriesgamos la virginidad. Con tu negro manto cubre la sangre inexperta que arde en mi cara, hasta que el pudor se torne audacia, y simple pudor un acto de amantes. Ven, noche; ven, Romeo; ven, luz de mi noche, pues yaces en las alas de la noche más blanco que la nieve sobre el cuervo. Ven, noche gentil, noche tierna y sombría, dame a mi Romeo y, cuando yo muera, córtalo en mil estrellas menudas: lucirá tan hermoso el firmamento que el mundo, enamorado de la noche, dejará de adorar al sol hiriente. Ah, compré la morada del amor y aún no la habito; estoy vendida y no me han gozado. El día se me hace eterno, igual que la víspera de fiesta para la niña que quiere estrenar un vestido y no puede. Aquí viene el ama. (*Entra el Ama retorciéndose las manos, con la escalera de cuerda en el regazo*) Ah, me trae noticias, y todas las bocas que hablan de Romeo rebosan divina elocuencia. ¿Qué hay de nuevo, ama? ¿Qué llevas ahí? ¿La escalera que Romeo te pidió que trajeses?

AMA - Sí, sí, la escalera. (*La deja en el suelo*)

JULIETA - Pero, ¿qué pasa? ¿Por qué te retuerces las manos?

AMA - ¡Ay de mí! ¡Ha muerto, ha muerto! Estamos pérdidas, Julieta, pérdidas. ¡Ay de mí! ¡Nos ha dejado, está muerto!

JULIETA - ¿Tan malvado es el cielo?

AMA - El cielo, no: Romeo. ¡Ah, Romeo, Romeo! ¿Quién iba a pensarlo? ¡Romeo!

JULIETA - ¿Qué demonio eres tú para así atormentarme? Es una tortura digna del infierno. ¿Se ha matado Romeo? Di que sí, y tu sílaba será más venenosa que la mirada mortal del basilisco. Yo no seré yo si dices que sí, o si están cerrados los ojos que te lo hacen decir. Si ha muerto di «sí»; si vive, di «no». Decirlo resuelve mi dicha o dolor.

AMA - Vi la herida, la vi con mis propios ojos ¡Dios me perdone! en su pecho gallardo. El pobre cadáver, triste y sangriento, demacrado y manchado de sangre, de sangre cuajada. Me desmayé al verlo.

JULIETA - ¡Estalla, corazón, mi pobre arruinado! ¡Ojos, a prisión, no veáis la libertad! ¡Barro vil, retorna a la tierra, perece y únete a Romeo en lecho de muerte!

AMA - ¡Ay, Tebaldo, Tebaldo! ¡Mi mejor amigo! ¡Tebaldo gentil, caballero honrado, vivir para verte muerto!

JULIETA - ¿Puede haber tormenta más hostil? ¿Romeo sin vida y Tebaldo muerto? ¿Mi querido primo, mi amado señor? Anuncia, trompeta, el Día del Juicio, pues, si ellos han muerto, ¿quién queda ya vivo?

AMA - Tebaldo está muerto y Romeo, desterrado. Romeo le mató y fue desterrado.

JULIETA - ¡Dios mío! ¿Romeo derramó sangre de Tebaldo?

AMA - Sí, sí, válgame el cielo, sí.

JULIETA - ¡Qué alma de serpiente en su cara florida! ¿Cuándo un dragón guardó tan bella cueva? ¡Hermoso tirano, angélico demonio! ¡Cuervo con plumas de paloma, cordero lobuno! ¡Ser despreciable de divina presencia! Todo lo contrario de lo que parecías, un santo maldito, un ruin honorable. Ah, naturaleza, ¿qué no harías en el infierno si alojaste un espíritu diabólico en el cielo mortal de tan grato cuerpo? ¿Hubo libro con tal vil contenido y tan bien encuadernado? ¡Ah, que el engaño resida en palacio tan regio!

AMA - En los hombres no hay lealtad, fidelidad, ni honradez. Todos son perjuros, embusteros, perversos y falsos. ¿Dónde está mi criado? Dame un aguardiente: las penas y angustias me envejecen. ¡Caiga el deshonor sobre Romeo!

JULIETA - ¡Que tu lengua se llague por ese deseo! Él no nació para el deshonor. El deshonor se avergüenza de posarse en su frente, que es el trono en que el honor puede reinar como único monarca de la tierra. ¡Ah, qué monstruo he sido al insultarle!

AMA - ¿Vas a hablar bien del que mató a tu primo?

JULIETA - ¿Quieres que hable mal del que es mi esposo? ¡Mi pobre señor! ¿Quién repara el daño que ha hecho a tu nombre tu reciente esposa? Mas, ¿por qué, infame, mataste a mi primo? Porque el infame de mi primo te habría matado. Atrás, necias lágrimas, volved a la fuente; sed el tributo debido al dolor y no, por error, una ofrenda a la dicha. Mi esposo está vivo y Tebaldo iba a matarle; Tebaldo ha muerto y habría matado a Romeo. Si esto me consuela, ¿por qué estoy llorando? Había otra palabra, peor que esa muerte, que a mí me ha matado. Quisiera olvidarla, mas, ay, la tengo grabada en la memoria como el crimen en el alma del culpable. «Tebaldo está muerto y Romeo, desterrado» Ese «desterrado», esa palabra ha matado a diez mil Tebaldos. Su muerte ya sería un gran dolor si ahí terminase. Mas si este dolor quiere compañía y ha de medirse con otros pesares, ¿por qué, cuando dijo «Tebaldo ha muerto», no añadió «tu padre», «tu madre», o los dos? Mi luto hubiera sido natural. Pero a esa muerte añadir por sorpresa «Romeo, desterrado», pronunciar tal palabra es matar a todos, padre, madre, Tebaldo, Romeo, Julieta, todos. «¡Romeo, desterrado!» No hay fin, ni límite, linde o medida para la muerte que da esa palabra, ni palabras que la expresen. Ama, ¿dónde están mis padres?

AMA - Llorando y penando sobre el cuerpo de Tebaldo. ¿Vas con ellos? Yo te llevo.

JULIETA - Cesará su llanto y seguirán fluyendo mis lágrimas por la ausencia de Romeo. Como yo, las pobres cuerdas se engañaron; recógelas: Romeo está desterrado. Para subir a mi lecho erais la ruta, mas yo, virgen, he de morir virgen viuda. Venid, pues. Ven, ama. Voy al lecho nupcial, llévase la muerte mi virginidad.

AMA - Tú corre a tu cuarto. Te traeré a Romeo para que te consuele. Sé bien dónde está. Óyeme, esta noche tendrás a Romeo: se esconde en la celda de su confesor.

JULIETA - ¡Ah, búscale! Dale este anillo a mi dueño y dile que quiero su último adiós. (*Salen*)

(Entra Fray Lorenzo)

FRAY LORENZO - Sal, Romeo, sal ya, temeroso. La aflicción se ha prendado de ti y tú te has casado con la desventura.

(Entra Romeo)

ROMEO - Padre, ¿qué noticias hay? ¿Qué decidió el Príncipe? ¿Qué nuevo infortunio me aguarda que aún no conozca?

FRAY LORENZO - Hijo, harto bien conoces tales compañeros. Te traigo la sentencia del Príncipe.

ROMEO - La sentencia, ¿dista mucho de la muerte?

FRAY LORENZO - La que ha pronunciado es más benigna: no muerte del cuerpo, sino su destierro.

ROMEO - ¿Cómo, destierro? Sed clemente, decid «muerte», que en la faz del destierro hay más terror, mucho más que en la muerte. ¡No digáis «destierro»!

FRAY LORENZO - Estás desterrado de Verona. Ten paciencia: el mundo es ancho.

ROMEO - No hay mundo tras los muros de Verona, sino purgatorio, tormento, el mismo infierno: destierro es para mí destierro del mundo, y eso es muerte; luego «destierro» es un falso nombre de la muerte. Llamarla «destierro» es decapitarme con un hacha de oro y sonreír ante el hachazo que me mata.

FRAY LORENZO - ¡Ah, pecado mortal, cruel ingratitud! La ley te condena a muerte, mas, en su clemencia, el Príncipe se ha apartado de la norma, cambiando en «destierro» la negra palabra «muerte». Eso es gran clemencia, y tú no lo ves.

ROMEO - Es tormento y no clemencia. El cielo está donde esté Julieta, y el gato, el perro, el ratoncillo y el más mísero animal aquí están en el cielo y pueden verla. Romeo, no. Hay más valor, más distinción y más cortesanía en las moscas carroñeras que en Romeo: ellas pueden posarse en la mano milagrosa de Julieta y robar bendiciones de sus labios, que por pudor virginal siempre están rojos pensando que pecan al juntarse. Romeo, no: le han desterrado. Las moscas pueden, mas yo debo alejarme. Ellas son libres; yo estoy desterrado. ¿Y decís que el destierro no es la muerte? ¿No tenéis veneno, ni navaja, ni medio de morir rápido, por vil que sea? ¿Sólo ese «destierro» que me mata? ¿Destierro? Ah, padre, los réprobos dicen la palabra entre alaridos. Y, siendo sacerdote, confesor

que perdona los pecados y dice ser mi amigo, ¿tenéis corazón para destrozarme hablando de destierro?

FRAY LORENZO - ¡Ah, pobre loco! Deja que te explique.

ROMEO - Volveréis a hablarme de destierro.

FRAY LORENZO - Te daré una armadura contra él, la filosofía, néctar de la adversidad, que te consolará en to destierro.

ROMEO - ¿Aún con el «destierro»? ¡Que cuelguen la filosofía! Si no puede crear una Julieta, mover una ciudad o revocar una sentencia, la filosofía es inútil, así que no habléis más.

FRAY LORENZO - Ya veo que los locos están sordos.

ROMEO - No puede ser menos si los sabios están ciegos.

FRAY LORENZO - Deja que te hable de tu situación.

ROMEO - No podéis hablar de lo que no sentís. Si fuerais de mi edad, y Julieta vuestro amor, recién casado, asesino de Tebaldo, enamorado y desterrado como yo, podríais hablar, mesaros los cabellos y tiraros al suelo como yo a tomar la medida de mi tumba.

(Llama a la puerta el Ama)

FRAY LORENZO - ¡Levántate, llaman! ¡Romeo, escóndete!

ROMEO - No, a no ser que el aliento de mis míseros gemidos me oculte cual la niebla.

(Llaman)

FRAY LORENZO - ¡Oye cómo llaman! - ¿Quién es? - ¡Levántate, Romeo, que te llevarán! - ¡Un momento! - ¡Arriba! *(Llaman)* ¡Corre a mi estudio! - ¡Ya voy! - Santo Dios, ¿qué estupidez es esta? - ¡Ya voy, ya voy! *(Llaman)* ¿Quién llama así? ¿De dónde venís? ¿Qué queréis?

AMA – *(Dentro)* Dejadme pasar, que traigo un recado. Vengo de parte de Julieta.

FRAY LORENZO - Entonces, bienvenida.

(Entra el Ama)

AMA - Ah, padre venerable, decidme dónde está el esposo de Julieta. ¿Dónde está Romeo?

FRAY LORENZO - Ahí, en el suelo, embriagado de lágrimas.

AMA - Ah, está en el mismo estado que Julieta, el mismísimo. ¡Ah, concordia en el dolor! ¡Angustioso trance! Así yace ella, llorando y gimiendo, gimiendo y llorando. Levantaos, levantaos y sed hombre; en pie, levantaos, por Julieta. ¿A qué vienen tantos ayes y gemidos?

ROMEO - ¡Ama!

(Se pone en pie)

AMA - ¡Ah, señor! La muerte es el fin de todo.

ROMEO - ¿Hablabas de Julieta? ¿Cómo está? ¿No me cree un frío asesino que ha manchado la niñez de nuestra dicha con una sangre que es casi la suya? ¿Dónde está? ¿Y cómo está? ¿Y qué dice mi secreta esposa de este amor invalidado?

AMA - No dice nada, señor: llora y llora, se arroja a la cama, se levanta, exclama «¡Tebaldo!», reprueba a Romeo y vuelve a caer.

ROMEO - Como si mi nombre, por disparo certero de cañón, la hubiese matado, como ya mató a su primo el infame que lleva ese nombre. Ah, padre, decidme, ¿qué parte vil de esta anatomía alberga mi nombre? Decídmelo, que voy a saquear morada tan odiosa. *(Se dispone a apuñalarse, y el Ama le arrebató el puñal)*

FRAY LORENZO - ¡Detén esa mano imprudente! ¿Eres hombre? Tu aspecto lo proclama, mas tu llanto es mujeril y tus locuras recuerdan la furia de una bestia irracional. Impropia mujer bajo forma de hombre, impropio animal bajo forma de ambos. Me asombra. Por mi santa orden, te creía de temple equilibrado. ¿Mataste a Tebaldo y quieres matarte y matar a tu esposa, cuya vida es la tuya, causándote la eterna perdición? ¿Por qué vituperas tu cuna, el cielo y la tierra si de un golpe podrías perder cuna, cielo y tierra, en ti concertados? Deshonras tu cuerpo, tu amor y tu juicio y, como el usurero, abundas en todo y no haces buen uso de nada que adorne tu cuerpo, tu amor y tu juicio. Tu noble figura es efigie de cera y carece de hombría; el amor que has jurado es pura falacia y mata a la amada que dijiste adorar; tu juicio, adorno de cuerpo y amor, yerra en la conducta que les marcas y, como pólvora en soldado bisoño, se inflama por lo propia

ignorancia y tu despedaza, cuando debe defenderte. Vamos, ten valor. Tu Julieta vive y por ella ibas a matarte: ahí tienes suerte. Tebaldo te habría matado, mas tú le mataste: ahí tienes suerte. La ley que ordena la muerte se vuelve tu amiga y decide el destierro: ahí tienes suerte. Sobre ti descende un sinfín de bendiciones, te ronda la dicha con sus mejores galas, y tú, igual que una moza tosca y desabrida, pones mala cara a tu amor y tu suerte. Cuidado, que esa gente muere desdichada. Vete con tu amada, como está acordado. Sube a su aposento y confórtala. Pero antes que monten la guardia, márchate, pues, si no, no podrás salir para Mantua, donde vivirás hasta el momento propicio para proclamar tu enlace, unir a vuestras familias, pedir el indulto del Príncipe y regresar con cien mil veces más alegría que cuando partiste desolado. Adelántate, ama, encomiéndame a Julieta, y que anime a la gente a acostarse temprano; el dolor les habrá predispuerto. Ahora va Romeo.

AMA - ¡Dios bendito! Me quedaría toda la noche oyéndoos hablar. ¡Lo que hace el saber! - Señor, le diré a Julieta que venís.

ROMEO - Díselo, y dile que se apreste a reprenderme.

(El Ama se dispone a salir, pero vuelve)

AMA - Tomad este anillo que me dio para vos. Vamos, deprisa, que se hace tarde.

ROMEO - Esto reaviva mi dicha.

(Sale el Ama)

FRAY LORENZO - Vete, buenas noches, y ten presente esto: o te vas antes que monten la guardia o sales disfrazado al amanecer. Permanece en Mantua. Buscaré a tu criado y de cuando en cuando él te informará de las buenas noticias de Verona. Dame la mano, es tarde. Adiós, buenas noches.

ROMEO - Me espera una dicha mayor que la dicha, que, si no, alejarme de vos sentiría. Adiós. *(Salen)*

(Entran Capuleto, la Señora Capuleto y Paris)

CAPULETO - Todo ha sucedido tan adversamente que no ha habido tiempo de hablarlo con Julieta. Sabéis cuánto quería a su primo Tebaldo; yo también. En fin, nacimos para morir. Ahora es tarde; ella esta noche ya no bajará. Os aseguro que, si no fuese por vos, me habría acostado hace una hora.

PARIS - Tiempo de dolor no es tiempo de amor. Señora, buenas noches. Encomendadme a Julieta.

SEÑORA CAPULETO - Así lo haré, y por la mañana veré cómo responde. Esta noche se ha enclaustrado en su tristeza.

(Paris se dispone a salir, y Capuleto le llama)

CAPULETO - Conde Paris, me atrevo a aseguraros el amor de mi hija: creo que me hará caso sin reservas; vamos, no lo dudo. Esposa, vete a verla antes de acostarte; cuéntale el amor de nuestro yerno Paris y dile, atiende bien, que este miércoles... Espera, ¿qué día es hoy?

PARIS - Lunes, señor.

CAPULETO - Lunes... ¡Mmmm...! Eso es muy precipitado. Que sea el jueves - Dile que este jueves se casará con este noble conde. ¿Estaréis preparados? ¿Os complace la presteza? No lo celebraremos: uno o dos amigos, porque, claro, con Tebaldo recién muerto, que era pariente, si lo festejamos dirán que le teníamos poca estima. Así que invitaremos a unos seis amigos y ya está. ¿Qué os parece el jueves?

PARIS - Señor, ojala que mañana fuese el jueves.

CAPULETO - Muy bien; ahora marchad. Será el jueves.- Tú habla con Julieta antes de acostarte y prepárala para el día de la boda - Adiós, señor - ¡Eh, alumbrad mi cuarto! - Por Dios, que se ha hecho tan tarde que pronto diremos que es temprano. Buenas noches. *(Salen)*

(Entran Romeo y Julieta arriba, en el balcón)

JULIETA - ¿Te vas ya? Aún no es de día. Ha sido el ruiseñor y no la alondra el que ha traspasado tu oído medroso. Canta por la noche en aquel granado. Créeme, amor mío; ha sido el ruiseñor.

ROMEO - Ha sido la alondra, que anuncia la mañana, y no el ruiseñor. Mira, amor, esas rayas hostiles que apartan las nubes allá, hacia el oriente. Se apagaron las luces de la noche y el alegre día despunta en las cimas brumosas. He de irme y vivir, o quedarme y morir.

JULIETA - Esa luz no es luz del día, lo sé bien; es algún meteoro que el sol ha creado para ser esta noche tu antorcha y alumbrarte el camino de Mantua. Quédate un poco, aún no tienes que irte.

ROMEO - Que me apresen, que me den muerte; lo consentiré si así lo deseas. Diré que aquella luz gris no es el alba, sino el pálido reflejo del rostro de Cintia, y que no es el canto de la alondra lo que llega hasta la bóveda del cielo. En lugar de irme, quedarme quisiera. ¡Que venga la muerte! Lo quiere Julieta. ¿Hablamos, mi alma? Aún no amanece.

JULIETA - ¡Si está amaneciendo! ¡Huye, corre, vete! Es la alondra la que tanto desentona con su canto tan chillón y disonante. Dicen que la alondra liga notas con dulzura: a nosotros, en cambio, nos divide; y que la alondra cambió los ojos con el sapo: ojala que también se cambiasen las voces, puesto que es su voz lo que nos separa y de aquí te expulsa con esa alborada. Vamos, márchate, que la luz ya se acerca.

ROMEO - Luz en nuestra luz y sombra en nuestras penas.

(Entra el Ama a toda prisa)

AMA - ¡Julieta!

JULIETA - ¿Ama?

AMA - Tu madre viene a tu cuarto. Ya es de día. Ten cuidado. Ponte en guardia. *(Sale)*

JULIETA - Pues que el día entre, y mi vida salga.

ROMEO - Bien, adiós. Un beso, y voy a bajar. *(Desciende)*

JULIETA - ¿Ya te has ido, amado, esposo, amante? De ti he de saber cada hora del día, pues hay tantos días en cada minuto... Ah, haciendo estas cuentas seré muy mayor cuando vea a Romeo.

ROMEO – *(Abajo)* ¡Adiós! No perderé oportunidad de enviarte mi cariño.

JULIETA - ¿Crees que volveremos a vernos?

ROMEO - Sin duda, y recordaremos todas nuestras penas en gratos coloquios de años venideros.

JULIETA - ¡Dios mío, mi alma presiente desgracias! Estando ahí abajo, me parece verte como un muerto en el fondo de una tumba. Si la vista no me engaña, estás pálido.

ROMEO - A mi vista le dices lo mismo, amor. Las penas nos beben la sangre :
Adiós. (*Sale*)

JULIETA - Fortuna, Fortuna, te llaman voluble. Si lo eres, ¿por qué te preocupas del que es tan constante? Sé voluble, Fortuna, pues así no tendrás a Romeo mucho tiempo y podrás devolvérmelo.

(*Entra la Señora Capuleto*)

SEÑORA CAPULETO - ¡Hija! ¿Estás levantada?

JULIETA - ¿Quién me llama? Es mi madre. ¿Aún sin acostarse o es que ha madrugado? ¿Qué extraño motivo la trae aquí ahora? (*Baja del balcón y entra abajo*)

SEÑORA CAPULETO - ¿Qué pasa, Julieta?

JULIETA - No estoy bien, señora.

SEÑORA CAPULETO - ¿Sigues llorando la muerte de tu primo? ¿Quieres sacarle de la tumba con tus lágrimas? Aunque pudieras, no podrías darle vida, así que ya basta. Dolor moderado indica amor; dolor en exceso, pura necesidad.

JULIETA - Dejadme llorar mi triste pérdida.

SEÑORA CAPULETO - Así lloras la pérdida, no a la persona.

JULIETA - Lloro tanto la pérdida que no puedo dejar de llorar a la persona.

SEÑORA CAPULETO - Hija, tú no lloras tanto su muerte como el que esté vivo el infame que le mató.

JULIETA - ¿Qué infame, señora?

SEÑORA CAPULETO - El infame de Romeo.

JULIETA – (*Aparte*) Entre él y un infame hay millas de distancia. – (*A la Señora Capuleto*) Dios le perdone, como yo con toda el alma. Y eso que ninguno me aflige como él.

SEÑORA CAPULETO - Porque el vil asesino aún vive.

JULIETA - Sí, señora, fuera del alcance de mis manos. ¡Ojala sólo yo pudiera vengar a mi primo!

SEÑORA CAPULETO - Tomaremos venganza, no lo dudes. No llores más. Mandaré a alguien a Mantua, donde vive el desterrado, y le dará un veneno tan insólito que muy pronto estará en compañía de Tebaldo. Supongo que entonces quedarás contenta.

JULIETA - Nunca quedaré contenta con Romeo hasta que le vea... muerto... está mi corazón de llorar a Tebaldo. Señora, si a alguien encontráis para que lleve un veneno, yo lo mezclaré, de modo que Romeo, al recibirlo, pronto duerma en paz. ¡Cuánto me disgusta oír su nombre y no estar cerca de él para hacerle pagar mi amor por Tebaldo en el propio cuerpo que le ha dado muerte!

SEÑORA CAPULETO - Tú busca los medios; yo buscaré al hombre. Pero ahora te traigo alegres noticias.

JULIETA - La alegría viene bien cuando es tan necesaria. ¿Qué nuevas traéis, señora?

SEÑORA CAPULETO - Hija, tienes un padre providente que, para descargarde de tus penas, de pronto ha dispuesto un día de dicha que ni tú te esperabas ni yo imaginaba.

JULIETA - Muy a propósito. ¿Qué día será?

SEÑORA CAPULETO - Hija, este jueves, por la mañana temprano, en la iglesia de San Pedro, un gallardo, joven y noble caballero, el Conde Paris, te hará una esposa feliz.

JULIETA - Pues por la iglesia de San Pedro y por San Pedro, que allí no me hará una esposa feliz. Me asombra la prisa, tener que casarme antes de que el novio me enamore. Señora, os lo ruego: decidle a mi padre y señor que aún no pienso casarme y que, cuando lo haga, será con Romeo, a quien sabes que odio, en vez de con Paris. ¡Pues vaya noticias!

(Entran Capuleto y el Ama)

SEÑORA CAPULETO - Aquí está tu padre. Díselo tú misma, a ver cómo lo toma.

CAPULETO - Cuando el sol se pone, la tierra llora rocío, mas en el ocaso del hijo de mi hermano, cae un diluvio. ¡Cómo! ¿Hecha una fuente, hija? ¿Aún llorando? ¿Bañada en lágrimas? Con tu cuerpo menudo imitas al barco, al mar, al viento, pues en tus ojos, que yo llamo el mar, están el flujo y reflujo de tus lágrimas; el barco es tu cuerpo, que surca ese mar; el viento, tus suspiros, que, a

porfía con tus lágrimas, hará naufragar ese cuerpo agitado si pronto no amaina - ¿Qué hay, esposa? ¿Le has hecho saber mi decisión?

SEÑORA CAPULETO - Sí, pero ella dice que no, y gracias. ¡Ojala se casara con su tumba!

CAPULETO - Un momento, esposa; explícame eso, explícamelo. ¿Cómo que no quiere? ¿No nos lo agradece? ¿No está orgullosa? ¿No se da por contenta de que, indigna como es, hayamos conseguido que tan digno caballero sea su esposo?

JULIETA - Orgullosa, no, mas sí agradecida. No puedo estar orgullosa de lo que odio, pero sí agradezco que se hiciera por amor.

CAPULETO - ¿Así que con sofismas? ¿Qué es esto? ¿«Orgullosa», «lo agradezco», «no lo agradezco» y «orgullosa, no», niña consentida? A mí no me vengas con gracias ni orgullos y prepara esas piernecitas para ir el jueves con Paris a la iglesia de San Pedro o te llevo yo atada y a rastras. ¡Quita, cadavérica! ¡Quita, insolente, cara lívida!

SEÑORA CAPULETO - ¡Calla, calla! ¿Estás loco?

JULIETA - Mi buen padre, te lo pido de rodillas; escúchame con calma un momento.

CAPULETO - ¡Que te cuelguen, descarada, rebelde! Escúchame tú: el jueves vas a la iglesia o en tu vida me mires a la cara. No hables, ni respondas, ni contestes. Me tientas la mano. Esposa, nos creíamos con suerte porque Dios nos dio sólo esta hija, pero veo que la única nos sobra y que haberla tenido es maldición. ¡Fuera con el penco!

AMA - ¡Dios la bendiga! Señor, sois injusto al tratarla de ese modo.

CAPULETO - ¿Y por qué, doña Sabihonda? ¡Cállese doña Cordura, y a charlar con las comadres!

AMA - No he faltado a nadie.

CAPULETO - Ahí está la puerta.

AMA - ¿No se puede hablar?

CAPULETO - ¡A callar, charlatana! Suelta tu sermón a tus comadres, que aquí no hace falta.

SEÑORA CAPULETO - No te excites tanto.

CAPULETO - ¡Cuerpo de Dios, me exaspera! Día y noche, trabajando u ocioso, solo o acompañado, mi solo cuidado ha sido casarla; y ahora que le encuentro un joven caballero de noble linaje, de alcurnia y hacienda, adornado, como dicen, de excelsas virtudes, con tan buena figura como quepa imaginar, me viene esta tonta y mísera llorica, esta muñeca llorona, en la cumbre de su suerte, contestando «No me caso, no le quiero; no tengo edad; perdóname, te lo suplico». Pues no te cases y verás si te perdono: padece donde quieras y lejos de mi casa. Piénsalo bien, no suelo bromear, El jueves se acerca, considéralo, pondera: si eres hija mía, te daré a mi amigo; si no, ahórcate, mendiga, hambrea, muérete en la calle, pues, por mi alma, no pienso reconocerte ni dejarte nada que sea mío. Ten por seguro que lo cumpliré. *(Sale)*

JULIETA - ¿No hay misericordia en las alturas que conciba la hondura de mi pena? ¡Ah, madre querida, no me rechacéis! Aplazad esta boda un mes, una semana o, si no, disponed mi lecho nupcial en el panteón donde yace Tebaldo.

SEÑORA CAPULETO - Conmigo no hables; no diré palabra. Haz lo que quieras. Contigo he terminado. *(Sale)*

JULIETA - ¡Dios mío! Ama, ¿cómo se puede impedir esto? Mi esposo está en la tierra; mi juramento, en el cielo. ¿Cómo puede volver a la tierra si, dejando la tierra, mi esposo no me lo envía desde el cielo? Confórtame, aconséjame. ¡Ah, que el cielo emplee sus mañas contra un ser indefenso como yo! ¿Qué me dices? ¿No puedes alegrarme? Dame consuelo, ama.

AMA - Aquí lo tienes: Romeo está desterrado, y el mundo contra nada a que no se atreve a volver y reclamarte, o que, si lo hace, será a hurtadillas. Así que, tal como ahora está la cosa, creo que más vale que te cases con el conde. ¡Ah, es un caballero tan apuesto! A su lado, Romeo es un pingajo. Ni el águila tiene los ojos tan verdes, tan vivos y hermosos como Paris. Que se pierda mi alma si no vas a ser feliz con tu segundo esposo, pues vale más que el primero; en todo caso, el primero ya está muerto, o como si lo estuviera, viviendo tú aquí y sin gozarlo.

JULIETA - Pero, ¿hablas con el corazón?

AMA - Y con el alma, o que se pierdan los dos.

JULIETA - Amén.

AMA - ¿Qué?

JULIETA - Bueno, me has dado un gran consuelo. Entra y dile a mi madre que, habiendo disgustado a mi padre, me voy a la celda de Fray Lorenzo a confesarme y pedir la absolución.

AMA - En seguida. Eso es muy sensato. (*Sale*)

JULIETA - ¡Condenada vieja! ¡Perverso demonio! ¿Qué es más pecado? ¿Tentarme al perjurio o maldecir a mi esposo con la lengua que tantas veces lo ensalzó con desmesura? Vete, consejera. Tú y mis pensamientos viviréis como extraños. Veré qué remedio puede darme el fraile; si todo fracasa, habré de matarme. (*Sale*)

(*Entran Fray Lorenzo y el Conde Paris*)

FRAY LORENZO - ¿El jueves, señor? Eso es muy pronto.

PARIS - Así lo quiere mi suegro Capuleto y yo no me inclino a frenar su prisa.

FRAY LORENZO - ¿Decís que no sabéis lo que ella piensa? Esto es muy irregular y no me gusta.

PARIS - Lloro sin cesar la muerte de Tebaldo y por eso de amor he hablado poco. Venus no sonrío en la casa del dolor. Señor, su padre juzga peligroso que su pena llegue a dominarla y, en su prudencia, apresura nuestra boda por contener el torrente de sus lágrimas, a las que ella es tan propensa si está sola y que puede evitar la compañía. Ahora ya sabéis la razón de la premura.

FRAY LORENZO – (*Aparte*) Ojala no supiera por qué hay que frenarla.- Mirad, señor: la dama viene a mi celda.

(*Entra Julieta*)

PARIS - Bien hallada, mi dama y esposa.

JULIETA - Señor, eso será cuando pueda ser esposa.

PARIS - Ese «pueda ser» ha de ser el jueves, mi amor.

JULIETA - Lo que ha de ser, será.

FRAY LORENZO - Un dicho muy cierto.

PARIS - ¿Venís a confesaros con el padre?

JULIETA - Si contestase, me confesaría con vos.

PARIS - No podéis negarle que me amáis.

JULIETA - Voy a confesaros que le amo.

PARIS - También confesaréis que me amáis.

JULIETA - Si lo hago, valdrá más por ser dicho a vuestras espaldas que a la cara.

PARIS - Pobre, no estropeéis vuestra cara con el llanto.

JULIETA - La victoria del llanto es bien pequeña: antes de dañarla, mi cara valía poco.

PARIS - Decir eso la daña más que vuestro llanto.

JULIETA - Señor, lo que es cierto no es calumnia, y lo que he dicho, me lo he dicho a la cara.

PARIS - Esa cara es mía y vos la calumniáis.

JULIETA - Tal vez, porque mía ya no es - Padre, ¿estáis desocupado u os veo tras la misa vespertina?

FRAY LORENZO - Estoy desocupado, mi apenada hija - Señor, os rogaré que nos dejéis a solas.

PARIS - Dios me guarde de turbar la devoción - Julieta, os despertaré el jueves bien temprano. Adiós hasta entonces y guardad mi santo beso. (*Sale*)

JULIETA - ¡Ah, cerrad la puerta y llorad conmigo! No queda esperanza, ni cura, ni ayuda.

FRAY LORENZO - Ah, Julieta, conozco bien tu pena; me tiene dominada la razón. Sé que el jueves tienes que casarte con el conde, y que no se aplazará.

JULIETA - Padre, no me digáis que lo sabéis sin decirme también cómo impedirlo. Si, en vuestra prudencia, no me dais auxilio, aprobad mi decisión y yo al instante con este cuchillo pondré remedio a todo esto. Dios unió mi corazón y el de Romeo, vos nuestras manos y, antes que esta mano, sellada con la suya, sea el sello de otro enlace o este corazón se entregue a otro con perfidia, esto acabará con ambos. Así que, desde vuestra edad y experiencia, dadme ya consejo, pues,

si no, mirad, este cuchillo será el árbitro que medie entre mi angustia y mi persona con una decisión que ni vuestra autoridad ni vuestro arte han sabido alcanzar honrosamente. Tardáis en hablar, y yo la muerte anhelo si vuestra respuesta no me da un remedio.

FRAY LORENZO - ¡Alto, hija! Veo un destello de esperanza, mas requiere una acción tan peligrosa como el caso que se trata de evitar. Si, por no unirme al Conde Paris, tienes fuerza de voluntad para matarte, seguramente podrás acometer algo afín a la muerte y evitar este oprobio, pues por él la muerte has afrontado. Si tú te atreves, yo te daré el remedio.

JULIETA - Antes que casarme con Paris, decidme que salte desde las almenas de esa torre, que pasee por sendas de ladrones, o que ande donde viven las serpientes; encadenadme con osos feroces o metedme de noche en un osario, enterrada bajo huesos que crepiten, miembros malolientes, calaveras sin mandíbula; decidme que me esconda en un sepulcro, en la mortaja de un recién enterrado... Todo lo que me ha hecho temblar con sólo oírlo pienso hacerlo sin duda ni temor por seguir siéndole fiel a mi amado.

FRAY LORENZO - Entonces vete a casa, ponte alegre y di que te casarás con Paris. Mañana es miércoles: por la noche procura dormir sola; no dejes que el ama duerma en tu aposento. Cuando te hayas acostado, bébete el licor destilado de este frasco. Al punto recorrerá todas tus venas un humor frío y soñoliento; el pulso no podrá detenerlo y cesará; ni aliento ni calor darán fe de que vives; las rosas de tus labios y mejillas serán pálida ceniza; tus párpados caerán cual si la muerte cerrase el día de la vida; tus miembros, privados de todo movimiento, estarán más fríos y yertos que la muerte. Y así quedarás cuarenta y dos horas como efigie pasajera de la muerte, para despertar como de un grato sueño. Cuando por la mañana llegue el novio para levantarte de tu lecho, estarás muerta. Entonces, según los usos del país, con tus mejores galas, en un féretro abierto, serás llevada al viejo panteón donde yacen los difuntos Capuletos. Entre tanto, y mientras no despiertes, por carta haré saber a Romeo nuestro plan para que venga; él y yo asistiremos a tu despertar, y esa misma noche Romeo podrá llevarte a Mantua. Esto te salvará de la deshonra, si no hay veleidad ni miedo femenino que frene tu valor al emprenderlo.

JULIETA - ¡Dádmelo, dádmelo! No me habléis de miedo.

FRAY LORENZO - Bueno, vete. Sé firme, y suerte en tu propósito. Ahora mismo mando un fraile a Mantua con carta para tu marido.

JULIETA - Amor me dé fuerza, y ella me dé auxilio. Adiós, buen padre. (*Salen*)

(*Entran Capuleto, la Señora Capuleto, el Ama y dos o tres Criados*)

CAPULETO - Invita a todas las personas de esta lista - (*Sale un Criado*)
Tú, contrátame a veinte buenos cocineros.

CRIADO - Señor, no os traeré a ninguno malo, pues probaré a ver si se chupan los dedos.

CAPULETO - ¿Qué prueba es esa?

CRIADO - Señor, no será buen cocinero quien no se chupe los dedos; así que por mí, el que no se los chupe, ahí se queda.

CAPULETO - Bueno, andando. (*Sale el Criado*) Esta vez no estaremos bien surtidos. Mi hija, ¿se ha ido a ver al padre?

AMA - Sí, señor.

CAPULETO - Bueno, quizá él le haga algún bien. Es una cría tonta y testaruda.

(*Entra Julieta*)

AMA - Pues vuelve de la confesión con buena cara.

CAPULETO - ¿Qué dice mi terca? ¿Dónde fuiste de correteo?

JULIETA - Donde he aprendido a arrepentirme del pecado de tenaz desobediencia a vos y a vuestras órdenes. Fray Lorenzo ha dispuesto que os pida perdón postrada de rodillas. Perdonadme. Desde ahora siempre os obedeceré.

CAPULETO - ¡Llamad al conde! ¡Contádselo! Este enlace lo anudo mañana por la mañana.

JULIETA - He visto al joven conde en la celda del fraile y le he dado digna muestra de mi amor sin traspasar las lindes del decoro.

CAPULETO - ¡Cuánto me alegro! ¡Estupendo! Levántate. Así debe ser. He de ver al conde. Sí, eso es - Vamos, traedle aquí - ¡Por Dios bendito, cuánto debe la ciudad a este padre santo y venerable!

JULIETA - Ama, ¿me acompañas a mi cuarto y me ayudas a escoger las galas que creas que mañana necesito?

SEÑORA CAPULETO - No, es el jueves. Hay tiempo de sobra.

CAPULETO - Ama, ve con ella. La boda es mañana.

(Salen el Ama y Julieta)

SEÑORA CAPULETO - No estaremos bien provistos. Ya es casi de noche.

CAPULETO - Calla, deja que me mueva y todo irá bien, esposa, te lo garantizo. Tú ve con Julieta, ayúdala a engalanarse. Esta noche no me acuesto. Tú déjame: esta vez yo haré de ama de casa - ¡Eh! - Han salido todos. Bueno, yo mismo iré a ver al Conde Paris y le prepararé para mañana. Me brinca el corazón desde que se ha enmendado la rebelde. *(Salen)*

(Entran Julieta y el Ama)

JULIETA - Sí, mejor esa ropa. Pero, mi buena ama, ¿quieres dejarme sola esta noche? Necesito rezar mucho y lograr que el cielo se apiade de mi estado, que, como sabes, es adverso y pecaminoso.

(Entra la Señora Capuleto)

SEÑORA CAPULETO - ¿Estáis ocupadas? ¿Necesitáis mi ayuda?

JULIETA - No, señora. Ya hemos elegido lo adecuado para la ceremonia de mañana. Si os complace, desearía quedarme sola; el ama os puede ayudar esta noche, pues seguro que estaréis atareada con toda esta premura.

SEÑORA CAPULETO - Buenas noches. Acuéstate y descansa, que lo necesitas.

(Salen la Señora Capuleto y el Ama)

JULIETA - ¡Adiós! Sabe Dios cuándo volveremos a vernos. Tiembla en mis venas un frío terror que casi me hiela la vida. Las llamaré para que me conforten. ¡Ama! - ¿Y qué puede hacer? En esta negra escena he de actuar sola. Ven, frasco. ¿Y si no surte efecto la mezcla? ¿Habré de casarme mañana temprano? No, no: esto lo impedirá. Quédate ahí. *(Deja a su lado un puñal)* ¿Y si fuera un veneno que el fraile preparó con perfidia para darme muerte, no sea que mi boda le deshonoré tras haberme casado con Romeo? Temo que sí y, sin embargo, creo que no, pues siempre ha demostrado ser piadoso. ¿Y si, cuando esté en el panteón, despierto antes que Romeo venga a rescatarme? Tiemblo de pensarlo. ¿Podré respirar en un sepulcro en cuya inmunda boca no entra aire sano y morir asfixiada antes que llegue Romeo? O si vivo, ¿no puede ocurrir que la horrenda imagen que me inspiran muerte y noche, junto con el espanto del lugar...? Pues al ser un sepulcro, un viejo mausoleo donde por cientos de años se apilan los restos

de todos mis mayores; donde Tebaldo, sangriento y recién enterrado, se pudre en su mortaja; donde dicen que a ciertas horas de la noche acuden espíritus... ¡Ay de mí! ¿No puede ocurrir que, despertando temprano, entre olores repugnantes y gritos como de mandrágora arrancada de cuajo, que enloquece a quien lo oye...? Ah, si despierto, ¿no podría perder el juicio, rodeada de horrores espantosos, y jugar como una loca con los esqueletos, a Tebaldo arrancar de su mortaja y, en este frenesí, empuñando como maza un hueso de algún antepasado, partirme la cabeza enajenada? ¡Ah! Creo ver el espectro de mi primo en busca de Romeo, que le atravesó con su espada. ¡Quieto, Tebaldo! ¡Romeo, Romeo! Aquí está el licor. Bebo por ti. *(Cae sobre la cama, tras las cortinas)*

(Entran la Señora Capuleto y el Ama con hierbas)

SEÑORA CAPULETO - Espera. Toma estas llaves y trae más especias.

AMA - En el horno piden membrillos y dátiles.

(Entra Capuleto)

CAPULETO - Vamos, daos prisa. El gallo ha cantado dos veces, ha sonado la campana: son las tres. Angélica, ocúpate de las empanadas; no repares en gastos.

AMA - Marchaos ya, cominero, acostaos. Ya veréis, mañana estaréis malo por falta de sueño.

CAPULETO - ¡Qué va! Por mucho menos velé noches enteras sin ponerme malo.

SEÑORA CAPULETO - Sí, en tus tiempos fuiste muy trasnochador, pero ahora velaré por que no veles.

(Salen la Señora Capuleto y el Ama)

CAPULETO - ¡Será celosa, será celosa! *(Entran tres o cuatro Criados con asadores, leña y cestas)* Oye, tú, ¿qué lleváis ahí?

CRIADO 1 - No sé, señor; cosas para el cocinero.

CAPULETO - Date prisa, date prisa - Tú, trae leña más seca. Llama a Pedro: él te dirá dónde hay.

CRIADO 2 - Señor, a Pedro no hay que molestarle: para encontrar tarugos tengo yo buena cabeza.

CAPULETO - Vive Dios, qué bien dicho. El pillo es chistoso. Te llamaremos «cabeza de tarugo». (*Salen los Criados*) ¡Pero si ya es de día! El conde estará aquí pronto con la música. Eso es lo que dijo. (*Tocan música dentro*) Ya se acerca. ¡Ama! ¡Esposa! ¡Eh! ¡Ama! (*Entra el Ama*) Despierta a Julieta, corre a arreglarla. Yo voy a hablar con Paris. Date prisa, date prisa, que ha llegado el novio. Vamos, date prisa. (*Sale*)

AMA - ¡Señorita! ¡Julieta! ¡Anda, vaya sueño! ¡Eh, paloma! ¡Eh, Julieta! ¡Será dormilona! ¡Eh, cariño! ¡Señorita! ¡Reina! ¡Novia, vamos! ¡Ni palabra! Aprovecha bien ahora, duerme una semana, que, ya verás, esta noche el Conde Paris sueña con quitarte el sueño. ¡Dios me perdone! ¡Amén, Jesús! ... Se le han pegado las sábanas. Tendré que despertarla. ¡Señorita, señorita! Sí, sí, ya verás como el conde te coja en la cama: te va a meter miedo. ¿Es que no despiertas? (*Descorre las cortinas*) ¡Cómo, te vistes y vuelves a acostarte! Tendré que despertarte. ¡Señorita, señorita! ¡Ay, ay! ¡Socorro, socorro! ¡Está muerta! ¡Ay, dolor! ¿Para qué habré nacido? ¡Ah, mi aguardiente! ¡Señor! ¡Señora!

(*Entra la Señora Capuleto*)

SEÑORA CAPULETO - ¿Qué escándalo es ese?

AMA - ¡Ah, día infortunado!

SEÑORA CAPULETO - ¿Qué pasa?

AMA - ¡Mirad, mirad! ¡Ah, día triste!

SEÑORA CAPULETO - ¡Ay de mí, ay de mí! ¡Mi hija, mi vida! ¡Revive, mírame o moriré contigo! ¡Socorro, socorro! ¡Pide socorro!

(*Entra Capuleto*)

CAPULETO - Por Dios, traed a Julieta, que ha llegado el novio!

AMA - ¡Está muerta, muerta, muerta! ¡Ay, dolor!

SEÑORA CAPULETO - ¡Ay, dolor! ¡Está muerta, muerta, muerta!

CAPULETO - ¡Cómo! A ver. ¡Ah, está fría! La sangre, parada; los miembros, rígidos. Hace tiempo que la vida salió de sus labios. La Muerte la cubre como escarcha intempestiva sobre la más tierna flor de los campos.

AMA - ¡Ah, día infortunado!

SEÑORA CAPULETO - ¡Ah, tiempo de dolor!

CAPULETO - La Muerte la llevó para hacerme gritar, pero ahora me ata la lengua y el habla.

(Entran Fray Lorenzo y el Conde Paris con los Músicos)

FRAY LORENZO - ¿Está lista la novia para ir a la iglesia?

CAPULETO - Lista para ir, no para volver - Ah, hijo, la noche antes de tu boda la Muerte ha dormido con tu amada. La flor que había sido yace ahora desflorada. La Muerte es mi yerno, la Muerte me hereda; con mi hija se ha casado. Moriré dejándole todo: la vida, el vivir, todo es suyo.

PARIS - ¡Tanto desear que llegase este día para ver una escena como esta!

(Todos a una gritan y se retuercen las manos)

SEÑORA CAPULETO - ¡Día maldito, funesto, mísero, odioso! ¡La hora más triste que vio el tiempo en su largo y asiduo peregrinar! ¡Una, sólo una, una pobre y tierna hija, que me daba alegría y regocijo, y la cruel Muerte me la arranca de mi lado!

AMA - ¡Ah, dolor! ¡Día triste, triste, triste! ¡El más infortunado, el más doloroso de mi vida, de toda mi vida! ¡Ah, qué día, qué día más odioso! ¡Cuándo se ha visto un día tan negro! ¡Ah, día triste, día triste!

PARIS - ¡Engañado, separado, injuriado, muerto! ¡Engañado por ti, Muerte execrable, derrotado por ti en tu extrema crueldad! ¡Amor! ¡Vida! ¡Vida, no: amor en la muerte!

CAPULETO - ¡Despreciado, vejado, odiado, torturado, muerto! Tiempo de angustia, ¿por qué vienes ahora matando nuestra celebración? ¡Hija, ah, hija! ¡Mi alma, y no mi hija! Yaces muerta. Ah, ha muerto mi hija y con ella se entierra mi gozo.

FRAY LORENZO - ¡Por Dios, callad! El trastorno no se cura con trastornos. El cielo y vos teníais parte en la bella muchacha; ahora todo es del cielo, y para ella es lo mejor. Vuestra parte no pudisteis salvarla de la muerte, más la otra eternamente guarda el cielo. Vuestro anhelo era verla encumbrada; elevarla habría sido vuestra gloria. ¿Y lloráis ahora que se ha elevado más allá de las nubes y ya alcanza la gloria? ¡Ah, con ese amor la amáis tan poco que os perturba su bienaventuranza! No es buen matrimonio el que años conoce: la mejor casada es la que muere joven. Secad vuestras lágrimas y cubrid de romero este hermoso

cuerpo, según la costumbre, y llevadla a la iglesia con sus mejores galas. La blanda natura llorar ha mandado, mas nuestra cordura se ríe del llanto.

CAPULETO - Lo que dispusimos para nuestra fiesta cambiará su objeto para estas exequias: ahora los músicos! tocarán a muerto, el banquete será una comida de luto, los himnos de boda, dolientes endechas, las flores nupciales lucirán sobre el féretro y todo ha de volverse su contrario.

FRAY LORENZO - Entrad, señor; señora, entrad con él. Venid, Conde Paris. Que todos se preparen para acompañar a la bella difunta en su entierro. Los cielos os penan por algún pecado; no los enojéis: cumplid su mandato.

(Salen todos, menos los Músicos y el Ama, que echa romero sobre el cadáver y corre las cortinas)

MÚSICO 1 - Ya podemos irnos con la música a otra parte.

AMA - Marchaos, amigos, marchaos; ya veis que es un caso de dolor. *(Sale)*

MÚSICO 1 - Sí, es el caso que te hacen cuando duele.

(Entra Pedro)

PEDRO - ¡Músicos, músicos! «Paz del alma», «Paz del alma». Si queréis que siga vivo, tocad «Paz del alma»:

MÚSICO 1 - ¿Por qué «Paz del alma»?

PEDRO - Ah, músicos, porque en mi alma oigo sonar «Se me parte el alma». Ah, confortadme con una endecha que sea alegre.

MÚSICO 1 - Nada de endechas. No es hora de tocar.

PEDRO - Entonces ¿no?

MÚSICO 1 - No.

PEDRO - Pues os la voy a dar sonada.

MÚSICO 1 - ¿Qué nos vas a dar?

PEDRO - Dinero, no; guerra. Te voy a poner a tono.

MÚSICO 1 - Y yo te pondré de esclavo.

PEDRO - Entonces este puñal de esclavo te va a rapar la cabeza. A mí no me trines, que te solfeo. Toma nota.

MÚSICO 1 - Solfea y darás la nota.

MÚSICO 2 - Anda, demuestra lo listo que eres y envaina ese puñal.

PEDRO - ¡Pues, en guardia! Envainaré mi puñal y os batiré con mi listeza. Respondedme como hombres: «Cuando domina la aflicción y el alma sufre del pesar, la música, argénteo son...» ¿Por qué «argénteo»? ¿Por qué «la música, argénteo son»? ¿Qué dices tú, Simón Cuerdas?

MÚSICO 1 - Pues porque, igual que la plata, suena dulce.

PEDRO - ¡Palabras! ¿Tú qué dices, Hugo Violas?

MÚSICO 2 - «Argénteo» porque a los músicos nos pagan en plata.

PEDRO - ¡Más palabras! ¿Y tú qué dices, Juan del Coro?

MÚSICO 3 - Pues no sé qué decir.

PEDRO - ¡Ah, disculpad! Sois el cantor. Yo os lo diré. «La música, argénteo son» porque a los músicos nunca os suena el oro. «... la música, argénteo son, el mal no tarda en reparar». (*Sale*)

MÚSICO 1 - ¡Qué pillo más irritante!

MÚSICO 2 - ¡Que lo zurzan! Venga, vamos a entrar. Aguardamos a los dolientes y esperamos a comer. (*Salen*)

(*Entra Romeo*)

ROMEO - Si puedo confiar en la verdad de un sueño halagador, se acercan buenas nuevas. El rey de mi pecho está alegre en su trono y hoy un insólito vigor me eleva sobre el suelo con pensamientos de júbilo. Soñé que mi amada vino y me halló muerto sueño extraño, si en él un muerto piensa y me insufló tanta vida con sus besos que resucité convertido en un emperador. ¡Ah, qué dulce ha de ser el amor real si sus sombras albergan tanta dicha! (*Entra Baltasar, criado de Romeo*) ¡Noticias de Verona! ¿Qué hay, Baltasar? ¿No traes cartas del fraile? ¿Cómo está mi amor? ¿Está bien mi padre? ¿Cómo está Julieta? Dos veces lo pregunto, pues nada puede ir mal si ella está bien.

BALTASAR - Entonces está bien y nada puede ir mal. Su cuerpo descansa en la cripta de los Capuletos y su alma inmortal vive con los ángeles. Vi cómo la enterraban en el panteón y a toda prisa cabalgué para contároslo. Perdonadme por traeros malas nuevas, pero cumplo el deber que me asignasteis.

ROMEO - ¿Es verdad? Entonces yo os desafío, estrellas - Ya sabes dónde vivo; tráeme papel y tinta y alquila caballos de posta. Salgo esta noche.

BALTASAR - Calmaos, señor, os lo ruego. Estáis pálido y excitado, y eso anuncia alguna adversidad.

ROMEO - Calla, te equivocas. Déjame y haz lo que te he dicho. ¿No tienes carta para mí de Fray Lorenzo?

BALTASAR - No, señor.

ROMEO - No importa. Vete. Y alquila esos caballos. Yo voy contigo en seguida. (*Sale Baltasar*) Bien, Julieta, esta noche yaceré contigo. A ver la manera. ¡Ah, destrucción, qué pronto te insinúas en la mente de un desesperado! Recuerdo un boticario, que vive por aquí. Le vi hace poco, cubierto de andrajos, con cejas muy pobladas, recogiendo hierbas. Estaba macilento; su penuria le había enflaquecido. En su pobre tienda pendía una tortuga, un caimán disecado y varias pieles de peces deformes; y por los estantes, expuestas y apenas separadas, un número exiguo de cajas vacías, cazuelas verdes, vejigas, semillas rancias, hilos bramantes y panes de rosa ya pasados. Viendo esa indigencia, yo me dije: «Si alguien necesita algún veneno, aunque en Mantua venderlo se pena con la muerte, este pobre hombre se lo venderá» Ah, la idea se adelantó a mi menester y ahora este menesteroso ha de vendérmelo. Que yo recuerde, esta es la casa; hoy es fiesta, y la tienda está cerrada. ¡Eh, boticario!

(*Entra el Boticario*)

BOTICARIO - ¿Quién grita?

ROMEO - Vamos, ven aquí. Veo que eres pobre. Toma cuarenta ducados y dame un frasco de veneno, algo que actúe rápido y se extienda por las venas, de tal modo que el cansado de la vida caiga muerto y el aliento salga de su cuerpo con el ímpetu de la pólvora inflamada cuando huye del vientre del cañón.

BOTICARIO - De esas drogas tengo, pero las leyes de Mantua castigan con la muerte a quien las venda.

ROMEO - ¿Y tú temes la muerte, estando tan escuálido y cargado de penuria? El hambre está en tu cara; en tus ojos hundidos, la hiriente miseria; tu cuerpo lo

visten indignos harapos. El mundo no es tu amigo, ni su ley, y el mundo no da ley que te haga rico, conque no seas pobre, viola la ley y toma esto.

BOTICARIO - Accede mi pobreza, no mi voluntad.

ROMEO - Le pago a la pobreza, no a la voluntad.

BOTICARIO - Disolved esto en cualquier líquido y bebedlo y, aunque tengáis el vigor de veinte hombres, al instante os matará.

ROMEO - Aquí está el oro, peor veneno para el alma; en este mundo asesina mucho más que las tristes mezclas que no puedes vender. Soy yo quien te vende veneno, no tú a mí. Adiós, cómprate comida y echa carnes. (*Sale el Boticario*) Cordial y no veneno, ven conmigo a la tumba de Julieta, que es tu sitio.

(*Entra Fray Juan*)

FRAY JUAN - ¡Eh, santo franciscano, hermano!

(*Entra Fray Lorenzo*)

FRAY LORENZO - Esa parece la voz de Fray Juan. Bien venido de Mantua. ¿Qué dice Romeo? Si escribió su mensaje, dame la carta.

FRAY JUAN - Fui en busca de un hermano franciscano que había de acompañarme. Le hallé en la ciudad, visitando a los enfermos. La guardia sanitaria, sospechando que la casa en que vivíamos los dos estaba contagiada por la peste, selló las puertas y nos prohibió salir. Por eso no pude viajar a Mantua.

FRAY LORENZO - Entonces, a Romeo, ¿quién le llevó mi carta?

FRAY JUAN - Aquí está, no pude mandársela ni conseguir que nadie os la trajese. Tenían mucho miedo de contagios.

FRAY LORENZO - ¡Ah, desventura! Por la orden franciscana, no era una carta cualquiera, sino de gran trascendencia. No entregarla podría hacer mucho daño. Vamos, Fray Juan, buscadme una palanca y llevádmela a la celda.

FRAY JUAN - Ahora mismo os la llevo, hermano. (*Sale*)

FRAY LORENZO - He de ir solo al panteón. De aquí a tres horas despertará Julieta. Se enfadará conmigo cuando sepa que Romeo no ha sido avisado de lo

sucedido. Volveré a escribir a Mantua; a ella la tendré aquí, en mi celda, hasta que llegue Romeo. ¡Ah, cadáver vivo en tumba de muertos! (*Sale*)

(*Entran Paris y su Paje, con flores, agua perfumada y una antorcha*)

PARIS - Muchacho, dame la antorcha y aléjate. No, apágala; no quiero que me vean. Ahora échate al pie de esos tejos y pega el oído a la hueca tierra. Así no habrá pisada que no oigas en este cementerio, con un suelo tan blando de tanto cavar tumbas. Un silbido tuyo será aviso de que alguien se acerca. Dame esas flores. Haz lo que te digo, vamos.

PAJE – (*Aparte*) Me asusta quedarme aquí solo en el cementerio, pero lo intentaré.

(*Sale. Paris cubre la tumba de flores*)

PARIS - Flores a esta flor en su lecho nupcial. Mas, ay, tu dosel no es más que polvo y piedra. Con agua de rosas lo he de rociar cada noche, o con lágrimas de pena. Las exequias que desde ahora te consagro son mis flores cada noche con mi llanto. (*Silba el Paje*) Me avisa el muchacho; viene alguien. ¿Qué pie miserable se acerca a estas horas turbando mis ritos de amor y mis honras? (*Entran Romeo y Baltasar con una antorcha, una azada y una barra de hierro*) ¡Cómo! ¿Con antorcha? Noche, ocúltame un instante. (*Se esconde*)

ROMEO - Dame la azada y la barra de hierro. Ten, toma esta carta. Haz por entregarla mañana temprano a mi padre y señor. Dame la antorcha. Te lo ordeno por tu vida: por más que oigas o veas, aléjate y no interrumpas mi labor. Si desciendo a este lecho de muerte es por contemplar el rostro de mi amada, pero, sobre todo, por quitar de su dedo un valioso anillo, un anillo que he de usar en un asunto importante. Así que vete. Si, por recelar, vuelves y me espías para ver qué más cosas me propongo, por Dios, que te haré pedazos y te esparciré por este insaciable cementerio. El momento y mi propósito son fieros, más feroces y mucho más inexorables que un tigre hambriento o el mar embravecido.

BALTASAR - Me iré, señor, y no os molestaré.

ROMEO - Con eso me demuestras tu amistad. Toma: vive y prospera. Adiós, buen amigo.

BALTASAR – (*Aparte*) Sin embargo, me esconderé por aquí. Su gesto no me gusta y sospecho su propósito. (*Se esconde*)

ROMEO - Estómago odioso, vientre de muerte, saciado del manjar más querido de la tierra, así te obligo a abrir tus mandíbulas podridas y, en venganza, te fuerzo a tragar más alimento, (*Abre la tumba*).

PARIS - Este es el altivo Montesco desterrado, el que mató al primo de mi amada, haciendo que ella, según dicen, muriese de la pena. Seguro que ha venido a profanar los cadáveres. Voy a detenerle. (*Desenvaina*) ¡Cesa tu impía labor, vil Montesco! ¿Pretendes vengarte más allá de la muerte? ¡Maldito infame, date preso! Obedece y ven conmigo, pues has de morir.

ROMEO - Es verdad, y por eso he venido. Querido joven, no provoques a un desesperado; huye y déjame. Piensa en estos muertos y teme por tu vida. Te lo suplico, no añadas a mi cuenta otro pecado moviéndome a la furia. ¡Márchate! Por Dios, más te aprecio que a mí mismo, pues vengo armado contra mí mismo. No te quedes; vete. Vive y después di que el favor de un loco te dejó vivir.

PARIS - Rechazo tus súplicas y por malhechor te prendo.

ROMEO - ¿Así que me provocas? Pues toma, muchacho.

(*Luchan. Entra el Paje de Paris*)

PAJE - ¡Dios del cielo, están luchando! Llamaré a la guardia. (*Sale*)

PARIS - ¡Ah, me has matado! Si tienes compasión, abre la tumba y ponme al lado de Julieta. (*Muere*)

ROMEO - Te juro que lo haré. A ver su cara. ¡El pariente de Mercucio, el Conde Paris! ¿Qué decía mi criado mientras cabalgábamos que mi alma agitada no escuchaba? Creo que dijo que Paris iba a casarse con Julieta. ¿Lo dijo? ¿O lo he soñado? ¿O me he vuelto loco oyéndole hablar de Julieta y creo que lo dijo? Ah, dame la mano: tú estás conmigo en el libro de la adversidad. Voy a enterrarte en regio sepulcro. ¿Sepulcro? No, salón de luz, joven muerto: aquí yace Julieta, y su belleza convierte el panteón en radiante cámara de audiencias. Muerte, yace ahí, enterrada por un muerto. (*Coloca a Paris en la tumba*) ¡Cuántas veces los hombres son felices al borde de la muerte! Quienes los vigilan lo llaman el último relámpago. ¿Puedo yo llamar a esto relámpago? Ah, mi amor, mi esposa, la Muerte, que robó la dulzura de tu aliento, no ha rendido tu belleza, no te ha conquistado. En tus labios y mejillas sigue roja tu enseña de belleza, y la Muerte aún no ha izado su pálida bandera. Tebaldo, ¿estás ahí, en tu sangrienta mortaja? ¿Qué mejor favor puedo yo hacerte que, con la misma mano que segó tu juventud, matar la del que ha sido tu enemigo? Perdóname, primo. ¡Ah, querida Julieta! ¿Cómo sigues tan hermosa? ¿He de creer que la incorpórea Muerte se ha enamorado y que la bestia horrenda y descarnada te guarda aquí, en las sombras,

como amante? Pues lo temo, contigo he de quedarme para ya nunca salir de este palacio de lóbrega noche. Aquí, aquí me quedaré con los gusanos, tus criados. Ah, aquí me entregaré a la eternidad y me sacudiré de esta carne fatigada el yugo de estrellas adversas. ¡Ojos, mirad por última vez! ¡Brazos, dad vuestro último abrazo! Y labios, puertas del aliento, ¡sellad con un beso un trato perpetuo con la ávida Muerte! Ven, amargo conductor; ven, áspero guía. Temerario piloto, ¡lanza tu zarandeado navío contra la roca implacable! Brindo por mi amor. (*Bebe*) ¡Ah, leal boticario, tus drogas son rápidas! Con un beso muero. (*Cae*)

(*Entra Fray Lorenzo con linterna, palanca y azada*)

FRAY LORENZO - ¡San Francisco me asista! ¿En cuántas tumbas habré tropezado esta noche? ¿Quién va?

BALTASAR - Un amigo, alguien que os conoce.

FRAY LORENZO - Dios te bendiga. Dime, buen amigo, ¿de quién es esa antorcha que en vano da luz a calaveras y gusanos? Parece que arde en el panteón de los Capuletos.

BALTASAR - Así es, venerable señor, y allí está mi amo, a quien bien queréis.

FRAY LORENZO - ¿Quién es?

BALTASAR - Romeo.

FRAY LORENZO - ¿Cuánto lleva ahí?

BALTASAR - Media hora larga.

FRAY LORENZO - Ven al panteón.

BALTASAR - Señor, no me atrevo. Mi amo cree que ya me he ido y me amenazó terriblemente con matarme si me quedaba a observar sus intenciones.

FRAY LORENZO - Entonces quédate; iré solo. Tengo miedo. Ah, temo que haya ocurrido una desgracia.

BALTASAR - Mientras dormía al pie del tejo, soñé que mi amo luchaba con un hombre y que le mataba. (*Sale*)

FRAY LORENZO - ¡Romeo! (*Se agacha y mira la sangre y las armas*) ¡Ay de mí! ¿De quién es la sangre que mancha las piedras de la entrada del sepulcro? ¿Qué hacen estas armas sangrientas y sin dueño junto a este sitio de paz?

¡Romeo! ¡Qué pálido! ¿Quién más? ¡Cómo! ¿Paris? ¿Y empapado de sangre? ¡Ah, qué hora fatal ha causado esta triste desgracia! (*Se despierta Julieta*) La dama se mueve.

JULIETA - Ah, padre consolador, ¿dónde está mi esposo? Recuerdo muy bien dónde debo hallarme, y aquí estoy. ¿Dónde está Romeo?

FRAY LORENZO - Oigo ruido, Julieta. Sal de ese nido de muerte, infección y sueño forzado. Un poder superior a nosotros ha impedido nuestro intento. Vamos, sal. Tu esposo yace muerto en tu regazo, y también ha muerto Paris. Ven, te confiaré a una comunidad de religiosas. Ahora no hablemos: viene la guardia. Vamos, Julieta; no me atrevo a seguir aquí. (*Sale*)

JULIETA - Marchaos, pues yo no pienso irme. ¿Qué es esto? ¿Un frasco en la mano de mi amado? El veneno ha sido su fin prematuro. ¡Ah, egoísta! ¿Te lo bebas todo sin dejarme una gota que me ayude a seguirte? Te besaré: tal vez quede en tus labios algo de veneno, para que pueda morir con ese tónico. Tus labios están calientes.

GUARDIA – (*Dentro*) ¿Por dónde, muchacho? Guíame.

JULIETA - ¿Qué? ¿Ruido? Seré rápida. Puñal afortunado, voy a envainarte. Oxídate en mí y deja que muera. (*Se apuñala y cae*)

(*Entra el Paje de Paris y la Guardia*)

PAJE - Este es el lugar, ahí donde arde la antorcha.

GUARDIA 1 - Hay sangre en el suelo; buscad por el cementerio. Id algunos; prended a quien halléis. (*Salen algunos Guardias*) ¡Ah, cuadro de dolor! Han matado al conde y sangra Julieta, aún caliente y recién muerta, cuando llevaba dos días enterrada. ¡Decídselo al Príncipe, avisad a los Capuletos, despertad a los Montescos! Los demás, ¡buscad! (*Salen otros Guardias*) Bien vemos la escena de tales estragos, pero los motivos de esta desventura, si no nos los dicen, no los vislumbramos.

(*Entran Guardias con Baltasar el criado de Romeo*)

GUARDIA 2 - Esté es el criado de Romeo; estaba en el cementerio.

GUARDIA 1 - Vigíladle hasta que venga el Príncipe.

(*Entra un Guardia con Fray Lorenzo*)

GUARDIA 3 - Aquí hay un fraile que tiembla, llora y suspira. Le quitamos esta azada y esta pala cuando salía por este lado del cementerio.

GUARDIA 1 - Muy sospechoso. Vigíladle también.

(Entra el Príncipe con otros)

PRINCIPE - ¿Qué desgracia ha ocurrido tan temprano que turba mi reposo?

(Entran Capuleto y la Señora Capuleto)

CAPULETO - ¿Qué ha sucedido que todos andan gritando?

SEÑORA CAPULETO - En las calles unos gritan «¡Romeo!»; otros, «¡Julieta!»; otros, «¡Paris!»; y todos vienen corriendo hacia el panteón.

PRINCIPE - ¿Qué es lo que tanto os espanta?

GUARDIA 1 - Alteza, ahí yace asesinado el Conde Paris; Romeo, muerto; y Julieta, antes muerta, acaba de morir otra vez.

PRINCIPE - ¡Buscad y averiguad cómo ha ocurrido este crimen!

GUARDIA 1 - Aquí están un fraile y el criado de Romeo, con instrumentos para abrir las tumbas de estos muertos.

CAPULETO - ¡Santo cielo! Esposa, mira cómo se desangra nuestra hija. El puñal se equivocó. Debiera estar en la espalda del Montesco y se ha envainado en el pecho de mi hija.

SEÑORA CAPULETO - ¡Ay de mí! Esta escena de muerte es la señal que me avisa del sepulcro.

(Entra Montesco)

PRINCIPE - Venid, Montesco: pronto os habéis levantado para ver a vuestro hijo tan pronto caído.

MONTESCO - Ah, Alteza, mi esposa murió anoche: el destierro de mi hijo la mató de pena. ¿Qué otro dolor amenaza mi vejez?

PRINCIPE - Mirad y veréis.

MONTESCO - ¡Qué desatención! ¿Quién te habrá enseñado a ir a la tumba delante de tu padre?

PRINCIPE - Cerrad la boca del lamento hasta que podamos aclarar todas las dudas y sepamos su origen, su fuente y su curso. Entonces seré yo el guía de vuestras penas y os acompañaré, si cabe, hasta la muerte. Mientras, dominaos; que la desgracia ceda a la paciencia. Traed a los sospechosos.

FRAY LORENZO - Yo soy el que más; el menos capaz y el más sospechoso pues la hora y el sitio me acusan de este horrendo crimen. Y aquí estoy para inculparme y exculparme, condenado y absuelto por mí mismo.

PRINCIPE - Entonces decid ya lo que sabéis.

FRAY LORENZO - Seré breve, pues la vida que me queda no es muy larga para la premiosidad. Romeo, ahí muerto, era esposo de Julieta y ella, ahí muerta, fiel esposa de Romeo: yo los casé. El día del secreto matrimonio fue el postrer día de Tebaldo, cuya muerte intempestiva desterró al recién casado. Por él, no por Tebaldo, lloraba Julieta. Vos, por apagar ese acceso de dolor, queríais casarla con el Conde Paris a la fuerza. Entonces vino a verme y, desquiciada, me pidió algún remedio que la librase del segundo matrimonio, pues, si no, se mataría en mi celda. Yo, entonces, instruido por mi ciencia, le entregué un narcótico, que produjo el efecto deseado, pues le dio el aspecto de una muerta. Mientras, a Romeo le pedí por carta que viniera esta noche y me ayudase a sacarla de su tumba temporal, por ser la hora en que el efecto cesaría. Más Fray Juan, el portador de la carta, se retrasó por accidente y hasta anoche no me la devolvió. Entonces, yo solo, a la hora en que Julieta debía despertar, vine a sacarla de este panteón, pensando en tenerla escondida en mi celda hasta poder dar aviso a Romeo. Pero al llegar, unos minutos antes de que ella despertara, vi que yacían muertos el noble Paris y el fiel Romeo. Cuando despertó, le pedí que saliera y aceptase la divina voluntad, pero entonces un ruido me hizo huir y ella, en su desesperación, no quiso venir y, por lo visto, se dio muerte. Esto es lo que sé; el ama es conoedora de este matrimonio. Si algún daño se ha inferido por mi culpa, que mi vida sea sacrificada, aunque sea poco antes de su hora, con todo el rigor de nuestra ley.

PRINCIPE - Siempre os he tenido por hombre venerable. ¿Y el criado de Romeo? ¿Qué dice a esto?

BALTASAR - A mi amo hice saber la muerte de Julieta, y desde Mantua él vino a toda prisa a este lugar, a este panteón. Me dijo que entregase esta carta a su padre sin demora y, al entrar en la tumba, me amenazó de muerte si no me iba y le dejaba solo.

PRINCIPE - Dame la carta; la leeré. ¿Dónde está el paje del conde que avisó a la guardia? Dime, ¿qué hacía tu amo en este sitio?

PAJE - Quería cubrir de flores la tumba de su amada. Me pidió que me alejase; así lo hice. Al punto llegó alguien con antorcha dispuesto a abrir la tumba. Mi amo le atacó y yo corrí a llamar a la guardia.

PRINCIPE - La carta confirma las palabras del fraile, el curso de este amor, la noticia de la muerte; y aquí dice que compró a un humilde boticario un veneno con el cual vino a morir y yacer con Julieta. ¿Dónde están los enemigos, Capuleto y Montesco? Ved el castigo a vuestro odio: el cielo halla medios de matar vuestra dicha con el amor, y yo, cerrando los ojos a vuestras discordias, pierdo dos parientes. Todos estamos castigados.

CAPULETO - Hermano Montesco, dame la mano: sea tu aportación a este matrimonio, que no puedo pedir más.

MONTESCO - Pero yo sí puedo darte más: haré a Julieta una estatua de oro y, mientras Verona lleve su nombre, no habrá efigie que tan gran estima vea como la de la constante y fiel Julieta.

CAPULETO - Tan regio yacerá Romeo a su lado. ¡Pobres víctimas de padres enfrentados!

PRINCIPE - Una paz sombría nos trae la mañana: no muestra su rostro el sol dolorido. Salid y hablaremos de nuestras desgracias. Perdón verán unos; otros, el castigo, pues nunca hubo historia de más desconsuelo que la que vivieron Julieta y Romeo. (*Salen todos*)

OTELO

WILLIAM SHAKESPEARE

DRAMATIS PERSONAE

OTELO,	el moro general al servicio de Venecia
BRABANCIO,	padre de Desdémona senador de Venecia
CASIO,	honrado teniente de Otelo
YAGO,	un malvado alférez de Otelo
RODRIGO,	un caballero engañado
EI DUX	de Venecia
SENADORES	de Venecia
MONTANO,	gobernador de Chipre
CABALLEROS	de Chipre
LUDOVICO	noble veneciano pariente de Brabanciol
GRACIANO	noble veneciano hermano de Brabancio]
MARINEROS	
EI GRACIOSO	criado de Otelo
DESDÉMONA,	esposa de Otelo e hija de Brabancio
EMILIA,	esposa de Yago
BIANCA,	cortesana amante de Casio
[Mensajeros, guardias, heraldo, caballeros, músicos y acompañamiento]	

LA TRAGEDIA DE OTELO

EL MORO DE VENECIA

(Entran Rodrigo y Yago)

RODRIGO - ¡Calla, no sigas! Me disgusta muchísimo que tú, Yago, que manejas mi bolsa como si fuera tuya, no me lo hayas dicho.

YAGO - Voto a Dios, ¡si no me escuchas! Aborréceme si yo he soñado nada semejante.

RODRIGO - Me decías que le odiabas.

YAGO - Despréciame si es falso. Tres magnates de Venecia se descubren ante él y le piden que me nombre su teniente; y te juro que menos no merezco, que yo sé lo que valgo. Más él, enamorado de su propia majestad y de su verbo, los evade con rodeos ampulosos hinchados de términos marciales y acaba denegándoles la súplica. Les dice: «Ya he nombrado a mi oficial». ¿Y quién es el elegido? Pardiez, todo un matemático un tal Miguel Casio, un florentino casi condenado a mujercita, que jamás puso una escuadra sobre el campo ni sabe disponer un batallón mejor que una hilandera... si no es con teoría libresca, de la cual también saben hablar los cónsules togados. Mera plática sin práctica es toda su milicia. Mas le ha dado el puesto, y a mí, a quien ha visto dar pruebas en Rodas, en Chipre y en tierras cristianas y paganas, me deja a la sombra y a la zaga del debe y el haber. Y este sacacuentas es, en buena hora, su teniente, y yo, vaya por Dios, el alférez de Su Morería

RODRIGO - ¡El colmo! Yo antes sería su verdugo.

YAGO - Pues ya lo ves. Son los gajes del soldado: los ascensos se rigen por el libro y el afecto, no según antigüedad, por la cual el segundo siempre sucede al primero. Conque juzga si tengo algún motivo para estar a bien con el moro.

RODRIGO - Yo no le serviría.

YAGO - Pierde cuidado. Le sirvo para servirme de él. Ni todos podemos ser amos, ni a todos los amos podemos fielmente servir. Ahí tienes al criado humilde y reverente, prendado de su propio servilismo, que, como el burro de la casa, sólo vive para el pienso; y de viejo, lo licencian. ¡Que lo cuelguen por honrado! Otros, revestidos de aparente sumisión, por dentro sólo cuidan de sí mismos y, dando muestras de servicio a sus señores, medran a su costa; hecha su jugada, se

sirven a sí mismos. En éstos sí que hay alma y yo me cuento entre ellos. Pues, tan verdad como que tú eres Rodrigo, si yo fuera el moro, no habría ningún Yago. Sirviéndole a él, me sirvo a mí mismo. Dios sabe que no actúo por afecto ni obediencia sino que aparento por mi propio interés. Pues el día en que mis actos manifiesten la índole y verdad de mi ánimo en exterior correspondencia, ya verás qué pronto llevo el corazón en la mano para que piquen los bobos. Yo no soy el que soy

RODRIGO - Si todo le sale bien, ¡vaya suerte la del Morros!

YAGO - Llama al padre. Al moro despiértalo, acósalo, envenena su placer, denúncialo en las calles, ponlo a mal con los parientes de ella, y, si vive en un mundo delicioso, inféstalo de moscas; si grande es su dicha, inventa ocasiones de amargársela y dejarla deslucida.

RODRIGO - Aquí vive el padre. Voy a dar voces.

YAGO - Tú grita en un tono de miedo y horror, como cuando, en el descuido de la noche, estalla un incendio en ciudad populosa.

RODRIGO - ¡Eh, Brabancio! ¡*Signor* Brabancio, eh!

YAGO - ¡Despertad! ¡Eh, Brabancio! ¡Ladrones, ladrones! ¡Cuidad de vuestra casa, vuestra hija y vuestras bolsas! ¡Ladrones, ladrones!

(Brabancio se asoma a una ventana)

BRABANCIO - ¿A qué se deben esos gritos de espanto? ¿Qué os trae aquí?

RODRIGO - Señor, ¿vuestra familia está en casa?

YAGO - ¿Y las puertas bien cerradas?

BRABANCIO - ¿Por qué lo preguntáis?

YAGO - ¡Demonios, señor, que os roban! ¡Vamos, vestíos! ¡El corazón se os ha roto, se os ha partido el almal Ahora, ahora, ahora mismo un viejo carnero negro está montando a vuestra blanca ovejita. ¡Arriba! Despertad con las campanas a los que duermen y roncan, si no queréis que el diablo os haga abuelo. ¡Vamos, arriba!

BRABANCIO - ¡Cómo! ¿Habéis perdido el juicio?

RODRIGO - Honorable señor, ¿me conocéis por la voz?

BRABANCIO - No. ¿Quién sois?

RODRIGO - Me llamo Rodrigo.

BRABANCIO - ¡Mal hallado seas! Te he prohibido que rondes mi casa; te he dicho con toda claridad que para ti no es mi hija, y ahora, frenético, lleno de comida y bebidas embriagantes, vienes de malévolo alboroto turbando mi reposo.

RODRIGO - Pero, señor...

BRABANCIO - No te quepa duda de que mi ánimo y mi puesto tienen fuerza para hacerte pagar esto.

RODRIGO - Calmaos, señor.

BRABANCIO - ¿Qué me cuentas de robos? Estamos en Venecia; yo no vivo en el campo.

RODRIGO - Muy respetable Brabancio, acudo a vos con lealtad y buena fe.

YAGO - ¡Voto al cielo! Sois de los que no sirven a Dios porque lo manda el diablo. Venimos a ayudaros y nos tratáis como salvajes. ¿Queréis que a vuestra hija la cubra un caballo bereber y vuestros nietos os relinchen? ¿Queréis tener jacos y rocines en lugar de allegados y parientes?

BRABANCIO - ¿Y quién eres tú, desvergonzado?

YAGO - Uno que viene a deciros que vuestra hija y el moro están jugando a la bestia de dos espaldas.

BRABANCIO - ¡Miserable!

YAGO - Y vos, senador.

BRABANCIO - Rodrigo, de esto me responderás.

RODRIGO - Y de cualquier cosa, señor. Mas atendedme si por vuestro deseo y sabia decisión, como en parte lo parece, vuestra bella hija, a esta hora soñolienta de la noche, no es llevada, sin otra custodia que la de un gondolero de alquiler, a los brazos groseros de un moro sensual... Si todo esto lo sabéis y autorizáis, llamadnos con razón atrevidos e insolentes. Si no, faltáis a las buenas costumbres con vuestra injusta condena. No penséis que, adverso a las normas de cortesanía, he venido a burlarme de Vuestra Excelencia. Lo repito: vuestra hija, si no le disteis permiso, se rebela contra vos entregando belleza, obediencia,

razón y ventura a un extranjero errátil y sin patria. Comprobadlo vos mismo: si está en su aposento o en la casa, caiga sobre mí toda la justicia por haberos engañado.

BRABANCIO - ¡Encended luces! ¡Traedme una vela! ¡Despertad a toda mi gente! He soñado una desgracia como ésta y me angustia pensar que es real. ¡Luces! ¡Luces!

YAGO - Adiós, te dejo. En mi puesto no es prudente ni oportuno ser llamado a declarar contra el moro y, si me quedo, habré de hacerlo. Sé que el Estado, aunque por esto le lea la cartilla, no puede despedirle: le han confiado con muy clara razón la guerra de Chipre, que ya es inminente, pues, si quieren salvarse, de su calibre no tienen a nadie capaz de llevarla. Por todo lo cual, aunque le odio como a las penas del infierno, las necesidades del momento me obligan a mostrar la enseña y bandera del afecto, que no es sino apariencia. Si quieres encontrarle, lleva la cuadrilla al *Sagitario*, que allí estaré con él. Adiós. (*Sale*)

(Entran Brabancio y criados con antorchas)

BRABANCIO - La desgracia era cierta. No está, y el resto de mi vida miserable será una amargura. Dime, Rodrigo, ¿dónde la has visto? ¡Ah, desdichada! ¿Dices que con el moro? ¡Ser padre para esto! ¿Cómo sabes que era ella? ¡Quién lo iba a pensar! ¿Qué te dijo? ¡Más luces! ¡Despertad a toda mi familia! ¿Y crees que se han casado?

RODRIGO - Yo creo que sí.

BRABANCIO - ¡Santo Dios! ¿Cómo salió? ¡Ah, sangre traidora! Padres, desde ahora no os fiéis del corazón de vuestras hijas por meras apariencias. ¿No hay encantamientos que puedan corromper a muchachas inocentes? Rodrigo, ¿tú has leído algo de esto?

RODRIGO - Sí, señor, lo he leído.

BRABANCIO - ¡Despertad a mi hermano! ¡Ojalá fuera tuya! Unos por un lado, otros por otro. ¿Sabes dónde podemos capturarla con el moro?

RODRIGO - A él creo que puedo hallarle, si os hacéis con una buena escolta y me seguís.

BRABANCIO - Pues abre la marcha. Llamaré en todas las casas; me darán ayuda en muchas. ¡Armas! ¡Y traed a la guardia nocturna! Vamos, buen Rodrigo; serás recompensado. (*Salen*)

(Entran Otelo, Yago y criados con antorchas)

YAGO - Aunque he matado hombres en la guerra, por principio de conciencia no puedo matar con premeditación. Hay momentos en que me estorban los escrúpulos. No sé cuántas veces me han venido ganas de hincárselo aquí, bajo el costillar.

OTELO - Más vale que no.

YAGO - Sí, pero él parloteaba y decía palabras tan groseras e insultantes contra vos que mi propia caridad apenas me servía para sufrirlo. Mas decidme, señor, ¿estáis ya casado? Tened por cierto que el senador es muy estimado, y la fuerza de su voto puede doblar a la del Dux. Si no os descasa, os impondrá cortapisas y castigos con todo el campo libre que la ley pueda dejar a un hombre de su mando.

OTELO - Que haga lo imposible. Mis servicios a la Serenísima acallarán sus protestas. Se ignora y pienso proclamarlo cuando sepa que la jactancia es virtud que soy de regia cuna y que mis méritos están a la par de la espléndida fortuna que he alcanzado. Te aseguro, Yago, que, si yo no quisiera a la noble Desdémona, no expondría mi libre y exenta condición a reclusiones ni límites por todos los tesoros de la mar. ¿Qué luces son éstas?

YAGO - Es el padre con sus hombres. Más vale que entréis.

OTELO - No. Que me encuentren. Mis prendas, mi rango y la paz de mi conciencia darán fe de mi persona. ¿Son ellos?

YAGO - Por Jano, creo que no.

(Entran Casio y guardias con antorchas)

OTELO - ¡Servidores del Dux y mi teniente! La noche os sea propicia, amigos. ¿Alguna novedad?

CASIO - El Dux os saluda, general, y requiere vuestra pronta presencia; inmediata si es posible.

OTELO - ¿Conocéis el motivo?

CASIO - Parece ser que noticias de Chipre. Algo apremiante: esta noche las galeras enviaron a doce mensajeros, uno tras otro, todos muy seguidos, y los cónsules ya están levantados y reunidos con el Dux. Os han convocado

urgentemente. Al no haberos hallado en vuestra casa, el Senado envió en vuestra busca a tres cuadrillas.

OTELO - Mejor si me habéis hallado vos. He de hablar con alguien en la casa e iré con vos sin más demora. (*Sale*)

CASIO - Alférez, ¿qué hace él aquí?

YAGO - Es que tomó al abordaje una nave de tierra; si la presa es legal, ¡menuda fortuna!

CASIO - No entiendo.

YAGO - Se ha casado.

CASIO - ¿Con quién?

(*Entra Otelo*)

YAGO - Pues con.. - ¿Vamos, general?

OTELO - Vamos.

CASIO - Aquí viene otro grupo en vuestra busca.

(*Entran Brabancio, Rodrigo y guardias con antorchas y armas*)

YAGO - Es Brabancio. En guardia, general, que viene con malas intenciones.

OTELO - ¡Alto!

RODRIGO - Señor, es el moro.

BRABANCIO - ¡Ladrón! ¡Abajo con él!

YAGO - ¿Tú, Rodrigo? Vamos, aquí me tienes.

OTELO - Envainad las espadas brillantes, que el rocío va a oxidarlas - Señor, dominaréis mucho más con la edad que con las armas.

BRABANCIO - Infame ladrón, ¿dónde tienes a mi hija? Estabas condenado y tenías que embrujarla. Lo someto al dictamen de los cuerdos: si no la encadena la magia, no se entiende que muchacha tan dulce, gentil y dichosa, tan adversa al matrimonio que rehusó a nuestros favoritos más ricos y galanos, se exponga a la

pública irrisión, abandonando su tutela para caer en el pecho tiznado de un ser como tú que asusta y repugna. Que el mundo me juzgue si no es manifiesto que lanzaste contra ella tus viles hechizos, corrompiendo su tierna juventud con pócimas y filtros que embotan los sentidos. Haré que lo examinen: se puede probar, es verosímil. Así que te detengo por ser un corruptor, un oficiante de artes clandestinas y proscritas. ¡Prendedle! Si se resiste, reducidle por la fuerza.

OTELO - ¡Quietos todos, los de mi bando y los demás! Si mi papel me exigiese pelear, no habría necesitado apuntador. ¿Dónde queréis que responda a vuestros cargos?

BRABANCIO - En la cárcel, hasta que seas llamado cuando lo disponga la ley y la justicia.

OTELO - Y, si obedezco, ¿cómo voy a complacer al Dux, que me ha hecho llamar por medio de estos mensajeros para un asunto perentorio del Estado?

GUARDIA - Es cierto, Excelencia. El Dux convocó al consejo, y me consta que os mandó llamar.

BRABANCIO - ¡Cómo! ¿Que convocó al consejo? ¿A estas horas de la noche? -Llévadle allá. Mi asunto no es vano. El Dux mismo y cualquiera de los otros senadores sentirán este ultraje como suyo. Si actos semejantes tienen paso franco, pronto mandarán los infieles y esclavos. (*Salen*)

(El Dux y los *Senadores sentados alrededor de una mesa; antorchas y guardias*)

DUX - Las noticias no concuerdan y no podemos darles crédito.

SENADOR 1 - Son contradictorias. Mi carta dice ciento siete galeras.

DUX - La mía, ciento cuarenta.

SENADOR 2 - Y la mía, doscientas. Sin embargo, aunque no haya coincidencia de número pues en casos de cálculo suele haber diferencias, todas ellas hablan de una escuadra turca con rumbo a Chipre.

DUX - Sí, bien mirado es muy posible. Las diferencias no me tranquilizan y lo esencial me parece preocupante.

MARINERO – (*Desde dentro*) ¡Eh-eh! ¡Eh-eh! ¡Eh-eh! (*Entra*)

GUARDIA - Mensajero procedente de las naves.

DUX - ¿Hay noticias?

MARINERO - La escuadra turca se dirige a Rodas. Tal es el mensaje que me dio para el Senado el *signor* Angelo.

DUX - ¿Qué opináis de este cambio?

SENADOR 1 - No es posible; carece de sentido. Es un señuelo para burlar nuestra atención. Consideremos la importancia de Chipre para el turco y entendamos que le importa más que Rodas, pues el turco puede conquistarla en fácil combate: ni está en condiciones de luchar, ni tiene las defensas que protegen a Rodas. Reparando en todo esto no vayamos a pensar que el turco sea tan torpe que aplase hasta el final lo que desea al principio, abandonando una conquista realizable y ventajosa por el riesgo de un ataque sin provecho.

DUX - No, seguro que a Rodas no van.

GUARDIA - Aquí hay más noticias.

(Entra un Mensajero)

MENSAJERO - Ilustres y honorables señores, la escuadra turca que navegaba hacia Rodas se ha unido a otra escuadra.

SENADOR 1 - Me lo temía. ¿Cuántas naves hay?

MENSAJERO - Unas treinta, pero ahora han invertido el rumbo, y abiertamente se dirigen hacia Chipre. El *signor* Montano, vuestro fiel y valiente servidor, os comunica solícitamente la noticia y os ruega que le deis crédito.

DUX - A Chipre, no hay duda. ¿Está en la ciudad Marcos Luccicos?

SENADOR 1 - Está en Florencia.

DUX - Escribidle de mi parte, y que venga a toda prisa.

SENADOR 1 - Aquí vienen Brabancio y el valiente moro.

(Entran Brabancio, Otelo, Casio, Yago, Rodrigo y guardias)

DUX - Valiente Otelo, debéis disponer de inmediato a luchar contra nuestro enemigo el otomano. *(A Brabancio)* No os había visto. Bienvenido, señor. Echaba de menos vuestro consejo y apoyo.

BRABANCIO - Y yo el vuestro. Alteza, perdonadme: no me he levantado por mi cargo ni por ninguna ocupación, y no es el bien común lo que me inquieta, pues mi dolor personal es tan desbordante y tan violento que absorbe y devora otros pesares y, sin embargo, sigue igual.

DUX - Pues, ¿qué ocurre?

BRABANCIO - ¡Mi hija! ¡Ay, mi hija!

SENADORES - ¿Ha muerto?

BRABANCIO - Para mí, sí. La han seducido, raptado y corrompido con hechizos y pócimas de charlatán, pues sin brujería la naturaleza, que no es torpe, ciega, ni insensata, no podría torcerse de modo tan absurdo.

DUX - Quienquiera que por medios tan infames haya hecho que se pierda vuestra hija y que vos la hayáis perdido, será reo de la pena más grave que vos mismo leáis en el libro inexorable de la ley, aunque fuera hijo mío el acusado.

BRABANCIO - Con humildad os lo agradezco. Éste es el culpable, este moro, a quien al parecer, habéis hecho venir expresamente por asuntos de Estado.

TODOS LOS SENADORES - Es muy lamentable.

DUX – (A *Otelo*) Y, por vuestra parte, ¿qué decís a esto?

BRABANCIO - Nada que pueda desmentirlo.

OTELLO - Muy graves, poderosas y honorables Señorías, mis nobles y estimados superiores: es verdad que me he llevado a la hija de este anciano, y verdad que ya es mi esposa. Tal es la envergadura de mi ofensa; más no alcanza. Soy tosco de palabra y no me adorna la elocuencia de la paz, pues, desde mi vigor de siete años hasta hace nueve lunas, estos brazos prestaron sus mayores servicios en campaña, y lo poco que sé del ancho mundo concierne a gestas de armas y combates; así que mal podría engalanar mi causa si yo la defendiese. Más, con vuestra venia, referiré, llanamente y sin ornato, la historia de mi amor: con qué pócimas, hechizos, encantamientos o magia poderosa pues de tales acciones se me acusa a su hija he conquistado.

BRABANCIO - Una muchacha comedida, de espíritu tan plácido y sereno que sus propios impulsos la turbaban, ¿cómo puede negar naturaleza, edad, cuna, honra, todo, y enamorarse de un semblante que temía? Sólo un juicio enfermo e imperfecto admitiría que semejante imperfección obrara así contra las leyes naturales; luego hay que buscar la causa del error en las artes del diablo. Por

tanto, afirmo una vez más que él ha actuado sobre ella con brebajes que excitan el deseo o filtros embrujados a propósito.

DUX - Afirmar nada demuestra, si no aportáis pruebas más sólidas y claras que los débiles indicios y ropajes de las simples apariencias.

SENADOR 1 - Hablad, Otelo. ¿Habéis subyugado y corrompido el sentimiento de su hija con astucia o por la fuerza? ¿O han sido los ruegos y palabras gentiles, de corazón a corazón?

OTELO - Os lo suplico, que vaya alguno al *Sagitario* a recoger a la dama, y que ella hable de mí ante su padre. Si me acusara en su relato, privadme de cargo y confianza, y sentenciad mi propia vida.

DUX - Traed a Desdémona.

OTELO - Alférez, guíalos. Tú conoces el lugar. (*Salen Yago y dos o tres guardias*) Mientras tanto, con la misma verdad con que al cielo confieso mis pecados, expondré a vuestros graves oídos la manera como alcancé el amor de esta bella dama y ella el mío.

DUX - Contadla, Otelo.

OTELO - Su padre me quería, y me invitaba, curioso por saber la historia de mi vida año por año; las batallas, asedios y accidentes que he pasado. Yo se la conté, desde mi infancia hasta el momento en que quiso conocerla. Le hablé de grandes infortunios, de lances peligrosos en mares y en campaña; de cómo en la brecha amenazante logré salvarme de milagro; de cómo me apresó el orgulloso enemigo y me vendió como esclavo; de mi rescate y el curso de mi vida de viajero: entonces pude hablarle de anchas grutas y áridos desiertos, riscos, peñas y montañas cuyas cimas tocan cielo; de los caníbales que se comen entre sí, los antropófagos, y seres con la cara por debajo de los hombros Desdémona ponía toda su atención, pero la reclamaban los quehaceres de la casa; ella los cumplía presurosa y, con ávidos oídos, volvía para sorber mis palabras. Yo lo advertí, busqué ocasión propicia y hallé el modo de sacarle un ruego muy sentido: que yo le refiriese por extenso mi vida azarosa, que no había podido oír entera y de continuo. Accedí, y a veces le arranqué más de una lágrima hablándole de alguna desventura que sufrió mi juventud. Contada ya la historia, me pagó con un mundo de suspiros: juró que era admirable y portentosa, y que era muy conmovedora; que ojala no la hubiera oído, más que ojala Dios la hubiera hecho un hombre como yo. Me dio las gracias y me dijo que si algún amigo mío la quería, le enseñase a contar mi historia, que con eso podía enamorarla. A esta sugerencia respondí que, si ella me quería por mis peligros, yo a ella la quería por su lástima. Esta ha sido mi sola brujería. Aquí llega la dama; que ella lo atestigüe.

(Entran Desdémona, Yago y acompañamiento)

DUX - Esa historia también conquistaría a mi hija - Buen Brabancio, tomad el lado bueno de lo malo. Más vale tener las armas rotas que las manos vacías.

BRABANCIO - Escuchadla, os lo suplico. Si confiesa que ella también le cortejó, caiga sobre mí la maldición por acusar a este hombre - Ven, gentil dama. ¿A quién de esta noble asamblea debes mayor obediencia?

DESDÉMONA - Noble padre, mi obediencia se halla dividida. A vos debo mi vida y mi crianza, y vida y crianza me han enseñado a respetaros. Sois señor de la obediencia que os debía como hija. Más aquí está mi esposo, y afirmo que debo a Otelo mi señor el mismo acatamiento que mi madre os tributó al preferiros a su padre.

BRABANCIO - ¡Queda con Dios! He terminado - Y ahora, con la venia, a los asuntos de Estado: mejor adoptar hijos que engendrarlos - Ven aquí, moro: de todo corazón te doy lo que, si no tuvieras ya, de todo corazón te negaría. En cuanto a ti, mi alma, me alegra no tener más hijos, pues tu fuga me enseñaría a ser tirano y sujetarlos con cadenas - He dicho, señor.

DUX - Dejad que hable por vos y emita un juicio que, cual peldaño, permita a estos amantes ascender en vuestra estima: No habiendo remedio, las penas acaban al vernos ya libres de todas las ansias. Llorar la desdicha que no tiene cura agrava sin falta la mala fortuna. Si quiso el destino que algo perudieses, quedar resignado el golpe devuelve. Si al robo sonrías, robas al ladrón: te robas si lloras un vano dolor.

BRABANCIO - Dejad que los turcos sin Chipre nos dejen: mientras sonriamos, ya nada se pierde. Acoge ese juicio quien sólo se lleva el grato consejo que se le dispensa; mas lleva ese juicio y también el dolor quien ha de añadirle la resignación. Pues estas sentencias, al ser tantas veces dulces como amargas, son ambivalentes. Sólo son palabras, y nunca se oyó que por el oído sane el corazón. Os lo ruego, tratemos los asuntos de Estado.

DUX - Los turcos se dirigen a Chipre con una escuadra potente. Otelo, conocéis muy bien la fuerza del lugar; y, aunque tenemos allá un delegado de probada competencia, la opinión, esa gran reguladora de los hechos, estima que sois el más seguro. Habréis de aveniros a empañar vuestra nueva fortuna en empresa tan áspera y violenta.

OTELO - Ilustres senadores, la tirana costumbre ha cambiado mi cama guerrera de piedra y acero en lecho de finísimo plumón. Declaro una viva y natural prontitud para toda aspereza y asumo esta guerra contra el otomano. Por tanto,

solicito, con humilde inclinación ante el Senado, disposiciones adecuadas a mi esposa y asignación de fondos, aposento y servicio y compañía propios de su cuna y condición.

DUX - Si os parece, la casa de su padre.

BRABANCIO - No lo permitiré.

OTELO - Ni yo.

DESDÉMONA - Tampoco quiero yo vivir con él si mi presencia encona su ánimo - Clementísimo Dux, prestad benigna atención a mis palabras y dad consentimiento a lo que os pide mi ignorancia.

DUX - ¿Qué deseáis, Desdémona?

DESDÉMONA - Que quiero a Otelo y con él quiero vivir mi osadía y riesgos de fortuna al mundo lo proclaman. Me rendí a la condición de mi señor. He visto el rostro de Otelo en su alma, y a sus honores y virtudes marciales consagré mi ser y mi suerte. Queridos señores, si me quedo en la holganza de la paz y él se va a la guerra, seré privada de los ritos amorosos y en su ausencia habré de soportar un intervalo de tristeza. Dejadme ir con él.

OTELO - Dad consentimiento. Pongo al cielo por testigo de que no lo demando por saciar el paladar de mi apetito, ni entregarme a pasiones juveniles a que tengo derecho libremente, sino por complacerla en sus deseos. Y no penséis no lo quiera el cielo que voy a descuidar vuestra magna empresa cuando ella esté conmigo. No: si las niñerías del alado Cupido ciegan de placer mis órganos activos y mentales y el deleite corrompe y empaña mi deber, ¡que mi yelmo se vuelva una cazuela y todas las vilezas y ruindades se armen contra mi dignidad!

DUX - Sea lo que ambos decidáis: puede irse o quedarse. Mas la situación es apremiante y exige urgencia.

SENADOR 1 – (A *Otelo*) Saldréis esta noche.

DESDÉMONA - ¿Esta noche?

DUX - Esta noche.

OTELO - Con toda el alma.

DUX - A las nueve volvemos a reunirnos. Otelo, dejad aquí un encargado: él os llevará nuestras órdenes y todo lo esencial y pertinente que os competa.

OTELO - Mi alférez, si complace a Vuestra Alteza: es hombre de bien y de plena confianza. La conducción de mi esposa le encomiendo y cuanto Vuestra Alteza estime necesario remitirme.

DUX - Así sea. Buenas noches a todos. (*A Brabancio*) Mi noble señor, si clara es la virtud, vuestro yerno no puede ser más blanco, siendo negro.

SENADOR 1 - Adiós, valiente Otelo; portaos bien con ella.

BRABANCIO - Con ella, moro, siempre vigilante: si a su padre engañó, puede engañarte.

(*Salen el Dux, Brabancio, Casio Senadores y acompañamiento*).

OTELO - ¡Mi vida por su fidelidad! - Honrado Yago, he de confiarte a mi Desdémona. Te ruego que tu esposa la acompañe; luego llévalas en la mejor ocasión. Vamos, Desdémona, sólo nos queda una hora para amores, asuntos e instrucciones. El tiempo manda.

(*Salen Otelo y Desdémona*)

RODRIGO - ¡Yago!

YAGO - ¿Qué quieres tú, noble alma?

RODRIGO - ¿Qué crees que voy a hacer?

YAGO - Acostarte y dormir.

RODRIGO - Pues ahora mismo voy a ahogarme.

YAGO - Como hagas eso, ya no te querré. ¿Por qué, mi bobo caballero?

RODRIGO - De bobos es vivir si la vida es un suplicio, y morir significa prescripción si la muerte es nuestro médico.

YAGO - ¡Ah, desdichado! Hace cuatro veces siete años que veo este mundo, y desde que supe distinguir entre daño y beneficio, aún no he conocido a quien sepa amarse a sí mismo. Antes de pensar en ahogarme por el amor de una zorra, preferiría convertirme en mico.

RODRIGO - ¿Y qué puedo hacer? Me avergüenza enamorarme como un tonto, mas no tengo la virtud de remediarlo.

YAGO - ¿Virtud? ¡Una higa! Ser de tal o cual manera depende de nosotros. Nuestro cuerpo es un jardín y nuestra voluntad, la jardinera. Ya sea plantando ortigas o sembrando lechugas, plantando hisopo y arrancando tomillo, llenándolo de una especie de hierba o de muchas distintas, dejándolo yermo por desidia o cultivándolo con celo, el poder y autoridad para cambiarlo está en la voluntad. Si en la balanza de la vida la razón no equilibrase nuestra sensualidad, el ardor y la bajeza de nuestros instintos nos llevarían a extremos aberrantes. Mas la razón enfría impulsos violentos, apetitos carnales, pasiones sin freno. Por eso, lo que tú llamas amor, a mí no me parece más que un brote o un vástago.

RODRIGO - No es posible.

YAGO - Simplemente ardor de la sangre y concesión de la voluntad. Vamos, sé hombre. ¿Ahogarte? Ahoga gatos y cachorros ciegos. Te he asegurado mi amistad y me declaro ligado a tus méritos con cuerdas de perenne firmeza. Nunca como ahora podría serte útil. Tú mete dinero en tu bolsa, vente a la guerra, cámbiate esa cara con una barba postiza. Repito: mete dinero en tu bolsa. Verás cómo Desdémona no sigue queriendo al moro mucho tiempo - mete dinero en tu bolsa - ni él a ella. Tuvo un principio violento y tendrá pareja conclusión - mete dinero en tu bolsa. Estos moros son muy veleidosos - mete dinero en tu bolsa. La comida que ahora le sabe más deleitosa que la fruta pronto le sabrá más amarga que el acíbar. Ella querrá otro más joven: cuando se haya saciado con su cuerpo, se dará cuenta de su error. Conque mete dinero en tu bolsa. Y si a la fuerza quieres condenarte, no te ahogues: busca una manera más suave. Junta todo el dinero que puedas. Si mi ingenio y toda la caterva del diablo no pueden más que la santidad de un frágil juramento entre un bárbaro errabundo y una veneciana archiexquisita, tú la gozarás; conque junta dinero. Y nada de ahogarte; está fuera de lugar. Antes ahorcado por lograr tu gusto que ahogado sin gozarla.

RODRIGO - ¿Apoyarás mis deseos si confío en el resultado?

YAGO - Cuenta conmigo. Tú junta dinero. Te lo he dicho y te lo diré una y mil veces: odio al moro. Lo llevo muy dentro, y a ti razones no te faltan. Unámonos en la venganza. Si le pones los cuernos, tú te das el gusto y a mí me das la fiesta. El vientre del tiempo guarda muchos sucesos que pronto verán la luz. ¡En marcha! Anda, búscate dinero. Mañana seguimos hablando. Adiós.

RODRIGO - ¿Dónde nos vemos mañana?

YAGO - En mi casa.

RODRIGO - Iré temprano.

YAGO - Bueno, adiós. Oye, Rodrigo.

RODRIGO - ¿Qué quieres?

YAGO - Nada de ahogarte, ¿eh?

RODRIGO - Me has convencido.

YAGO - Bueno, adiós. Mete mucho dinero en tu bolsa.

RODRIGO - Venderé todas mis tierras. *(Sale)*

YAGO - Así es como el pagano me sirve de bolsa, pues deshonoraría todo mi saber pasando el tiempo con memo semejante sin placer ni provecho. Odio al moro, y dicen que en la cama me ha robado el sitio. No sé si es verdad, mas para mí una sospecha de este orden vale por un hecho. El me aprecia: mejor resultará el plan que le preparo. Casio es gallardo. A ver... Quitarle el puesto y coronar mi voluntad con doble trampa. A ver cómo... A ver... Después de un tiempo, susurrando a Otelo que Casio se toma confianzas con su esposa: presencia no le falta, ni modales; se presta a la sospecha, invita al adulterio. El moro es de carácter noble y franco; cree que es honrado todo aquel que lo parece y buenamente dejará que le lleven del hocico como a un burro. Ya está, lo concebí. La noche y el infierno asistirán al parto de mi engendro. *(Sale)*

(Entran Montano y dos Caballeros)

MONTANO - ¿Qué se divisa en la mar desde el cabo?

CABALLERO 1 - Nada, con tan fiero oleaje. Entre el cielo y el océano no distingo ningún barco.

MONTANO - En tierra el viento ha soplado muy recio; galerna tan ruda jamás sacudió las almenas. Si así se ha embravecido mar adentro, ¿qué cuadernas de roble podrán seguir juntas cuando las baten las aguas? ¿Qué puede ocurrir?

CABALLERO 2 - Que la escuadra otomana se disperse. Mirad desde la orilla espumeante: las olas se rompen y azotan las nubes; la mar encrespada, de gigantes melenas, parece lanzarse contra la Osa brillante y apagar las guardas de la Estrella Polar. Jamás vi tumulto semejante en una borrasca.

MONTANO - Si la escuadra turca no se halla protegida y resguardada, se hundirá. No pueden resistir.

(Entra un tercer Caballero)

CABALLERO 3 - ¡Noticias, amigos! El fin de la guerra. La fiera tormenta ha alcanzado de tal modo a los turcos que su plan ha fallado. Un regio navío de Venecia presencié el naufragio y la ruina del grueso de la flota.

MONTANO - ¿Qué? ¿Es verdad?

CABALLERO 3 - La nave, una veronesa, ya ha atracado. Miguel Casio, teniente del intrépido moro, ya está en tierra. Otelo aún navega y viene hacia Chipre con plenos poderes.

UONTANO - Me alegro. Es buen gobernador.

CABALLERO 3 - Pero a Casio, aunque le alivia la derrota de los turcos, le inquieta la suerte de Otelo y reza por él, pues quedaron separados por el fiero temporal.

MONTANO - Quiera Dios que se salve: estuve a sus órdenes, y en el mando es todo un soldado. Vamos al puerto, no sólo por ver la nave arribada, sino además por buscar en el horizonte al bravo Otelo, hasta que no distingamos entre cielo y océano.

CABALLERO 3 - Muy bien, vamos, pues cada minuto nos hace esperar una nueva llegada.

(Entra Casio)

CASIO - Os agradezco, valientes moradores de esta isla, que honréis a Otelo. El cielo le proteja de los elementos, pues yo le perdí en un mar peligroso.

MONTANO - ¿Es fuerte su nave?

CASIO - Muy bien construida, y el piloto, hábil y muy afamado, así que mi esperanza, que no sufre excesos, goza de salud.

VOCES - *(Desde dentro)* ¡Barco a la vista!

(Entra un Mensajero)

CASIO - ¿Qué voces son ésas?

MENSAJERO - La ciudad está desierta. La gente se agolpa en las rocas gritando: «¡Barco a la vista!».

CASIO - Mi esperanza apunta al gobernador.

(Cañonazo)

CABALLERO 2 - Una salva de cañón. Son amigos.

CASIO - Os lo ruego, señor. Id allá y averiguad quién ha llegado.

CABALLERO 2 - Al momento (*Sale*)

MONTANO - Decidme, teniente, ¿se ha casado el general?

CASIO - Con inmensa fortuna: logró una muchacha que excede alabanzas y fama hiperbólica, supera el floreo de la pluma elogiosa y, en pura belleza creada, fatiga el ingenio. (*Entra el segundo Caballero*) ¿Qué hay? ¿Quién llega?

CABALLERO 2 - Un tal Yago, alférez del general.

CASIO - Ha tenido pronta y feliz travesía. Tormentas, altas olas y vientos rugientes, rocas hendidas y bancos de arena, pérfidos escollos que atrapan la quilla inocente, cual dotados de un sentido de belleza, abandonan su fatal cometido y dejan indemne a la divina Desdémona.

MONTANO - ¿Quién es ella?

CASIO - La dama de que hablé, la capitana de nuestro gran capitán, encomendada al audaz Yago, cuya venida se adelanta una semana a nuestro cálculo. Gran Júpiter, guarda a Otelo e hincha sus velas con tu soplo potente, que alegre la bahía con su espléndida nave, palpíte de amor en los brazos de Desdémona, renueve nuestro ánimo abatido y traiga regocijo a todo Chipre. (*Entran Desdémona, Yago, Emilia y Rodrigo*) ¡Mirad! El tesoro de la nave ya está en tierra. ¡Hombres de Chipre, hincad las rodillas! ¡Salud, señora! ¡Que la gracia del cielo os siga, os preceda, os envuelva por entero!

DESDÉMONA - Gracias, valiente Casio. ¿Qué noticias tenéis de mi señor?

CASIO - Aún no ha llegado, aunque sé que está bien y que pronto le veremos.

DESDÉMONA - Sí, pero temo... ¿Cómo os separasteis?

CASIO - La gran lucha del cielo y el mar distanció nuestras naves.

VOCES – (*Desde dentro*) ¡Barco a la vista!

CASIO - ¡Escuchad! ¡Un barco!

(Cañonazo)

CABALLERO 2 - Una salva a la ciudadela. Éste también es amigo.

CASIO - Traedme noticias. (*Sale el Caballero*) Bienvenido, alférez. (*A Emilia*) Bienvenida, señora... No te enojas, mí buen Yago, porque extienda mi saludo: mi crianza me ha enseñado esta muestra de cortesía. (*Besa a Emilia*)

YAGO - Señor, si os dieran sus labios lo que a mí me regala su lengua, quedaríais hartos.

DESDÉMONA - Pero si no habla nada.

YAGO - Habla demasiado. Lo noto cuando tengo ganas de dormir. Aunque admito que, en vuestra presencia, se guarda la lengua muy bien y critica pensando.

EMILIA - Y tú hablas sin motivo.

YAGO - Vamos, vamos. Sois estatuas en la calle, cotorras en la casa, fieras en la cocina, santas al ofender, demonios si os ofenden, farsantes en las labores y laboriosas en la cama.

DESDÉMONA - ¡Calla tú, calumniador!

YAGO - Turco soy si no es verdad: jugáis levantadas, y en la cama, a trabajar.

EMILIA - A mí no me celebres con tus versos.

YAGO - Más vale que no.

DESDÉMONA - ¿Qué dirías de mí si me celebrases?

YAGO - Mi noble señora, no me obliguéis, que soy criticón o no soy nada.

DESDÉMONA - Vamos, inténtalo - ¿Han ido al puerto?

YAGO - Sí, señora.

DESDÉMONA - (*Aparte*) Alegre no estoy, mas el fingimiento distrae mi estado. Vamos, ¿cómo me celebrarías?

YAGO - Lo estoy pensando, pero mi creación saldrá de mi testa como el visco de la lana, arrancando los sesos y todo. Más de parto está mi musa, y aquí está el retoño: «La mujer que a la par es rubia y sabia maneja sabiamente su ventaja».

DESDÉMONA - ¡Vaya elogio! ¿Y la que es morena y lista?

YAGO - «La morena que es lista ve muy claro que si da con un rubio da en el blanco».

DESDÉMONA - De mal en peor.

EMILIA - ¿Y la que es guapa y tonta?

YAGO - «Nunca hubo guapa que fuera una tonta, que aun tonteando se ganan la boda».

DESDÉMONA - Ésos son despropósitos trillados que sólo hacen reír al necio en la taberna. ¿Qué triste alabanza le reservas a la que es fea y tonta?

YAGO - «La fea y tonta hace sus jugadas, como las hace la más bella y sabia».

DESDÉMONA - ¡Qué desatinos! A la peor, el mejor elogio. Más, ¿cómo elogiarías a la que de veras lo merece, a la mujer de méritos tan claros que la propia maldad habría de admitirlos?

YAGO - «Quien siempre fue bella, mas nunca orgullosa, con lengua a su antojo, mas nunca chillona; que, siendo pudiente, no iba recompuesta, ni hacía su gusto, aun cuando pudiera; que, llena de enojo y presta la venganza, contuvo su ira y dejó que pasara; cuya sensatez nunca prefirió el basto conejo al tierno pichón cuyo pensamiento jamás revelaba y a los pretendientes negó su mirada; ésta era capaz, si es que hubo tal hembra... »

DESDÉMONA - Capaz, ¿de qué?

YAGO - «... de criar idiotas y llevar las cuentas».

DESDÉMONA - ¡Qué final más pobre y endeble! No sigas su ejemplo, Emilia, aunque sea tu marido. Casio, ¿qué os parece? ¿A que sus dichos son deshonestos y profanos?

CASIO - Señora, él habla claro. Os gustará más como hombre de armas que de letras.

YAGO – (*Aparte*) La coge de la mano. Muy bien, musitad. Con tan poca tela atraparé a esa gran mosca de Casio. Anda, sonríele, vamos. Te encadenaré en tu cortesanía. Gran verdad, estáis en lo cierto. Si esas pamplinas te cuestan el puesto, teniente, más te habría valido no echarle tanto beso, como ahora vuelves a hacer, jugando al cortesano. Muy bien, buen beso, exquisita cortesía. Vaya que sí. ¿Otra vez besándote los dedos? ¡Ojala se te volvieran lavativas! (*Trompetas dentro*) ¡Es Otelo! Conozco su señal.

CASIO - Sí, es él.

DESDÉMONA - Vamos a recibirle.

CASIO - ¡Mirad, ahí viene!

(*Entran Otelo y acompañamiento*)

OTELO - ¡Mi bella guerrera!

DESDÉMONA - ¡Mi querido Otelo!

OTELO - Mi asombro es tan grande como mi alegría al verte aquí ya. Bien de mi alma, si a la tempestad sigue esta bonanza, ¡que soplen los vientos y despierten la muerte, y la nave agitada escale montañas de mar como el alto Olimpo y baje tan hondo como el infierno desde el cielo! Si ahora muriese, sería muy feliz, pues temo que mi gozo sea tan perfecto que no pueda alcanzar dicha semejante en lo por venir.

DESDÉMONA - Quiera el cielo que aumente nuestro amor y nuestro gozo con el paso de los días.

OTELO - ¡Así sea, benignos poderes! No puedo expresar mi contento; me corta la voz, es tanta alegría... (*Se besan*) Otro, y otro; sea ésta la mayor disonancia de nuestros corazones.

YAGO – (*Aparte*) ¡Qué bien entonados! Mas yo seré quien destemple esa música, honrado que es uno.

OTELO - Vamos al castillo - Noticias, amigos: terminó la guerra; los turcos se ahogaron. ¿Cómo están los viejos amigos de la isla? - Amor, verás lo bien que te acogen; yo siempre vi en Chipre cariño. Vida mía, hablo sin orden y desvarío de felicidad - Anda, buen Yago, ve al puerto y que descarguen mis cofres. Trae al capitán a la ciudadela; es un buen marino y digno de toda atención - Vamos, Desdémona. ¡Qué dicha encontrarte aquí en Chipre!

(Salen todos menos Yago y Rodrigo)

YAGO – (A un criado que sale) Nos vemos luego en el puerto. (A Rodrigo) Ven acá. Si eres hombre, pues dicen que el plebeyo tiene más nobleza cuando está enamorado, escúchame. Esta noche el teniente vigila en el puesto de guardia. Primero oye bien: Desdémona está enamorada de él.

RODRIGO - ¿De él? Imposible.

YAGO - Tú punto en boca y deja que te explique. Fíjate con qué ímpetu se prendó del moro, sólo porque se gloriaba y le contaba patrañas. ¿Va a estar siempre enamorada de su cháchara? No lo crea tu alma sensata. Su vista se alimenta. ¿Qué gusto va a darle mirar al diablo? Cuando el trato carnal embota el deseo, para volver a inflamarlo y renovar apetitos saciados hace falta una estampa gentil, concierto de edades, modales, belleza, de todo lo cual el moro anda escaso. Así que, por falta de tan esenciales condiciones, su exquisita finura se verá engañada, empezará a sentir náuseas, odiará y detestará al moro. Sus propias reacciones la guiarán y llevarán a elegir a otro. Pues bien, sentado todo esto, que es proposición natural y razonable, ¿quién sino Casio es el más inmediato en la escala de esta suerte, un granuja con labia, cuya conciencia no es más que una máscara de cortesía y respeto para satisfacer sus más ocultos instintos carnales? Nadie, nadie. Un granuja retorcido y astuto, buscador de ocasiones, capaz de acuñar y forjar coyunturas, aunque luego no se presente ninguna. Un granuja diabólico. Además, es apuesto, joven, y reúne todas las condiciones que busca el deseo y la inexperiencia. Un granuja irritante, y la moza ya le ha echado el ojo.

RODRIGO - No puedo creer eso de ella, de un alma tan pura.

YAGO - ¡Puro rábano! El vino que bebe es de uva. Si es tan pura no se casa con el moro. ¡Pura morcilla! ¿No viste cómo le sobaba la mano a Casio? ¿No te fijaste?

RODRIGO - Sí, pero era por cortesía.

YAGO - ¡Por lascivia, te lo juro! Índice y oscuro prefacio de una historia de lujuria y turbios pensamientos. Se acercaron tanto con los labios que el aliento se abrazó. Malos pensamientos, Rodrigo. Cuando estas confianzas abren un camino, muy pronto les sigue el acto y acción principal, el fin corporal. ¡Uf! Mas tú hazme caso: te he traído de Venecia. Esta noche estarás de guardia; las órdenes yo te las daré: Casio no te conoce. Yo estaré cerca. Tú busca ocasión de provocar a Casio, ya sea hablando muy alto, desairando su disciplina o por el medio que te plazca y que el tiempo proveerá.

RODRIGO - Bueno.

YAGO - Además, es fogoso e impulsivo, y capaz de pegarte. Tú obligale a hacerlo: a mí eso me basta para provocar un alboroto entre la gente, que sólo se apaciguará con la destitución de Casio. Será más corta la vía de tus fines por los medios que tendré de promoverlos y nos veremos libres de un obstáculo sin cuya supresión no habría esperanzas de éxito.

RODRIGO - Lo haré si tú me das la ocasión.

YAGO - Cuenta con ella. Búscame luego en la ciudadela. Tengo que desembarcarle el equipaje. Adiós.

RODRIGO - Adiós. *(Sale)*

YAGO - Que Casio la quiere lo creo muy bien; que ella le quiere es digno de crédito. El moro, aunque no le soporto, es afectuoso, noble y fiel, y creo que será un buen marido con Desdémona. Yo también la quiero; no sólo por lujuria, aunque tal vez puedan acusarme de tan grave pecado, sino en parte por saciar mi venganza, pues sospecho que este moro sensual se ha montado en mi yegua. La sola idea es como un veneno que me roe las entrañas, y ya nada podrá serenarme hasta que estemos en paz, mujer por mujer, o, si no, hasta provocarle unos celos tan fuertes que no pueda curar la razón. Para lo cual, si este pobre chucho veneciano al que sigo en la caza se deja azuzar, tendré bien pillado a nuestro Casio, le pintaré de faldero a los ojos del moro, pues me temo que Casio también se mete en mi cama, y el moro, agradecido, me querrá y premiará por dejarle insignemente como un burro y maquinan contra su paz y sosiego hasta la locura. Aquí está, más borroso: hasta el acto, el mal no revela su rostro. *(Sale)*

(Entra un Heraldo de Otelo con una proclama)

HERALDO - Es deseo de Otelo, nuestro noble y valiente general, que, siendo ciertas las noticias llegadas del total hundimiento de la escuadra turca, todo el mundo lo festeje: unos, bailando; otros, encendiendo hogueras, y cada uno con la fiesta y regocijo a que le lleve su afición, pues, además de tan buena noticia, está la celebración de su boda. Es su deseo que se proclame todo esto. Se han abierto las despensas del castillo y hay plena libertad para el convite desde esta hora de las cinco hasta que den las once. ¡Dios bendiga a la isla de Chipre y a Otelo, nuestro noble general! *(Sale)*

(Entran Otelo, Desdémona y acompañamiento)

OTELO - Querido Miguel, ocupaos esta noche de la guardia. Impongámonos un límite digno y no festejemos sin medida.

CASIO - Yago ya tiene instrucciones. Sin embargo, mis propios ojos estarán de vigilancia.

OTELO - Yago es muy leal. Buenas noches, Miguel. Mañana temprano quiero hablaros - Vamos, amor: el bien adquirido es para gozarlo, y el goce del nuestro estaba esperando - Buenas noches.

(Salen Otelo, Desdémona y acompañamiento. Entra Yago)

CASIO - Bienvenido, Yago. Vamos a la guardia.

YAGO - Falta una hora, teniente; aún no son las diez. El general nos ha despedido tan pronto por amor a su Desdémona, y no se lo reprochemos. Aún no han pasado una noche caliente y ella es bocado de Júpiter.

CASIO - Es una dama exquisita.

YAGO - Y seguro que con ganas.

CASIO - Es una criatura galana y gentil.

YAGO - ¡Y vaya ojos! Son de los que llaman al deleite.

CASIO - Son atractivos y, sin embargo, castos.

YAGO - Y cuando habla, ¿no toca a batalla de amor?

CASIO - Es la suma perfección.

YAGO - Pues, ¡suerte en la cama! Vamos, teniente, que tengo una jarra de vino y ahí fuera hay dos caballeros de Chipre dispuestos a echar un trago a la salud del negro Otelo.

CASIO - Esta noche no, buen Yago. Tengo una cabeza muy floja para el vino. ¡Ojala inventara la cortesía otra forma de pasar el tiempo!

YAGO - Pero si son amigos. Sólo un trago. Yo beberé por vos.

CASIO - Sólo un trago es lo que he bebido esta noche, y muy bien aguado, y mira qué revolución llevo aquí. Tengo mala suerte con mi debilidad y no me atrevo a exponerla a mayor riesgo.

YAGO - ¡Vamos! Es noche de fiesta y los caballeros están deseándolo.

CASIO - ¿Dónde están?

YAGO - Aquí, a la puerta. Servíos llamarlos.

CASIO - Está bien, pero no me gusta. (*Sale*)

YAGO - Si consigo meterle un trago más, con lo que lleva bebido esta noche, se pondrá más agresivo y peleón que un perro consentido. Y Rodrigo, mi pagano, a quien el amor casi ha vuelto del revés, se ha servido a la salud de su Desdémona libaciones de a litro, y está de guardia. A tres mozos de Chipre, briosos y altivos, y en punto de honor muy arrebatados, ejemplo palpable del ánimo isleño, los he alegrado con copas bien llenas, y también están de guardia. Y, en medio de este hatajo de borrachos, haré que Casio trastorne la isla. Aquí llegan. (*Entran Casio, Montano y caballeros*) Si la suerte realiza mi sueño, mis barcos marcharán con viento espléndido.

CASIO - Vive Dios que me han dado un buen trago.

MONTANO - ¡Si era poco! No más de un cuartillo, palabra de soldado.

YAGO - ¡Eh, traed vino! (*Canta*) «Choquemos la copa, tintín, tin; choquemos la copa, tintín. El soldado es mortal y su vida fugaz. ¡Que beba el soldado, tintín, tin!» ¡Vino, muchachos!

CASIO - ¡Vive Dios, qué gran canción!

YAGO - La aprendí en Inglaterra, donde son formidables bebiendo. El danés, el alemán y el panzudo holandés - ¡a beber! - no son nada al lado del inglés.

CASIO - ¿Tan experto bebedor es el inglés?

YAGO - ¡Cómo! No le cuesta emborrachar al danés, se tumba sin esfuerzo al alemán y hace vomitar al holandés antes que le llenen otra jarra.

CASIO - ¡A la salud del general!

MONTANO - ¡Bravo, teniente! Me uno a ese brindis.

YAGO - ¡Querida Inglaterra! (*Canta*) «Esteban fue rey ejemplar y quiso ahorrar con su calzón. Y por seis céntimos de más al sastre puso de ladrón. Su fama nunca tuvo igual, mas tú eres de otra condición. No tires tu viejo gabán, que el lujo arruina la nación». ¡Eh, más vino!

CASIO - ¡Vive Dios! Esta canción es más perfecta que la otra.

YAGO - ¿La canto otra vez?

CASIO - No, pues me parece indigno de su puesto quien hace esas cosas. En fin, Dios lo ve todo, y unos se salvarán y otros no se salvarán.

YAGO - Cierto, teniente.

CASIO - Ahora, que yo, sin ofender al general ni a persona principal, yo espero salvarme.

YAGO - Y yo también, teniente.

CASIO - Sí, mas con permiso, después que yo. El teniente se salva antes que el alférez. No se hable más; a nuestros puestos. ¡Dios perdone nuestros pecados! Caballeros, a nuestra obligación. No creáis, caballeros, que estoy borracho. Este es mi alférez, ésta mi mano derecha y ésta mi izquierda. No estoy borracho, me tengo en pie y estoy hablando bien.

TODOS - Perfectamente.

CASIO - Muy bien. Entonces no digáis que estoy borracho. (*Sale*)

MONTANO - A la explanada, señores, a montar la guardia.

YAGO - Ved a este hombre que acaba de salir: es un soldado capaz de dar órdenes al lado de César. Mas ved también su mal: con su virtud forma un equinoccio perfecto; ambos se extienden igual. ¡Qué pena! Temo que la confianza que en él pone Otelo en un mal momento de su vicio trastorne la isla.

MONTANO - ¿Suele estar así?

YAGO - Es el prólogo invariable de su sueño: si la bebida no le mece la cuna, está despierto la doble vuelta del reloj.

MONTANO - Convendría informar al general. Tal vez no se dé cuenta, o su bondad valore las virtudes de Casio y no vea sus faltas. ¿No os parece?

(*Entra Rodrigo*)

YAGO – (*Aparte a Rodrigo*) ¿Qué hay, Rodrigo? Anda, sigue al teniente, vamos.

(*Sale Rodrigo*)

MONTANO - Es lástima que el noble moro confíe un puesto semejante a quien tiene un mal tan arraigado. Sería un acto de lealtad informar a Otelo.

YAGO - Yo nunca, por esta bella isla. Quiero bien a Casio, y haré lo que pueda por curarle su vicio.

VOCES – (*Desde dentro*) ¡Socorro, socorro!

YAGO - ¡Escuchad! ¿Qué ruido es ése?

(*Entra Casio persiguiendo a Rodrigo*)

CASIO - ¡Voto a... ! ¡Granuja, infame!

MONTANO - ¿Qué pasa, teniente!

CASIO - ¡Un granuja enseñarme mi deber! ¡Le voy a dejar como una criba!

RODRIGO - ¿A mí?

CASIO - ¿Qué dices, infame?

MONTANO - Vamos, teniente, os lo ruego. Basta.

CASIO - Si no me soltáis, os hundo el cráneo.

MONTANO - Vamos, vamos, estáis borracho.

CASIO - ¿Borracho yo?

(*Pelean*)

YAGO – (*Aparte a Rodrigo*) Vamos, corre a anunciar el disturbio. (*Sale Rodrigo*) Quieto, teniente. ¡Por Dios, señores! ¡Socorro! ¡Basta, teniente! ¡Basta, Montano! ¡Socorro, señores! ¡Buena guardia tenemos! (*Suena una campana*) ¿Quién toca la campana? ¡Diablo!. La ciudad va a alborotarse. ¡Por Dios, teniente! ¡Basta! ¡Quedaréis deshonrado para siempre!

(*Entra Otelo con acompañamiento*)

OTELO - ¿Qué pasa aquí?

MONTANO - ¡Voto a ... ! Estoy sangrando. Me han herido de muerte.

OTELO - ¡Por vuestra vida, basta!

YAGO - Basta, teniente. Montano, señores, ¿habéis perdido la noción del puesto y el deber? Basta, os habla el general. Basta, por decencia.

OTELO - ¿Qué es esto? ¿Cómo ha sido? ¿Nos hemos vuelto turcos, haciéndonos nosotros lo que el cielo impidió a los otomanos? Por decencia cristiana, ¡basta de barbarie! El que ceda a la furia con su acero desprecia su alma: cae muerto si se mueve ¡Que calle esa horrible campana! Espanta el decoro de la isla. ¿Qué ocurre, señores? Honrado Yago, que pareces muerto de pena, habla. ¿Quién ha sido? Por tu lealtad te lo ordeno.

YAGO - No sé. Estaban tan amigos, ahora mismo; por su trato parecían recién casados antes de acostarse. Y en un momento, cual si un astro los hubiese enloquecido sacan las espadas y se atacan uno a otro en cruel enfrentamiento. No puedo explicar cómo empezó esta riña tan absurda. ¡Así hubiera perdido en glorioso combate las piernas que a verla me trajeron!

OTELO - Casio, ¿cómo habéis podido desquiciaros?

CASIO - Excusadme, os lo suplico. No puedo hablar.

OTELO - Noble Montano, siempre fuisteis respetado. El decoro y dignidad de vuestra juventud son bien notorios y grande es vuestro nombre en boca del sabio. ¿Qué os ha hecho malgastar de este modo vuestra fama y cambiar el regio nombre de la honra por el de pendenciero? Contestadme.

MONTANO - Noble Otelo, estoy muy malherido. Yago, vuestro alférez, puede informaros de todo lo que sé, ahorrándome palabras que me cuestan. Y no sé que esta noche yo haya dicho o hecho nada malo, a no ser que sea pecado la caridad con uno mismo o la defensa propia cuando nos asalta la violencia.

OTELO - ¡Dios del cielo! La sangre empieza a dominarme la razón y la pasión, que me ha ofuscado el juicio, va a imponerse. ¡Voto a...! Con que me mueva o levante este brazo, el mejor de vosotros cae bajo mi furia. Hacedme saber cómo empezó tan vil tumulto y quién lo provocó, y el culpable de esta ofensa, aunque sea mi hermano gemelo, para mí está perdido. En una ciudad de guarnición, aún inquieta, con la gente rebosando de pavor, ¿emprender una pelea particular en plena noche y en el puesto de guardia? Es demasiado. Yago, ¿quién ha sido?

MONTANO - Si por parcialidad o lealtad de compañero no te ajustas al rigor de la verdad, no eres soldado.

YAGO - No toquéis esa fibra. Que me arranquen esta lengua antes que ofender a Miguel Casio. Aunque creo que decir la verdad no puede dañarle. Oídla, general. Conversando Montano y yo, viene uno clamando socorro y Casio detrás con espada amenazante, dispuesto a arremeter. Este caballero se interpone y pide a Casio que se calme. Yo salí tras el tipo que gritaba, temiendo que sus voces, como luego sucedió, espantaran a las gentes. Mas fue veloz, logró escapar, y yo volví al instante, porque oí un chocar y golpear de espadas y a Casio maldiciendo, lo que no había oído hasta esta noche. Cuando volví, que fue en seguida, los vi enzarzados a golpes y estocadas, igual que cuando vos después los separasteis. De este asunto no puedo decir más. Los hombres son hombres, y hasta el mejor se desquicia. Aunque Casio le ha hecho algo, pues la furia no perdona al más amigo, me parece que Casio también recibió del fugitivo algún insulto grave que no tenía perdón.

OTELO - Ya veo, Yago, que tu afecto y lealtad suavizan la cuestión en beneficio de Casio. Casio, aunque os aprecio, nunca más seréis mi oficial. (*Entra Desdémona con acompaizamiento*) ¡Mirad! ¡Hasta mi amor se ha levantado! - Serviréis de ejemplo.

DESDÉMONA - ¿Qué ha ocurrido?

OTELO - Ya nada, mi bien. Vuelve a acostarte - Señor, de vuestra cura yo mismo me hago cargo - Lleváoslo. (*Sacan a Montano*) Yago, mira por toda la ciudad y calma a los que se han alborotado con la riña - Vamos, Desdémona. Al guerrero la contienda perturba el dulce sueño.

(*Salen Otelo, Desdémona y acompaizamiento*)

YAGO - ¿Estáis herido, teniente?

CASIO - Sí, y no tengo cura.

YAGO - No lo quiera Dios.

CASIO - ¡Honra, honra, honra! ¡He perdido la honra! He perdido la parte inmortal de mi ser y sólo me queda la parte animal. ¡Mi honra, Yago, mi honra!

YAGO - A fe de hombre honrado, creí que os habían hecho alguna herida: se siente mucho más que la honra. La honra no es más que una atribución vana y falsa que suele ganarse sin mérito y perderse sin motivo. No habéis perdido ninguna honra, a no ser que os tengáis por deshonorado. ¡Vamos! Hay maneras de ganarse otra vez al general. Os ha despedido en un impulso, castigando por principio, no por aversión, como otro habría pegado a su perro inofensivo por asustar a un león imponente. Suplicadme otra vez y es vuestro.

CASIO - Le suplicaré que me desprecie antes que a un jefe tan bueno le engañe un oficial tan alocado, borracho e imprudente. ¡Borracho! ¡Y soltando tonterías! ¡Peleando, galleando, maldiciendo! ¡Y hablando altisonante con mi sombra! ¡Ah, invisible espíritu del vino! Si no tienes otro nombre, deja que te llame demonio.

YAGO - ¿Quién era el que perseguíais con la espada? ¿Qué os había hecho?

CASIO - No sé.

YAGO - ¡Será posible!

CASIO - Recuerdo un sinfín de cosas; con claridad, nada. Una riña, mas no sé por qué. ¡Dios mío! ¡Que los hombres se metan en la boca un enemigo que les roba la cordura! ¡Que nos volvamos como bestias con placer y regocijo, con festejo y aplauso!

YAGO - Pues ahora estáis bien. ¿Cómo es que os habéis recuperado?

CASIO - El diablo de la embriaguez se ha dignado ceder el puesto al diablo de la ira. Una imperfección me muestra otra y me hace despreciarme sin reservas.

YAGO - ¡Vamos! Sois un moralista muy severo. Ojalá no hubiese ocurrido, teniendo en cuenta el momento, el lugar y el estado del país. Mas ahora aprovechad lo que no tiene remedio.

CASIO - Sí, voy a pedirle el puesto y él me dirá que soy un borracho. Si tuviera tantas bocas como la hidra, tal respuesta las cerraría todas. ¡Ser primero racional, muy pronto un imbécil y en seguida una bestia! ¡Qué portento! Todo vaso de más es una maldición y dentro va el diablo.

YAGO - Vamos, vamos. Sabiéndolo beber, el vino es un espíritu benigno; no lo execréis. Bueno, teniente, creo que creéis en mi afecto.

CASIO - Lo he visto muy claro, borracho y todo.

YAGO - Vos o cualquier otro puede emborracharse alguna vez. Voy a deciros lo que debéis hacer. El general es ahora la mujer del general. Lo digo en el sentido de que él se ha entregado y consagrado a la contemplación, observación y admiración de sus prendas y virtudes. Acudid a ella con franqueza, suplicad que os ayude a recobrar vuestro puesto. Es tan generosa, buena, sensible y celestial que en su bondad tiene por defecto no hacer más de lo que le piden. Rogadle que junte el ligamento que os unía con su esposo, y apuesto mi peculio contra cualquier cosa a que esa amistad, ahora rota, llegará a ser más fuerte que nunca.

CASIO - Es un buen consejo.

YAGO - No dudéis de mi sincera amistad y honrado propósito.

CASIO - Creo en ellos firmemente. Por la mañana le pediré a la dulce Desdémona que interceda por mí. Si me expulsan, es mi ruina.

YAGO - Estáis en lo cierto. Buenas noches, teniente; me espera la guardia.

CASIO - Buenas noches, honrado Yago. (*Sale*)

YAGO - ¿Y quién va a decir que hago de malo, cuando mi consejo es sincero y honrado, muy puesto en razón y modo seguro de ganarse al moro? Pues es lo más fácil mover la complacencia de Desdémona por una causa honrada: es más generosa que los elementos de la naturaleza y, en cuanto a ganarse al moro, él renunciaría a su bautismo y a los signos de la redención por un amor que le tiene encadenado, pues ella puede hacer y deshacer lo que le plazca, al punto que el deseo al moro le domine sus pobres facultades. ¿Cómo voy a ser malvado si, en vía paralela, indico a Casio la línea recta de su bien? ¡Teología del diablo! Cuando el Maligno induce al pecado más negro, primero nos tienta con divino semblante, como ahora yo. Mientras este honrado bobo implora a Desdémona que remedie su suerte y ella intercede por él, yo al moro le vierto en el oído este veneno: que aboga por Casio porque le desea; y, cuanto más se afane por su bien, tanto más minará la fe del moro. Yo haré que su virtud se vuelva vicio y con su propia bondad haré la red que atrape a todos. (*Entra Rodrigo*) ¿Qué hay, Rodrigo?

RODRIGO - Sigo la caza, mas no como perro de presa, sino haciendo bulto. Apenas me queda dinero, esta noche me sacuden bien el polvo y el final de mis afanes será que tendré más experiencia. Así que sin dinero y con más juicio me vuelvo a Venecia.

YAGO - ¡Qué pobres son los impacientes! ¿Qué herida no ha sanado paso a paso? Obramos con la mente, no con brujería, y la mente necesita lentitud. ¿Acaso va mal? Casio te ha pegado y un golpe tan chico ha expulsado a Casio. Otras plantas van creciendo al sol, mas lo que antes florece, antes da fruto. Mientras tanto, calma. ¡Dios santo, amanece! El placer y la acción acortan las horas. Retírate, vete a tu aposento. Vamos, ya te contaré. Anda, vete ya. (*Sale Rodrigo*) Hay que hacer dos cosas. Mi mujer ha de mediar por Casio con su ama. Yo la incitaré. Mientras, llamando aparte al moro en su momento, haré que vea a Casio suplicante con su esposa. Sí, es la manera. El plan ya no admite desidia ni espera. (*Sale*)

(*Entra Casio con Músicos y el Gracioso*)

CASIO - Tocad aquí, señores. Premiaré vuestra labor. Algo que sea corto, y dad los buenos días al general.

(Tocan)

GRACIOSO - ¡Señores! ¿Es que esos instrumentos han estado en Nápoles, que hablan así por la nariz

MÚSICO 1 - ¿Qué queréis decir?

GRACIOSO - Veamos. ¿Son instrumentos de viento?

MÚSICO 1 - Claro que sí, señor.

GRACIOSO - Pues les cuelga un rabo.

MÚSICO 1 - ¿Qué rabo les cuelga?

GRACIOSO - El que va con el instrumento de ventosidad. Señores, aquí tenéis dinero: al general le gusta tanto vuestra música que por caridad os pide que no hagáis más ruido.

MÚSICO 1 - No lo haremos.

GRACIOSO - Si tenéis música que no se oiga, adelante. Mas ya sabéis que el general no quiere música.

MÚSICO 1 - De esa música no tenemos, señor.

GRACIOSO - Pues entonces, el pito en la bolsa y se acabó. ¡Vamos, esfumaos, humo!

(Salen los Músicos)

CASIO - Oye, amigo.

GRACIOSO - Yo no oigo a Migo: os oigo a vos.

CASIO - Anda, déjate de chanzas. Toma esta pequeña moneda de oro. Si está levantada la dama que acompaña a la esposa del general, dile que Casio le suplica el favor de su presencia. ¿Lo harás?

GRACIOSO - Está levantada. Me dispongo a preguntarle si se sirve *presenciarse* aquí.

CASIO - Gracias, amigo. (*Sale el Gracioso. Entra Yago*) Me alegro de verte, Yago.

YAGO - ¿No os habéis acostado?

CASIO - Pues no. Ya era de día cuando nos despedimos. Yago, me he permitido llamar a tu esposa. Mi súplica es que me proporcione una ocasión para hablar con la dulce Desdémona.

YAGO - Ahora mismo os la mando. Y veré la manera de alejar al moro para que converséis con mayor libertad.

CASIO - Os lo agradezco de veras. (*Sale Yago*) En Florencia no vi a nadie tan leal.

(*Entra Emilia*)

EMILIA - Buenos días, teniente. Me apena que cayerais en desgracia. Más todo irá bien. El general y su esposa lo están comentando, y ella os defiende. Otelo responde que el hombre al que heristeis es muy renombrado y tiene amistades, y que, en justa prudencia, se imponía el despido. Más afirma que os aprecia y que no necesita más defensa que su afecto para aprovechar el momento oportuno y admitiros de nuevo.

CASIO - No obstante, os suplico que, si lo creéis posible y conveniente, me procuréis ocasión para conversar a solas con Desdémona.

EMILIA - Venid, os lo ruego. Os llevaré donde podáis hablar con libertad.

CASIO - Os estoy muy agradecido. (*Salen*)

(*Entran Otelo, Yago y Caballeros*)

OTELO - Yago, dale esta carta al piloto de la nave y que presente mis respetos al Senado. Después, ve a las obras a buscarme; allá estaré.

YAGO - Muy bien, señor.

OTELO - Señores, ¿vamos a ver la fortificación?

CABALLEROS - A vuestras órdenes, señor. (*Salen*)

(*Entran Desdémona, Casio y Emilia*)

DESDÉMONA - Tened por cierto, buen Casio, que haré cuanto pueda en vuestro apoyo.

EMILIA - Hacedlo, señora. Os juro que mi esposo está sufriendo como si fuera cosa propia.

DESDÉMONA - Es un buen hombre. Casio, haré que Otelo y vos volváis a ser tan amigos como antes.

CASIO - Generosa señora, pase lo que pase a Miguel Casio, será siempre vuestro fiel servidor.

DESDÉMONA - Lo sé. Gracias. Apreciáis a mi señor, le conocéis hace tiempo y podéis estar seguro de que no se alejará en su despego más de lo prudente.

CASIO - Sí, señora, mas tal vez la prudencia dure demasiado, o viva de alimento tan ligero, o crezca tanto por las propias circunstancias que, en mi ausencia y ocupado ya mi puesto, el general olvide mi amistad y mis servicios.

DESDÉMONA - No temáis. Ante Emilia, aquí presente, os garantizo vuestro puesto. Estad seguro de que si hago una promesa de amistad, la cumplo a la letra. A mi señor no dejaré hasta que se amanse, le hablaré hasta exasperarle. Su cama será escuela, su mesa, confesionario. En todo lo que haga mezclaré la súplica de Casio. Conque alegraos, Casio. Vuestra valedora morirá antes que abandonar vuestra causa.

(Entran Otelo y Yago)

EMILIA - Señora, aquí viene mi señor.

CASIO - Señora, me retiro.

DESDÉMONA - ¡Cómo! Quedaos a oír lo que le digo.

CASIO - No, señora. Me siento muy inquieto y dañaríais mis propios fines.

DESDÉMONA - Como os plazca.

(Sale Casio)

YAGO - ¡Ah! Eso no me gusta.

OTELLO - ¿Qué dices?

YAGO - Nada, señor. Bueno, no sé.

OTELO - ¿No era Casio el que hablaba con mi esposa?

YAGO - ¿Casio, señor? No. No le creo capaz de escabullirse con aire de culpable al veros venir.

OTELO - Pues yo creo que era él.

DESDÉMONA - ¿Qué hay, mi señor? He estado hablando con un suplicante, alguien que padece tu disfavor.

OTELO - ¿A quién te refieres?

DESDÉMONA - Pues a Casio, tu teniente. Mi buen señor, si tengo la virtud o el poder de persuadirte accede a una inmediata reconciliación. Pues si él de veras no te aprecia y pecó a sabiendas y no inconscientemente yo no sé juzgar la cara del honrado. Te lo ruego, pídele que vuelva.

OTELO - ¿Estaba aquí ahora?

DESDÉMONA - Sí, y se fue tan abatido que me ha dejado parte de su pena para que la comparta. Mi amor, pídele que vuelva.

OTELO - Ahora no, mi Desdémona. Otra vez.

DESDÉMONA - ¿Será pronto?

OTELO - Por ser tú, mi bien, cuanto antes.

DESDÉMONA - ¿Esta noche, en la cena?

OTELO - No, esta noche no.

DESDÉMONA - ¿Mañana a mediodía?

OTELO - No como en casa. Los capitanes me esperan en la ciudadela.

DESDÉMONA - Pues mañana por la noche o el martes por la mañana, a mediodía o por la noche; o en la mañana del miércoles. Dime cuándo, más que no pase de tres días. Te juro que le pesa. Salvo en la guerra, donde dicen que hasta el jefe sirve de escarmiento, su infracción no parece que merezca ni reprimenda privada. ¿Cuándo puede venir? Dímelo, Otelo. Bien quisiera yo saber qué ruego podría negarte o resistir indecisa. Y siendo Miguel Casio, que te ayudó a

cortejarme, que tantas veces se puso de tu parte cuando yo te censuré, ¿me haces que te acose para rehabilitarle? Pues aún podría...

OTELO - Basta, te lo ruego. Que venga cuando quiera. No pienso negarte nada.

DESDÉMONA - ¡Vaya! Eso no es un favor. Es como si te rogara que te pusieras los guantes, te alimentases bien o te abrigases, o quisiera que te hicieras a ti mismo un bien especial. No: si algo te pido que de veras ponga a prueba tu amor, será de peso, arduo de resolver y arriesgado de dar.

OTELO - No pienso negarte nada. A cambio sólo te pido una cosa: que me dejes por ahora.

DESDÉMONA - ¿Cómo voy a negártelo? Adiós, mi señor.

OTELO - Adiós, mi Desdémona. En seguida voy contigo.

DESDÉMONA - Ven, Emilia. (*A Otelo*) Haz lo que te dicte el corazón. Yo siempre te obedeceré.

(Salen Desdémona Y Emilia)

OTELO - ¡Divina criatura! Que se pierda mi alma si no te quisiera y, cuando ya no te quiera, habrá vuelto el caos.

YAGO - Mi noble señor...

OTELO - ¿Qué quieres, Yago?

YAGO - Cuando hacíais la corte a la señora, ¿conocía Miguel Casio vuestro amor?

OTELO - Sí, desde el principio. ¿Por qué lo dices?

YAGO - Por satisfacer mi curiosidad, por nada más.

OTELO - ¿Y por qué esa curiosidad?

YAGO - No sabía que la conociese.

OTELO - Pues sí, y fue muchas veces nuestro mediador.

YAGO - ¿De veras?

OTELO - ¿De veras? Sí, de veras. ¿Qué ves en ello? ¿Acaso él no es honrado?

YAGO - ¿Honrado, señor?

OTELO - ¿Honrado? Sí, honrado.

YAGO - Señor, que yo sepa...

OTELO - ¿Qué quieres decir?

YAGO - ¿Decir, señor?

OTELO - ¡Decir, señor! ¡Por Dios, eres mi eco! Como si en tu mente hubiera un monstruo tan horrendo que no debe revelarse. Tú ocultas algo. Cuando Casio dejó a mi esposa, dijiste que no te gustaba. ¿A qué te referías? Y al decirte que tenía mi confianza mientras yo la cortejé, exclamas «¿De veras?», frunciendo y apretando el ceño, como si hubieras encerrado en tu cerebro alguna idea horrible. Si me aprecias de verdad, dime lo que piensas.

YAGO - Señor, sabéis que os aprecio.

OTELO - Así lo creo. Y, como sé que te mueve la amistad y la honradez y que mides las palabras antes de decirlas, esos titubeos me asustan mucho más. Pues en boca de un granuja desleal son hábitos corrientes, mas en un hombre fiel son oscuras dilaciones que nacen en el alma y no se dejan gobernar.

YAGO - En cuanto a Miguel Casio, juraría que es hombre honrado.

OTELO - Así lo creo yo.

YAGO - Los hombres deben ser lo que parecen; los que no lo son, ojala no lo parezcan.

OTELO - Cierto, los hombres deben ser lo que parecen.

YAGO - Pues yo creo que Casio es honrado.

OTELO - En todo esto hay algo más. Te lo ruego, háblame en la lengua de tus propios pensamientos y dale al peor de todos la peor de las palabras.

YAGO - Disculpadme, señor. Aunque estoy obligado a la lealtad, no haré lo que no se exige al esclavo. ¡Revelar el pensamiento! ¿Y si fuera falso y vil? ¿En

qué palacio no se ha insinuado la ruindad? ¿Hay alma tan pura en la que el turbio pensamiento no se haya reunido en tribunal con la justa reflexión?

OTELO - Yago, contra tu amigo maquinás si, creyendo que le agravian, le ocultás lo que piensas.

YAGO - Os lo suplico: tal vez me haya equivocado en mi sospecha, pues es la cruz de mi carácter rastrear las falsedades, y a veces mi celo crea faltas de la nada. No preste atención vuestra cordura al que suele idear tan burdamente, ni le turben observaciones adventicias y dudosas. Por vuestra paz y vuestro bien, por mi hombría, prudencia y honradez, no conviene que os diga lo que pienso.

OTELO - ¿Qué insinúas?

YAGO - Señor, la honra en el hombre o la mujer es la joya más preciada de su alma. Quien me roba la bolsa, me roba metal; es algo y no es nada; fue mío y es suyo, y ha sido esclavo de miles. Mas, quien me quita la honra, me roba lo que no le hace rico y a mí me empobrece.

OTELO - ¡Vive Dios, dime lo que piensas!

YAGO - No podría, ni con mi alma en vuestra mano, ni querré, mientras yo la gobierne.

OTELO - ¿Qué?

YAGO - Señor, cuidado con los celos. Son un monstruo de ojos verdes que se burla del pan que le alimenta. Feliz el cornudo que, sabiéndose engañado, no quiere a su ofensora mas, ¡qué horas de angustia le aguardan al que duda y adora, idolatra y recela!

OTELO - ¡Qué tortura!

YAGO - El pobre contento es rico y bien rico; quien nada en riquezas y teme perderlas es más pobre que el invierno. ¡Dios bendito, a todos los míos guarda de los celos!

OTELO - ¿Por qué, por qué dices eso? ¿Tú crees que viviría una vida de celos, cediendo cada vez a la sospecha con las fases de la luna?. No. Estar en la duda es tomar la decisión. Que me vuelva macho cabrío si mi espíritu se entrega a conjeturas tan extrañas y abultadas como tus alegaciones. Para darme celos no basta con decir que mi esposa es bella, sociable, sabe comer y conversar, canta, tañe y baila: estas prendas le añaden virtud. Y mi propia indignidad no me causa la menor duda o recelo de su fidelidad, pues tenía ojos y me eligió. No, Yago;

quiero ver antes de dudar. Si dudo, pruebas; y con pruebas no hay más que una solución: ¡Adiós al amor o a los celos!

YAGO - Me alegro, pues ahora ya puedo mostraros mi afecto y lealtad con más franqueza. Así que, como es mi deber, os diré algo. Pruebas aún no tengo. Vigilad a vuestra esposa; observadla con Casio. Los ojos así: ni celosos, ni crédulos. Que no engañen a vuestro noble y generoso corazón en su propia bondad; conque, atento. Conozco muy bien el carácter de mi tierra las mujeres de Venecia enseñan a Dios los vicios que ocultarían a sus maridos. Su conciencia no las lleva a reprimirse, sino a encubrirlos.

OTELO - ¿Lo dices en serio?

YAGO - Engañó a su padre al casarse con vos; y, cuando parecía temblar y temer vuestro semblante, es cuando más os quería.

OTELO - Es verdad.

YAGO - Pues, eso. Si tan joven ya sabía sacar esa apariencia, dejando a su padre tan ciego que creía que era magia... He hecho muy mal. Os pido humildemente perdón por apreciaros tanto.

OTELO - Siempre te estaré agradecido.

YAGO - Veo que esto os ha desconcertado.

OTELO - Nada de eso, nada de eso.

YAGO - Pues yo temo que sí. Espero que entendáis que lo dicho lo ha dictado mi amistad. Más os veo alterado. Permitidme suplicaros que no arrastréis mis palabras a un terreno más crudo o extenso que el de la sospecha.

OTELO - Descuida.

YAGO - Si lo hicierais, señor, mis palabras tendrían consecuencias que jamás soñó mi pensamiento. Casio es mi gran amigo. Señor, os veo alterado.

OTELO - No, no mucho. Estoy seguro de que Desdémona es honesta.

YAGO - Que lo sea por muchos años y vos que lo creáis.

OTELO - Y, sin embargo, apartarse de las leyes naturales...

YAGO - ¡Ah, ahí está! Pues, si me lo permitís, rechazar todos esos matrimonios con gente de su tierra, color y condición, lo que siempre parece natural... ¡Mmm... ! Ahí se adivina un deseo viciado, grave incongruencia, propósito aberrante. Perdonadme: en mis presunciones no pensaba en ella. Aunque temo que quiera volver sobre sus pasos y, al compararos con sus compatriotas, pueda arrepentirse.

OTELO - Muy bien, adiós. Si observas algo, dímelo. Que vigile tu mujer. Déjame, Yago.

YAGO – (*Saliendo*) Señor, me retiro.

OTELO – ¿Por qué me casé? Seguro que el buen Yago ve y sabe más, mucho más de lo que dice.

YAGO – (*Volviendo*) Señor, me permito suplicaros que no os dejéis obsesionar. Que el tiempo decida. Es justo que Casio recobre su puesto, pues lo ejerce con gran capacidad, mas, teniéndole apartado un poco más, podréis observar al hombre y sus métodos. Ved si vuestra esposa insiste en que vuelva y encarece su ruego con ardor: eso dirá mucho. Mientras tanto, que mi temor justifique mi injerencia, pues temo de verdad que ha sido grande, y, os lo ruego, no culpéis a vuestra esposa.

OTELO – No temas por mi aplomo.

YAGO – Nuevamente me retiro. (*Sale*)

OTELO – Este hombre es de gran honradez, y su experiencia le permite discernir los móviles humanos. Como ella resulte un halcón indomable, aunque la haya atado con las fibras de mi corazón, la suelto al hilo del viento y la dejo a la suerte. Quizá por ser negro y faltarme las prendas gentiles del galanteador, o haber descendido por el valle de los años aunque poco importa me quedo sin ella y burlado, y mi consuelo ha de ser detestarla. ¡Maldición de matrimonio ¡Llamar nuestras a tan gratas criaturas y no a sus apetencias! Prefiero ser sapo y vivir de los miasmas de un calabozo que dejar un rincón de mi ser más querido para uso de otros. Mas es la cruz del grande, pues el humilde es más privilegiado. Como la muerte, es destino inevitable: la suerte del cornudo ya está echada desde el momento en que nace. Aquí viene ella (*Entran Desdémona y Emilia*) Si me engaña, el cielo se ríe de sí mismo. No pienso creerlo.

DESDÉMONA – ¿Qué ocurre, querido Otelo? La cena y los nobles isleños que has invitado aguardan tu presencia.

OTELO – La culpa es mía.

DESDÉMONA – ¿Por qué hablas tan bajo? ¿No estás bien?

OTELO – Me duele la cabeza, aquí, en la frente.

DESDÉMONA – Eso es de tanto velar. Se te quitará. Deja que te ate un pañuelo. Antes de una hora ya estará bien.

OTELO – Tu pañuelo es muy pequeño. Déjalo. (*A Desdémona se le cae el pañuelo*) Vamos, voy contigo.

DESDÉMONA – Me apena que no estés bien.

(*Salen Otelo y Desdémona*)

EMILIA – Me alegra encontrar este pañuelo. Fue el primer regalo que le hizo el moro. Mi caprichoso marido cien veces me ha tentado para que se lo quite; mas ella lo adora, pues Otelo le hizo jurar que lo conservaría, y siempre lo lleva consigo, y lo besa y le habla. Pediré una copia para dársela a Yago. ¡Sabe Dios qué piensa hacer con el pañuelo! Yo sólo sé complacer su capricho.

(*Entra Yago*)

YAGO – ¿Qué hay? ¿Qué haces aquí sola?

EMILIA – Sin reprender: tengo algo que enseñarte.

YAGO – ¿Algo que enseñarme? Algo que muchos han visto...

EMILIA – ¿Eh?

YAGO – ...es una esposa sin juicio.

EMILIA – Ah, ¿era eso? ¿Qué me darás si te doy aquel pañuelo?

YAGO – ¿Qué pañuelo?

EMILIA – ¿Qué pañuelo? Pues el que Otelo regaló a Desdémona, el que tú tantas veces me pedías que le quitase.

YAGO – ¿Se lo has quitado?

EMILIA – No, se le cayó por descuido. Por suerte yo estaba allí y lo cogí. Mira, aquí está.

YAGO – ¡Qué gran mujer! Dámelo.

EMILIA – ¿Qué vas a hacer con él, que con ahínco me pedías que lo robase?

YAGO – Y a ti, ¿qué más te da? (*Se lo quita*)

EMILIA – Si no es para nada de importancia, devuélvemelo. ¡Pobre señora! Se va a volver loca cuando no lo encuentre.

YAGO – Tú no sabes nada. A mí me hace falta. Anda, vete ya. (*Sale Emilia*) Dejaré el pañuelo donde vive Casio; él lo encontrará. Simples menudencias son para el celoso pruebas más tajantes que las Santas Escrituras. Me puede servir. El moro está cediendo a mi veneno: la idea peligrosa es veneno de por sí y, aunque empiece por no desagradar, tan pronto como actúa sobre la sangre, arde como mina de azufre. ¿No lo decía? (*Entra Otelo*) Aquí llega. Ni adormidera o mandrágora, ni todos los narcóticos del mundo podrán devolverte el dulce sueño de que gozabas ayer.

OTELO – ¿Así que me engaña?

YAGO – ¡Vamos, general! Dejad ya eso.

OTELO – ¡Fuera, vete! Me has puesto en el suplicio. Te juro que es mejor ser engañado que sospecharlo una pizca.

YAGO – ¡Vamos, señor!

OTELO – ¿Tenía yo noción de su furtivo deleite? Ni lo veía, ni me dolía, ni lo pensaba. Dormía cada noche, vivía feliz y confiado; en sus labios no veía los besos de Casio. Aquél a quien roban, si no advierte el robo, mejor que lo ignore, y así nada pierde.

YAGO – Vuestras palabras me apenan.

OTELO – Feliz habría sido pudiendo ignorarlo, aunque toda la tropa, hasta el último peón, gozase con su cuerpo. Ahora, ¡adiós para siempre al alma serena! ¡Adiós al sosiego! ¡Adiós a penachos marciales y a guerras grandiosas que enaltecen la ambición! ¡Adiós! ¡Adiós al relincho del corcel y a trompetas vibrantes, a tambores que enardecen y a pífanos que asordan, a regios estandartes y a todo el esplendor, gloria, pompa y ceremonia de la guerra! Y tú, mortífero bronce, cuya ruda garganta imita el fragor espantoso de Júpiter, ¡adiós! Otelo ya no tiene ocupación.

YAGO – Señor, ¿es posible?

OTELO – Infame, demuestra que mi amada es una puta; demuéstralo. Quiero la prueba visible o, por la vida perdurable de mi alma, más te habría valido nacer perro que hacer frente a mi furia desatada.

YAGO – ¿A esto hemos llegado?

OTELO – Házmelo ver o, por lo menos, demuéstramelo de modo que en la prueba no haya gancho ni aro en que colgar una duda o, ¡ay de ti!

YAGO – Mi noble señor...

OTELO – Como tú la calumnies y a mí me atormentes, no reces más; abandona tu conciencia, cubre de horrores la cima del horror, haz que llore el cielo y se espante la tierra, pues nada peor podrás añadir a tu condenación.

YAGO – ¡Misericordia! ¡Que el cielo me asista! ¿Sois hombre? ¿Tenéis alma? ¿O raciocinio? Adiós. Quedaos con mi puesto. ¡Ah, desgraciado, que por afecto vuelves vicio la honradez! ¡Ah, mundo atroz! ¡Fíjate, fíjate, mundo! Ser honrado y sincero trae peligro. Os agradezco la lección, y desde ahora no quiero amigos, pues la amistad es dolor.

OTELO – No, espera. Tú debes ser honrado.

YAGO – Debiera ser listo, que la honradez es muy tonta y se arruina en sus afanes.

OTELO – ¡Por Dios! Creo que mi esposa es honesta y no lo creo; creo que tú eres leal y no lo creo. Quiero una prueba. Su nombre era tan claro como el rostro de Diana, y ahora está más sucio y más negro que mi faz. No voy a soportarlo cuando hay sogas, cuchillos, veneno, fuego o aguas que ahogan. ¡Querría estar seguro!

YAGO – Señor, veo que os devora la pasión. Me arrepiento de haberla provocado. ¿Querríais estar seguro?

OTELO – Querría, no: quiero.

YAGO – Y podéis. Mas, señor, ¿cómo estar seguro? ¿Queréis ser un zafio espectador? ¿Ver como la montan?

OTELO – ¡Ah, muerte y condenación!

YAGO – Sería difícil y engorroso, creo yo, llevarlos a esa escena. Que se condenen los ojos que los vean acostados. Entonces, ¿qué? Entonces, ¿cómo?

¿Qué queréis que diga? ¿Cómo estar seguro? No podréis verlo, aunque sean más ardientes que las cabras, más sensuales que los monos, más calientes que una loba salida y más brutos que la ignorancia borracha. Más, si buscáis seguridad en indicios vehementes que lo apoyen y lleven al umbral de la verdad, podréis tenerla.

OTELO – Dame una prueba real de que me engaña.

YAGO – No me gusta la encomienda, más, habiéndome adentrado en este pleito, movido del afecto y la necia lealtad, no me detendré. Descansaba yo con Casio y me vino tal dolor de muelas que no podía dormir. Los hay tan ligeros de lengua que durmiendo musitan sus asuntos. Casio es uno de éstos. Le oí decir en sueños: «Querida Desdémona, seamos prudentes, ocultemos nuestro amor». Y entonces me agarra y me tuerce la mano, gritando «¡Divina criatura!», y me besa con ganas, como arrancando de cuajo los besos que crecieran en mis labios; y me echa la pierna sobre el muslo, suspira, me besa y grita «¡Maldita la suerte que te dio al moro!»

OTELO – ¡Asombroso, asombroso!

YAGO – Bueno, no fue más que un sueño.

OTELO – Pero indica una acción consumada.

YAGO – Aunque sueño, es indicio grave. Podría sustanciar otras pruebas más débiles.

OTELO – ¡La haré mil pedazos!

YAGO – Sed prudente. Aún no es seguro; quizá sea honesta. Más, decidme, ¿no la habéis visto con un pañuelo en la mano, bordado de fresas?

OTELO – Uno así tiene ella: fue mi primer regalo.

YAGO – No lo sabía. Más hoy he visto a Casio limpiarse la barba con un pañuelo así, y seguro que era el de ella.

OTELO – Como sea ése...

YAGO – Como sea ése u otro que sea suyo, la incrimina con las otras pruebas.

OTELO – ¡Tuviera el infame diez mil vidas! Una es poco, una no es nada para mi venganza, Ahora ya veo que es cierto. Mira, Yago, cómo echo al aire mi

estúpido amor; adiós. ¡Negra venganza, sal de tu cóncava celda! ¡Amor, entrega corona y trono querido al odio salvaje! ¡Estalla, corazón, y suelta esa carga de lenguas de áspid! (*Se arrodilla*)

YAGO – Sosegaos.

OTELO – ¡Ah, sangre, sangre, sangre!

YAGO – Tened calma. Acaso cambiéis de idea.

OTELO – Jamás, Yago. Como el Ponto Euxino, cuya fría corriente e indómito curso no siente la baja marea y sigue adelante hacia la Propóntide y el Helesponto, así mis designios, que corren violentos, jamás refluirán, y no cederán al tierno cariño hasta vaciarse en un mar de profunda e inmensa venganza. Por ese cielo esmaltado, con todo el fervor de un sagrado juramento, empeño mi palabra.

YAGO – No os levantéis. (*Se arrodilla*) Estrellas que ardéis en lo alto, sed testigos, elementos que nos ciñen y rodean, sed testigos de que Yago desde ahora consagra la actividad de su cerebro, su corazón y sus manos al servicio del agraviado Otelo. Que dicte sus órdenes, y mi obediencia será compasión, por cruel que sea la empresa. (*Se levanta*)

OTELO – Acojo tu afecto con franca aceptación, no con vana gratitud, y sin más demora te pongo a prueba. De aquí a tres días quiero que me digas que Casio no vive.

YAGO – Mi amigo está muerto. Lo mandáis y está hecho. Más a ella dejadla que viva.

OTELO – ¡Así se condene la zorra! ¡Maldita, maldita! Vamos, ven conmigo. Voy a proveerme de algún medio rápido para acabar con el bello demonio. Desde ahora eres mi teniente.

YAGO – Vuestro para siempre. (*Salen*)

(*Entran Desdémona, Emilia y el Gracioso*)

DESDÉMONA – ¡Tú! ¿Sabes en dónde para el teniente Casio?

GRACIOSO – No puedo decir que pare.

DESDÉMONA – ¿Y por qué?

GRACIOSO – Porque un soldado no para y, si le llevas la contra, no hay quien lo pare.

DESDÉMONA – ¡Vamos! ¿Dónde se hospeda?

GRACIOSO – Deciros dónde se hospeda es deciros que me paro.

DESDÉMONA – Y todo eso, ¿adónde lleva?

GRACIOSO – No sé dónde se hospeda y si me invento una posada y digo que para en ésta o aquélla, el invento se me para en la garganta.

DESDÉMONA – ¿Puedes inquirir por él y ser instruido en la respuesta?

GRACIOSO – Haré catequesis por el mundo: digo que haré preguntas y tendré contestación.

DESDÉMONA – Búscales. Pídele que venga. Dile que he intercedido con mi esposo en su favor y que confío en que todo irá bien.

GRACIOSO – Hacer eso no rebasa los límites del entendimiento, conque voy a intentarlo. (*Sale*)

DESDÉMONA – ¿Dónde habré perdido ese pañuelo, Emilia?

EMILIA – No lo sé, señora.

DESDÉMONA – Mejor habría sido perder mi bolsa llena de cruzados. Si mi noble Otelo no fuese magnánimo, ni estuviese limpio de la ruindad del celoso, bastaría para darle que pensar.

EMILIA – ¿No es celoso?

DESDÉMONA – ¿Quién, él? Yo creo que el sol de su tierra le quitó esos humores.

EMILIA – Mirad. Aquí viene.

(*Entra Otelo*)

DESDÉMONA – Ahora no voy a dejarle hasta que llame a Casio – ¿Cómo está mi señor?

OTELO – Bien, mi señora. (*Aparte*) ¡Qué duro disimular! – ¿Y cómo está mi Desdémona?

DESDÉMONA – Muy bien, mi señor.

OTELO – Dame la mano. Esta mano está húmeda.

DESDÉMONA – No conoce los años ni las penas.

OTELO – Es señal de largueza y entrega. Caliente, caliente y húmeda. Esta mano es muy libre; necesita ayuno y oración, mucha penitencia, prácticas piadosas, pues encierra a un ardiente diablillo que suele rebelarse. Una mano buena, una mano abierta.

DESDÉMONA – Bien puedes decirlo, pues con esta mano te di mi corazón.

OTELO – Noble mano. Antaño la mano se daba con el corazón; en los nuevos blasones hay manos, más no corazón.

DESDÉMONA – No te entiendo. Vamos, tu promesa.

OTELO – ¿Qué promesa, mi bien?

DESDÉMONA – He hecho llamar a Casio para que te vea.

OTELO – Me aqueja un penoso catarro. Déjame el pañuelo.

DESDÉMONA – Toma.

OTELO – El que te regalé.

DESDÉMONA – No lo llevo.

OTELO – ¿No?

DESDÉMONA – No, de verdad.

OTELO – Mal hecho. Ese pañuelo se lo dio a mi madre una egipcia: una maga que casi leía el pensamiento. Le dijo que, mientras lo tuviera, sería muy querida y a mi padre rendiría enteramente a su amor; más que, si lo perdía o regalaba, sería odiosa a los ojos de mi padre, cuyo ánimo iría en pos de otros amores. Al morir me lo dio, y me pidió que lo entregara a quien la suerte me diera por esposa. Así lo hice. Tenlo en cuenta y quíerele como a tus ojos. Perderlo o regalarlo acarrearía una ruina incomparable.

DESDÉMONA – ¿Es posible?

OTELO – No miento. Es la magia del tejido. Una sibila, que en el mundo había contado el giro del sol doscientas veces, cosió su bordado en profético furor; hicieron la seda gusanos sagrados y se tiñó en caromornia, que los sabios prepararon con corazones de vírgenes.

DESDÉMONA – Pero, ¿es cierto?

OTELO – Cierto y verdadero, conque cuídalo bien.

DESDÉMONA – Entonces, ¡ojala no lo hubiera visto nunca!

OTELO – ¿Eh? ¿Por qué?

DESDÉMONA – ¿Cómo es que hablas tan violento y excitado?

OTELO – ¿Se ha perdido? ¿No está? ¡Habla! ¿Se ha extraviado?

DESDÉMONA – ¡Dios nos bendiga!

OTELO – ¿Qué respondes?

DESDÉMONA – Que no. Pero, ¿y si se hubiera perdido?

OTELO – ¿Cómo?

DESDÉMONA – Digo que no se ha perdido.

OTELO – Tráelo, que lo vea.

DESDÉMONA – Podría traerlo, pero ahora no. Todo esto es una excusa para que olvide mi ruego. Vamos, haz que Casio sea rehabilitado.

OTELO – Tráeme el pañuelo. Tengo dudas.

DESDÉMONA – Vamos, vamos. Nunca verás a hombre más apto.

OTELO – ¡El pañuelo!

DESDÉMONA – Te lo ruego, habla de Casio.

OTELO – ¡El pañuelo!

DESDÉMONA – Es un hombre cuya suerte siempre consagró a la amistad que te profesa, que compartió tus peligros...

OTELO – ¡El pañuelo!

DESDÉMONA – La verdad, eres injusto.

OTELO – ¡Dios! (*Sale*)

EMILIA – ¿Conque no es celoso?

DESDÉMONA – Jamás le vi así. Seguro que es la magia del pañuelo, Me apena mucho haberlo perdido.

EMILIA – Un año o dos no revelan a un hombre. Todos son estómagos y nosotras, comida. Nos comen con hambre y, una vez llenos, nos eructan. (*Entran Yago y Casio*) Mirad: Casio y mi marido.

YAGO – No hay otro remedio: debe hacerlo ella. ¡Mirad qué suerte! Id a rogarle.

DESDÉMONA – ¿Qué hay, buen Casio? ¿Alguna noticia?

CASIO – Mi ruego, señora. Os suplico que, por vuestra favorable mediación, yo pueda volver a existir y gozar del afecto de aquél a quien, con toda la entrega de mi alma, honro sin reservas. No lo aplacéis. Si tan grave es mi delito que ni acciones pasadas, penas presentes o intención de servicios futuros son rescate suficiente de su afecto, el beneficio de saberlo solicito. Así me envolveré en fingida complacencia, resignado a seguir otro camino al albur de la fortuna.

DESDÉMONA – ¡Ah, noble Casio! Mi defensa no encuentra consonancia: mi esposo no es mi esposo, ni podría conocerle si tuviera el semblante tan cambiado como el ánimo. Os juro por todos los santos que por vos he hecho lo imposible, poniéndome al alcance de su enojo por hablarle con franqueza. Debéis esperar. Lo que pueda, lo haré: más de lo que me atrevo a hacer por mí misma. Que eso os baste.

YAGO – ¿Enojado mi señor?

EMILIA – Salió hace un momento y, desde luego, con gran excitación.

YAGO – ¿Cómo puede enojarse? Yo he visto cómo el cañón hacía saltar sus batallones por el aire y, como un diablo, arrebatava a su propio hermano de su

lado. ¿Enojado? Será algo grave. Voy a buscarle. Algo ha de pasar si está enojado.

DESDÉMONA – Ve con él, te lo ruego. (*Sale Yago*) Le habrá enturbiado su espíritu limpio algún asunto de Estado, quizá de Venecia, o alguna conjura malograda, recién descubierta aquí, en Chipre. En esos casos, cuando les preocupan cosas de importancia, los hombres discuten por una minucia. Ocurre así. Cuando el dedo nos duele, parece que transmite dolor a los miembros sanos. No; no pensemos que los hombres son dioses, ni de ellos esperemos miramientos como el día de la boda. ¡Regáñame, Emilia! Soy una torpe guerrera y con el alma acusaba de rigor a mi marido; mas veo que he inducido a falso testimonio y que le he acusado injustamente.

EMILIA – Dios quiera que sean asuntos de Estado, como creéis, y no algún antojo o celos caprichosos que os afecten.

DESDÉMONA – ¡Cielo santo! Jamás le di motivo.

EMILIA – Sí, más eso al celoso no le sirve. El celoso no lo es por un motivo: lo es porque lo es. Son los celos un monstruo engendrado y nacido de sí mismo.

DESDÉMONA – Dios guarde de ese monstruo el alma de Otelo.

EMILIA – Así sea, señora.

DESDÉMONA – Voy a buscarle. Casio, quedad por aquí. Si le veo bien dispuesto, le presentaré vuestra súplica y haré lo imposible por que acceda.

CASIO – Señora, con humildad os lo agradezco.

(*Salen Desdémona y Emilia. Entra Bianca*)

BIANCA – Dios te guarde, amigo Casio.

CASIO – ¿Qué haces que no estás en casa? ¿Cómo está mi bellísima Bianca? Te juro, mi amor, que iba a visitarte.

BIANCA – Y yo iba a tu aposento. ¿Conque una semana sin verme? ¿Siete días con sus noches? ¿Trece veces trece horas? ¡Y horas de ausencia del amado, cien veces más largas que las del reloj! ¡Qué agobio de cuenta!

CASIO – Perdóname, Bianca: estos días me abrumaban muy graves pensamientos. Te pagaré mi cuenta de ausencia de manera más continua. Querida Bianca, cópiame este bordado. (*Le da el pañuelo*)

BIANCA – Casio, ¿esto de dónde ha salido? Seguro que es prenda de una nueva amiga. Ahora veo el motivo de la ausencia. ¿A esto hemos llegado? Vaya, vaya.

CASIO – ¡Quita, mujer! Devuelve tus viles celos a la boca del diablo, que es quien te los dio. Tú sospechas que esto es de una amante, algún recuerdo. Te juro que no, Bianca.

BIANCA – Pues, ¿de quién es?

CASIO – Ni yo lo sé. Lo encontré en mi aposento. Me gusta el bordado. Antes que lo busquen, como harán seguramente, quisiera una copia. Toma y hazla, y ahora, déjame.

BIANCA – ¿Qué te deje? ¿Por qué?

CASIO – Estoy esperando al general, y no sería propio, ni es mi deseo, que me vea con una mujer.

BIANCA – ¿Y por qué?

CASIO – No es que no te quiera.

BIANCA – Es que no me quieres. Te lo ruego, acompáñame un poco y dime si he de verte al atardecer.

CASIO – Apenas si puedo acompañarte, pues he de seguir esperando; mas te veré luego.

BIANCA – Muy bien. Tendré que conformarme. (*Salen*)

(*Entran Otelo y Yago*)

YAGO – ¿Vais a creerlo?

OTELO – ¿Creerlo, Yago?

YAGO – ¿Un beso a solas?

OTELO – ¡Un beso ilícito!

YAGO – ¿O estar desnuda en la cama con su amigo una hora o más sin mala intención?

OTELO – ¿Desnuda en la cama sin mala intención, Yago? Eso es hipocresía con el diablo. A quienes obran con virtud y hacen esas cosas, el diablo les tienta la virtud y ellos tientan al cielo.

YAGO – Si no hacen nada es pecado venial; más si yo le doy un pañuelo a mi mujer...

OTELO – ¿Qué?

YAGO – Pues que es suyo, señor, y, siendo suyo, creo que puede regalárselo a otro hombre.

OTELO – Más ella es protectora de su honra. ¿Puede entregarla?

YAGO – Su honra es una esencia invisible. La siguen teniendo quienes ya no la tienen. Pero el pañuelo...

OTELO – ¡Por Dios, ojala que lo hubiera olvidado! Me decías ah, se ciernen sobre mi memoria como cuervo sobre casa apestada, augurando desgracia que él tenía mi pañuelo.

YAGO – ¿Y qué?

OTELO – Pues que no está bien.

YAGO – ¿Y si hubiera dicho que le vi ofenderos? ¿O le hubiera oído decir, como esos granujas que, haciendo la corte con porfía o por la débil voluntad de alguna dama, las convencen y complacen, y no saben callarse...?

OTELO – ¿Ha dicho algo?

YAGO – Sí, señor. Pero seguro que no más de lo que niegue bajo juramento.

OTELO – ¿Qué ha dicho?

YAGO – Pues que... No sé qué.

OTELO – ¿Qué, qué?

YAGO – Durmió...

OTELO – ¿Con ella?

YAGO – Con ella, sobre ella, como queráis.

OTELO – ¿Durmió con ella? ¿Sobre ella? Entonces decimos que dormir es infamarla. ¡Con ella! ¡Dios, qué asco! ¡Pañuelo, confesión, pañuelo! Confesión y horca por hacerlo. Primero la horca y después la confesión. Me hace temblar. Mi naturaleza no caería sin fundamento en pasión tan cegadora. No son palabras lo que me agita. ¡Uf! Nariz, orejas, labios. ¿Es posible? ¿Confesión? ¿Pañuelo? ¡Vil demonio! (*Cae inconsciente*)

YAGO – Actúa, veneno, actúa. Así es como caen los crédulos bobos, y así es como pierden la honra muchas dignas damas, siendo inocentes y puras. ¡Eh, señor! ¡Vamos, señor! ¡Otelo! (*Entra Casio*) ¿Qué hay, Casio?

CASIO – ¿Qué pasa?

YAGO – Mi señor ha tenido un ataque de epilepsia. Ya es el segundo: ayer tuvo uno.

CASIO – Frótale las sienes.

YAGO – No, dejadle. Que la inconsciencia siga su curso. Si no, echará espumarajos por la boca y se pondrá hecho una furia. Mirad, se mueve. Retiraos un momento. Se repondrá en seguida. Cuando se haya ido, quiero hablaros de un asunto importante. (*Sale Casio*) ¿Qué hay, general? ¿Os habéis lastimado la cabeza?

OTELO – ¿Te burlas de mí?.

YAGO – ¿Burlarme de vos? No, por Dios. Así llevarais vuestra suerte como un hombre.

OTELO – Un cornudo es un monstruo y una bestia.

YAGO – Entonces en una ciudad populosa hay muchas bestias y monstruos civiles.

OTELO – ¿Lo ha confesado?

YAGO – Mi buen señor, sed hombre. Pensad que quien lleva barba y va en coyunda, tal vez arrastre esa carga. Son millones los que duermen en camas deshonoradas que ellos tienen por honrosas. Vuestro caso es mejor. ¡Ah, qué ruindad del diablo, qué burla del Maligno es besar a una indecente, creyéndola pura, en el lecho conyugal! No, yo quiero saberlo y, sabiendo lo que soy, sabré cómo acabará ella.

OTELO – ¡Ah, qué sagaz! Es cierto.

YAGO – Alejaos un momento; no crucéis la frontera de la calma. Cuando estabais abrumado por la angustia, flaqueza que no cuadra a un hombre como vos, llegó Casio. Logré librarme de él; vuestro desmayo me dio buena excusa. Le dije que volviese pronto y hablaríamos, lo cual prometió. Ahora escondeos, y fijaos en las burlas, muecas y visajes que aloja cada zona de su cara, pues haré que vuelva a contarme dónde, cómo, cuándo, desde cuándo y cada cuánto se entiende y entenderá con vuestra esposa. Fijaos bien en su actitud. Vamos, calma, o diré que sois todo bilis y nada ser humano.

OTELO – ¿Me oyes bien, Yago? Seré muy cauteloso con mi calma, pero, ¿me oyes bien?, muy violento.

YAGO – Eso está bien. Más todo a su tiempo. ¿Queréis retiraros? (*Se esconde Otelo*) Ahora le hablaré a Casio de Bianca, una mujercuela que, vendiendo sus favores, se paga la ropa y el pan. Se muere por Casio, pues es la maldición de las perdidas engañar a muchos y que uno solo las engañe. Cuando la oiga nombrar, no podrá contenerse de la risa. Aquí llega. (*Entra Casio*) Cuando se ría, Otelo se pondrá furioso, y sus celos ignorantes torcerán el desparpajo, las sonrisas y ademanes del pobre Casio. ¿Qué tal, teniente?

CASIO – Nunca peor, pues me nombras por el puesto cuya carencia me mata.

YAGO – Porfiad con Desdémona y será vuestro. Si de Bianca dependiese vuestra súplica, ¡qué pronto seríais favorecido!

CASIO – ¡Ah, pobre criatura!

OTELO – Ya se está riendo.

YAGO – Jamás conocí mujer tan enamorada.

CASIO – ¡Ah, la pobrecilla! Sí, creo que me quiere.

OTELO – Lo niega a medias y lo toma a risa.

YAGO – Escuchad, Casio.

OTELO – Ahora le fuerza a que lo cuente. Muy bien, vamos, adelante.

YAGO – Ella va diciendo que la haréis vuestra esposa. ¿Es vuestra intención?

CASIO – ¡Ja, ja, ja!

OTELO – ¿Triunfante, romano, triunfante?

CASIO – ¿Hacerla mi esposa? ¿A una buscona? Anda, ten caridad con mi uso de razón. No lo juzgues tan enfermo. ¡Ja, ja, ja!

OTELO – Vaya, vaya. Ríe quien vence.

YAGO – Pues corre la voz de que os casaréis.

CASIO – Vamos, habla en serio.

YAGO – Si miento, soy un canalla.

OTELO – ¿Conque me has marcado? Bien.

CASIO – Eso es un cuento de esa mona. Es su amor y vanidad, no mi promesa, lo que le hace creer que nos casaremos.

OTELO – Yago me hace señas. Ya empieza la historia.

CASIO – Ha estado aquí hace poco. Me asedia por todos lados. El otro día hablaba yo con unos venecianos a la orilla del mar, y viene la mozuela y, te lo juro se me agarra al cuello así.

OTELO – (*Gritando*) «¡Ah, querido Casio!», como aquel que dice. Sus ademanes lo explican.

CASIO – Se me apoya, se me cuelga y me llora, y venga a tirar de mí. ¡Ja, ja, ja!

OTELO – Ahora contará que se lo llevó a mi cuarto. ¡Ah, te veo la nariz, pero no el perro al que se la echaré!

CASIO – Pues tendré que dejármela.

YAGO – ¡Vive Dios! Ahí viene.

(*Entra Bianca*)

CASIO – Una de esas zorras. Sí, y bien perfumada – ¿Qué pretendes asediándome así?

BIANCA – ¡Que te asedien a ti el diablo y su madre! ¿Y tú qué pretendías con el pañuelo que me has dado? ¡Valiente tonta fui al llevármelo! ¿Que copie el bordado? ¡Tú sí lo bordas todo encontrando en tu cuarto un pañuelo que no sabes

quién dejó! ¿La prenda de una lagarta y quieres que yo te la copie? Ten, dásela a tu moza. Me da igual la procedencia: yo no te copio el bordado.

CASIO – Pero, ¿qué pasa, mi querida Bianca? ¿Qué pasa?

OTELO – ¡Por Dios, seguro que es mi pañuelo!

BIANCA – Si quieres, ven a cenar esta noche. Si no, ven otro día, que te espero sentada.

YAGO – ¡Seguidla, seguidla!

CASIO – Claro; si no, irá renegando por la calle.

YAGO – ¿Cenaréis con ella?

CASIO – Pienso ir, sí.

YAGO – Pues tal vez os vea. Me gustaría mucho hablar con vos.

CASIO – Pues ven. ¿Vendrás?

YAGO – Corred. Ni una palabra más.

(Sale Casio)

OTELO – *(Adelantándose)* ¿Cómo lo mato, Yago?

YAGO – ¿Oísteis qué risa le daba su pecado?

OTELO – ¡Ah, Yago!

YAGO – ¿Y visteis el pañuelo?

OTELO – ¿Era el mío?

YAGO – El vuestro, os lo juro. Y hay que ver cómo aprecia a vuestra cándida esposa: ella le da un pañuelo y él se lo da a su manceba.

OTELO – Estaría nueve años matándolo. ¡Qué mujer tan buena, tan bella, tan dulce!

YAGO – No. Eso debéis olvidarlo.

OTELO – Que se pudra y se muera, y se condene esta noche, pues no ha de vivir. No, el corazón se me ha vuelto piedra: lo golpeo y me duele la mano. ¡Ah, el mundo no ha dado criatura más dulce! Podría echarse junto a un emperador y darle órdenes.

YAGO – No, dejad eso ahora.

OTELO – ¡Que la cuelguen! Yo sólo digo lo que es. Primorosa con la aguja, admirable con la música su voz deja al oso sin fiereza. ¡Y qué grande entendimiento, qué rica imaginación!

YAGO – Por eso mismo es peor.

OTELO – ¡Ah, mil, mil veces! ¡Y a la vez tiene tanta gentileza!

YAGO – Sí, demasiada.

OTELO – Es verdad. Y, sin embargo, ¡qué pena, Yago! ¡Ah, Yago! ¡Qué pena, Yago!

YAGO – Si estáis tan prendado de su culpa, dadle licencia para pecar: si a vos no os agravia, a nadie molesta.

OTELO – La voy a hacer trizas. ¡Engañarme!

YAGO – Es indigno.

OTELO – ¡Con mi oficial!

YAGO – Aún más indigno.

OTELO – Tráeme un veneno, Yago, esta noche. Con ella no voy a discutir, no sea que su cuerpo y belleza aplaquen mi decisión. Esta noche, Yago.

YAGO – No la envenenéis. Estranguladla en la cama, en el lecho mancillado.

OTELO – Muy bien. Me complace esa justicia. Muy bien.

YAGO – Respecto a Casio, dejadlo de mi cuenta. Antes de medianoche tendréis noticias.

OTELO – Magnífico. (*Toque de clarín dentro*) ¿Qué es ese clarín?

YAGO – Seguro que noticias de Venecia. (*Entran Ludovico, Desdémona y acompañamiento*) Es Ludovico, de parte del Dux. Y con él vuestra esposa.

LUDOVICO – ¡Dios os guarde, noble general!

OTELO – Vuestro de todo corazón.

LUDOVICO – El Dux y senadores de Venecia os saludan. (*Le da una carta*)

OTELO – Beso el documento de sus órdenes. (*Lee la carta*)

DESDÉMONA – ¿Y qué noticias traéis, pariente Ludovico?

YAGO – Me alegro mucho de veros, señor. Bienvenido a Chipre.

LUDOVICO – Gracias. ¿Cómo está el teniente Casio?

YAGO – Vive, señor.

DESDÉMONA – Ludovico, entre él y mi esposo ha surgido una extraña desunión. Vos podréis remediarlo.

OTELO – ¿Estás segura?

DESDÉMONA – ¿Señor?

OTELO – «No dejéis de hacerlo, pues... »

LUDOVICO – No os llamaba: está leyendo el mensaje. ¿Hay discordia entre Casio y vuestro esposo?

DESDÉMONA – Y muy triste. Haría lo que fuese por unirlos, en mi cariño por Casio.

OTELO – ¡Fuego y azufre!

DESDÉMONA – ¿Señor?

OTELO – ¿Eres discreta?

DESDÉMONA – ¡Ah! ¿Está enojado?

LUDOVICO – Quizá le ha afectado la carta, pues creo que le ordenan que regrese y nombran a Casio para el mando.

DESDÉMONA – ¡Cuánto me alegra!

OTELO – ¿De veras?

DESDÉMONA – ¿Señor?

OTELO – Me alegra verte loca.

DESDÉMONA – ¡Querido Otelo!

OTELO – ¡Demonio! (*La abofetea*)

DESDÉMONA – No merezco esto.

LUDOVICO – Señor, esto no lo creerían en Venecia aunque jurase que lo vi. Es inaudito. Desagraviadla: está llorando.

OTELO – ¡Demonio, demonio! Si la tierra concibiese con llanto de mujer, de cada lágrima saldría un cocodrilo. ¡Fuera de mi vista!

DESDÉMONA – Me voy por no ofenderte.

LUDOVICO – Una esposa muy obediente. Señor, os lo suplico, pedidle que vuelva.

OTELO – ¡Mujer!

DESDÉMONA – ¿Señor?

OTELO – ¿Para qué la queréis, señor?

LUDOVICO – ¿Quién? ¿Yo, señor?

OTELO – Sí. Queráis que la hiciese volver. Pues sabe volver, y volverse, y seguir, y darse la vuelta. Y sabe llorar, sí, llorar. Y es obediente, como decís; obediente muy obediente - Tú sigue llorando – Respecto a esto, señor.. - ¡Qué bien finge la, Vena! me ordenan que regrese – ¡Fuera de aquí! Ya te mandaré llamar - Señor, obedezco la orden y regreso a Venecia – ¡Vete, fuera! (*Sale Desdémona*) Casio me reemplazará. Y os suplico, señor, que cenéis esta noche conmigo. Sed bienvenido a Chipre – ¡Monos y cabras! (*Sale*)

LUDOVICO – ¿Es éste el noble moro a quien todo el Senado creía tan entero? ¿Es éste el ánimo al que no conmovía la emoción, la firmeza que no roza ni traspasa la flecha o el disparo del azar?

YAGO – Está muy cambiado.

LUDOVICO – ¿Se ha trastornado? ¿No estará demente?

YAGO – Él es el que es. No me corresponde juzgar lo que podría ser. Si no es lo que podría, ojala lo fuera

LUDOVICO – ¡Pegarle a su esposa!

YAGO – Sí, eso no ha estado bien. Más ojala ese golpe fuera lo peor.

LUDOVICO – ¿Es su costumbre? ¿O acaso la carta le ha excitado la pasión, creándole esa lacra?

YAGO – ¡Válgame! No sería honrado si os dijera lo que he visto y oído. Observadle, y su conducta le mostrará de tal modo que os ahorrará mis palabras. Id con él y fijaos en cómo continúa.

LUDOVICO – Con él he sufrido un desengaño. (*Salen*)

(*Entran Otelo y Emilia*)

OTELO – ¿Así que no has visto nada?

EMILIA – Ni visto ni oído y nunca he sospechado.

OTELO – Sí, los has visto juntos a Casio y a ella.

EMILIA – Pero no vi nada malo, y oí cada palabra que salió de sus bocas.

OTELO – ¡Cómo! ¿No secreteaban?

EMILIA – Nunca, señor.

OTELO – ¿Ni te mandaban que te fueras?

EMILIA – Nunca.

OTELO – ¿Ni a traerle el abanico, los guantes, el antifaz, ni nada?

EMILIA – Jamás, señor.

OTELO – Sorprendente.

EMILIA – Señor, apostaría el alma a que ella es honesta. Si pensáis otra cosa, desechad esa idea: os está engañando. Si algún infame os lo ha metido en la cabeza, ¡caiga sobre él la maldición de la serpiente! Si ella no es honesta, pura y fiel, no hay hombre dichoso: la esposa mejor es más vil que la calumnia.

OTELO – Dile que venga. Vamos. (*Sale Emilia*) Ésta habla bien, Pero boba sería la alcahueta que no hablara así. ¡Y qué puta más lista! Llave y candado de viles secretos; aunque se arrodilla y reza. Se lo he visto hacer.

(*Entran Desdémona y Emilia*)

DESDÉMONA – Señor, ¿qué deseas?

OTELO – Ven aquí, paloma.

DESDÉMONA – ¿Cuál es tu deseo?

OTELO – Deja que te vea los ojos. Mírame a la cara.

DESDÉMONA – ¿Qué horrible capricho es éste?

OTELO – (*A Emilia*) Tú, mujer, a lo tuyo. Deja en paz a los que van a procrear. Cierra la puerta y tose o carraspea si viene alguien. ¡Tu oficio, tu oficio! ¡A cumplir!

(*Sale Emilia*)

DESDÉMONA – Te lo pido de rodillas: ¿Qué significa lo que dices? Entiendo el furor de tus palabras, más no las palabras.

OTELO – Pues, ¿quién eres tú?

DESDÉMONA – Tú esposa, señor. Tú esposa fiel y leal,

OTELO – Vamos, júralo y condénate, no sea que, siendo angelical, los propios demonios teman apresarte. Conque doble condena: jura que eres honesta.

DESDÉMONA – Bien lo sabe el cielo.

OTELO – El cielo bien sabe que eres más falsa que el diablo.

DESDÉMONA – ¿Cómo soy falsa, señor? ¿Con quién, para quién?

OTELO – ¡Ah, Desdémona, vete, vete, vete!

DESDÉMONA – ¡Dios bendito! ¿Por qué lloras? ¿Soy yo la causa de tus lágrimas, señor? Si acaso sospechas que mi padre intervino en tu orden de regreso, a mí no me culpes. Si tú le perdiste, yo también le perdí.

OTELO – Si los cielos me hubieran puesto a prueba con padecimientos, vertiendo sobre mí toda suerte de angustias y deshonras, sumiéndome hasta el labio en la miseria, cautivos mis afanes y mi ser, habría hallado una gota de paciencia en alguna parte de mi alma. Pero, ¡ay, convertirme en el número inmóvil que la aguja del escarnio señala en su curso imperceptible! Aun eso podría soportar, aun eso. Mas del ser en que he depositado el corazón, que me da vida y, si no, sería mi muerte, del manantial de donde brota o se seca mi corriente, ¡verme separado o tenerlo como ciénaga de sapos inmundos que se juntan y aparean...! Palidece de verlo, paciencia, tierno querubín de labios rosados. ¡Sí, ponte más sañudo que el infierno!

DESDÉMONA – Señor, supongo que me crees honesta.

OTELO – ¡Oh, sí! Como moscas de verano en matadero, que nacen criando. ¡Ah, flor silvestre, tan hermosa y de olor tan delicado que lastimas el sentido! ¡Ojalá no hubieras nacido!

DESDÉMONA – Pero, ¿qué pecado he cometido sin saberlo?

OTELO – ¿Se hizo este bello papel, este hermoso libro, para escribir en él «puta»? ¿Qué pecado? ¿Pecado? ¡Ah, mujerzuela! Si nombrase tus acciones, mis mejillas serían fraguas que el pudor reducirían a cenizas. ¿Qué pecado? Al cielo le hiede, la luna cierra los ojos; el viento sensual, que todo lo besa, enmudece en la cóncava tierra y no quiere oírlo. ¿Qué pecado? ¡Impúdica ramera!

DESDÉMONA – Por Dios, me estás injuriando.

OTELO – ¿No eres una ramera?

DESDÉMONA – No, o no soy cristiana. Si, para honra de mi esposo, preservar este cuerpo de contactos ilícitos e impuros es no ser una ramera, no lo soy.

OTELO – ¿Que no eres una puta?

DESDÉMONA – ¡No, por mi salvación!

OTELO – ¿Es posible?

DESDÉMONA – ¡Ah, que Dios nos perdone!

OTELO – Entonces disculpad. Os tomé por la astuta ramera de Venecia que se casó con Otelo – ¡Tú, mujer, que, al revés que San Pedro, custodias la puerta del infierno! (*Entra Emilia*) Tú, tú, ¡sí, tú! Nuestro asunto ha terminado. Aquí está tu paga. Ahora echa la llave, y silencio. (*Sale*)

EMILIA – Pero este hombre, ¿qué imagina? ¿Cómo estáis, señora? ¿Cómo estáis?

DESDÉMONA – Aturdida.

EMILIA – Decidme, ¿qué le pasa a mi señor?

DESDÉMONA – ¿A quién?

EMILIA – Pues a mi señor.

DESDÉMONA – ¿Quién es tu señor?

EMILIA – El vuestro, mi querida señora.

DESDÉMONA – Ya no tengo. No hablemos, Emilia. No puedo llorar, y no tendría más palabras que las lágrimas. Esta noche ponme en la cama mis sábanas de boda, acuérdate. Y dile a tu esposo que venga.

EMILIA – ¡Vaya cambio! (*Sale*)

DESDÉMONA – Está bien que me trate así, ¡muy bien! ¿Qué habré hecho yo para que tenga la mínima queja de mi más leve falta?

(*Entran Yago y Emilia*)

YAGO – ¿Qué deseáis, señora? ¿Estáis bien?

DESDÉMONA – No sé. Los que educan a los niños les hablan con dulzura y corrigen con bondad. Debió hacerlo así, pues soy como niña que ignora el reproche.

YAGO – ¿Qué ocurre, señora?

EMILIA – ¡Ah, Yago! El señor la ha tratado de puta, la ha cubierto de insultos y de ofensas que la honra no puede soportar.

DESDÉMONA – ¿Acaso lo soy, Yago?

YAGO – ¿Sois qué, mi bella señora?

DESDÉMONA – Lo que dice que mi esposo me llamó.

EMILIA – La llamó puta. Ni un mendigo borracho le habría dicho eso a su golfa.

YAGO – ¿Por qué lo hizo?

DESDÉMONA – No lo sé. Juro que no lo soy.

YAGO – No lloréis, no lloréis. ¡Válgame!

EMILIA – ¿Renunció a tan nobles pretendientes, a su padre, su tierra y su familia, para ser llamada puta? ¿No es para llorar?

DESDÉMONA – Es mi desventura.

YAGO – ¡Maldito sea! ¿Cómo se le habrá ocurrido?

DESDÉMONA – Sabe Dios.

EMILIA – Que me cuelguen si no es una calumnia de algún canalla redomado, algún bribón entrometido, algún embaucador mentiroso y retorcido que va buscando un puesto. ¡Que me cuelguen!

YAGO – ¡Bah! Ese hombre no existe. Es imposible.

DESDÉMONA – Si existe, que Dios le perdone.

EMILIA – Que le perdone la horca y se pudra en el infierno. ¿Por qué la llamó puta? ¿Quién va con ella? ¿Dónde, cuándo, cómo, por qué motivo? Algún mal nacido engaña a Otelo, algún granuja ruin y despreciable. ¡Quiera Dios descubrir a estos sujetos y poner un látigo en toda mano honrada que desnudos los azote por el mundo desde el este hasta el oeste!

YAGO – Habla más bajo.

EMILIA – ¡Mala peste...! Alguno de éstos fue quien te puso el juicio del revés, haciéndote creer que yo te engañaba con Otelo.

YAGO – Tú eres tonta. Calla.

DESDÉMONA – ¡Ah, Yago! ¿Qué puedo hacer por recobrar el cariño de mi esposo? Buen amigo, ve con él, pues, por la luz del cielo, no sé cómo le perdí. Lo digo de rodillas: si alguna vez pequé contra su amor por vía de pensamiento o de obra; si mis ojos, oídos o sentidos gozaron con algún otro semblante; si no le quiero con toda mi alma, como siempre le quise y le querré, aunque me eche de su lado como a una pordiosera, ¡que el sosiego me abandone! Mucho puede el desamor, mas aunque el suyo acabe con mi vida, con mi amor nunca podrá. No puedo decir «puta»; me repugna la palabra. Ni por todas las glorias de este mundo haría nada que me diera un nombre así.

YAGO – Calmaos, os lo ruego. Es el mal humor. Le enojan los asuntos de gobierno y por eso os riñe.

DESDÉMONA – Si sólo fuera eso...

YAGO – Sólo es eso, os lo aseguro. Escuchad: los clarines llaman a la cena. Aguardan los emisarios de Venecia. Entrad y no lloréis. Todo irá bien. (*Salen Desdémona y Emilia. Entra Rodrigo*) ¿Qué hay, Rodrigo?

RODRIGO – Veo que no juegas limpio conmigo.

YAGO – ¿En qué te fundas?

RODRIGO – Día tras día me vas dando largas, Yago, y creo que, más que darme ocasión, me vas menguando la esperanza. Ahora ya no pienso tolerarlo, ni estoy dispuesto a sufrir en silencio lo que ya he soportado como un tonto.

YAGO – ¿Quieres oírme, Rodrigo?

RODRIGO – He oído demasiado. Tus hechos no hacen juego con tus dichos.

YAGO – Me acusas sin razón.

RODRIGO – Con la pura verdad. Me he quedado sin recursos. Las joyas que te di para Desdémona podían haber comprado a una monja. Me dices que las tiene y que me da esperanzas y ánimo de inmediato favor y relaciones, mas no veo nada.

YAGO – Bueno, vamos, vamos.

RODRIGO – ¡Bueno, vamos! ¿Cómo voy a irme? Y de bueno, nada. Todo esto es vil y empiezo a sentirme estafado.

YAGO – Bueno.

RODRIGO – Te digo que de bueno, nada. Voy a presentarme a Desdémona. Si me devuelve las joyas, renuncio a mi pretensión y a galanteos ilícitos. Si no, te exigiré reparación.

YAGO – ¿Has dicho?

RODRIGO – Sí, y no he dicho nada que no piense hacer.

YAGO – ¡Vaya! Ahora veo que tienes bríos, y desde ahora mi opinión de ti es mejor que nunca. Dame la mano, Rodrigo. Me has hecho una justísima objeción; mas yo te aseguro que siempre jugué limpio con tu asunto.

RODRIGO – No se ha visto.

YAGO – Reconozco que no se ha visto, y a tus reservas no les falta seso ni cordura. Pero Rodrigo, si de veras tienes lo que ahora tengo más razón para creer, decisión, arrojo y hombría, demuéstalo esta noche. Si a la siguiente no gozas a Desdémona, quítame de en medio a traición y ponle trampas a mi vida.

RODRIGO – ¿Qué planeas? ¿Es prudente y hacedero?

YAGO – Por orden especial llegada de Venecia, Casio pasa a ocupar el puesto de Otelo.

RODRIGO – ¿Es verdad? Entonces Otelo y Desdémona vuelven a Venecia.

YAGO – Ah, no: él se va a Mauritania con su bella Desdémona, a no ser que algún accidente demore su marcha. Para lo cual lo más contundente es librarse de Casio.

RODRIGO – ¿Qué quiere decir «librarse»?

YAGO – Pues impedirle que ocupe el puesto de Otelo; cortarle el cuello.

RODRIGO – ¿Y quieres que lo haga yo?

YAGO – Sí, si tienes valor para hacerte servicio y justicia. Él cena esta noche con una perdida; yo iré a verle. Aún no sabe nada de sus nuevos honores. Si aguardas su salida yo haré que salga entre las doce y la una, le tendrás a tu alcance. Yo estaré cerca para secundarte y entre los dos lo matamos. Anda, no te desconciertes y ven conmigo. Te haré ver la necesidad de su muerte y tú te sentirás obligado a dársela. Es la hora de la cena y corren las horas. ¡En marcha!

RODRIGO – Necesito más razones para hacerlo.

YAGO – Quedarás complacido. (*Salen*)

(*Entran Otelo, Ludovico, Desdémona, Emilia y acompañamiento*)

LUDOVICO – Os lo ruego, señor. No os molestéis.

OTELO – Permitid. Me hará bien andar.

LUDOVICO – Señora, buenas noches. Os doy humildes gracias.

DESDÉMONA – A vuestro servicio.

OTELO – ¿Vamos, señor? Ah, Desdémona.

DESDÉMONA – ¿Señor?

OTELO – Acuéstate ya. Vuelvo de inmediato. Que no se quede tu dama. Haz como te digo.

DESDÉMONA – Sí, señor.

(*Salen Otelo, Ludovico y acompañamiento*)

EMILIA – ¿Cómo va todo? Parece más amable que antes.

DESDÉMONA – Dice que vuelve en seguida. Me ha mandado que me acueste y ha dicho que no te quedes.

EMILIA – ¿Que no me quede?

DESDÉMONA – Es su deseo. Así que, buena Emilia, me traes la ropa de noche y adiós. No debemos contrariarle.

EMILIA – ¡Ojala no le hubierais visto nunca!

DESDÉMONA – Eso no. Mi amor por él es tanto que su enojo, censuras y aspereza..., suéltame esto,... tienen su encanto y donaire.

EMILIA – He puesto las sábanas que dijisteis.

DESDÉMONA – Es igual. ¡Ah, qué antojos tenemos! Si muero antes que tú, amortájame con una de esas sábanas.

EMILIA – Vamos, vamos, ¡qué decís!

DESDÉMONA – Mi madre tenía una doncella, de nombre Bárbara. Estaba enamorada, y su amado le fue infiel y la dejó. Sabía la canción del sauce, una vieja canción que expresaba su sino, y murió cantándola. Esta noche no puedo olvidar la canción. Me cuesta no hundir la cabeza y cantarla como hacía la pobre Bárbara. Date prisa.

EMILIA – ¿Os traigo la bata?

DESDÉMONA – No, suéltame esto. Ludovico es bien parecido.

EMILIA – Muy guapo.

DESDÉMONA – Y habla bien.

EMILIA – En Venecia conozco una dama que habría ido descalza a Palestina por tocarle un labio.

DESDÉMONA – (*Canta*) «Penaba por él bajo un sicamor llora, sauce, conmigo; la frente caída, hundido el corazón; llora, sauce, llora conmigo; las aguas corrían llevando el dolor; llora, sauce, conmigo; el llanto caía y la piedra ablandó». Guarda esto. «Llora, sauce, llora conmigo». Date prisa; está al llegar. «Llora, sauce, conmigo; guirnalda te haré No le acusarán; le admito el desdén». No, así no es. ¿Oyes? ¿Quién llama?

EMILIA – Es el viento.

DESDÉMONA – (*Canta*) «Falso fue mi amor, mas, ¿qué dijo él? Llora, sauce, conmigo; si yo te he engañado, engáñame también» Vete ya. Buenas noches. Me escuecen los ojos. ¿Presagia llanto?

EMILIA – No tiene que ver.

DESDÉMONA – Lo he oído decir. ¡Ah, estos hombres, estos hombres! Dime, Emilia, ¿tú crees en conciencia que hay mujeres que engañen tan vilmente a sus maridos?

EMILIA – Algunas sí que hay.

DESDÉMONA – ¿Tú lo harías si te dieran el mundo?

EMILIA – ¿No lo haríais vos?

DESDÉMONA – No. Que sea mi testigo esa luz celestial.

EMILIA – Pues que esa luz no sea mi testigo. Yo lo haría a oscuras.

DESDÉMONA – ¿Tú lo harías si te dieran el mundo?

EMILIA – El mundo es enorme. Y es paga muy alta por tan poca falta.

DESDÉMONA – La verdad, no creo que lo hicieras.

EMILIA – La verdad, yo creo que lo haría, para deshacerlo una vez hecho. Bueno, no lo haría por una sortija o unas varas de batista, por vestidos, enaguas o tocas, ni por regalos mezquinos. Pero, ¡por el mundo entero! Santo Dios, ¿quién no le pondría los cuernos al marido para hacerle rey? Yo me arriesgaría al purgatorio.

DESDÉMONA – Que me pierda si cometo esa falta por nada del mundo.

EMILIA – Pero sería una falta para el mundo y, si os dan el mundo a cambio, la falta quedaría en vuestro mundo y pronto podríais repararla.

DESDÉMONA – Yo no creo que haya mujeres así.

EMILIA – Sí, un montón, y tantas como para poblar el mundo que les dieran. Mas creo que si pecan las mujeres la culpa es de los maridos: o no cumplen y llenan otras faldas de tesoros que son nuestros, o les entran unos celos sin sentido y nos tienen encerradas; o nos pegan, o nos menguan el dinero por despecho. Todo esto nos encona y, si nuestro es el perdón, nuestra es la venganza. Sepan los maridos que sus mujeres tienen sentidos como ellos; que ven, huelen y tienen paladar para lo dulce y lo agrio. ¿Qué hacen cuando nos dejan por otras? ¿Gozar? Creo que sí. ¿Los mueve el deseo? Creo que sí. ¿Pecan por flaqueza? Creo que también. Y nosotras, ¿no tenemos deseos, ganas de gozar y flaquezas como ellos? Pues que aprendan a tratarnos o, si no, que sepan que todo nuestro mal es el mal que nos enseñan.

DESDÉMONA – Buenas noches, buenas noches. No quiera Dios que el mal sea mi guía, sino mi lección. (*Salen*)

(*Entran Yago y Rodrigo*)

YAGO – Ponte aquí, detrás del puesto. Viene en seguida. Desnuda el estoque y clávalo bien. De prisa, no temas. Yo estaré a tu lado. A la cima o a la ruina: piénsalo y afianza el propósito.

RODRIGO – Quédate cerca, no sea que falle.

YAGO – Aquí al lado. Valor y a tu puesto. (*Se aparta*)

RODRIGO – No me fascina el designio. Sin embargo, me ha dado razones convincentes. Es sólo una vida. ¡A él, espada! ¡Muerto!

YAGO – (*Aparte*) A este pollo ya casi lo he dejado en carne viva, y le irrita. Mate a Casio, Casio a él o se maten entre sí, yo salgo ganando. Si Rodrigo sobrevive, me exigirá cabal restitución de oro y joyas que yo le afané y que me dio para Desdémona. No puede ser. Si Casio prevalece, su vida siempre tiene una belleza que me afea. Además, el moro podría descubrirle mi juego, lo que es peligroso. No, ha de morir. Pero, alto. Aquí llega.

(*Entra Casio*)

RODRIGO – Es él; conozco su andar. ¡Muere, infame!

CASIO – Tu golpe habría sido fatal si la malla no fuese mejor de lo que piensas. Probemos la tuya.

RODRIGO – ¡Ah, me has matado!

(*Yago hiere a Casio en la pierna y sale*)

CASIO – ¡Me han baldado! ¡Socorro! ¡Eh! ¡Al asesino! ¡Al asesino!

(*Entra Otelo*)

OTELO – La voz de Casio. Yago cumple su palabra.

RODRIGO – ¡Ah, soy un miserable!

OTELO – Muy cierto.

CASIO – ¡Socorro! ¡Eh! ¡Luz! ¡Un médico!

OTELO – Es él. Audaz Yago, honrado y leal; tan noble ante el agravio de tu amigo. Eres mi ejemplo. Prenda, tu amado ha muerto y se acerca tu condenación. ¡Allá voy, ramera! De mi alma he borrado tus ojos de ensueño; impúdica sangre manchará tu impuro lecho. (*Sale*)

(*Entran Ludovico y Graciano*)

CASIO – ¡Eh! ¿No hay nadie? ¿Y la ronda? ¡Al asesino!

GRACIANO – Alguna desgracia. Es un grito terrible.

CASIO – ¡Socorro!

LUDOVICO – Escuchad.

RODRIGO – ¡Ah, miserable!

LUDOVICO – Gritan dos o tres. Es noche cerrada. Quizá estén fingiendo. Sería peligroso acudir sin más ayuda.

RODRIGO – ¿No viene nadie? Moriré desangrado.

LUDOVICO – Escuchad.

(Entra Yago con una lámpara)

GRACIANO – Aquí viene alguien recién levantado con luz y armas.

YAGO – ¿Quién vive? ¿Quién grita «Al asesino»?

LUDOVICO – No sabemos.

YAGO – ¿No oísteis un grito?

CASIO – ¡A mí, a mí! ¡Socorro, por Dios!

YAGO – ¿Qué pasa?

GRACIANO – Es el alférez de Otelo, ¿no?

LUDOVICO – El mismo. Un tipo valiente.

YAGO – ¿Quién sois, que gritáis tan angustiado?

CASIO – ¿Yago? ¡Ah, me han malherido unos infames! Ayúdame.

YAGO – ¡Mi pobre teniente! ¿Qué infames han sido?

CASIO – Creo que uno está por aquí y no puede huir.

YAGO – ¡Infames traidores! – Vosotros, venid y ayudarme.

RODRIGO – ¡Aquí, socorredme

CASIO – Es uno de ellos.

YAGO – ¡Infame asesino! ¡Canalla! (*Apuñala a Rodrigo*)

RODRIGO – ¡Maldito Yago! ¡Ah, perro inhumano!

YAGO – ¿Matando a oscuras? ¿Dónde están los ladrones? ¡Qué silencio en la ciudad! ¡Eh, al asesino! – ¿Quién sois? ¿Gente de bien o de mal?

LUDOVICO – Conocednos y juzgadnos,

YAGO – ¿Señor Ludovico?

LUDOVICO – El mismo.

YAGO – Perdonad. A Casio le han herido unos granujas.

GRACIANO – ¿A Casio?

YAGO – ¿Cómo estáis, amigo?

CASIO – Me han partido la pierna.

YAGO – ¡No lo quiera Dios! Señores, luz. La vendaré con mi camisa.

(*Entra Bianca*)

BIANCA – ¿Qué pasa? ¿Quién gritaba?

YAGO – ¿Quién gritaba?.

BIANCA – ¡Ah, mi Casio! ¡querido Casio! ¡Ah, Casio, Casio, Casio!

YAGO – ¡Insigne zorra! Casio, ¿tenéis noción de quién os ha podido malherir?

CASIO – No.

GRACIANO – Me apena veros así. Iba en vuestra busca.

YAGO – Dadme una liga. ¡Eh, una silla! Así le sacaremos con más facilidad.

BIANCA – ¡Ah, se desmaya! ¡Ah, Casio, Casio, Casio!

YAGO – Sospecho, señores, que esta moza tuvo parte en la agresión – Paciencia, buen Casio – Vamos, luz. ¿Conocemos esta cara? ¡Cómo! ¿Mi amigo y querido paisano Rodrigo? No. Sí, claro. ¡Dios santo, Rodrigo!

GRACIANO – ¿Cómo? ¿El de Venecia?

YAGO – Sí, señor. ¿Le conocíais?

GRACIANO – ¿Conocerle? Claro.

YAGO – ¡*Signor* Graciano! Os pido disculpas. Que estas violencias me excusen por no haberos conocido.

GRACIANO – Me alegro de verte.

YAGO – ¿Cómo estáis, Casio? ¡Una silla, una silla!

GRACIANO – ¿Es Rodrigo?

YAGO – Sí, sí. Es él. (*Traen una silla*) ¡Ah, muy bien, la silla! Sacadle de aquí con cuidado. Yo buscaré al médico del general – Tú, mujer, ahórrate la molestia – Casio, el que yace aquí muerto era un buen amigo. ¿Había enemistad entre vosotros?

CASIO – Ninguna. Ni siquiera le conozco.

YAGO – (*A Bianca*) ¿Estás pálida? Llévadle dentro. (*Sacan a Casio y Rodrigo*) Quedaos, Señorías – ¿Estás pálida, mujer? – ¿No veis el pavor de su mirada? – Como nos mires así, pronto nos lo contarás – Miradla bien; os lo ruego, miradla. ¿Lo veis, caballeros? La culpa se delata aunque la lengua enmudezca.

(*Entra Emilia*)

EMILIA – ¿Qué pasa? ¿Qué pasa, Yago?

YAGO – Rodrigo y otros tipos que escaparon agredieron a Casio en la oscuridad. Está malherido y Rodrigo, muerto.

EMILIA – ¡Ay, pobre señor! ¡Ah, mi buen Casio!

YAGO – Esto es lo que trae el desenfreno. Anda, Emilia pregúntale a Casio dónde ha cenado – (*A Bianca*) ¿Te hace temblar?

BIANCA – Cenó en mi casa, y no me hace temblar.

YAGO – ¿Conque sí? Te ordeno que me acompañes.

EMILIA – ¡Ah, maldita seas, zorra!

BIANCA – No soy una zorra y soy tan decente como tú que me injurias.

EMILIA – ¿Como yo? ¡Uf! ¡Maldita seas!

YAGO – Señores, veamos cómo curan a Casio – Vamos, mujer, y prepara otra historia – Emilia, corre a la ciudadela y cuenta a los señores lo que ha sucedido – ¿Queréis ir primero? (*Aparte*) Esta es la noche que me hace o del todo me deshace. (*Salen*)

(*Entra Otelo con una lámpara. Desdémona acostada*)

OTELO – Tal es la causa, tal es la causa, alma mía Que yo no os la nombre, castas estrellas. Tal es la causa. Mas no he de verter esta sangre ni herir esta piel, más blanca que la nieve, más lisa que alabastro de sepulcros. Pero ha de morir o engañará a más hombres. Apaga la llama y después apaga su llama. Podría extinguirte, flamígera emisaria, y después devolverte la luz anterior si fuese a arrepentirme. Mas, muerta tu llama, criatura perfecta de la naturaleza, no sabría dónde hallar el fuego prometeico que te diera nueva luz. Si arranco tu rosa no puedo hacer que reviva; por fuerza se marchitará. La oleré en el rosal. (*La besa*) ¡Ah, aliento fragante, que tienta a la justicia para que rompa su espada! ¡Otro, otro! Cuando hayas muerto sigue así, que yo te mataré y te querré por siempre. ¡Otro más, el último! Lo grato nunca fue tan mortal. Me hace llorar. Pero es llanto cruel. La pena es divina: hiere lo que ama. Está despertando.

DESDÉMONA – ¿Quién es? ¿Otelo?

OTELO – Sí, Desdémona.

DESDÉMONA – ¿No te acuestas, señor?

OTELO – ¿Has rezado esta noche, Desdémona?

DESDÉMONA – Sí, mi señor.

OTELO – Si te queda algún pecado que no haya alcanzado la gracia del cielo, ruega su perdón.

DESDÉMONA – ¡Dios santo! ¿Qué quieres decir con eso?

OTELO – Vamos, reza y no tardes. Mientras, me retiraré. No quiero matar tu alma si no está preparada. ¡No lo quiera Dios! No voy a matarla

DESDÉMONA – ¿Hablas de matar?

OTELO – Sí, eso he dicho.

DESDÉMONA – Pues que el cielo se apiade de mí.

OTELO – Amén, de todo corazón.

DESDÉMONA – Si dices eso, no creo que quieras matarme.

OTELO – ¡Mmm!

DESDÉMONA – Sin embargo, me asustas, pues eres temible con esos ojos de fuego. Por qué tengo miedo no sé, si no tengo culpa; pero siento miedo.

OTELO – Piensa en tus pecados.

DESDÉMONA – Son amores que te doy.

OTELO – Pues por eso has de morir.

DESDÉMONA – Matar por amor es dar muerte cruel. ¡Ah! ¿Por qué te muerdes el labio? Alguna violencia conmueve tu cuerpo. Son presagios. Sin embargo, espero, espero que no irán contra mí.

OTELO – ¡Calla y escucha!

DESDÉMONA – Bien, ¿qué ocurre?

OTELO – A Casio le has dado aquel pañuelo tan querido que yo te regalé.

DESDÉMONA – ¡No, por mi vida y mi alma! Mándale llamar y pregúntale.

OTELO – Guárdate, alma mía, guárdate del perjurio. Estás en tu lecho de muerte.

DESDÉMONA – Pero aún no he de morir.

OTELO – Sí, ahora mismo; conque confiesa abiertamente tu pecado, pues negar con juramentos cada cargo no puede destruir ni ahogar la convicción que me atormenta. Vas a morir.

DESDÉMONA – ¡Que Dios se apiade de mí!

OTELO – Pues, amén.

DESDÉMONA – ¡Apiádate tú también! Jamás he pecado contra ti; jamás sentí por Casio nada más que el afecto común que Dios permite. Jamás le di prenda.

OTELO – ¡Por Dios, le vi el pañuelo en la mano! ¡Ah, perjura! Me pones de piedra el corazón y vuelves crimen mi propósito, cuando yo lo creía sacrificio. Le vi el pañuelo.

DESDÉMONA – Él lo encontraría. Yo no se lo di. Mándale que venga y confiese la verdad.

OTELO – Ya ha confesado.

DESDÉMONA – ¿Qué ha confesado?

OTELO – Que habéis tenido trato.

DESDÉMONA – ¿Cómo? ¿Carnal?

OTELO – Sí.

DESDÉMONA – No puede decir eso.

OTELO – No, le han cerrado la boca. Se encargó el honrado Yago.

DESDÉMONA – El miedo me engaña. ¿Ha muerto?

OTELO – Si hubieran sido vidas sus cabellos, mi venganza podría con todas.

DESDÉMONA – ¡Ah, le han engañado y yo estoy perdida!

OTELO – ¡Calla, zorra! ¿Le lloras en mi cara?

DESDÉMONA – ¡Ah, destiérrame, señor, mas no me mates!

OTELO – ¡Muere, zorra!

DESDÉMONA – ¡Mátame mañana! ¡Esta noche no!

OTELO – Como te resistas...

DESDÉMONA – ¡Sólo media hora!

OTELO – Empezar es acabar.

DESDÉMONA – ¡Que rece una oración!

OTELO – Demasiado tarde. (*La ahoga*)

DESDÉMONA – ¡Dios mío, Dios mío!

EMILIA – (*Desde dentro*) ¡Señor, señor! ¡Eh, señor, señor!

OTELO – ¿Qué ruido es ése? – ¿Aún vives? ¿Todavía? Soy cruel, pero clemente. No quiero alargar tu agonía. Así, así.

EMILIA – (*Desde dentro*) ¡Eh, señor, señor!

OTELO – ¿Quién es?

EMILIA – (*Desde dentro*) ¡Ah, señor! ¡Deseo hablar con vos!

OTELO – Es Emilia – ¡En seguida! – Está muerta – Vendrá a anunciarme la muerte de Casio. Hubo alboroto – ¡Qué! ¿Ya no se mueve? Más muda que la tumba – ¿Qué hago? ¿La dejo entrar? – Parece que se mueve. No – ¿Qué será mejor? Si entra, querrá hablar con mi esposa. ¡Esposa, esposa! ¿Qué esposa? No tengo esposa. ¡Qué angustia! ¡Qué dolor! Tendría que haber ahora un gran eclipse de sol y de luna, y el orbe, horrorizado, tendría que abrirse con esta alteración.

EMILIA – (*Desde dentro*) ¡Os lo suplico, dejadme que os hable! ¡Ah, mi buen señor!

OTELO – Te había olvidado. Pasa, Emilia. Espera un momento – Correré la cortina – ¿Dónde estás? ¿Qué te pasa?

(*Entra Emilia*)

EMILIA – ¡Ah, señor, ha habido un crimen horrible!

OTELO – ¿Cómo? ¿Ahora?

EMILIA – Ahora mismo, señor.

OTELO – Es la luna descarriada: se acerca a la tierra más que de costumbre y trastorna a los hombres .

EMILIA – Señor, Casio ha matado a Rodrigo, un joven veneciano.

OTELO – ¿Rodrigo muerto? ¿Y Casio también?

EMILIA – No, Casio no ha muerto.

OTELO – ¿Que Casio no ha muerto? Entonces el crimen desentona, y disuena la dulce venganza.

DESDÉMONA – ¡Ah, crimen injusto, injusto!

EMILIA – ¡Dios mío! ¿Qué voz era ésa?

OTELO – ¿Ésa? ¿Cuál?

EMILIA – ¡Dios del cielo, la voz de mi ama! (*Descorre la cortina*) ¡Ah, socorro, socorro! ¡Ah, hablad, señora! ¡Dulce Desdémona, querida señora, hablad!

DESDÉMONA – Muero inocente.

EMILIA – ¡Ah! ¿Quién ha hecho esto?

DESDÉMONA – Nadie. Yo misma. Adiós. Encomiéndame a mi esposo querido. ¡Ah, adiós! (*Muere*)

OTELO – ¿Y cómo han podido matarla?

EMILIA – ¡Ah, quién sabe!

OTELO – Le has oído decir que no fui yo.

EMILIA – Eso dijo, y yo sólo diré la verdad.

OTELO – Pues por embustera está en el infierno: yo fui quien la mató.

EMILIA – ¡Ah, pues más ángel ella y vos más negro demonio!

OTELO – Se dio a la lujuria y era una puta.

EMILIA – La estás calumniando y eres un demonio.

OTELO – Era más falsa que el agua.

EMILIA – Y tú más violento que el fuego llamándola falsa. Era pura como el cielo.

OTELO – Casio la montaba. Pregunta, si no, a tu marido. Así me condene en lo más hondo del infierno si he llegado a tal extremo sin un motivo justo. Tu marido lo sabía.

EMILIA – ¿Mi marido?

OTELO – Tu marido.

EMILIA – ¿Que era una adúltera?

OTELO – Sí, con Casio. Si me hubiera sido fiel, por nada la habría dado, aunque Dios crease otro mundo para mí de zafiro purísimo y perfecto.

EMILIA – ¿Mi marido?

OTELO – Sí, él fue quien me lo dijo. Él es honrado y detesta el lodo que se pega a la inmundicia.

EMILIA – ¿Mi marido?

OTELO – ¿A qué repetirlo, mujer? He dicho tu marido

EMILIA – ¡Ah, señora! La vileza se burla del amor. ¿Mi marido dice que era falsa?

OTELO – Sí, mujer, tu marido. ¿No lo entiendes? Mi amigo, tu marido, el muy honrado Yago.

EMILIA – Si lo dice, ¡que se pudra su alma innoble medio grano cada día! Miente con descaros. ¡Si estaba loca por su inmunda adquisición!

OTELO – ¿Qué?

EMILIA – No me das miedo. Tu hazaña no es más digna del cielo que tú lo eras de ella.

OTELO – Calla, más te vale.

EMILIA – Tú no puedes hacerme ningún daño que no pueda sufrir. ¡Ah, bobo, torpe! ¡Basura ignorante! Lo que has hecho... No me importa tu espada. Voy a

delatarte aunque pierda veinte vidas. ¡Socorro, socorro! ¡El moro ha matado a mi ama! ¡Al asesino, al asesino!

(Entran Montano, Graciano y Yago)

MONTANO – ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre, general?

EMILIA – ¡Ah, estás aquí, Yago! Lo has hecho tan bien que todos te echarán la culpa de sus crímenes.

GRACIANO – ¿Qué pasa?

EMILIA – Desmiente a este infame si eres hombre. Según él, le dijiste que su esposa le engañaba. Sé que no lo hiciste, que no eres tan ruin. Habla, que me estalla el corazón.

YAGO – Le conté lo que pensaba, lo que él mismo vio que era creíble y verdadero.

EMILIA – ¿Le dijiste que ella le engañaba?

YAGO – Sí.

EMILIA – Le dijiste una mentira, una odiosa mentira. ¡Por mi vida, una mentira, una vil mentira! ¿Que le engañaba con Casio? ¿Con Casio?

YAGO – Con Casio, mujer. Anda, frena la lengua.

EMILIA – No pienso frenar la lengua. He de hablar: mi ama yace muerta sobre el lecho.

TODOS – ¡No lo quiera Dios!

EMILIA – Y tus cuentos le incitaron al crimen.

OTELO – No os asombre, señores; es cierto.

GRACIANO – Cierto e increíble.

MONTANO – ¡Qué atrocidad!

EMILIA – ¡Qué infamia, qué infamia! Ya me acuerdo. Me lo olía. ¡Qué infamia! Lo pensé. Me voy a morir de pena. ¡Qué infamia, qué infamia!

YAGO – ¿Estás loca? Vete a casa, te lo ordeno.

EMILIA – Nobles señores, permitidme que hable. He de obedecerle, pero ahora no. Quizá, Yago, ya nunca vuelva a casa.

OTELO – ¡Ah, ah, ah! (*Cae sobre la cama*)

EMILIA – Eso, échate a rugir, pues has matado a la más dulce inocente que jamás alzó mirada.

OTELO – ¡Ah, era mala! – No os conocía, tío. Ahí está vuestra sobrina, cuyo aliento han ahogado mis manos. Sé que este acto parece espantoso.

GRACIANO – Pobre Desdémona. Menos mal que tu padre ya no vive. Tu enlace le dejó malherido y la pena le cortó el hilo de la vida. Si te viera, podría cometer una imprudencia, maldecir a su buen ángel y por réprobo perderse.

OTELO – Es muy triste. Mas Yago sabe que ella y Casio mil veces cometieron el acto indecente. Casio lo admitió, y ella le premió sus obras amorosas con la primera prueba y testimonio de cariño que le di. Yo le vi que la llevaba. Era un pañuelo, una antigua prenda que mi padre regaló a mi madre.

EMILIA – ¡Cielo santo! ¡Gloria bendita!

YAGO – ¡Dios, cállate!

EMILIA – Voy a hablar, voy a hablar. ¡Que me calle! ¡No! Hablaré más libre que el viento. ¡Que Dios, hombres y diablos, que todos, sí, todos, digan pestes contra mí! Voy a hablar

YAGO – Sé prudente y vete a casa.

EMILIA – ¡No quiero!

(*YAGO desenvaina*)

GRACIANO – ¡Cómo! ¿Tu espada contra una mujer?

EMILIA – ¡Idiota de moro! Ese pañuelo me lo encontré por azar y se lo di a mi marido, pues él, con gran solemnidad, más de la apropiada a tal minucia, me pedía que lo robase.

YAGO – ¡Maldita puta!

EMILIA – ¡Dárselo a Casio! ¡No! Yo me lo encontré y se lo di a mi marido.

YAGO – ¡Mentira, so puerca!

EMILIA – ¡Por Dios que es verdad Señores, es verdad. ¡Ah, estúpido asesino! ¿Qué hace un tonto, como tú con una esposa tan buena?

OTELO – ¿No hay más rayos en el cielo que los de las tormentas? ¡Perfecto canalla! (*Ataca a Yago. Montano le desarma. Yago apuñala a Emilia y sale*)

GRACIANO – Ha caído. Seguro que la ha matado.

EMILIA – Sí, sí. ¡Ah! Llevadme al lado de mi ama.

GRACIANO – Ha huido y su mujer se muere.

MONTANO – Es un infame redomado. Tomad el arma que le he quitado al moro. Guardad la puerta por fuera. Que no salga; antes le matáis. Yo voy tras el canalla, tras ese miserable.

(*Salen Montano y Graciano*)

OTELO – Tampoco yo soy valiente. Cualquier monigote me quita la espada. Mas, ¿por qué la honra sobrevive al honor? Húndase todo.

EMILIA – ¿Qué presagiaba tu canción, señora? ¿No me oís? Haré como el cisne, que muere cantando: «Llora, sauce, conmigo». Moro, era casta; te quería, moro cruel. Que se pierda mi alma si miento. Digo lo que pienso y muero, muero... (*Muere*)

OTELO – Tengo otra espada en el cuarto. Una espada española, templada en hielo de arroyo. Aquí está – Tío, voy a salir.

GRACIANO – (*Desde dentro*) Inténtalo y lo pagas. No estás armado y habrás de someterte.

OTELO – Pues entrad y hablad conmigo, o, inermes como estoy, os atacaré.

(*Entra Graciano*)

GRACIANO – ¿Qué quieres?

OTELO – Mirad, estoy armado. Mejor arma jamás flanqueó la pierna del soldado. Hubo un tiempo en que con sólo mi brazo y esta gran espada me abría

camino entre más impedimentos que veinte veces vuestro estorbo. Más, ¡ah, inútil bravata! ¿Quién gobierna su destino? Yo ya no. No temáis, aunque me veáis armado. Es el fin de mi jornada, el término, el último puerto de mi viaje. No os arredréis; sería un temor vano. Apuntad al pecho de Otelo con un junco y se repliega. ¿Adónde irá Otelo? – ¿Y tu cara? ¡Ah, desventurada! Más pálida que el lino. Cuando el Día del Juicio nos reúna, tu mirada arrojará mi alma desde el cielo para presa de diablos. Fría, criatura, más fría que tu castidad. ¡Ah, maldito, maldito! ¡Azotadme, demonios, que no me posea esta imagen divina! ¡Llevadme en huracanes, quemadme en azufre! ¡Sumidme en abismos de líquido fuego! ¡Ah, Desdémona! ¡Desdémona muerta! ¡Muerta! ¡Ah!

(Entran Ludovico, Montano, Casio en una silla y guardias con Yago)

LUDOVICO – ¿Dónde está ese arrebatado, ese desdichado?

OTELO – Aquí está el que fue Otelo.

LUDOVICO – ¿Dónde está esa víbora? Traed al infame.

OTELO – Le miro los pies, pero eso es mentira. Si eres un demonio, no podré matarte. *(Hierde a Yago)*

LUDOVICO – Quitadle la espada.

YAGO – Sangro, señor, mas no muero.

OTELO – No me das pena. Prefiero que vivas, pues, en mi sentir, la muerte es la dicha.

LUDOVICO – ¡Ah, Otelo! Antes tan noble, caído en la trampa de un maldito infame. ¿Qué os llamaremos?

OTELO – Cualquier cosa. Si queréis, el vengador de su honra, pues nada hice por odio y todo por deber.

LUDOVICO – Este canalla ha confesado en parte su infamia ¿Acordasteis él y vos la muerte de Casio?

OTELO – Sí.

CASIO – Querido general, nunca os di motivo.

OTELO – Lo creo y os pido perdón. ¿Queréis preguntar a este semidiablo por qué me ha enredado el cuerpo y el alma?

YAGO – No me preguntéis. Lo que sabéis, sabéis. Desde ahora no diré palabra.

LUDOVICO – ¿Qué? ¿Ni para rezar?

GRACIANO – El suplicio te abrirá la boca.

OTELO – Haces bien.

LUDOVICO – Señor, debéis oír lo que ha ocurrido y creo que no sabéis. Esta carta estaba en el bolsillo del difunto Rodrigo, y aquí hay otra. En una de ellas se habla de la muerte de Casio, de la cual se encargaba Rodrigo.

OTELO – ¡Miserable!

CASIO – ¡Qué impío y brutal!

LUDOVICO – La otra carta encontrada en el bolsillo contiene una queja. Parece que Rodrigo pensaba mandársela al maldito canalla, pero Yago se le adelantó y le dio explicaciones.

OTELO – ¡El vil granuja! Casio, ¿cómo conseguisteis el pañuelo de mi esposa?

CASIO – Lo encontré en mi cuarto. Él mismo ha confesado hace un momento que allí lo dejó con un claro propósito que le dio resultado.

OTELO – ¡Ah, bobo, bobo, bobo!

CASIO – Además, en su carta, Rodrigo acusaba a Yago de haberle instigado a provocarme en la guardia, lo que causó mi expulsión. Y acaba de hablar le dábamos por muerto, diciendo que Yago le indujo y le hirió.

LUDOVICO – Salid de este cuarto y acompañadnos. Quedáis despojado de cargo y poder y Casio manda en Chipre. Y este infame, si hay algún castigo refinado capaz de atormentarle sin que muera, imponédselo. Vos sufriréis reclusión hasta que el Estado de Venecia sea informado de vuestro delito. Vamos, llevadle.

OTELO – Esperad. Oídmme antes de salir. He servido al Estado y es notorio; eso baste. Os lo ruego, en vuestras cartas, al narrar todas estas desventuras, mostradme como soy, sin atenuar, sin rebajar adversamente. Hablad de quien amó demasiado y sin prudencia, de quien, poco propenso a los celos, instigado se alteró sobremanera; de quien, como el indio salvaje, tiró una perla más valiosa que

su tribu; de quien, transidos los ojos que no se empañaban, vierte tantas lágrimas como gotas de mirra los árboles de Arabia, Escribid todo esto, y también que en Alepo, una vez en que un turco impío y de altivo turbante pegó a un veneciano e infamó a la República, yo agarré por el cuello a ese perro circunciso y le herí así. (*Se apuñala*)

LUDOVICO – ¡Violento final!

GRACIANO – Toda palabra es en vano.

OTELO - Te besé antes de matarte. Ahora ya puedo, después de matarme, morir con un beso. (*Muere*)

CASIO - Lo temía, aunque creí que estaba inerme, pues tenía deshecho el corazón.

LUDOVICO – (*A Yago*) ¡Ah, perro espartano! Más cruel que la angustia, el hambre o el mar. Ve la carga dolorosa de este lecho. Obra tuya es. El cuadro hiere la vista: tapadlo - Graciano, quedad en la casa y disponed de los bienes del moro, pues pasan a ser vuestros - A vos, gobernador, compete juzgar a este canalla diabólico; hora, lugar, tormento: imponedlo. Ahora voy a embarcarme, y en Venecia contaré tan triste caso con tristeza. (*Salen*)

MACBETH

WILLIAM SHAKESPEARE

DRAMATIS PERSONAE

DUNCAN, REY de Escocia	
MALCOLM	su hijo
DONALBAIN	su hijo
MACBETH	general del ejército escocés
BANQUO	general del ejército escocés
MACDUFF	barón escocés
LENNOX	barón escocés
ROSS	barón escocés
ANGUS	barón escocés
MENTETH	barón escocés
CATHNESS	barón escocés
FLEANCE	hijo de Banquo
SIWARD	Conde de Northumberland
EL JOVEN SIWARD	su hijo
Hijo de Macduff	
SEYTON	ayudante de Macbeth
LADY MACBETH	
LADY MACDUFF	
Tres BRUJAS	las Hermanas Fatídicas

HÉCATE

Otras tres brujas

Apariciones

Un CAPITÁN del ejército escocés

Un MÉDICO inglés

Un MÉDICO escocés

Un PORTERO

Un ANCIANO

Una DAMA de compañía de Lady Macbeth

ASESINOS (de Banquo)

ASESINOS (de Lady MacDuff e hijos)

Nobles, caballeros, soldados, criados, mensajeros y acompañamiento.

LA TRAGEDIA DE MACBETH

(Truenos y relámpagos. Entran tres Brujas)

BRUJA 1 - ¿Cuándo volvemos a vemos? ¿Bajo lluvia, rayo y trueno?

BRUJA 2 - Cuando acaben brega y bronca y haya derrota y victoria.

BRUJA 3 - Antes de que el sol se ponga.

BRUJA 1 - ¿En qué lugar?

BRUJA 2 - En el yermo.

BRUJA 3 - A Macbeth allí veremos.

BRUJA 1 - ¡Voy, Graymalkin!

BRUJA 2 - Llama Paddock.

BRUJA 3 - ¡En seguida!

TODAS - Bello es feo y feo es bello. Flota en bruma y aire espeso. *(Salen)*

(Fragor de combate. Entran el Rey Duncan, Malcolm, Donalbain, Lennox y acompañamiento, y se encuentran con un Capitán cubierto de sangre)

REY - ¿Quién es ese ensangrentado? A juzgar por su aspecto podrá darnos las últimas noticias de la sublevación.

MALCOLM - Es el oficial que, como digno e intrépido soldado, me salvó del cautiverio - ¡Salud, valiente! Cuenta al rey cómo estaba la batalla cuando la dejaste.

CAPITÁN - Muy dudosa: como dos nadadores extenuados que se agarran e impiden su destreza. El cruel Macdonald que bien merece el nombre de rebelde y para ello acapara sobre sí todo un enjambre de infamias recibió de las Islas del Oeste soldadesca irlandesa, y la Fortuna, sonriendo a su ruin causa, parecía la puta de un rebelde. Mas todo en vano: el bravo Macbeth pues es digno de tal nombre, despreciando a la Fortuna y blandiendo un acero que humeaba de muertes sangrientas, cual favorito del Valor se abrió camino hasta afrontar al

infame y, sin mediar adiós ni despedida, lo descosió del ombligo a las mandíbulas y plantó su cabeza en las almenas.

REY - ¡Ah, bravo pariente, noble caballero!

CAPITÁN - Mas, así como donde el sol comienza a relucir estallan truenos y tormentas de naufragio, así, de la fuente que podía dar consuelo brota el desconsuelo. Escuchad, rey de Escocia: apenas la justicia, armada de bravura, forzó a los raudos irlandeses a la huida, el rey noruego avistó su ventaja y, con arenas remozadas y refuerzos, renovó la contienda.

REY - Asustaría a nuestros jefes, Macbeth y Banquo.

CAPITÁN - Sí, como el gorrión al águila o la liebre al león. Si digo la verdad, ambos eran como cañones cebados con doble carga, pues redoblaron doblemente el contraataque. Si no querían bañarse en sangre caliente o hacer memorable un nuevo Gólgota, yo no sé... Estoy débil; mis heridas piden cura.

REY - Igual que tus palabras, ellas te enaltecen: ambas alientan honor - ¡Traedle un médico! (*Sale el Capitán acompañado. Entran Ross y Angus*) ¿Quién llega aquí?

MALCOLM - El noble Barón de Ross.

LENNOX - ¡Qué premura le asoma por los ojos! Su aspecto es el de quien trae noticias insólitas.

ROSS - ¡Dios salve al rey!

REY - Noble barón, ¿de dónde vienes? Ross De Fife, gran rey, donde las banderas noruegas se mofan del cielo y con su soplo escalofrían a nuestra gente. El rey noruego, con un aluvión de hombres y el apoyo del traidor más desleal, el Barón de Cawdor, emprendió un aciago ataque hasta que el novio de Belona, con recia armadura, le respondió en términos iguales, espada contra espada, brazo contra brazo, frenando su indómito brío y, en conclusión, la victoria fue nuestra.

REY - ¡Gran dicha!

ROSS - Y ahora Sweno, el rey de Noruega, suplica la paz. Más no accedimos al entierro de sus hombres hasta que en Inchcomb nos pagó diez mil táleros a todos nosotros.

REY - Nunca más traicionará el Barón de Cawdor mi íntimo afecto. Su muerte disponed y saludad con su título a Macbeth.

ROSS - Mandaré que se haga.

REY - Lo que él ahora pierde, el noble Macbeth gana. (*Salen*)

(*Truenos. Entran las tres Brujas*)

BRUJA 1 - ¿Dónde has estado, hermana?

BRUJA 2 - Matando cerdos.

BRUJA 3 - Y tú, hermana, ¿dónde?

BRUJA 1 - Con castañas en la falda, la mujer de un navegante masticaba y masticaba. «Dame», le digo. «¡Atrás, so bruja!», grita la sucia culona. Su marido se fue a Alepo, capitán del *Tigre*. Navegaré en un cedazo y, como rata sin rabo, yo gozaré y gozaré.

BRUJA 2 - Te doy un viento.

BRUJA 1 - Lo agradezco.

BRUJA 3 - Yo, uno más.

BRUJA 1 - Yo ya tengo los demás, y los puertos donde soplan, y los puntos que la rosa de los vientos bien conoce. Cual paja le pondré seco; no podrá entregarse al sueño ni de noche ni de día; su vida será maldita. En pena un mes y otro mes, ha de menguar y caer; y aunque el barco no se pierda, lo batirán las tormentas. Mirad lo que tengo.

BRUJA 2 - ¡Enséñame, enséñame!

BRUJA 1 - Es el pulgar de un piloto que naufragó a su retorno.

(*Tambor dentro*)

BRUJA 3 - ¡Tambor, tambor! Macbeth llegó.

TODAS - Las Hermanas, de la mano, correos de mar y campo, dan así vueltas y vueltas, tres de éste, tres de ése, y tres de este lado, nueve. ¡Chsss...! El hechizo está presto.

(*Entran Macbeth Y Banquo*)

MACBETH - Un día tan feo y bello nunca he visto.

BANQUO - ¿Cuánto falta para Forres? - ¿Quiénes son estas, tan reseca y de atuendo tan extraño que no semejan habitantes de este mundo, estando en él? - ¿Tenéis vida? ¿Sois algo a lo que un hombre pueda hablar? Parecéis entenderme por el modo de poner vuestro dedo calloso sobre los magros labios. Sin duda sois mujeres, mas vuestra barba me impide pensar que lo seáis.

MACBETH - Hablad si sabéis. ¿Quiénes sois?

BRUJA 1 - ¡Salud a ti, Macbeth, Barón de Glamis!

BRUJA 2 - ¡Salud a ti, Macbeth, Barón de Cawdor!

BRUJA 3 - ¡Salud a ti, Macbeth, que serás rey!

BANQUO - ¿Por qué te sobresaltas, como si temieras lo que suena tan grato? - En nombre de la verdad, ¿sois una fantasía o sois realmente lo que parecéis? A mi noble compañero saludáis por su título y auguráis un nuevo honor y esperanzas de realeza, lo que le tiene absorto. A mí no me habláis. Si podéis penetrar las semillas del tiempo y decir cuál crecerá y cuál no, habladme ahora a mí, que ni os suplico favores ni temo vuestro odio.

BRUJA 1 - ¡Salud!

BRUJA 2 - ¡Salud!

BRUJA 3 - ¡Salud!

BRUJA 1 - Menos que Macbeth, pero más grande.

BRUJA 2 - Menos feliz, y mucho más feliz.

BRUJA 3 - Engendrarás reyes, mas no lo serás; así que, ¡salud, Macbeth y Banquo!

BRUJA 1 - ¡Banquo y Macbeth, salud!

MACBETH - ¡Esperad, imperfectas hablantes, decid más! Por la muerte de Sinel soy Barón de Glamis, mas, ¿cómo de Cawdor? El Barón de Cawdor vive y continúa vigoroso; y ser rey traspasa el umbral de lo creíble, tanto como ser Cawdor. Decid de dónde os ha llegado tan extraña novedad o por qué cortáis nuestro paso en este yermo con proféticos saludos. Hablad, os lo ordeno.

(Desaparecen las Brujas)

BANQUO - Como el agua, burbujas tiene la tierra, y ellas lo son. ¿Por dónde se esfumaron?

MACBETH - Por el aire: su apariencia corporal se ha perdido como un hálito en el viento. ¡Ojala se hubieran quedado!

BANQUO - ¿Estaban aquí los seres de que hablamos? ¿No habremos comido la raíz de la locura, que hace prisionera a la razón?

MACBETH - Tus hijos serán reyes.

BANQUO - Tú serás rey.

MACBETH - Y también Barón de Cawdor. ¿No fue así?

BANQUO - Tales fueron el tono y las palabras - ¿Quién va?

(Entran Ross y Angus)

ROSS - Macbeth, el rey ha recibido jubiloso la noticia de tu éxito y, al saber de tus peligros combatiendo a los rebeldes, su asombro y alabanza han porfiado por ver cuál dominaba. Quedando enmudecido y viendo lo que hiciste el mismo día, te ha hallado entre las ásperas filas del noruego sin temer las pasmosas imágenes de muerte que tú mismo creabas. Como bolas de granizo llovía correo tras correo, y cada uno traía elogios por la gran defensa de su reino y ante él los derramaba.

ANGUS - Venimos a darte las gracias en nombre del rey y a conducirte a su presencia, no a recompensarte.

ROSS - Y, a cuenta de un honor aún más grande, me ha mandado que te llame Barón de Cawdor. ¡Salud, nobilísimo barón, con este título, pues tuyo es!

BANQUO - ¡Cómo! ¿Dice verdad el diablo?

MACBETH - El Barón de Cawdor vive. ¿Por qué me vestís con galas ajenas?

ANGUS - Quien fue el barón continúa vivo, pero a esa vida que merece perder se le ha impuesto la pena capital. Si estuvo coligado con las tropas noruegas o reforzó al rebelde con apoyo secreto y beneficio, o labraba con los dos la ruina de su patria, no lo sé: ha caído por alta traición, confesada y probada.

MACBETH – *(Aparte)* Glamis y Barón de Cawdor. Lo más grande, después - Gracias por vuestro servicio *(A Banquo)* ¿No esperas que tus hijos sean reyes? Las que me dieron el título de Cawdor no les auguraron menos.

BANQUO - Eso, creído ciegamente, podría empujarte a la corona después de hacerte Cawdor. Aunque es muy extraño: las fuerzas de las sombras nos dicen verdades, nos tientan con minucias, para luego engañarnos en lo grave y trascendente - Parientes, permitidme un momento.

MACBETH – (*Aparte*) Ya se han dicho dos verdades, felices preludios a la escena gloriosa del fin soberano - Gracias, señores. (*Aparte*) Esta incitación sobrenatural no puede ser mala, no puede ser buena. Si es mala, ¿por qué me ha dado promesa de éxito empezando con una verdad? Soy Barón de Cawdor. Si es buena, ¿por qué cedo a esa tentación cuya hórrida imagen me eriza el cabello y me bate el firme corazón contra los huesos violando las leyes naturales? Es menor un peligro real que un horror imaginario. La idea del crimen, que no es sino quimera, a tal punto sacude mi entera humanidad que la acción se ahoga en conjeturas y sólo es lo que no es.

BANQUO - Mirad qué absorto está nuestro amigo

MACBETH – (*Aparte*) Si el azar me quiere rey, que me corone sin mi acción.

BANQUO - Los nuevos honores le vienen como ropa nueva, que sólo se ajusta al cuerpo con la ayuda del uso.

MACBETH – (*Aparte*) Sea lo que haya de ser, corren tiempo y hora en el día más cruel.

BANQUO - Noble Macbeth, cuando gustes.

MACBETH - Perdonadme. Me agitaban la mente cosas olvidadas. Señores, vuestro servicio queda escrito en un libro cuyas páginas leo cada día. Vamos con el rey – (*A Banquo*) Piensa en lo ocurrido y, después de algún tiempo, tras haberlo ponderado, hablemos con franqueza entre nosotros.

BANQUO - De buen grado.

MACBETH - Por ahora, basta - Vamos, amigos. (*Salen*)

(*Clarines. Entran el Rey Duncan, Lennox, Malcom, Donalbain y acompañamiento*)

REY - ¿Han ajusticiado a Cawdor? ¿No han vuelto aún los encargados?

MALCOLM - Todavía no han regresado, Majestad. Aunque hablé con alguien que le vio morir: me dijo que confesó palmariamente sus traiciones, implorando vuestro augusto perdón y mostrando su hondo pesar. En su vida nada le honró

tanto como el modo de dejarla: murió como el que ha ensayado su muerte y está dispuesto a arrojar su bien máspreciado cual si fuera una minucia.

REY - No hay arte que descubra la condición de la mente en una cara. El era un caballero en quien fundé mi plena confianza. (*Entran Macbeth, Banquo, Ross y Angus*) ¡Ah, nobilísimo pariente! El pecado de la ingratitud ya pesaba sobre mí. Tanto te has adelantado que las alas más veloces de la recompensa no llegan a alcanzarte. Ojalá fueras digno de menos: te habría dado la juste medida de premio y gratitud. Sabe que jamás tus merecimientos podremos pagar.

MACBETH - Demostraros mi lealtad y mi servicio ya es bastante recompensa. Os corresponde acoger nuestros deberes, y nuestros deberes, para el trono y la nación, son como hijos y sirvientes, que cumplen su papel protegiendo vuestro honor y vuestro afecto.

REY - Sé bienvenido. Te he plantado y te cultivaré para que medres y florezcas - Noble Banquo, tu mérito no es menos y no ha de proclamarse con menos gratitud. Deja que te abrace y te estreche contra mi corazón.

BANQUO - Si crezco en él, vuestra es la cosecha.

REY - Mi abundante dicha, tan inmensa, se desborda y va a quedar oculta en lágrimas - Hijos, parientes, barones y vosotros, los más cercanos al trono, sabed que nombro heredero de mi reino a mi primogénito Malcolm, que pasa a llamarse Príncipe de Cumberland. Este no va a ser el único honor que se confiera: otros signos nobiliarios lucirán como estrellas en cuantos lo hayan merecido - Vamos a Inverness, y mi deuda contigo sea mayor.

MACBETH - Cuando hay que servirlos, el ocio fatiga. Seré vuestro heraldo y alegraré a mi esposa con la noticia de vuestra llegada. Humildemente me despido.

REY - ¡Mi noble Cawdor!

MACBETH - (*Aparte*) Príncipe de Cumberland: he aquí un tropiezo que me hará caer si no lo supero, pues me impide el paso. ¡Astros, extingúeos! No vea vuestra luz mis negros designios, ni el ojo lo que haga la mano; mas venga lo que el ojo teme ver cuando suceda. (*Sale*)

REY - Cierto, noble Banquo. Es muy valeroso, y tanto me han nutrido con sus excelencias que es como un banquete. Sigámosle. En su atención se adelanta para damos acogida. ¡Un pariente sin igual! (*Clarines. Salen*)

(*Entra Lady Macbeth sola, con una carta*)

LADY MACBETH - «Me salieron al paso el día del triunfo, y he podido comprobar fehacientemente que su ciencia es más que humana. Cuando ardía en deseos de seguir interrogándolas, se convirtieron en aire y en él se perdieron. Aún estaba sumido en mi asombro, cuando llegaron correos del rey y me proclamaron Barón de Cawdor, el título con que me habían saludado las Hermanas Fatídicas, que también me señalaron el futuro diciendo: "¡Salud a ti, que serás rey!" He juzgado oportuno contártelo, querida compañera en la grandeza, porque no quedés privada del debido regocijo ignorando el esplendor que se te anuncia. Guárdalo en secreto y adiós.» Eres Glamis, y Cawdor, y serás lo que te anuncian. Mas temo tu carácter: está muy empapado de leche de bondad para tomar los atajos. Tú quieres ser grande y no te falta ambición, pero sí la maldad que debe acompañarla. Quieres la gloria, mas por la virtud; no quieres jugar sucio, pero sí ganar mal. Gran Glamis, tú codicias lo que clama «Eso has de hacer si me deseas», y hacer eso te infunde más pavor que deseo de no hacerlo. Ven deprisa, que yo vierta mi espíritu en tu oído y derribe con el brío de mi lengua lo que te frena ante el círculo de oro con que destino y ayuda sobrenatural parecen coronarte. *(Entra un Mensajero)* ¿Qué nuevas traes?

MENSAJERO - El rey viene esta noche.

LADY MACBETH - ¿Qué locura dices? ¿Tu señor no le acompaña? Me habría avisado para que preparase la acogida.

MENSAJERO - Con permiso, es cierto: el barón se acerca. Se le ha adelantado uno de mis compañeros, que, extenuado, apenas tenía aliento para decir su mensaje.

LADY MACBETH - Cúidale bien; trae grandes noticias. *(Sale el Mensajero)* Hasta el cuervo está ronco de graznar la fatídica entrada de Duncan bajo mis almenas. Venid a mí, espíritus que servís a propósitos de muerte, quitadme la ternura y llenadme de los pies a la cabeza de la más ciega crueldad. Espesadme la sangre, tapad toda entrada y acceso a la piedad para que ni pesar ni incitación al sentimiento quebranten mi fiero designio, ni intercedan entre él y su efecto. Venid a mis pechos de mujer y cambiad mi leche en hiel, espíritus del crimen, dondequiera que sirváis a la maldad en vuestra forma invisible. Ven, noche espesa, y envuélvete en el humo más oscuro del infierno para que mi puñal no vea la herida que hace ni el cielo asome por el manto de las sombras gritando: « ¡Alto, alto!» *(Entra Macbeth)* ¡Gran Glamis, noble Cawdor y después aún más grande por tu proclamación! Tu carta me ha elevado por encima de un presente de ignorancia, y ya siento el futuro en el instante.

MACBETH - Mi querido amor, Duncan viene esta noche.

LADY MACBETH - ¿Y cuándo se va?

MACBETH - Mañana, según su intención.

LADY MACBETH - ¡Ah, nunca verá el sol ese mañana! Tu cara, mi señor, es un libro en que se pueden leer cosas extrañas. Para engañar al mundo, parécete al mundo, lleva la bienvenida en los ojos, las manos, la lengua. Parécete a la cándida flor, pero sé la serpiente que hay debajo. Del huésped hay que ocuparse; y en mis manos deja el gran asunto de esta noche que a nuestros días y noches ha de dar absoluto poderío y majestad.

MACBETH - Hablemos más tarde.

LADY MACBETH - Muéstrate sereno: mudar de semblante señal es de miedo. Lo demás déjamelos. (*Salen*)

(*Oboes y antorchas. Entran el Rey Duncan, Malcolm, Donalbain, Banquo, Lennox, MacDuff, Ross, Angus y acompañamiento*)

REY - El castillo está en un sitio placentero; en su frescor y dulzura, el aire cautiva mis sentidos.

BANQUO - El huésped del verano, el vencejo que ronda las iglesias, nos demuestra con su amada construcción que el hálito del cielo aquí seduce de fragancia: no hay saliente, friso, contrafuerte o esquina favorable en que este pájaro no haya hecho su colgante lecho y cuna. He observado que donde más anida y cría el aire es delicado.

(*Entra Lady Macbeth*)

REY - ¡Mirad! ¡Nuestra noble anfitriona! El afecto que recibo es a veces mi molestia, mas siendo amor lo agradezco. Acabo de enseñaros a rogar que Dios me premie por ser una carga y a que me agradezcáis vuestra molestia.

LADY MACBETH - Nuestro entero servicio, prestado en todo dos veces y después aún doblado, sería un rival pobre y endeble frente a los altísimos honores de que Vuestra Majestad colma a nuestra casa. Por los anteriores y las nuevas dignidades añadidas rogaremos por vos como eremitas.

REY - ¿Dónde está el Barón de Cawdor? Galopé tras él con la intención de preparar su llegada, pero es buen jinete y su gran afecto, penetrante cual su espuela, le ha ayudado a adelantarse. Bella y noble dama, esta noche soy vuestro huésped.

LADY MACBETH - Vuestros siervos administran a sus siervos y a sí mismos con sus bienes para rendir cuentas cuando así lo dispongáis y devolveros lo que es vuestro.

REY - Dadme la mano. Llevadme a mi anfitrión; le quiero bien y he de seguir favoreciéndole. Con permiso, señora. *(Salen)*

(Oboes. Antorchas. Entran, cruzando el escenario, un maestresala y varios criados con platos y servicio de mesa. Después entra Macbeth)

MACBETH - Si darle fin ya fuera el fin, más valdría darle fin pronto; si el crimen pudiera echar la red a los efectos y atrapar mi suerte con su muerte; si el golpe todo fuese y todo terminase, aquí y sólo aquí, en este escollo y bajío del tiempo, arriesgaríamos la otra vida. Pero en tales casos nos condenan aquí, pues damos lecciones de sangre que regresan atormentando al instructor: la ecuánime justicia ofrece a nuestros labios el veneno de nuestro propio cáliz. Él goza aquí de doble amparo: primero porque yo soy pariente y súbdito suyo, dos fuertes razones contra el acto; después, como anfitrión debo cerrar la puerta al asesino y no empuñar la daga. Además, Duncan ejerce sus poderes con tanta mansedumbre y es tan puro en su alta dignidad que sus virtudes proclamarán el horror infernal de este crimen como ángeles con lengua de clarín, y la piedad, cual un recién nacido que, desnudo, cabalga el vendaval, o como el querubín del cielo montado en los corceles invisibles de los aires, soplará esta horrible acción en cada ojo hasta que el viento se ahogue en lágrimas. No tengo espuela que aguije los costados de mi plan, sino sólo la ambición del salto que, al lanzarse, sube demasiado y cae del otro... *(Entra Lady Macbeth)* ¿Qué hay? ¿Traes noticias?

LADY MACBETH - Ya casi ha cenado. ¿Por qué saliste de la sala?

MACBETH - ¿Ha preguntado por mí?

LADY MACBETH - ¿No sabes que sí?

MACBETH - No vamos a seguir con este asunto. El acaba de honrarme y yo he logrado el respeto inestimable de las gentes, que debe ser llevado nuevo, en su esplendor, y no desecharse tan pronto.

LADY MACBETH - ¿Estaba ebria la esperanza de que te revestiste? ¿O se durmió? ¿Y ahora se despierta mareada después de sus excesos? Desde ahora ya sé que tu amor es igual. ¿Te asusta ser el mismo en acción y valentía que el que eres en deseo? ¿Quieres lograr lo que estimas ornamento de la vida y en tu propia estimación vivir como un cobarde, poniendo el «no me atrevo» al servicio del «quiero» como el gato del refrán?.

MACBETH - ¡Ya basta! Me atrevo a todo lo que sea digno de un hombre. Quien a más se atreva, no lo es.

LADY MACBETH - Entonces, ¿qué bestia te hizo revelarme este propósito? Cuando te atrevías eras un hombre; y ser más de lo que eras te hacía ser mucho más hombre. Entonces no ajustaban el tiempo y el lugar, mas tú querías concertarlos; ahora se presentan y la ocasión te acobarda. Yo he dado el pecho y sé lo dulce que es amar al niño que amamantas; cuando estaba sonriéndome, habría podido arrancarle mi pezón de sus encías y estrellarle los sesos si lo hubiese jurado como tú has jurado esto.

MACBETH - ¿Y si fallamos?

LADY MACBETH - ¿Fallar nosotros? Tú tensa tu valor hasta su límite y no fallaremos. Cuando duerma Duncan y al sueño ha de invitarle el duro viaje de este día someteré a sus guardianes con vino y regocijo, de tal suerte que la memoria, vigilante del cerebro, sea un vapor, y el sitio de la razón, no mas que un alambique. Cuando duerman su puerca borrachera como muertos, ¿qué no podemos hacer tú y yo con el desprotegido Duncan? ¿Qué no incriminar a esos guardas beodos, que cargarán con la culpa de este inmenso crimen?

MACBETH - ¡No engendres más que hijos varones, pues tu indómito temple sólo puede crear hombres! Cuando hayamos manchado de sangre a los durmientes de su cámara con sus propios puñales, ¿no se creará que han sido ellos?

LADY MACBETH - ¿Quién osará creer lo contrario tras oír nuestros lamentos y clamores por su muerte?

MACBETH - Estoy resuelto y para el acto terrible he tensado todas las potencias de mi ser. ¡Vamos! Engañemos con afire risueño. Falso rostro esconda a nuestro falso pecho. (*Salen*)

(*Entran Banquo y Fleance con una antorcha*)

BANQUO - ¿Qué hora es, muchacho?

FLEANCE - No he oído el reloj. La luna ha bajado.

BANQUO - Baja a media noche.

FLEANCE - Entonces es más tarde, señor.

BANQUO - Espera, ten mi espada. El cielo economiza: apagó sus luces. Toma esto también. La llamada al sueño me pesa como el plomo, mas no quiero dormir. Poderes benignos, refrenad en mí los malos pensamientos que invaden un alma en reposo. (*Entran Macbeth y un criado con una antorcha*) Dame la espada - ¿Quién va?

MACBETH - Un amigo.

BANQUO - ¿Cómo, señor? ¿Aún en pie? El rey duerme. Mostraba una alegría inusitada y con la servidumbre fue muy dadivoso. A tu esposa la saluda con este diamante por ser tan buena anfitriona. Se retiró con un gozo infinito.

MACBETH - No esperando su visita, la torpeza sirvió a nuestro deseo, que, si no, nos habríamos prodigado.

BANQUO - Todo fue bien. Anoche soñé con las tres Hermanas Fatídicas. Contigo han demostrado ser veraces.

MACBETH - No pienso en ellas. Aunque, si tú me concedes el tiempo, cuando encuentre la hora oportuna quisiera hablar contigo de este asunto.

BANQUO - Cuando gustes.

MACBETH - Si estás de mi parte cuando ocurra, podrás ganar honor.

BANQUO - Con tal que no lo pierda tratando de acrecerlo, sin exponer mi rectitud ni deslucir mi lealtad, te escucharé de buen grado.

MACBETH - Entre tanto, buen reposo.

BANQUO - Gracias, señor. Igualmente. (*Sale con Fleance*)

MACBETH - Dile a mi esposa que toque la campana cuando esté lista mi bebida. Luego, acuéstate. (*Sale el criado*) ¿Es un puñal to que veo ante mí? ¿Con el mango hacia mi mano? Ven, que te agarre. No te tengo y, sin embargo, sigo viéndote. ¿No eres tú, fatídica ilusión, sensible al tacto y a la vista? ¿O no eres más que un puñal imaginario, creación falaz de una mente enfebrecida? Aún te veo, y pareces tan palpable como este que ahora desenvaino. Me marcas el camino que llevaba, y un arma semejante pensaba utilizar. O mis ojos son la burla de los otros sentidos o valen por todos juntos. Sigo viéndote, y en tu hoja y en tu puño hay gotas de sangre que antes no estaban. No, no existe: es la idea sanguinaria que toma cuerpo ante mis ojos. Muerta parece ahora la mitad del mundo, y los sueños malignos seducen al sueño entre cortinas. Las brujas celebran los ritos de la pálida Hécate, y el crimen descarnado, puesto en acción

por el lobo, centinela que aullando da la hora, con los pasos sigilosos de Tarquino el violador, camina hacia su fin como un espectro. Tierra sólida y firme, dondequiera que me lleven, no oigas mis pisadas, no sea que hasta las piedras digan dónde voy y priven a esta hora de un espanto que le es propio. Yo amenazo y él, con vida; las palabras el ardor del acto enfrían. (*Suena una campana*) Voy y está hecho; me invita la campana. No la oigas, Duncan, pues toca a muerto y al cielo te convoca, o al infierno. (*Sale*)

(*Entra Lady Macbeth*)

LADY MACBETH - A ellos los embriaga; a mí me embravece. A ellos los apaga; a mí me da fuego. ¿Eh? ¡Chss...! Era el aullido del búho, vigilante fatídico que da las más graves buenas noches - Lo está haciendo, las puertas están abiertas y los beodos guardianes denigran su empleo con ronquidos. He drogado su ponche de tal modo que la vida y la muerte se los están disputando.

(*Entra Macbeth*)

MACBETH - ¿Quién va? ¿Quién es?

LADY MACBETH - ¡Ah! ¡A ver si se han despertado y no lo ha hecho! Nos hunde el intento, que no el acto. ¡Chss...! Le dejé a punto los puñales; ha tenido que verlos - Si no se pareciera a mi padre dormido, to habría hecho yo - ¿Esposo?

MACBETH - Ya está hecho. ¿No has oído un ruido?

LADY MACBETH - El grito del búho y el canto de los grillos. ¿Tú no has hablado?

MACBETH - ¿Cuándo?

LADY MACBETH - Ahora.

MACBETH - ¿Al bajar?

LADY MACBETH - Sí.

MACBETH - ¡Chss...! ¿Quién duerme en la otra cámara?

LADY MACBETH - Donalbain.

MACBETH - Es un cuadro doloroso.

LADY MACBETH - Hablar de cuadro doloroso es tontería.

MACBETH - Hay uno que gritó dormido y otro que gritó «¡Asesino!». Se despertaron uno a otro. Me quedé a oírlos, pero ellos dijeron sus plegarias y volvieron a dormirse.

LADY MACBETH - Hay dos en el cuarto.

MACBETH - Uno gritó «¡Dios nos bendiga! » y el otro «¡Amén!», como si hubieran visto estas manos de verdugo. Oyendo su espanto, no pude decir «Amén» cuando ellos dijeron «Dios nos bendiga».

LADY MACBETH - No caviles tanto.

MACBETH - Mas, ¿por qué no pude decir «Amén»? Era yo quien más necesitaba bendición, y el amén se me ahogaba en la garganta.

LADY MACBETH - No se debe pensar en ello de ese modo; así nos volvemos locos.

MACBETH - Me pareció que una voz gritaba: « ¡No durmáis más! Macbeth mata el sueño, el sueño inocente, el sueño que devana una maraña de desvelos, el morir de la vida diaria, baño de fatigas, bálsamo de almas laceradas, plato fuerte de la gran naturaleza, sustento mayor del festín de la vida.»

LADY MACBETH - ¿Qué quieres decir?

MACBETH - Y seguía gritando a toda la casa: «¡No durmáis más! Glamis ha matado el sueño, y por eso Cawdor ya no dormirá, Macbeth ya no dormirá.»

LADY MACBETH - ¿Quién era el que gritaba? Excelso barón, relajas tu noble vigor con ideas tan morbosas. Ve a buscar un poco de agua y limpia de tus manos tu sucio testimonio. ¿Por qué vienes con esos puñales? Su sitio está allí; llévalos y mancha de sangre a los criados dormidos.

MACBETH - No voy a volver: me asusta pensar en lo que he hecho. No me atrevo a volver.

LADY MACBETH - ¡Débil de ánimo! Dame los puñales. Los durmientes y los muertos son como retratos; sólo el ojo de un niño teme ver un diablo en pintura. Si aún sangra, les untaré la cara a los criados para que parezca su crimen. (*Sale. Llaman a la puerta dentro*)

MACBETH - ¿Dónde llaman? ¿Qué me ocurre que todo ruido me espanta? ¿Qué manos son estas? ¡Ah, me arrancan los ojos! ¿Me lavará esta sangre de la

mano todo el océano de Neptuno? No, antes esta mano arrebolará el mar innumerable, volviendo rojas las aguas.

(Entra Lady Macbeth)

LADY MACBETH - Mis manos ya tienen tu color, pero me avergonzaría llevar un corazón tan pálido. *(Llaman)* Alguien llama a la puerta sur; retirémonos a nuestra cámara. Un poco de agua nos lava del hecho. ¡Qué fácil será! Tu firmeza te ha abandonado. *(Llaman)* ¿Oyes? Siguen llamando. Ponte la bata, no sea que nos llamen y nos vean aún en pie. Y no caigas en tan pobres pensamientos.

MACBETH - Si he de pensar en mi acción, mejor será no conocerme. *(Llaman)* ¡Despierta a Duncan con tus golpes! ¡Ojalá pudieras! *(Salen)*

(Entra un Portero. Llaman dentro)

PORTERO - ¡Esto sí que es llamar! Si uno fuese portero del infierno, estaría siempre dándole a la llave. *(Llaman)* ¡Pum, pum! ¿Quién es, en nombre de Belcebú? Un agricultor que se ahorcó ante la expectativa de grandes cosechas. Llegas a punto. Que no te falten pañuelos que aquí vas a sudarla. *(Llaman)* ¡Pum, purr! ¿Quién es, en nombre del otro diablo? Seguro que un equivoquista, que juraba a cada lado de la balanza contra el otro, que cometió gran traición por el amor de Dios y cuyos equívocos no le abrieron el cielo. Vamos, pasa, equivoquista. *(Llaman)* ¡Pum, pum! ¿Quién es? Seguro que un sastre inglés, que está aquí por sisar tela de un calzón francés. Pasa, sastre, que aquí puedes asar tu plancha. *(Llaman)* ¡Pum, pum! No descansa. ¿Quién eres tú? - Esto es demasiado frío para ser el infierno. No voy a hacer más de portero del diablo: pensaba dejar entrar a gente de todos los oficios que va a la hoguera eterna por la senda florida. *(Llaman)* Ya voy, ya voy. *(Entran MacDuff y Lennox)* Dad algo al portero, Dios os lo pague.

MACDUFF - ¿Tan tarde te acostaste, amigo, que tan tarde te levantas?

PORTERO - Pues, señor, estuvimos de juerga hasta el segundo canto del gallo y, señor, la bebida provoca tres cosas.

MACDUFF - ¿Qué tres cosas provoca especialmente la bebida?

PORTERO - Pues, señor, nariz roja, sueño y orina. Señor, provoca y desprovoca la lujuria: provoca el deseo, pero impide gozarlo. Por tanto, se puede decir que beber demasiado le crea un equívoco a la lujuria: la hace y la deshace, la excita y la aplaca, la anima y la abate, la pone a su altura y no la pone. Al final, el equívoco se va al sueño y te deja tumbado.

MACDUFF - Pues esta noche la bebida te ha tumbado a ti.

PORTERO - ¡Vaya que sí, señor! Y me atacó por la garganta. Pero yo me desquité y, siendo, creo yo, más fuerte que ella, aunque alguna vez me doblara las piernas, yo me las apañé para arrojarla.

MACDUFF - ¿Se ha levantado el amo? (*Entra Macbeth*) Nuestros golpes le han despertado. Aquí viene.

(*Sale el Portero*)

LENNOX - Buenos días, noble señor.

MACBETH - Buenos días a vosotros.

MACDUFF - ¿El rey se ha levantado, mi barón?

MACBETH - Aún no.

MACDUFF - Me ordenó que le llamase temprano. Casi se me va la hora.

MACBETH - Te llevaré a él.

MACDUFF - Sé bien que esta molestia te da gozo, pero es una molestia.

MACBETH - Trabajo que gusta no duele. Esta es la puerta.

MACDUFF - Me atreveré a llamar: es mi cometido. (*Sale*)

LENNOX - ¿El rey se va hoy?

MACBETH - Sí. Esa es su intención.

LENNOX - La noche ha estado agitada. Donde dormíamos el viento derribó las chimeneas, y dicen que se oían lamentos, insólitos gritos de muerte y profecías en tonos horribles de espantosas conmociones y revueltas por nacer en estos tiempos de dolor. El ave de las sombras clamó toda la noche. Algunos dicen que la tierra temblaba enfebrecida.

MACBETH - Fue una noche áspera.

LENNOX - Mi joven memoria no encuentra nada igual.

(*Entra MacDuff*)

MACDUFF - ¡Ah, horror, horror, horror! Ni corazón ni lengua pueden concebirte ni nombrarte.

MACBETH Y LENNOX - ¿Qué pasa?

MACDUFF - El estrago ya creó su obra maestra. El crimen más sacrílego ha irrumpido en el templo consagrado del Señor y le ha robado la vida al santuario.

MACBETH - ¿Cómo dices? ¿La vida?

LENNOX - ¿Hablas de Su Majestad?

MACDUFF - Entrad en su aposento y que destruya vuestra vista esa nueva Gorgona. No me pidáis que hable. Mirad y luego hablad vosotros mismos. (*Salen Macbeth y Lennox*) ¡Despertad! ¡Despertad! ¡Dad la alarma! ¡Crimen y traición! ¡Banquo, Donalbain! ¡Malcolm, despertad! ¡Sacudid el grato sueño, imagen de la muerte, y mirad la muerte verdadera! ¡Levantaos y ved representado el Día del Juicio! ¡Malcolm, Banquo! ¡Como espíritus alzaos de las tumbas y prestad consonancia a este horror! ¡Tocad la campana!

(*Suena una campana. Entra Lady Macbeth*)

LADY MACBETH - ¿Qué ocurre para que tan horribla trompeta convoque a los durmientes de la casa? ¡Hablad, hablad!

MACDUFF - Noble señora, no conviene que oigáis lo que puedo decir: oído por mujer, el relato sería su muerte. (*Entra Banquo*) ¡Ah, Banquo, Banquo! ¡Han matado al rey, nuestro señor!

LADY MACBETH - ¡Ay de mí! ¿En nuestra casa?

BANQUO - Donde sea es brutal. Contradícete, MacDuff, te lo ruego; di que es falso.

(*Entran Macbeth, Lennox y Ross*)

MACBETH - Hubiera muerto yo una hora antes y mi vida habría sido una dicha; desde ahora, ya no hay nada serio en la existencia; todo son minucias: honor y renombre han muerto, el vino de la vida se ha agotado y no queda en la bodega más que el poso.

(*Entran Malcolm Y Donalbain*)

DONALBAIN - ¿Algún mal?

MACBETH - El vuestro, y lo ignoráis: se ha secado el venero y manantial de vuestra sangre, vuestra propia fuente se ha secado.

MACDUFF - Han matado a vuestro augusto padre.

MALCOLM - ¡Ah! ¿Quién?

LENNOX - Parece que los de su aposento: llevaban insignias de sangre en la cara y en las manos, y también en sus puñales, que hallamos sin limpiar sobre sus almohadas. Miraban cual dementes y nadie estaba seguro en su presencia.

MACBETH - Siento que la furia me llevase a darles muerte.

MACDUFF - ¿Por qué lo hiciste?

MACBETH - ¿Quién está a la vez lúcido y suspenso, sereno y furioso, leal e imparcial? Nadie. La presteza de mi afecto impetuoso pudo más que el freno del buen juicio. Aquí yacía Duncan, con su piel de plata bordada en sangre de oro y cuchilladas como brechas en su vida, abiertas a la devastación; ahí, los asesinos, empapados del color de su tarea, y sus dagas, innoblemente enfundadas en sangre. Con un pecho lleno de amor, y en él bravura, ¿quién podía abstenerse de mostrarlo?

LADY MACBETH - ¡Ah, ayudadme a salir!

MACDUFF - ¡Atended a la dama!

MALCOLM – (*Aparte a Donalbain*) ¿Por qué callamos cuando el caso nos concierne más que a nadie?

DONALBAIN – (*Aparte a Malcolm*) ¿Y qué decir aquí, donde nuestro sino, oculto en ínfimo agujero, puede asaltarnos? Vámonos; nuestro llanto aún no ha fermentado.

MALCOLM – (*Aparte a Donalbain*) Ni el dolor está presto a demostrarse.

BANQUO - Atended a la dama. (*Sacan a Lady Macbeth*) Y cuando nuestra desnudez, expuesta al frío, esté cubierta, reunámonos y examinemos tan salvaje fechoría para mejor conocerla. Nos turban temores y sospechas. Me pongo en manos de Dios por combatir todo oculto propósito de pérfida maldad.

MACDUFF - Y yo.

TODOS - Y todos.

MACBETH - Pues vistamos nuestro cuerpo y nuestro ánimo y reunámonos al punto en el salón.

TODOS - Conformes.

(Salen todos menos Malcolm y Donalbain)

MALCOLM - ¿Qué piensas hacer? No tratemos con ellos: al hipócrita le es muy fácil simular una pena que no siente. Yo me voy a Inglaterra.

DONALBAIN - Y yo, a Irlanda. Nuestra suerte separada nos dará más protección. Donde estamos, en sonrisas hay puñales; más cercano a nuestra sangre, más sangriento.

MALCOLM - La flecha asesina aún no ha caído; no seamos el blanco. Así que, ¡a los caballos! No nos demoremos en cortesías despedidas y, sin más, partamos. Si es grande el peligro, hurtarse a su vista es hurto legítimo. *(Salen)*

(Entra Ross con un Anciano)

ANCIANO - Bien puedo recordar setenta años, y en ellos he vivido horas espantosas y hechos asombrosos, pero esta noche horrible se ha burlado de toda mi experiencia.

ROSS - ¡Ah, anciano! Veis que el cielo, cual airado con la obra de los hombres, amenaza esta escena de sangre. Según la hora, es de día, mas la noche oscurece el avance del sol. ¿Impera la noche o se avergüenza el día, que las sombras sepultan la faz de la tierra cuando la viva luz debía besarla?

ANCIANO - Va contra natura, igual que la acción ejecutada. El martes pasado un halcón que giraba en su más alto vuelo fue cazado y muerto por una lechuza.

ROSS - Y pasmoso, mas cierto los caballos de Duncan, hermosos y raudos, la flor de su raza, se volvieron salvajes y escaparon de las cuabras coceando y negando su obediencia, cual queriendo guerrear contra los hombres.

ANCIANO - Dicen que se devoraron entre sí.

ROSS - Así fue, para asombro de estos ojos que lo vieron. *(Entra MacDuff)* Aquí viene el buen MacDuff. ¿Cómo va todo, señor?

MACDUFF - ¿No lo ves?

ROSS - ¿Se sabe quién cometió la atrocidad?

MACDUFF - Los que ha matado Macbeth.

ROSS - ¡Santo Dios! ¿Qué provecho pretendían?

MACDUFF - Los sobornaron. Malcoln y Donalbain, los dos hijos del rey, se escabulleron y han huido. Las sospechas recaen ahora sobre ellos.

ROSS - Otra vez contra natura. ¡Pródiga ambición, que así devoras el sustento de tu vida! Entonces es probable que sea Macbeth quien suba al trono.

MACDUFF - Ya está proclamado, y partió hacia Scone para la coronación.

ROSS - ¿Y el cadáver de Duncan?

MACDUFF - Fue llevado a Colmekill, sagrado panteón de sus predecesores y custodio de sus restos.

ROSS - ¿Irás a Scone?

MACDUFF - No, pariente. Voy a Fife.

ROSS - Bien, yo voy a Scone.

MACDUFF - Que todo vaya bien, adiós. Bien pudiera ser mejor la ropa antigua que la nueva.

ROSS - Adiós, anciano.

ANCIANO - Que Dios te bendiga, y a quienes contigo hagan bien del mal y amigo de enemigo. (*Salen*)

(*Entra Banquo*)

BANQUO - Ya lo times todo, rey, Cawdor, Glamis, como te prometieron las Fatídicas y temo que jugaste con vileza por lograrlo; mas dijeron que no pasaría a tu progenie, sino que yo sería cabeza y raíz de muchos reyes. Si en ellas hay verdad, como en ti sus profecías han brillado, Macbeth, ¿por qué, por las verdades que contigo se han cumplido, no pueden ser también mi oráculo y alimentar mi esperanza? Mas silencio, ya basta.

(*Clarines. Entran Macbeth como rey Lady Macbeth, Lennox, Ross, Nobles y acompañamiento*)

MACBETH - Aquí está nuestro huésped principal.

LADY MACBETH - Haberle olvidado habría sido un vacío en el banquete y una gran desatención.

MACBETH - Esta noche celebramos una cena de gala, y desearía tu presencia.

BANQUO - Majestad, dictadme vuestras órdenes, a las cuales mi lealtad está ligada por siempre con un nudo indisoluble.

MACBETH - ¿Cabalgas esta tarde?

BANQUO - Sí, mi señor.

MACBETH - Si no, habría solicitado tu buen consejo, siempre ponderado y provechoso, en nuestra junta de hoy. Lo oiré mañana. ¿Vas lejos?

BANQUO - Señor, tan lejos que mi tiempo se ocupe hasta la cena. Si mi caballo no es más rápido, le pediré prestadas a la noche una o dos de sus horas oscuras.

MACBETH - No faltes al banquete.

BANQUO - Señor, no faltaré.

MACBETH - Me dicen que mis sangrientos parientes residen en Inglaterra a Irlanda. No confiesan su cruel parricidio y propagan pasmosos infundios. Hablemos mañana de ello, así como de otros asuntos de Estado que hemos de tratar conjuntamente. ¡Monta ya! Adiós y hasta la noche. ¿Te acompaña Fleance?

BANQUO - Sí, mi señor, y el tiempo nos apremia.

MACBETH - Corran los caballos raudos y seguros; a sus lomos os confío. Adiós. (*Sale Banquo*) Que cada cual disponga de su tiempo hasta las siete de esta noche. Para que vuestra compañía sea más grata, deseo quedarme solo hasta la hora de la cena. Hasta entonces, Dios os guarde: (*Salen todos menos Macbeth y un Criado*) Tú, un momento. ¿Me esperan esos hombres?

CRIADO - Sí, mi señor, a las puertas de palacio.

MACBETH - Tráelos ante mí. (*Sale el Criado*) Ser rey no es nada sin estar a salvo. Mi temor a Banquo se me clava hondo y en su regio temple reina lo que ha de temerse. Es muy audaz y, además de ese ánimo intrépido, la prudencia le guía

su valor para obrar sobre seguro. No hay nadie más que él a quien yo tema, y bajo él mi espíritu se siente coartado, como dicen que lo estaba el de Antonio por César. Inculpó a las Fatídicas cuando me dieron el nombre de rey y les mandó que le hablasen. Proféticamente, ellas le saludaron como padre de reyes. Ciñeron mi cabeza con estéril corona y me hicieron empuñar un cetro infecundo que habrá de arrebatarme mano extraña, pues no tengo hijo que lo herede. Si es así, he manchado mi alma por la prole de Banquo, por ellos he matado al piadoso Duncan, echando hiel en el cáliz de mi paz sólo por ellos, entregando mi joya sempiterna al espíritu infernal para hacerlos reyes, para hacer reyes de la semilla de Banquo. Antes que eso, venga el Destino a la arena y hágame frente hasta el fin - ¿Quién viene? (*Entran el Criado y dos Asesinos*) Vete a la puerta y quédate allí hasta que te llame. (*Sale el Criado*) ¿No fue ayer cuando hablamos?

ASESINOS - Con vuestra venia, así fue.

MACBETH - Bien. ¿Habéis considerado mis palabras? Sabed que en el pasado era él quien os tenía en la penuria, cuando vosotros lo achacabais a mi inocente persona. Os lo probé en nuestra última entrevista y os probé sobradamente cómo os burló y os estorbó; los medios, quién fue partícipe y todo cuanto a un bobo o a un demente le diría: «Fue Banquo».

ASESINO 1 - Nos lo hicisteis saber.

MACBETH - En efecto. Y fui más lejos, lo que ahora es el fin de esta reunión. ¿Tanto os domina la paciencia que podéis perdonar esto? ¿Tanto os guía el Evangelio que rezaréis por este hombre bueno y su progenie, cuyo rigor os lleva humillados a la tumba y convierte a los vuestros en mendigos?

ASESINO 1 - Somos hombres, Majestad.

MACBETH - Sí, dentro del repertorio sois hombres, igual que los galgos, podencos, mestizos, chuchos, perros lobos, de aguas y falderos son todos llamados perros. Pero el índice de razas distingue al rápido, al lento, al listo, al guardián, al cazador y a cada uno según las virtudes que le asigna la pródiga naturaleza, de tal modo que recibe un nombre propio en el registro que incluye a todos ellos. Y así, los hombres. Pues bien, si no ocupáis el ínfimo lugar en la lista de los hombres, decídmelo, que yo encomendaré a vuestro pecho una tarea cuya ejecución os libraré del enemigo y os unirá a mí en afecto y amistad, pues con su vida se malogra mi salud, que sería perfecta con su muerte.

ASESINO 2 - Majestad, soy un hombre a quien tanto han enconado los azotes y golpes de este mundo que haría lo que fuese por desquitarme del mundo.

ASESINO 1 - Yo también; tan harto de infortunios y sacudido por mi sino que arriesgaría la vida en cualquier lance por mejorarla o acabarla.

MACBETH - Los dos sabéis que Banquo fue vuestro enemigo.

ASESINOS - Cierto, señor.

MACBETH - También mío, y en tan mortal divergencia que cada nuevo momento de su vida se me clava en las entrañas. Bien pudiera apartarle de mi vista abiertamente y decir que fue mi voluntad, mas no debo, pues los dos tenemos amigos comunes a cuyo afecto no puedo renunciar, y yo mismo lloraría al que maté. Por todo ello solicito vuestra ayuda, hurtando esta empresa a los ojos del común por diversas razones de gran peso.

ASESINO 2 - Mi señor, haremos lo que nos ordenéis.

ASESINO 1 - Aunque nuestra vida...

MACBETH - ¡Cómo asoma vuestro ánimo! De aquí a una hora os diré dónde apostaros y el mejor plan respecto a tiempo y ocasión, pues hay que hacerlo esta noche y a distancia de palacio. No olvidéis por un instante que yo debo quedar libre de sospechas. Además, y a fin de que el trabajo sea perfecto, su hijo Fleance, que le acompaña, cuya eliminación me importa tanto como la de su padre, habrá de compartir su aciaga suerte. Resolved a solas; ahora vuelvo con vosotros.

ASESINOS - Señor, estamos resueltos.

MACBETH - En seguida os veo. Quedaos en palacio. *(Salen los Asesinos)* Está decidido. Banquo, si tu alma va a la gloria, esta noche ha de ganarla. *(Sale)*

(Entran Lady Macbeth y un Criado)

LADY MACBETH - ¿Ha salido Banquo de palacio?

CRIADO - Sí, señora, pero vuelve esta noche.

LADY MACBETH - Dile al rey que deseo hablar con él un momento.

CRIADO - Sí, señora. *(Sale)*

LADY MACBETH - No se goza, todo es pérdida si el deseo se logra, pero no contenta. Siempre es más seguro ser lo que se mata que tras esa muerte vivir dicha falsa. *(Entra Macbeth)* ¿Cómo estás, señor? ¿Por qué solitario, sin más

compañía que las tristes ideas y los pensamientos que debieron morir con quienes te absorben? Lo que no tiene cura, habría que olvidarlo: lo hecho, hecho está.

MACBETH - Le dimos un tajo a la serpiente sin matarla. Sanará y se repondrá, mientras nuestra pobre inquina sigue expuesta a sus colmillos. Que se hunda todo el universo, que perezcan ambos mundos antes que tomar alimento en el temor y dormir en la tortura de los sueños espantosos que me agitan cada noche. Más vale estar con los muertos, a quienes, por ganar mi paz, mandé a la paz, que yacer en este potro del espíritu en insomne frenesí. Duncan está en la tumba: tras la fiebre convulsa de la vida duerme bien; la traición llegó a su máximo; ni acero, veneno, odio interno, tropas extranjeras, nada puede ya alcanzarle más.

LADY MACBETH - ¡Vamos! Querido esposo, suaviza esa frente arrugada y esta noche muéstrate radiante y jovial ante tus invitados.

MACBETH - Así lo haré, mi amor. Tú también, te lo suplico. Pon tu pensamiento en Banquo, ríndele honores con los ojos y la lengua. Al no estar seguros, lavemos nuestra honra en las aguas del halago. Que nuestra cara sea la máscara del pecho y lo encubra.

LADY MACBETH - No sigas así.

MACBETH - ¡Ah, esposa! Tengo el alma llena de escorpiones. Sabes que Banquo y su Fleance aún viven.

LADY MACBETH - Mas en ellos la estampa de la vida no es eterna.

MACBETH - Aún hay consuelo, son vulnerables, conque ánimo. Antes que dé fin el enclaustrado vuelo del murciélago y a la llamada de la negra Hécate el zumbido del inmundito escarabajo anuncie la noche soñolienta, se habrá cumplido una acción de horrible cuño.

LADY MACBETH - ¿Qué acción?

MACBETH - No quieras conocerla, mi paloma, hasta aplaudirla - Ven, noche cegadora, véndale los tiernos ojos al día compasivo y con tu mano sangrienta a invisible anula y destruye el gran vínculo que tanto me horroriza. La noche se espesa y hacia el bosque tenebroso vuela el cuervo. La bondad del día decae y reposa, y acechan los negros seres de las sombras. Oírme te pasma. Más no estés inquieta: lo que el mal emprende con mal se refuerza. Te lo ruego, ven conmigo. (*Salen*)

(*Entran tres Asesinos*)

ASESINO 1 - ¿Quién te dijo que vinieras?

ASESINO 3 - Macbeth.

ASESINO 2 - No hay por qué dudar de él: conoce nuestro encargo y nos ha dado órdenes precisas.

ASESINO 1 - Entonces que se venga. Aún asoman a poniente algunos rayos. Ahora el viajero retrasado hinca espuelas por llegar a tiempo a la posada, y el hombre al que esperarnos ya se acerca.

ASESINO 3 - Calla. Oigo caballos.

BANQUO – (*Dentro*) ¡Eh, tráeme luz!

ASESINO 2 - Es él. Los demás convidados de la lista ya están en la corte.

ASESINO 1 - Ha dejado los caballos.

ASESINO 3 - Casi a una milla. Pero él suele, igual que todos, ir a pie desde aquí hasta las puertas de palacio.

(*Entran Banquo y Fleance con una antorcha*)

ASESINO 2 - ¡Alumbrad, alumbrad!

ASESINO 3 - Es él.

ASESINO 1 - Preparados.

BANQUO - Habrá lluvia esta noche.

ASESINO 1 - ¡Pues que caiga!

(*Atacan a Banquo*)

BANQUO - ¡Ah, traición! ¡Huye, mi Fleance! ¡Huye, huye, huye! Podrás vengarme. ¡Ah, canalla! (*Muere. Fleance escapa*)

ASESINO 3 - ¿Quién apagó la antorcha?

ASESINO 1 - ¿No era ese el plan?

ASESINO 3 - Sólo ha caído uno; el hijo ha huido.

ASESINO 2 - Pues perdimos la mejor mitad de nuestro encargo.

ASESINO 1 - Bueno, vamos a contar lo que hemos hecho. (*Salen*)

(*Banquete preparado. Entran Macbeth, Lady Macbeth, Ross, Lennox, Nobles y acompañamiento*)

MACBETH - Conocéis vuestro rango; sentaos. Sed todos cordialmente bienvenidos.

NOBLES - Gracias, Majestad.

MACBETH - En cuanto a mí, me mezclaré con los presentes y haré de humilde anfitrión. La reina permanecerá en su sillón, mas oportunamente rogaré su bienvenida.

LADY MACBETH - Mi señor, dásela a todos en mi nombre, pues los acojo de todo corazón.

(*Entra el Asesino 1*)

MACBETH - Mira, te responden con afable gratitud - Los dos lados, iguales. Me sentaré en el centro. Prodigad alegría. Ahora pasará la copa por la mesa. (*Al Asesino*) Llevas sangre en la cara.

ASESINO 1 - Es la de Banquo.

MACBETH - Mejor en tu exterior que dentro de él. ¿Está muerto?

ASESINO 1 - Degollado, señor Yo lo hice.

MACBETH - Eres el mejor degollador, aunque bueno es también el que mató a Fleance. Si fuiste tú, no tienes rival.

ASESINO 1 - Soberano señor, Fleance ha escapado.

MACBETH - Ya vuelve mi angustia. Si no, estaría sereno; entero como el mármol, firme como roca, tan libre como el aire que me envuelve. Ahora estoy encerrado, encarcelado, cautivo, preso de insolentes dudas y temores - Pero Banquo, ¿está seguro?

ASESINO 1 - Sí, mi señor. Seguro en un foso, con veinte tajos que le surcan la cabeza; el menor era de muerte.

MACBETH - Gracias - Ahí yace la serpiente; su cría ha huido y tiene vida que podrá criar veneno, aunque ahora está sin dientes - Vete ya, mañana nos veremos.

(Sale el Asesino 1)

LADY MACBETH - Mi regio esposo, no das acogimiento. Un banquete es comida que se cobra si, en su curso, no se brindan atenciones: hay que mostrar complacencia. Por comer, más vale quedar en casa; fuera de ella no hay festín sin cortesías, tan sólo una triste reunión.

(Entra el espectro de Banquo y se sienta en el sitio de Macbeth)

MACBETH - ¡Mi fiel recordadora! - La buena digestión dé servicio al apetito, y salud para los dos.

LENNOX - Dignaos tomar asiento, Majestad.

MACBETH - Todas las glorias del país se hallarían bajo este techo si no faltara el gentil Banquo, a quien prefiero acusar de negligencia que llorarle una desgracia.

ROSS - Señor, su ausencia empaña su promesa. Majestad, dignaos favorecemos con vuestra augusta compañía.

MACBETH - No hay sitio en la mesa.

LENNOX - Aquí hay uno reservado.

MACBETH - ¿Dónde?

LENNOX - Aquí, señor. ¿Qué es lo que os agita, Majestad?

MACBETH - ¿Quién de vosotros ha hecho esto?

NOBLES - ¿Qué, señor?

MACBETH – *(Al espectro)* Tú no puedes decir que he sido yo. ¡No sacudas contra mí tu melena ensangrentada!

ROSS - Levantaos, caballeros. El rey está indispuesto.

LADY MACBETH - Sentaos, nobles amigos. Mi esposo ha estado así desde muy joven. Seguid sentados: el acceso es pasajero, en seguida estará bien. Si os

fijáis mucho en él le ofenderéis y alargaréis su mal. Comed, no le hagáis caso -
¿Tú eres hombre?

MACBETH - Sí, un valiente que no teme mirar lo que aterrará al diablo.

LADY MACBETH - ¡Qué estupidez! No es más que la imagen de tu espanto, la daga aérea que decías que te llevó a Duncan. Ah, estos ataques y rachas, impostores del terror, convendrían a un cuento de viejas contado al amor de la lumbre. ¡Ah, deshonra! ¿A qué vienen esas muecas? Al final, no ves más que un asiento.

MACBETH - ¡Mira ahí! ¡Ve, mira, contempla! ¿Qué dices? – *(Al espectro)* ¡Qué me importa! Si inclinas la cabeza, habla también. Si osarios y tumbas nos devuelven a los muertos, ya no habrá más panteones que el buche de los milanos.

(Sale el espectro)

LADY MACBETH - ¿Has perdido la hombría en la locura?

MACBETH - ¡Como estoy vivo, que lo he visto!

LADY MACBETH - ¡Qué vergüenza!

MACBETH - La sangre se derramaba ya de antiguo, antes que las leyes humanas suavizaran las costumbres; sí, y después se han perpetrado crímenes que espantan al oírlos. Hubo un tiempo en que unos sesos estrellados decían muerte y nada más; pero ahora resucitan con veinte tajos por toda la cabeza y nos roban el asiento. Esto es más pasmoso que un crimen semejante.

LADY MACBETH - Mi señor, tus nobles amigos te echan de menos.

MACBETH - Me olvidé - No os asombre mi conducta, amigos míos. Padezco una extraña dolencia, que no es nada para quien me conoce. ¡Vamos, amistad y salud a todos! Ahora me sentaré. ¡Echadme vino hasta el borde! *(Entra el espectro)* Bebo por el gozo general de nuestra mesa y por nuestro querido Banquo, ahora ausente. ¡Ojala estuviera aquí! ¡Brindo por todos y por él! ¡Todos por todos!

NOBLES - ¡Nuestro brindis con lealtad!

MACBETH – *(Al espectro)* ¡Vete, fuera de mi vista! ¡La tierra te esconda! No hay tuétano en tus huesos, fría es tu sangre. No tienes visión en esos ojos de ira que me clavás.

LADY MACBETH - Buenos nobles, tomad esto como algo habitual, no es otra cosa, aunque empaña el agrado del momento.

MACBETH – (*Al espectro*) A cuanto el hombre se atreva, yo me atrevo: acércate como el feroz oso de Rusia, el rinoceronte acorazado o el tigre de Hircania; adopta cualquier forma menos ésta, y mis firmes fibras nunca temblarán. O resucita y rétame a campo abierto con tu espada: si el temblor me señorea, proclámame una niña. ¡Fuera, sombra horrenda! ¡Vete, ficción! (*Sale el espectro*) Bien, se ha ido, y ya vuelvo a ser hombre - Os to ruego, seguid sentados.

LADY MACBETH - Desahucias el contento y enturbias la armonía con tu asombrosa alteración.

MACBETH - ¿Puede ocurrir algo así y pasar sobre nosotros como nube de verano sin que nos deje suspensos? Me volvéis un extraño a mi propia condición cuando veo que contempláis tales visiones sin que el rojo os abandone las mejillas cuando las mías las blanquea el miedo.

ROSS - ¿Qué visiones, señor?

LADY MACBETH - No habléis, os lo ruego: se pone cada vez peor. Conversar le enfurece. Digamos buenas noches. No os preocupe el orden de salida y salid ya.

LENNOX - Buenas noches y mejor salud a Su Majestad.

LADY MACBETH - A todos, feliz noche.

(*Salen Nobles y acompañamiento*)

MACBETH - Quiere sangre, dicen: la sangre quiere sangre. Se sabe que las piedras se han movido y los árboles hablado; agüeros, relaciones explicadas valiéndose de urracas, grajos y cornejas, hallaron al criminal más oculto. ¿Qué hora es?

LADY MACBETH - La hora en que pugnan noche y día.

MACBETH - ¿Qué me dices de MacDuff, que desatiende mi solemne invitación?

LADY MACBETH - ¿Le has citado, señor?

MACBETH - No; me lo han dicho. Pero le citaré: no hay ninguno en cuya casa yo no tenga un informante. Mañana, y bien temprano, iré a ver a las Hermanas

Fatídicas. Quiero saber más; estoy decidido a oír lo peor por el peor medio. Nada ha de estorbarme. Estoy tan adentro en un río de sangre que, si ahora me estanco, no será más fácil volver que cruzarlo. Llevo en la cabeza ideas extrañas que han de ejecutarse antes de estudiarlas.

LADY MACBETH - Te falta la sal de la vida, el sueño.

MACBETH - Vamos a dormir. Sólo es mi quimera temor de novicio: le falta experiencia. En acción aún somos nuevos. (*Salen*)

(*Truenos. Entran las tres Brujas al encuentro de Hécate*)

BRUJA 1 - Estás airada, Hécate. ¿Qué pasa?

HÉCATE - ¿Y no hay motivo, viejas harapientas? Pues, ¿cómo habéis tenido la insolencia de tratar con Macbeth para moverle con enigmas y pláticas de muerte y yo, divinidad de vuestros ritos, y secreta urdidora de perjuicios, nunca he sido llamada a tener parte ni dar gloria y honor a nuestro arte? Y lo peor es que sólo habéis logrado trabajar al servicio de un reacio, rencoroso y brutal que, como todos, no os ama más que en beneficio propio. Ahora, pues enmienda os corresponde, partid y, junto al pozo de Aqueronte, buscadme de mañana, que allí mismo él irá a preguntaros su destino. Aprestad los calderos, los encantos, los conjuros y todo lo obligado. Asciendo al aire: pienso dedicar esta noche a un propósito fatal. El día grandes cosas nos anuncia. Ahora pende de un cuerno de la luna una gota espumosa de gran magia; me he propuesto cogerla cuando caiga. Destilada por métodos ocultos, invocará a espíritus astutos que, en virtud de su equívoca ilusión, le hundirán en la ruina y perdición. Despreciando la muerte, el propio sino, confiará sin temor, piedad ni juicio: La despreocupación, lo sabéis ya, es la gran enemiga de un mortal. (*Música y canción*) Silencio: me llaman. Mi pequeño trasgo en nube brumosa me aguarda sentado.

(*Cantan dentro «Vente ya, vente ya, etc.»*)

BRUJA 1 - Vámonos, deprisa. Ella volverá pronto. (*Salen*)

(*Entran Lennox y otro Noble*)

LENNOX - Lo que yo decía casa con vuestras ideas; haced vuestras deducciones. Yo sólo digo que todo ha ocurrido de un modo extraño. El augusto Duncan fue llorado por Macbeth vaya, había muerto y el valiente Banquo paseaba muy tarde. Digamos que Fleance lo mató, pues Fleance huyó: no se debe pasear tan tarde. ¿Quién podría no pensar que Malcolm y Donalbain, matando a su augusto padre, no cometieron una acción monstruosa? ¡Ese crimen! ¡Cómo apenó a Macbeth! ¿No corrió en piadosa cólera a destrozar a los culpables, esclavos del

sueño y la bebida? ¿No fue un acto de nobleza? Sí, y de prudencia, pues cualquier alma se habría enfurecido oyendo a esos hombres negarlo. Así que digo que ha llevado bien las cosas y creo que, de estar bajo su férula los hijos de Duncan no lo estarán, Dios mediante, ya verían lo que es matar a un padre; Fleance, también. Pero alto, pues por hablar claro y no acudir al festín del tirano, me han dicho que MacDuff ha caído en desgracia. Señor, ¿sabéis dónde reside?

NOBLE - El primogénito de Duncan, cuyo derecho detenta el tirano, reside en la corte inglesa. Allí le acogió el piadoso Eduardo con tal benevolencia que su gran infortunio no le resta en nada el alto respeto que merece. Y allí ha ido MacDuff a rogar al santo rey que apoye su causa y mueva a Northumberland y al bélico Siward, para que, con su ayuda y la sanción del Altísimo, podamos de nuevo dar comida a nuestras mesas, sueño a nuestras noches, liberar los festines de puñales sangrientos, rendir acatamiento y recibir honores, todo lo cual añoramos. Estas nuevas enojaron tanto al rey, que ya prepara alguna acción de guerra.

LENNOX - ¿Y él no citó a MacDuff?

NOBLE - Sí, y éste respondió con un rotundo «No, señor». El ceñudo mensajero dio media vuelta y gruñó, como diciendo: «Os pesará cargarme con esa respuesta».

LENNOX - Eso debe aconsejarle precaución y guardar cuanta distancia le dicte su buen juicio. ¡Que vuele un santo ángel a la corte de Inglaterra y anuncie su mensaje antes que él llegue, para que una bendición venga pronto a nuestra tierra, que padece bajo una mano infame!

NOBLE - Vayan con él mis plegarias. (*Salen*)

(*Truenos. Entran las tres Brujas*)

BRUJA 1 - Tres veces maulló el gato atigrado.

BRUJA 2 - Tres veces. Y una gimió el puercoespín.

BRUJA 3 - Harpier ha gritado: «¡Ya es hora, ya es hora!»

BRUJA 1 - En torno al caldero dad vueltas y vueltas y en él arrojad la viscera infecta. Que hierva primero el sapo que cría y suda veneno por treinta y un días yaciendo dormido debajo de rocas: que sea cocido en la mágica olla.

TODAS - Dobla, dobla la zozobra; arde, fuego; hierve, olla.

BRUJA 2 - Rodaja de bicha que vive en la ciénaga, aquí, en el puchero, que hierva y se cueza, con dedo de rana y ojo de tritón, y lengua de víbora y diente de lución, lana de murciélago y lengua de perro, pata de lagarto y ala de mochuelo. Si hechizo potente habéis de crear, hervid y coced en bodrio infernal.

TODAS - Dobla, dobla la zozobra; arde, fuego; hierve, olla.

BRUJA 3 - Escama de drago, colmillo de lobo y momia de bruja, con panza y mondongo de voraz marrajo de aguas salinas, raíz de cicuta en sombras cogida, hígado que fue de judío blasfemo, con hiel de cabrío y retoños de tejo que en noche de eclipse lunar arrancaron, narices de turco y labios de tártaro, dedo de criatura que fue estrangulada cuando una buscona la parió en la zanja. Haced esta gacha espesa y pegada; con los ingredientes de nuestro potingue echad al caldero entraña de tigre.

TODAS - Dobla, dobla la zozobra; arde, fuego; hierve, olla.

BRUJA 2 - Enfriad el caldo con sangre de mico y firme y seguro será nuestro hechizo.

(Entra HÉCATE con otras tres brujas)

HÉCATE - ¡Buen trabajo! Alabo vuestra maña, y todas tendréis parte en la ganancia. Ahora cantad en torno del caldero, girad como las hadas y los elfos para hechizo de todo lo que hay dentro.

(Música y canción: «Espíritus negros, etc.»)

BRUJA 2 - Los pulgares me hormigean: algo malvado se acerca. Abran, llaves, a quien llame.

(Entra Macbeth)

MACBETH - Bien, sombrías y enigmáticas brujas de medianoche. ¿Qué hacéis?

LAS BRUJAS - Una acción sin nombre.

MACBETH - Yo os conjuro, en nombre de vuestro arte, cualquiera que sea su fuente, que me respondáis. Aunque desatéis los vientos y los lancéis contra las iglesias; aunque el mar encrespado aniquile y se trague las embarcaciones; aunque se abata el trigo verde y se derriben los árboles; aunque caigan los castillos sobre sus guardianes; aunque se inclinen palacios y pirámides; aunque

se derrumbe el granero de gérmenes de la naturaleza hasta saciar a la propia destrucción: responded a mis preguntas.

BRUJA 1 - Habla.

BRUJA 2 - Pregunta.

BRUJA 3 - Responderemos.

BRUJA 1 - Dinos si prefieres que hable nuestra boca o la de nuestros amos.

MACBETH - Llamadlos, que los vea.

BRUJA 1 - Verted sangre de la cerda que engulló a sus nueve crías; grasa que sudó horca de asesino, echadla en seguida a las llamas.

LAS BRUJAS - Seas de abajo o de arriba, ven y muéstrate luciendo la maestría.

(Truenos. Primera aparición: cabeza cubierta con yelmo)

MACBETH - Fuerza ignota, dime...

BRUJA 1 - Sabe lo que piensas: oye sus palabras; hablarle no quieras.

APARICIÓN - ¡Macbeth, Macbeth, Macbeth! ¡Atento a MacDuff, atento al Barón de Fife! Dejadme ya. *(Desciende)*

MACBETH - Quienquiera que seas, gracias por tu aviso. Acertaste mi temor. Pero escucha...

BRUJA 1 - No admite órdenes. Otro aún más poderoso viene ahora.

(Truenos. Segunda aparición: niño ensangrentado)

APARICIÓN - ¡Macbeth, Macbeth, Macbeth!

MACBETH - ¡Quién tuviera tres oídos para oírte!

APARICIÓN - Sé cruel, resuelto, audaz. Ríete del poder del hombre: nadie nacido de mujer a Macbeth podrá dañar. *(Desciende)*

MACBETH - Entonces vive, MacDuff. ¿Qué puedo temer de ti? Con todo, daré doble certeza a lo ya cierto tomando al destino por garante: morirás y yo diré

embustero al miedo cobarde y dormiré a pesar del trueno. (*Truenos. Tercera aparición: niño coronado, con un árbol en la mano*) ¿Quién es este que, semejante al hijo de un rey, se eleva ciñendo a sus sienas de niño la corona de la majestad?

LAS BRUJAS - Escucha y no le hables.

APARICIÓN - Ten brío de león, sé altivo y no atiendas a quien incomoda, conspira o se inquieta: Macbeth no caerá vencido hasta el día en que contra él el bosque de Birnam suba a Dunsinane. (*Desciende*)

MACBETH - Nunca ocurrirá. ¿Quién puede alistar al bosque, mandar al árbol «¡Arráncate!» ? Buena profecía. Muertos rebeldes, no os alcéis mientras Birnam no se alce; el encumbrado Macbeth va a vivir su trecho de vida y ceder su aliento al tiempo y la muerte. Más anhela mi alma saber algo. Si vuestra ciencia hasta ahí alcanza, decidme: ¿Reinará algún día la progenie de Banquo en nuestro reino?

LAS BRUJAS - No intentes saber más.

MACBETH - Tenéis que complacerme. Si me lo negáis, ¡así os caiga la eterna maldición! ¡Decídmelo! (*Desciende el caldero. Oboes*) ¿Por qué baja el caldero? ¿Y estos sonos?

BRUJA 1 - ¡Mostraos!

BRUJA 2 - ¡Mostraos!

BRUJA 3 - ¡Mostraos!

TODAS - Al ojo mostraos, su alma afligid. Venid como sombras, como ellas partid.

(*Aparición de ocho reyes, el último con un espejo en la mano, seguidos de Banquo*)

MACBETH - ¡Cuánto te pareces al espectro de Banquo! ¡Fuera! Tu corona me abrasa los ojos - Tu cabello, ceñido también por el oro, se asemeja al del primero - Y así, el tercero - Sucias viejas, ¿por qué me mostráis esto? - ¿Un cuarto? ¡Saltad, ojos! - ¡Cómo! ¿Llegará su linaje hasta el fin del mundo? - ¿Otro? ¿El séptimo? Ya no miro más. Pero llega el octavo portando un espejo que muestra a muchos más; y algunos de ellos llevan dos orbes y tres cetros. ¡Horrible visión! Ahora veo que es verdad: Banquo, con el pelo emplastado de sangre, me sonrío y los señala como descendientes - ¿Es cierto?

(*Salen los reyes y Banquo*)

HÉCATE - Pues sí, todo es muy cierto. Más, ¿por qué se queda tan atónito Macbeth? Hermanas, renovemos su alegría y mostrémosle ya nuestras delicias. Daré sonido al aire con mi magia mientras giráis en vuestra rara danza, pues así este gran rey dirá, benigno, que pagan su acogida sí supimos.

(Música. Bailan las Brujas y desaparecen con Hécate)

MACBETH - ¿Dónde están? ¿Se fueron? ¡Que esta hora infame sea por siempre maldita en el calendario! - ¡Que entre el de ahí fuera!

(Entra Lennox)

LENNOX - ¿Qué deseáis, Majestad?

MACBETH - ¿Has visto a las Hermanas Fatídicas?

LENNOX - No, mi señor.

MACBETH - ¿No pasaron por tu puesto?

LENNOX - De verdad que no, señor.

MACBETH - Infecto quede el aire en que cabalgan y malditos cuantos de ellas se fíen. He oído un galopar de caballos. ¿Quién venía?

LENNOX - Señor, dos o tres que os traen la noticia de que Macduff ha huido a Inglaterra.

MACBETH - ¿Huido a Inglaterra?

LENNOX - Sí, mi señor.

MACBETH - Tiempo, me impides los actos horribles. A la fugaz intención no se le da alcance si no le sigue una acción rápida. Desde ahora, las primicias de mi pecho serán las primicias de mi mano. Y ahora mismo, por coronar el pensamiento, sea dicho y hecho: tomaré por sorpresa el castillo de MacDuff, ocuparé Fife; pasaré a cuchillo a su mujer, sus criaturas y su triste descendencia. No es la bravata de un tonto: antes que se enfríe, cumpliré el propósito. Basta de visiones - ¿Dónde están los mensajeros? Ven, llévame donde estén. *(Salen)*

(Entran Lady MacDuff, su Hijo y Ross)

LADY MACDUFF - ¿Qué es lo que ha hecho que le obligue a huir?

ROSS - Tienes que dominarte.

LADY MACDUFF - Él no lo hizo. Huir fue una locura. Cuando no nuestros actos, nuestro miedo nos vuelve traidores.

ROSS - Si fue miedo o prudencia no lo sabes.

LADY MACDUFF - ¿Prudencia? ¿Abandonar a su mujer, sus criaturas, su hogar, su hacienda en un sitio del que él mismo huye? No nos quiere. No tiene sentimientos de padre. Hasta el pobre reyezuelo, el más menudo pajarillo, defiende a las crías de su nido contra el búho. Todo es miedo, no hay cariño; y apenas hay prudencia cuando huir está tan fuera de razón.

ROSS - Cálmate, querida prima, te lo ruego. Tu marido es noble, prudente, ponderado y entiende bien las convulsiones del momento. No me atrevo a seguir, mas crueles son los tiempos en que somos traidores y no nos conocemos; en que se juzga el rumor según lo que se teme sin saber lo que se teme; en que nos lleva cada impulso y movimiento de un mar agitado. Debo despedirme; no tardaré mucho en volver a verte. Cesarán los grandes males o retrocederán adonde estaban antes - Jovencito, que Dios te bendiga.

LADY MACDUFF - Tiene padre y está huérfano.

ROSS - Me emociono tanto que, si me quedara, sería mi sonrojo y tu desconcierto. Me despido ya. (*Sale*)

LADY MACDUFF - Niño, tu padre ha muerto. ¿Qué harás tú ahora? ¿Cómo vivirás?

HIJO - Como los pájaros, madre.

LADY MACDUFF - ¿Cómo? ¿De gusanos y moscas?

HIJO - De lo que encuentre, como hacen ellos.

LADY MACDUFF - ¡Pobre pajarillo! ¿No tendrás miedo de la red, la liga, el lazo o la trampa?

HIJO - ¿Por qué, madre? No las ponen para los pájaros pobres. Y, digas lo que digas, mi padre no ha muerto.

LADY MACDUFF - Sí que ha muerto. ¿Qué harás sin un padre?

HIJO - ¿Y tú qué harás sin un marido?

LADY MACDUFF - Yo puedo comprarme veinte donde quiera.

HIJO - Pues los comprarás para venderlos.

LADY MACDUFF - Hablas como un niño, aunque, la verdad, como un niño muy listo.

HIJO - Madre, ¿mi padre fue un traidor?

LADY MACDUFF - Sí lo fue.

HIJO - ¿Qué es un traidor?

LADY MACDUFF - Pues uno que jura y miente.

HIJO - ¿Y todos los que lo hacen son traidores?

LADY MACDUFF - Todo el que lo hace es un traidor y hay que ahorcarlo.

HIJO - ¿Y hay que ahorcar a todos los que juran y mienten?

LADY MACDUFF - A todos.

HIJO - ¿Y quién va a ahorcarlos?

LADY MACDUFF - Pues los hombres de bien.

HIJO - Entonces los que juran y mienten son tontos, pues hay de sobra para ganar a los hombres de bien y ahorcarlos.

LADY MACDUFF - Dios te valga, diablillo. Pero, ¿qué vas a hacer sin un padre?

HIJO - Si hubiera muerto, tú le llorarías. Si no le llorases, sería señal de que pronto tendría otro padre.

LADY MACDUFF - ¡Ay, mi parlanchín! ¡Cuánto hablas!

(Entra un Mensajero)

MENSAJERO - Dios os bendiga, señora. No me conocéis, pero yo sí conozco vuestro rango. Temo que algún peligro se os acerca. Si queréis tomar consejo de un hombre sencillo, no sigáis aquí, marchaos con vuestros hijos. Tal vez sea brutal

asustaros así, pero más atroz sería el ataque que ya tenéis muy cerca. El cielo os asista; más no puedo quedarme. (*Sale*)

LADY MACDUFF - ¿Adónde huir? Yo no he hecho ningún daño. Aunque bien recuerdo que estoy en el mundo, donde suele alabarse el hacer daño y hacer bien se juzga locura temeraria. Entonces, ¿a qué acogerse a la defensa mujeril diciendo que no he hecho ningún daño? (*Entran Asesinos*) ¿Qué caras son estas?

ASESINO - ¿Dónde está vuestro esposo?

LADY MACDUFF - Espero que en ningún lugar tan impío donde alguien como tú pueda encontrarle.

ASESINO - Es un traidor.

HIJO - ¡Mentira, canalla peludo!

ASESINO - ¡Cómo, renacuajo! ¡Cachorro de traición! (*Le mata*)

HIJO - Me ha matado, madre. ¡Huye, te lo ruego!

(*Sale Lady Macduff gritando «Criminal!» perseguida por los Asesinos*)

(*Entran Malcolm y MacDuff*)

MALCOLM - Busquemos una sombra solitaria donde vaciar de nuestro pecho la tristeza.

MACDUFF - Mejor empuñemos la espada mortal y, como hombres dignos, defendamos nuestra patria derribada. Cada nuevo día gimen más viudas, lloran más huérfanos, hieren más pesares la bóveda del cielo, que resuena cual sufriendo con Escocia y lanzando iguales sílabas de pena.

MALCOLM - Lloraré lo que crea, creeré lo que sepa y, lo que pueda, hallaré ocasión de corregirlo. Lo que me has dicho tal vez sea verdad. A ese tirano, cuyo solo nombre nos llaga la lengua, se le tenía por hombre de bien. Tú le has querido, él no te ha tocado. Soy joven, y conmigo bien podrías ganarte su favor. Sería muy juicioso ofrendar un corderillo débil a inocente y aplacar a un dios airado.

MACDUFF - Yo no soy un traidor.

MALCOLM - Pero Macbeth sí. Hasta un alma buena y virtuosa puede flaquear ante una orden regia. Más perdóname: mis ideas no pueden cambiar to que tú

eres. Los ángeles aún brillan, aunque cayera el más brillante. La maldad puede disfrazarse de virtud, mas la virtud no lleva máscara.

MACDUFF - He perdido mi esperanza.

MALCOLM - Quizá donde nace mi recelo. ¿Por qué sin despedirte, de improviso, dejaste esposa a hijos, valiosos alicientes, fuertes nudos de amor? Te lo ruego, que no te deshonren mis sospechas: es por mi seguridad. Tal vez seas muy leal, piense yo lo que piense.

MACDUFF - ¡Desángrate, pobre patria! Gran tiranía, pon sólidos cimientos: la bondad no se atreve a contenerte. Cíñete tu agravio: lo confirmó tu derecho. Adiós, señor. Yo no sería el canalla que pensáis por todo el territorio del tirano con el Oriente y sus riquezas.

MALCOLM - No te ofendas. No hablo así porque sienta total desconfianza. Creo que nuestra patria se hunde bajo el yugo, sangra, llora, y que cada día se añade a sus heridas otra cuchillada. También creo que por mi causa se alzarían muchas manos y aquí el rey inglés me ha ofrecido generoso varios miles. Y, sin embargo, cuando pise la cabeza del tirano o la clave en la punta de mi espada, la pobre Escocia sufrirá males peores, más padecimientos y de más maneras que nunca con el que le suceda.

MACDUFF - ¿Quién será?

MALCOLM - Me refiero a mí mismo, en quien está tan injertado todo género de vicios que, cuando se destapan, el negro Macbeth parecerá más blanco que la nieve y el pobre país le tendrá por un cordero, comparado con mis vicios infinitos.

MACDUFF - De las legiones del horrible infierno jamás saldrá un diablo más maldito en sus maldades que Macbeth.

MALCOLM - Es cierto que es sanguinario, lascivo, codicioso, pérfido, falsario, violento, malicioso, con tintes de todo pecado que tenga nombre. Pero mi lujuria no tiene fondo, ninguno. Vuestras esposas, hijas, madres y doncellas no podrían llenar mi pozo, y mi pasión derribaría cualquier barrera de pudor que se opusiera a mi deseo. Antes que uno así, mejor que reine Macbeth.

MACDUFF - La intemperancia sin freno es tirana de la vida: ha causado la prematura pérdida de tronos y la caída de muchos reyes. Más no temáis tomar lo que es vuestro: en secreto podéis dar campo libre a los placeres pareciendo casto y así engañando al mundo. Damas complacientes no escasean y en vos no puede haber tal buitres que devore a cuantas se ofrezcan a la soberanía al verla en tal disposición.

MALCOLM - Además, crece en mi carácter mal compuesto codicia tan insaciable que, si yo fuera rey, acabaría con los nobles por tener sus tierras, desearía las joyas de éste, la casa de aquél, y tener más sería como una salsa que más hambre me diera, haciéndome emprender injustos pleitos contra fieles y leales para hundirlos por sus bienes.

MACDUFF - La codicia arraiga hondo y crece con raíces más perversas que la lujuria, flor de verano; fue la espada que dio muerte a muchos reyes nuestros. Más no temáis: Escocia es pródiga en recursos que colmarán vuestro deseo, y sólo en vuestras propias tierras. Todo eso lo equilibran las virtudes.

MALCOLM - Que yo no tengo. Las que convienen a un rey, como justicia, verdad, templanza, constancia, largueza, perseverancia, clemencia, humildad, entrega, paciencia, valor, fortaleza, en mí ni asoman. En cambio, soy fecundo en variaciones sobre cada delito, que practico de muchas maneras. Si tuviese yo el poder, echaría la miel de la concordia a los infiernos, turbaría la paz del mundo, destruiría la unidad de la tierra.

MACDUFF - ¡Ah, Escocia, Escocia!

MALCOLM - Si alguien así es digno de reinar, dilo. Yo soy el que he dicho.

MACDUFF - ¿Digno de reinar? No, ni de vivir. ¡Ah, mísero país! Con un tirano usurpador, de cetro ensangrentado, ¿cuándo volverán tus días de salud si el legítimo heredero de tu trono se acusa y excluye a sí mismo, renegando de su sangre? Vuestro augusto padre era un rey sacrosanto, y vuestra madre, la reina, más veces de rodillas que de pie, moría cada día de su vida. Adiós. Los males que os habéis imputado me desterraron de Escocia. Pecho mío, aquí acaba tu esperanza.

MALCOLM - MacDuff, toda esa noble emoción, hija de la integridad, borra de mi alma mis negras sospechas y reconcilia mi ánimo con tu honor y verdad. Con tretas semejantes el diabólico Macbeth ha intentado ganarme para sí, mas la prudente medida frena mi credulidad. Desde ahora, poniendo por testigo al Dios del cielo, me entrego a tu guía y me retracto de las acusaciones que me hacía: me desdigo de los vicios y defectos que me he imputado por extraños a mi ser. Todavía no conozco mujer, nunca he perjurado, apenas codicié lo que era mío, nunca he sido desleal, jamás traicionaría al diablo con los suyos y amo tanto la verdad como la vida. Mi primera falsedad ha sido ésta, conmigo. El que soy realmente tuyo es, y al servicio de mi patria. A ella, antes de que tú llegases, se disponía a partir el viejo Siward con diez mil hombres aguerridos y dispuestos. Vayamos todos juntos y sea feliz el resultado como justa es nuestra causa. ¿Por qué callas?

MACDUFF - No es fácil conciliar a la vez lo agradable con lo desagradable.

(Entra un Médico)

MALCOLM - Ahora seguimos - ¿Podéis decirme si va a salir el rey?

MÉDICO - Sí, señor. Hay una pobre multitud esperando a que les cure: su dolencia desafía nuestro arte, pero él los toca tal santidad el cielo dio a su mano y en seguida están curados.

MALCOLM - Gracias, doctor.

(Sale el Médico)

MACDUFF - ¿A qué dolencia se refiere?

MALCOLM - La llaman el mal del rey. Es un acto milagroso de este soberano que a menudo le he visto realizar desde que estoy en Inglaterra. Cómo le inspira el cielo sólo él lo sabe: a enfermos con males pasmosos, hinchados, llagados, de angustioso aspecto, desesperanza de la medicina, los cura colgándoles del cuello una medalla de oro que les pone rezando. Se dice que al linaje real que le suceda legará su virtud curativa. A su insólito poder se une el don celestial de la profecía, y las diversas bendiciones que rodean su trono que confirman su gracia divina.

(Entra Ross)

MACDUFF - Mira quién viene.

MALCOLM - Un compatriota, más no le reconozco.

MACDUFF - Mi muy noble pariente, bienvenido.

MALCOLM - Ahora le conozco. Que Dios quite pronto las causas que nos cambian en extraños.

ROSS - Así sea.

MACDUFF - ¿Está Escocia donde estaba?

ROSS - ¡Ah, pobre patria! Apenas se conoce. Ya no puede llamarse nuestra madre, sino nuestra tumba, donde, salvo al ignorante, a nadie se ve sonreír; donde no se oyen los suspiros, aves y gemidos que rasgan el aire; donde el dolor más violento parece un vulgar trastorno. Ya nadie pregunta por quién tocan a

muerto, y los hombres de bien caen antes que la flor de su sombrero, muriendo sin enfermar.

MACDUFF - Un relato muy elaborado, aunque muy cierto.

MALCOLM - ¿Cuál es el último dolor?

ROSS - El de hace una hora ya lo silban; cada minuto engendra uno nuevo.

MACDUFF - ¿Cómo está mi esposa?

ROSS - Pues bien.

MACDUFF - ¿Y mis hijos?

ROSS - Bien también.

MACDUFF - ¿No ha turbado su paz ese tirano?

ROSS - No, estaban en paz cuando los dejé.

MACDUFF - No escatimes las palabras. ¿Cómo va todo?

ROSS - Cuando venía para traer las nuevas que llevo con pesar, corrió el rumor de que se alzaban muchos hombres dignos, lo que pude comprobar personalmente al ver movilizadas las tropas del tirano. Es la hora de ayudar. Vuestra presencia en Escocia crearía soldados y aun las mujeres lucharían por atajar sus desventuras.

MALCOLM - Que les conforte saber que ya vamos. El augusto rey inglés nos presta diez mil hombres y al buen Siward. No hay soldado mejor ni más curtido en toda la cristiandad.

ROSS - Ojala pudiera yo corresponder a ese consuelo. Mis palabras sólo son para gritar en el vacío, donde nadie pueda oír las.

MACDUFF - ¿De qué se trata? ¿Es de interés general o es dolor que concierne a una persona?

ROSS - Ningún alma honrada podrá sustraerse a esta angustia, aunque la parte principal te pertenece a ti.

MACDUFF - Si es mía, no te la guardes. Vamos, dámela.

ROSS - Que tus oídos no desprecien mi lengua de por vida: el sonido que va a darles será el más triste que jamás oyeron.

MACDUFF - ¡Mmm! Creo que lo adivino.

ROSS - Asaltaron tu castillo. Mataron salvajemente a tu mujer y tus criaturas. Contarte cómo, sería añadir tu muerte al montón de pobres víctimas.

MALCOLM - ¡Cielos clementes! - Vamos, no tires del sombrero hacia los ojos. Expresa tus penas: dolor que te guardes musita a tu pecho y le pide que estalle.

MACDUFF - ¿Mis hijos también?

ROSS - Esposa, hijos, servidumbre, todos los que hallaron.

MACDUFF - ¡Y yo tan lejos! - ¿Mataron a mi esposa?

ROSS - Ya lo he dicho.

MALCOLM - Consuélate. Nuestra gran venganza será la medicina que cure este dolor.

MACDUFF - Él no tiene hijos. ¿Todos mis pequeños? ¿Has dicho todos? ¡Buitre del infierno! ¿Todos? ¿Todos mis polluelos con su madre de un cruel zarpazo?

MALCOLM - Afróntalo como un hombre.

MACDUFF - Así lo haré, mas también debo sentirlo como un hombre. No puedo olvidar que existían unos seres que me eran tan queridos. ¿El cielo fue testigo y no los defendió? MacDuff pecador, murieron por tu culpa. Malvado de mí, no por sus ofensas, sino por las mías, la muerte cayó sobre sus almas. El cielo les dé paz.

MALCOLM - Afila tu espada en tu dolor. Tu pena se convierta en rabia y no te embote el ánimo: que te lo irrite.

MACDUFF - ¡Ah, podría llorar como mujer y bramar con esta lengua! Más, cielos benignos, atajad todo intervalo: ponedme a mí y al verdugo de Escocia frente a frente, que esté al alcance de mi acero. Si se me escapa, que Dios le perdone a él también.

MALCOLM - Ese tono ya es de hombres. Vamos con el rey. La tropa está lista; sólo resta despedirnos. Macbeth está maduro para la caída y los poderes del cielo

ya toman sus armas. Tu aliento reanima: muy larga es la noche que no encuentra el día. (*Salen*)

(*Entran un Médico y una Dama de compañía*)

MÉDICO - He velado dos noches con vos, mas no he visto que sea cierta vuestra historia. ¿Cuándo fue la última vez que paseó dormida?

DAMA - Desde que Su Majestad salió con el ejército la he visto levantarse, ponerse la bata, abrir su escritorio, sacar papel, doblarlo, escribir en él, leerlo, sellarlo y después acostarse. Y todo en el más profundo sueño.

MÉDICO - Gran alteración de la naturaleza, gozar el beneficio del sueño a la vez que conducirse igual que en la vigilia. En tal trastorno soñoliento, además de caminar y otras acciones, ¿la habéis oído decir algo alguna vez?

DAMA - Sí, señor. Cosas que no repetiré.

MÉDICO - Conmigo podéis y conviene que lo hagáis.

DAMA - Ni con vos ni con nadie, no teniendo testigos que me apoyen. (*Entra Lady Macbeth con una vela*) Mirad, ahí llega. Así es como sale, y os juro que está bien dormida. Escondeos y observadla.

MÉDICO - ¿De dónde ha sacado esa luz?

DAMA - La tenía a su lado. Siempre tiene una luz a su lado. Fue orden suya.

MÉDICO - ¿Véis? Tiene los ojos abiertos.

DAMA - Sí, pero la vista cerrada.

MÉDICO - ¿Qué hace ahora? Mirad cómo se frota las manos.

DAMA - Acostumbra a hacerlo como si se lavara las manos. La he visto seguir así un cuarto de hora.

LADY MACBETH - Aún queda una mancha.

MÉDICO - ¡Chsss..! Está hablando. Anotaré lo que diga para asegurar mi memoria.

LADY MACBETH - ¡Fuera, maldita mancha! ¡Fuera digo! - La una, las dos; es el momento de hacerlo - El infierno es sombrío. ¡Cómo, mi señor! ¿Un soldado y

con miedo? ¿Por qué temer que se conozca si nadie nos puede pedir cuentas? - Más, ¿quién iba a pensar que el viejo tendría tanta sangre?

MÉDICO - ¿Os fijáis?

LADY MACBETH - El Barón de Fife tenía esposa. ¿Dónde está ahora? - ¡Ah! ¿Nunca tendré limpias estas manos? - Ya basta, mi señor; ya basta. Lo estropeas todo con tu pánico.

MÉDICO - ¡Vaya! Sabéis lo que no debíais.

DAMA - Ha dicho lo que no debía, estoy segura. Lo que sabe, sólo Dios lo sabe.

LADY MACBETH - Aún queda olor a sangre. Todos los perfumes de Arabia no darán fragancia a esta mano mía. ¡Ah, ah, ah!

MÉDICO - ¡Qué suspiro! Grave carga la de su corazón.

DAMA - Ni por toda la realeza de su cuerpo llevaría yo en el pecho un corazón así.

MÉDICO - Bien, bien, bien.

DAMA - Dios quiera que así sea, señor.

MÉDICO - A este mal no llega mi ciencia. Con todo, he conocido sonámbulos que murieron en su lecho santamente.

LADY MACBETH - Lávate las manos, ponte la bata, no estés tan pálido: te repito que Banquo está enterrado; no puede salir de la tumba.

MÉDICO - ¿Es posible?

LADY MACBETH - Acuéstate, acuéstate. Están llamando a la puerta. Ven, ven, ven, dame la mano. Lo hecho no se puede deshacer. Acuéstate, acuéstate, acuéstate. (*Sale*)

MÉDICO - ¿Va a acostarse?

DAMA - Ahora mismo.

MÉDICO - Corren terribles rumores; actos monstruosos engendran males monstruosos; almas viciadas descargan sus secretos a una almohada sorda: más

que un médico, necesita un sacerdote. Dios, Dios nos perdone a todos. Cuidad de ella, apartad de su lado cuanto pueda dañarla y vigiladla de cerca. Buen descanso: lo que he visto me aturde y deja asombrado. Pienso, mas no me atrevo a hablar.

DAMA - Buenas noches, doctor. (*Salen*)

(*Entran, con tambores y bandera, Menteth, Cathness, Angus, Lennox y soldados*)

MENTETH - El ejército inglés ya está cerca; lo mandan Malcolm, su tío Siward y el buen MacDuff. La venganza arde en ellos: su justa causa movería al hombre más insensible a fiero y sangriento combate.

ANGUS - Los encontraremos junto al bosque de Birnam: es por donde vienen.

CATHNESS - ¿Sabe alguien si Donalbain va con su hermano?

LENNOX - No, seguro que no. Tengo una lista de toda la nobleza: está el hijo de Siward y muchos imberbes que por vez primera ostentan su hombría.

MENTETH - ¿Qué hace el tirano?

CATHNESS - Fortifica reciamente el gran Dunsinane. Unos dicen que está loco; otros, que le odian menos, lo llaman intrépida furia. Lo cierto es que no puede abrochar su mórbida causa en la correa del orden.

ANGUS - Ahora siente sus crímenes secretos pegados a las manos. Ahora, a cada instante, las revueltas condenan su perfidia; cuando manda, le obedecen porque manda, nunca por afecto. Ahora ve que la realeza le viene muy ancha, como ropa de gigante sobre un ladrón enano.

MENTETH - ¿A quién puede extrañarle que sus nervios torturados se encojan de pavor, cuando todo lo que lleva en ese cuerpo se avergüenza de ocuparlo?

CATHNESS - Bien, en marcha, a rendir acatamiento a quien le corresponde. Vayamos al encuentro del médico que ha de sanar esta nación y derramemos con él cuantas gotas de sangre purguen nuestra patria.

LENNOX - Todas cuantas puedan regar la flor regia y anegar la mala hierba. ¡En marcha hacia Birnam! (*Salen marchando*)

(*Entran Macbeth, el Médico y acompañamiento*)

MACBETH - ¡No me traigáis más noticias! ¡Que huyan todos! Mientras el bosque de Birnam no venga a Dunsinane, no cederé al miedo. ¿Quién es el niño Malcolm? ¿No nació de mujer? Los espíritus que saben todo humano acontecer me aseguraron: «No temas, Macbeth. Nadie nacido de mujer tendrá poder sobre ti.» Conque huid, falsos barones, y mezclaos con esos epicúreos de ingleses: ni la mente que me guía ni mi pecho flaqueará en la duda o cejará por miedo. (*Entra un Criado*) ¡El diablo lo ponga negro, pálido imbécil! ¿De dónde sacaste esa cara de ganso?

CRIADO - Señor, hay diez mil...

MACBETH - ¿Gansos, miserable?

CRIADO - Soldados, señor.

MACBETH - ¡Aráñate la cara y colora ese miedo, hígados blandos! ¿Qué soldados, bobo? ¡Muerte a tu alma! Esas mejillas de lino mueven al espanto. ¿Qué soldados, cara de leche?

CRIADO - Con permiso, el ejército inglés.

MACBETH - ¡Llévate esa cara! (*Sale el Criado*) ¡Seyton! - Se me encoge el alma cuando veo.. - ¡Eh, Seyton! - Este ataque asentará mi suerte o me destronará. He vivido bastante; la senda de mi vida ha llegado al otoño, a la hoja amarilla, y lo que debe acompañar a la vejez, como honra, afecto, obediencia, amigos sin fin, no puedo pretenderlo. En su lugar, maldiciones, calladas, mas profundas; palabras insinceras que mi pobre alma rehusaría, mas no se atreve - ¿Seyton?

(*Entra Seyton*)

SEYTON - ¿Qué deseáis, Majestad?

MACBETH - ¿Qué más noticias?

SEYTON - Todas las que había se han confirmado.

MACBETH - Lucharé hasta que arranquen la carne de mis huesos. Tráeme la armadura.

SEYTON - Aún no hace falta.

MACBETH - Quiero ponérmela. Mandad más jinetes, batid el territorio, horcad al que hable de miedo. ¡La armadura! - ¿Cómo está la enferma, doctor?

MÉDICO - Más que una dolencia, señor, la atormenta una lluvia de visiones que la tiene sin dormir.

MACBETH - Pues cúrala. ¿No puedes tratar un alma enferma, arrancar de la memoria un dolor arraigado, borrar una angustia grabada en la mente y, con un dulce antídoto que haga olvidar, extraer lo que ahoga su pecho y le oprime el corazón?

MÉDICO - En eso el paciente debe ser su propio médico.

MACBETH - ¡La medicina, a los perros! A mí no me sirve - Vamos, ponme la armadura. ¡Mi bastón de mando! Seyton, que salgan - Doctor, los barones huyen de mí - Vamos, rápido - Si puedes, doctor, examinar la orina de mi tierra, señalar su mal y devolverle su robusta y prístina salud te aplaudiría hasta que el eco a su vez lo aplaudiera - Tira fuerte - ¿Qué ruibarbo, poción, medicamento nos purgaría de estos ingleses? ¿Sabes de ellos?

MÉDICO - Sí, Majestad. Vuestras medidas de guerra nos llevan a oír algo.

MACBETH – (A Seyton) Eso tráetelo - Sólo temeré la muerte o la ruina si viene a Dunsinane el bosque de Birnam.

MÉDICO – (Aparte) Si me hubiera ido ya de Dunsinane, nunca por dinero habría de volver. (Salen)

(Entran, con tambores y bandera, Malcolm, Siward, MacDuff, el Joven Siward, Menteth, Cathness, Angus y soldados en marcha)

MALCOLM - Parientes, espero que esté cerca el día en que nuestra alcoba sea un lugar seguro.

MENTETH - No nos cabe duda.

SIWARD - ¿Qué bosque es el de ahí enfrente?

MENTETH - El bosque de Birnam.

MALCOLM - Que cada soldado corte una rama y la lleve delante. Así encubriremos nuestro número, y quienes nos observen errarán su cálculo.

SOLDADO - A vuestras órdenes.

SIWARD - Según nuestras noticias, el tirano aguarda confiado en Dunsinane y dejará que le pongamos cerco.

MALCOLM - Esa es su esperanza, pues, cuando ha habido ocasión de escapar, nobles y humildes le han abandonado y sólo están con él unos míseros forzados que le siguen sin ánimo.

MACDUFF - Que el justo dictamen venga tras los hechos; ahora entremos en acción marcial.

SIWARD - Se acerca la hora en que se podrá distinguir de cierto lo que nuestro llamamos y lo que es nuestro. Nutren esperanzas las suposiciones, mas la certidumbre la darán los golpes. ¡Hacia ella avance la guerra! (*Salen en marcha*)

(*Entran Macbeth, Seyton y soldados, con tambores y bandera*)

MACBETH - ¡Izad los estandartes sobre las murallas! Siguen gritando: «¡Ya vienen! » La robustez del castillo se reirá del asedio. Ahí queden hasta que se los coma la peste y el hambre. De no estar reforzados por los nuestros, los habríamos combatido cara a cara hasta echarlos a su tierra. (*Gritos de mujeres, dentro*) ¿Qué ruido es ese?

SEYTON - Gritos de mujeres, mi señor (*Sale*)

MACBETH - Ya casi he olvidado el sabor del miedo. Hubo un tiempo en que el sentido se me helaba al oír un chillido en la noche, y mi melena se erizaba ante un cuento aterrador cual si en ella hubiera vida. Me he saciado de espantos, y el horror, compañero de mi mente homicida, no me asusta. (*Entra Seyton*) ¿Por qué esos gritos?

SEYTON - Mi señor, la reina ha muerto.

MACBETH - Había de morir tarde o temprano; alguna vez vendría tal noticia. Mañana, y mañana, y mañana se arrastra con paso mezquino día tras día hasta la sílaba final del tiempo escrito, y la luz de todo nuestro ayer guió a los bobos hacia el polvo de la muerte. ¡Apágate, breve llama! La vida es una sombra que camina, un pobre actor que en escena se arrebatada y contonea y nunca más se le oye. Es un cuento que cuenta un idiota, lleno de ruido y de furia, que no significa nada. (*Entra un Mensajero*) Tú vienes a usar la lengua. ¡Venga la noticia!

MENSAJERO - Augusto señor, debo informar de lo que he visto, aunque no sé cómo hacerlo.

MACBETH - Pues dilo ya.

MENSAJERO - Estando de vigía ahí en lo alto, he mirado hacia Birnam y me ha parecido que el bosque empezaba a moverse.

MACBETH - ¡Infame embustero!

MENSAJERO - Sufra yo vuestra cólera si miento: podéis ver que se acerca a menos de tres millas. Repito que el bosque se mueve.

MACBETH - Si no es cierto, te colgaré vivo del primer árbol hasta que el hambre te seque. Si es verdad, no me importa que lo hagas tú conmigo - Refreno mi determinación; ya recelo de equívocos del diablo, que miente bajo capa de verdad. «Nada temas hasta que el bosque de Birnam venga a Dunsinane», y ahora un bosque viene a Dunsinane. ¡A las armas, fuera! Si se confirma lo que dice el mensaje, tan inútil es huir como quedarse. Empiezo a estar cansado del sol, y ojala que el orden del mundo fuese a reventar. ¡Toca al arma, sople el viento, venga el fin, pues llevando la armadura he de morir! (*Salen*)

(*Entran, con tambores y bandera, Malcolm, Siward, MacDuff y el ejército, con ramas*)

MALCOLM - Ahora estamos cerca: tirad la verde cortina y mostraos como sois - Vos, mi digno tío, con mi primo y noble hijo vuestro, mandaréis el primer batallón. El buen MacDuff y yo nos ocuparemos de todo lo restante conforme a nuestro plan.

SIWARD - Id con Dios. Si encontrásemos la hueste del tirano, que nos venza si en la lucha flaqueamos.

MACDUFF - ¡Dad a las trompetas aliento vibrante, esas mensajeras de muerte y de sangre! (*Salen. Toque de trompetas prolongado*)

(*Entra Macbeth*)

MACBETH - Me han atado al palo y no puedo huir: como el oso, haré frente a la embestida. ¿Quién no ha nacido de mujer? Sólo a éste he de temer, a nadie más.

(*Entra el Joven Siward*)

JOVEN SIWARD - ¿Cómo lo llamas?

MACBETH - Te aterroraría saberlo.

JOVEN SIWARD - No, aunque tu nombre abraza más que cualquiera del infierno.

MACBETH - Me llamo Macbeth.

JOVEN SIWARD - Ni el diablo podría pronunciar un nombre más odioso a mis oídos.

MACBETH - No, ni más temible.

JOVEN SIWARD - Mientes, tirano execrable. Probaré tu mentira con mi espada.

(Pelean y cae muerto el Joven Siward)

MACBETH - Tú naciste de mujer. De todas las armas y espadas me río si el que las empuña es de mujer nacido. *(Sale)*

(Fragor de batalla. Entra MacDuff)

MACDUFF - De ahí viene el ruido. ¡Enseña la cara, tirano! Si te matan y el golpe no es mío, las sombras de mi esposa y de mis hijos siempre han de acosarme. No puedo herir a los pobres mercenarios, pagados por blandir varas: o contigo, Macbeth, o envaino mi espada, indemne y ociosa. Ahí estás, sin duda: ese choque de armas parece anunciar a un hombre de rango. Fortuna, deja que lo encuentre, que más no te pido. *(Sale)*

(Fragor de batalla. Entran Malcolm y Siward)

SIWARD - Por aquí. El castillo se rinde de grado. Los hombres del tirano dividen sus lealtades, los nobles barones pelean con ardor, la victoria se anuncia casi nuestra y poco resta por hacer.

MALCOLM - Algunos del bando enemigo combaten de nuestro lado.

SIWARD - Y ahora, entra en el castillo. *(Salen)*

(Fragor de batalla. Entra Macbeth)

MACBETH - ¿Por qué voy a hacer el bobo romano y morir por mi espada? Mientras vea hombres vivos, en ellos lucen más las cuchilladas.

(Entra MacDuff)

MACDUFF - ¡Vuélvete, perro infernal, vuélvete!

MACBETH - De todos los hombres sólo a ti he rehuido. Vete de aquí: mi alma ya está demasiado cargada de la sangre.

MACDUFF - No tengo palabras; hablará mi espada, tú, ruin, el más sanguinario que pueda proclamarse.

(Luchan. Frigor de batalla)

MACBETH - Tu esfuerzo es en vano. Antes que hacerme sangrar, el afilado acero podrá dejar marca en el aire incorpóreo. Caiga tu espada sobre débiles penachos. Vivo bajo encantamiento, y no he de rendirme a nadie nacido de mujer.

MACDUFF - Desconfía de encantamientos: que el espíritu al que siempre has servido te diga que del vientre de su madre MacDuff fue sacado antes de tiempo.

MACBETH - Maldita sea la lengua que lo dice y amedrenta lo mejor de mi hombría. No creamos ya más en demonios que embaucan y nos confunden con esos equívocos, que nos guardan la promesa en la palabra y nos roban la esperanza - Contigo no lucho.

MACDUFF - Entonces, ríndete, cobarde, y vive para ser espectáculo del mundo. Te llevaremos, como a un raro monstruo, pintado sobre un poste con este letrero: «Ved aquí al tirano».

MACBETH - No pienso rendirme para morder el polvo a los pies del joven Malcolm y ser escarnio de la chusma injuriosa. Aunque el bosque de Birnam venga a Dunsinane y tú, mi adversario, no nacieras de mujer, lucharé hasta el final. Empuño mi escudo delante del cuerpo: pega bien, MacDuff; maldito el que grite: «¡Basta, basta ya!»

(Salen luchando. Frigor de batalla. Entran luchando y Macbeth cae muerto. Sale MacDuff con el cuerpo de Macbeth. Toque de retreta. Trompetas. Entran, con tambores y bandera, Malcolm, Siward, Ross, barones y soldados)

MALCOLM - Ojala los amigos que faltan estén a salvo.

SIWARD - Habrán muerto algunos, aunque, viendo los presentes, tan grande victoria no ha sido costosa.

MALCOLM - Faltan MacDuff y vuestro noble hijo.

ROSS - Señor, vuestro hijo pagó la deuda del soldado. Vivió para llegar a ser un hombre, más, no bien hubo confirmado su valor en el puesto en que luchó inmovible, murió como un hombre.

SIWARD - ¿Así que ha muerto?

ROSS - Sí, y ya le han retirado del campo. No midáis vuestro dolor por su valía, pues entonces sería infinito.

SIWARD - ¿Fue herido por delante?

ROSS - Sí, de frente.

SIWARD - Sea entonces soldado de Dios. Si tuviera tantos hijos como tengo cabellos, no podría desearles mejor muerte. Su campana ya ha doblado.

MALCOLM - Él merece más duelo; yo se lo daré.

SIWARD - Ya más no merece: su cuenta ha pagado con su hermosa muerte. Dios sea con él. Aquí viene más consuelo.

(Entra MacDuff con la cabeza de Macbeth)

MACDUFF - ¡Salud, rey, pues el sois! Ved aquí clavada la cabeza del vil usurpador. El mundo es libre. Os rodea la flor de vuestro reino, que en su pecho ya repite mi saludo. Que sus voces digan alto con la mía: ¡Salud, rey de Escocia!

TODOS - ¡Salud, rey de Escocia!

(Toque de trompetas)

MALCOLM - No dejaré que pase mucho tiempo sin tasar el afecto que ha mostrado cada uno y pagaros mis deudas. Mis barones y parientes, desde ahora sois condes, los primeros que en Escocia alcanzan este honor. Cuanto quede por hacer y deba repararse en esta hora, como repatriar a los amigos desterrados que huyeron de las trampas de un tirano vigilante, denunciar a los bárbaros agentes de este carnicero y su diabólica reina, que, según dicen, se quitó la vida por su propia mano cruel; todo esto y cuanto sea justo, con favor divino, en modo, tiempo y lugar he de cumplirlo. Gracias, pues, a todos. Quedáis invitados a venir a Scone y verme coronado.

(Toque de trompetas. Salen todos)

SONETOS DE AMOR

WILLIAM SHAKESPEARE

I

De los hermosos el retoño ansiamos
para que su rosal no muera nunca,
pues cuando el tiempo su esplendor marchite
guardará su memoria su heredero.
Pero tú, que tus propios ojos amas,
para nutrir la luz, tu esencia quemas
y hambre produces en donde hay hartura,
demasiado cruel y hostil contigo.
Tú que eres hoy del mundo fresco adorno,
pregón de la radiante primavera,
sepultas tu poder en el capullo,
dulce egoísta que malgasta ahorrando.
Del mundo ten piedad: que tú y la tumba,
ávidos, lo que es suyo no devoren.

II

Cuando asedien tu faz cuarenta inviernos
y ahonden surcos en tu prado hermoso,
tu juventud, altiva vestidura,
será un andrajo que no mira nadie.
Y si por tu belleza preguntaran,
tesoro de tu tiempo apasionado,
decir que yace en tus sumidos ojos
dará motivo a escarnios o falsías.
¡Cuánto más te alabaran en su empleo
si respondieras - « Este grácil hijo
mi deuda salda y mi vejez excusa »,
pues su beldad sería tu legado!
Pudieras, renaciendo en la vejez,
ver cálida tu sangre que se enfría.

III

Mira a tu espejo, y a tu rostro dile:
ya es tiempo de formar otro como éste.
Si no renuevas hoy su lozanía,
al mundo engañas y a una madre robas.
¿Quién es la bella del intacto seno
que tu cultivo marital desdeñe?
y ¿quién tan loco para ser la tumba
de un amor egoísta sin futuro?
Tu madre encuentra en ti, que eres su espejo,
la gracia de su abril, su primavera;
así, de tu vejez por las ventanas,
aunque mustio, verás tu tiempo de oro.
Mas si pasar prefieres sin memoria,
muere solo y tu imagen morirá.

IV

Derrochador de encanto, ¿por qué gastas
en ti mismo tu herencia de hermosura?
Naturaleza presta y no regala,
y, generosa, presta al generoso.
Luego, bello egoísta, ¿por qué abusas
de lo que se te dio para que dieras?
Avaro sin provecho, ¿por qué empleas
suma tan grande, si vivir no logras?
Al comerciar así sólo contigo,
defraudas de ti mismo a lo más dulce.
Cuando te llamen a partir, ¿qué saldo
podrás dejar que sea tolerable?
Tu belleza sin uso irá a la tumba;
usada, hubiera sido tu albacea.

V

Las horas que gentiles compusieron
tal visión para encanto de los ojos,
sus tiranos serán cuando destruyan
una belleza de suprema gracia:
porque el tiempo incansable, en torvo invierno,
muda al verano que en su seno arruina;
la savia hiela y el follaje esparce
y a la hermosura agosta entre la nieve.
Si no quedara la estival esencia,
en muros de cristal cautivo líquido,
la belleza y su fruto morirían
sin dejar ni el recuerdo de su forma.
Mas la flor destilada, hasta en invierno,
su ornato pierde y en perfume vive.

VI

No dejes, pues, sin destilar tu savia,
que la mano invernal tu estío borre:
aroma un frasco y antes que se esfume
enriquece un lugar con tu belleza.
No ha de ser una usura prohibida
la que alegra a quien paga de buen grado;
y tú debes dar vida a otro tú mismo,
feliz diez veces, si son diez por uno.
Más que ahora feliz fueras diez veces,
si diez veces, diez hijos te copiaran:
¿qué podría la muerte, si al partir
en tu posteridad siguieras vivo?
No te obstines, que es mucha tu hermosura
para darla a la muerte y los gusanos.

VII

¡Ve! si en oriente la graciosa luz
su cabeza flamígera levanta,
los ojos de los hombres, sus vasallos,
con miradas le rinden homenaje.
Y mientras sube al escarpado cielo,
como un joven robusto en su edad media,
lo siguen venerando las miradas
que su dorada procesión escoltan.
Pero cuando en su carro fatigado
deja la cumbre y abandona al día,
apártanse los ojos antes fieles,
del anciano y su marcha declinante.
Así tú, al declinar sin ser mirado,
si no tienes un hijo, morirás.

VIII

Cuando pienso que todo lo que crece
su perfección conserva un mero instante;
que las funciones de este gran proscenio
se dan bajo la influencia de los astros;
y que el hombre florece como planta
a quien el mismo cielo alienta y rinde,
primero ufano y abatido luego,
hasta que su esplendor nadie recuerda:
la idea de una estada tan fugaz
a mis ojos te muestra más vibrante,
mientras que Tiempo y Decadencia traman
mudar tu joven día en noche sórdida.
Y, por tu amor guerreando con el Tiempo,
si él te roba, te injerto nueva vida.

IX

¿Y por qué no es tu guerra más pujante
contra el Tirano tiempo sanguinario;
y contra el decaer no te aseguras
mejores medios que mi rima estéril?
En el cenit estás de horas risueñas.
Los incultos jardines virginales
darían para ti vivientes flores,
a ti más semejantes que tu efigie.
Tendrías vida nueva en vivos trazos,
pues ni mi pluma inhábil ni el pincel
harán que tu nobleza y tu hermosura
ante los ojos de los hombres vivan.
Si a ti mismo te entregas, quedarás
por tu dulce destreza retratado.

X

¿Quién creará en el futuro a mis poemas
si los colman tus méritos altísimos?
Tu vida, empero, esconden en su tumba
y apenas la mitad de tus bondades.
Si pudiera exaltar tus bellos ojos
y en frescos versos detallar sus gracias,
diría el porvenir: « Miente el poeta,
rasgos divinos son, no terrenales ».
Desdeñarían mis papeles mustios,
como ancianos locuaces, embusteros;
sería tu verdad « transporte lírico »,
« métrico exceso » de un « antiguo » canto.
Mas si entonces viviera un hijo tuyo,
mi rima y él dos vidas te darían.

XI

¿A un día de verano compararte?
Más hermosura y suavidad posees.
Tiembla el brote de mayo bajo el viento
y el estío no dura casi nada.
A veces demasiado brilla el ojo
solar, y otras su tez de oro se apaga;
toda belleza alguna vez declina,
ajada por la suerte o por el tiempo.
Pero eterno será el verano tuyo.
No perderás la gracia, ni la Muerte
se jactará de ensombrecer tus pasos
cuando crezcas en versos inmortales.
Vivirás mientras alguien vea y sienta
y esto pueda vivir y te dé vida.

XII

Mella, Tiempo voraz, del león las garras,
deja a la tierra devorar sus brotes,
arranca al tigre su colmillo agudo,
quema al añoso fénix en su sangre.
Mientras huyes con pies alados, Tiempo,
da vida a la estación, triste o alegre,
y haz lo que quieras, marchitando al mundo
Pero un crimen odioso te prohíbo:
no cinces la frente de mi amor,
ni la dibujes con tu pluma antigua;
permite que tu senda siga, intacto,
ideal sempiterno de hermosura.
O afréntalo si quieres, Tiempo viejo:
mi amor será en mis versos siempre joven.

XIII

Pintado por Natura el rostro tienes
de mujer, dueño y dueña de mi amor;
y de mujer el corazón sensible
mas no mudable como el femenino;
tus ojos brillan más, son más leales
y doran los objetos que contemplas;
de hombre es tu hechura, y tu dominio roba
miradas de hombres y almas de mujeres.
Primero te creó mujer Natura
y, desvariando mientras te esculpía,
de ti me separó, decepcionándome,
al agregarte lo que no me sirve.
Si es tu fin el placer de las mujeres,
mío sea tu amor, suyo tu goce.

XIV

No me sucede lo que a aquel poeta
que versifica a una beldad pintada,
y al cielo mismo empleó como adorno,
midiendo cuánto es bello con su bella;
y en henchidas imágenes la acopla
al sol, la luna y a las gemas ricas
y a las flores de abril y a las rarezas
que el aire envuelve en este globo vasto.
Sincero amante, la verdad escribo.
Mi amor es tan gentil, podéis creerme,
como cualquier hijo de madre, y brilla
menos que las candelas celestiales.
Dejad que digan más los habladores;
yo no quiero ensalzar lo que no vendo.

XV

No creeré en mi vejez, ante el espejo,
mientras la juventud tu edad comparta;
sólo cuando los surcos te señalen
pensaré que la muerte se aproxima.
Si toda la hermosura que te cubre
es el ropaje de mi corazón,
que vive en ti, como en mí vive el tuyo,
¿cómo puedo ser yo mayor que tú?
Por eso, amor, contigo sé prudente,
como soy yo por ti, no por mi mismo;
tu corazón tendré con el cuidado
de la nodriza que al pequeño ampara.
No te ufanes del tuyo, si me hieres,
pues me lo diste para no volverlo.

XVI

Como actor vacilante en el proscenio
que temeroso su papel confunde,
o como el poseído por la ira
que desfallece por su propio exceso,
así yo, desconfiando de mí mismo,
callo en la ceremonia enamorada,
y se diría que mi amor decae
cuando lo agobia la amorosa fuerza.
Deja que la elocuencia de mis libros,
sin voz, transmita el habla de mi pecho
que pide amor y busca recompensa,
más que otra lengua de expresivo alcance.
Del mudo amor aprende a leer lo escrito,
que oír con ojos es amante astucia.

XVII

Pintores son mis ojos: te fijaron
sobre la tabla de mi corazón,
y mi cuerpo es el marco que sostiene
la perspectiva de la obra insigne.
A través del pintor hay que mirar
para encontrar tu imagen verdadera,
colgada en el taller que hay en mi pecho
al que brindan ventanas sus dos ojos.
Y observa de los ojos el servicio:
los míos diseñaron tu figura,
los tuyos son ventanas de mi pecho
por las que atisba el sol, feliz de verte.
Mas algo falta al arte de los ojos:
dibujan lo que ven y al alma ignoran.

XVIII

Que los favorecidos por los astros
de honores y de títulos se ufanen;
yo, que la suerte priva de esos triunfos,
hallo mi dicha en lo que más venero.
Los favoritos de los grandes príncipes
abren al sol sus hojas cual caléndulas,
y su orgullo sepultan en sí mismos
pues los abate un ceño que se frunce.
El célebre guerrero laborioso,
derrocado una vez tras mil victorias,
es del libro de honores suprimido
y de su gesta lo demás se olvida.
Feliz de mí, que amando soy amado,
y ni cambiar ni ser cambiado puedo.

XIX

Señor del amor mío, cuyo mérito
obliga mi homenaje de vasallo,
te envió esta embajada manuscrita,
mi devoción probando y no mi ingenio.
Grande es mi devoción: mi pobre espíritu
la muestra sin ropaje de vocablos
y espera, aunque desnuda, que en tu alma
le dé tu comprensión sutil albergue;
hasta que el astro que mi andanza guía
me señale con brillo favorable,
y al ornar mis andrajos amorosos
haga que yo merezca que me mires.
Así podré exhibir mi amor ufano,
pero hasta entonces rehuiré la prueba.

XX

Extenuado, hacia el lecho me apresuro
a calmar mis fatigas de viajero,
pero empieza en mi ánimo otro viaje,
cuando acaban del cuerpo las faenas.
Porque mis pensamientos, alejándose
en tu busca, celosos peregrinos,
de mis párpados abren el agobio
a la tiniebla que los ciegos miran.
Sólo que mi visión imaginaria
trae tu sombra hasta mis ojos ciegos,
como un joyel que cuelga de la noche
y el rostro oscuro le rejuvenece.
Así, por ti y por mí, nunca reposan
de día el cuerpo y a la noche el alma.

XXI

Cuando hombres y Fortuna me abandonan,
lloro en la soledad de mi destierro,
y al cielo sordo con mis quejas canso
y maldigo al mirar mi desventura,
soñando ser más rico de esperanza,
bello como éste, como aquél rodeado,
deseando el arze de uno, el poder de otro,
insatisfecho con lo que me queda;
a pesar de que casi me desprecio,
pienso en ti y soy feliz y mi alma entonces,
como al amanecer la alondra, se alza
de la tierra sombría y canta al cielo:
pues recordar tu amor es cal fortuna
que no cambio mi estado con los reyes.

XXII

Cuando en sesiones dulces y calladas
hago comparecer a los recuerdos,
suspiro por lo mucho que he deseado
y lloro el bello tiempo que he perdido,
la aridez de los ojos se me inunda
por los que envuelve la infinita noche
y renuevo el plañir de amores muertos
y gimo por imágenes borradas.
Así, afligido por remotas penas,
puedo de mis dolores ya sufridos
la cuenta rehacer, uno por uno,
y volver a pagar lo ya pagado.
Pero si entonces pienso en ti, mis pérdidas
se compensan, y cede mi amargura.

XXIII

Los corazones que supuse muertos
pues me faltaban, a tu pecho ocupan;
en él reinan amor y sus virtudes
y los amigos que creí enterrados.
¡ Cuánta lágrima pía de mis ojos
robó el amor leal por esos muertos
que no son más que seres que han cambiado
de lugar y que yacen en ti ocultos!
Tú eres la tumba donde vive amor;
de mis amores los trofeos te ornan;
cada uno te dio mi parte suya
y ahora es tuyo el bien que fue de muchos.
Veo en ti las imágenes que amé:
soy tuyo entero pues las tienes todas.

XXIV

Si a mis días colmados sobrevives,
y cuando esté en el polvo de la Muene
una vez más relees por ventura
los inhábiles versos de tu amigo,
con lo mejor de tu época compáralos,
y aunque todas las plumas los excedan,
guárdalos por mi amor, no por mis rimas,
superadas por hombres más felices.
Que tu amor reflexione: «Si su Musa
crecido hubiera en esta edad creciente,
frutos más caros a su edad le diera,
dignos de incorporarse a tal cortejo:
pero ha muerto; en poetas más notables
estilo buscaré y en él amor».

XXV

He visto a la mañana en plena gloria
los picos halagar con su mirada,
besar con su oro las praderas verdes
y dorar con su alquimia arroyos pálidos;
y luego permitir el paso oscuro
de fieros nubarrones por su rostro,
y ocultarlo a la tierra abandonada
huyendo hacia occidente sin ventura.
Así brilló mi sol, un día, al alba,
sobre mi frente, con triunfal belleza;
una hora no más lo he poseído
y hoy me lo esconden las aéreas nubes.
No desdeñes mi amor: si el sol del cielo
se eclipsa, han de velarse los del mundo.

XXVI

¿Por qué me prometiste un día hermoso
y a viajar sin mi capa me obligaste,
si me dejaste sorprender por nubes
que en su bruma ocultaron tu destello?
No me basta que surjas de la niebla
y que la lluvia enjugues en mi rostro,
pues no ha de ponderar ninguno el bálsamo
que cicatriza pero no remedia.
Ni tu vergüenza a mi dolor aplaca,
ni tu remordimiento a lo perdido:
del ofensor la pena poco alivia
a quien la cruz soporta del agravio.
Pero tus lágrimas de amor son perlas
y su riqueza todo el mal rescata.

XXVII

No te acongojes más por lo que has hecho;
fango y espina tienen fuente y rosa;
a la luna y al sol vela el eclipse;
vive el gusano en el capullo suave.
Todos cometen faltas, yo también
pues disculpo con símiles la tuya,
y por justificarte me corrompo
y excuso tus pecados con exceso.
A tu yerro sensual le doy mi ayuda;
de opositor me vuelvo tu abogado
y comienzo a pleitear contra mí mismo.
Tanto el amor y el odio en mí combaten
que no puedo dejar de ser el cómplice
del ladrón tierno que cruel me roba.

XXVIII

Déjame confesar que somos dos
aunque es indivisible el amor nuestro,
así las manchas que conmigo quedan
he de llevar yo solo sin tu ayuda.
No hay más que un sentimiento en nuestro amor
si bien un hado adverso nos separa,
que si el objeto del amor no altera,
dulces horas le roba a su delicia.
No podré desde hoy reconocerte
para que así mis faltas no te humillen,
ni podrá tu bondad honrarme en público
sin despojar la honra de tu nombre.
Más no lo hagas, pues te quiero tanto
que si es mío tu amor, mía es tu fama.

XXIX

Como un padre decrepito disfruta
al ver de su hijo las empresas jóvenes,
así yo, mutilado por la suene,
en tu lealtad y mérito me afirmo.
Pues sea la hermosura o el linaje,
el poder o el ingenio, uno o todos,
quien te corone con mejores títulos,
yo incorporo mi amor a esa riqueza.
Ni pobre ni ofendido soy, ni inválido,
que basta la sustancia de tu sombra
para colmarme a mí con su opulencia,
y de una parte de tu gloria vivo.
Busca, pues, lo mejor: te lo deseo;
seré feliz diez veces, si lo hallas.

XXXI

¿Cómo puede buscar temas mi Musa
mientras tú alientas, que a mi verso infundes
tu dulce inspiración, harto preciosa
para exponerla en un papel grosero?
Agradécete a ti, si algo de mi obra
digno de leerse encuentra tu mirada:
¿quién tan mudo será que no te escriba
cuando tu luz aclara lo que inventa?
Sé la décima Musa y sé diez veces
mejor que las antiguas invocadas,
y otorga a quien te invoque eternos versos
que sobrevivan a lejanos siglos.
Si al futuro censor mi Musa encanta,
mía será la pena y tuyo el lauro.

XXXII

El pecado de amarme se apodera
de mis ojos, de mi alma y de mí todo;
y para este pecado no hay remedio
pues en mi corazón echó raíces.
Pienso que es el más bello mi semblante,
mi forma, entre las puras, la ideal;
y mi valor tan alto conceptúo
que para mí domina a todo mérito.
Pero cuando el espejo me presenta,
tal cual soy, agrietado por los años,
en sentido contrario mi amor leo
que amarse siendo así sería inicuo.
Es a ti, otro yo mismo, a quien elogio,
pintando mi vejez con tu hermosura.

XXXIII

Si la muerte domina al poderío
de bronce, roca, tierra y mar sin límites,
¿cómo le haría frente la hermosura
cuando es más débil que una flor su fuerza?
Con su hálito de miel, ¿podrá el verano
resistir el asedio de los días,
cuando peñascos y aceradas puertas
no son invulnerables para el Tiempo?
¡Atroz meditación! ¿Dónde ocultarte,
joyel que para su arca el Tiempo quiere?
¿Qué mano detendrá sus pies sutiles?
Y ¿quién prohibirá que te despojen?
Ninguno a menos que un prodigio guarde
el brillo de mi amor en negra tinta.

XXXIV

Cuando haya muerto, llórame tan sólo
mientras escuches la campana triste,
anunciadora al mundo de mi fuga
del mundo vil hacia el gusano infame.

Y no evoques, si lees esta rima,
la mano que la escribe, pues te quiero
tanto que hasta tu olvido prefiriera
a saber que te amarga mi memoria.

Pero si acaso miras estos versos
cuando del barro nada me separe,
ni siquiera mi pobre nombre digas
y que tu amor conmigo se marchite,
para que el sabio en tu llorar no indague
y se burle de ti por el ausente.

XXXV

Unos se vanaglorian de la estirpe,
del saber, el vigor o la fortuna;
otros, de la elegancia extravagante,
o de halcones, lebreles y caballos;
cada carácter un placer comporta
cuya alegría a las demás excede;
pero estas distinciones no me alcanzan
pues tengo algo mejor que las incluye.

En altura, tu amor vence al linaje;
en soberbia al atuendo; al oro en fausto;
en júbilo al de halcones y corceles.
Teniéndote, todo el orgullo es mío.

Mi única miseria es que pudieras
quitarme todo y en miseria hundirme.

XXXVI

Tu capricho y tu edad, según se mire,
provocan tus defectos o tu encanto;
y te aman por tu encanto o tus defectos,
pues tus defectos en encanto mudas.
Lo mismo que a la joya más humilde
valor se da en los dedos de una reina,
se truecan tus errores en verdades
y por cosa legítima se tienen.
¡Cómo engañara el lobo a los corderos,
si en cordero pudiera transformarse!
Y ¡a cuánto admirador extraviarías,
si usaras plenamente tu prestigio!
Mas no lo hagas, pues te quiero tanto
que si es mío tu amor, mía es tu fama.

XXXVII

Cuando en las crónicas de tiempos idos
veo que a los hermosos se describe
y a la Belleza embellecer la rima
que elogia a damas y señores muertos,
observo que al pintar de sus dechados
la mano, el labio, el pie, la frente, el ojo,
trataba de expresar la pluma arcaica
una belleza como la que tienes.
Así, sus alabanzas son presagios
de nuestro tiempo, que te prefiguran,
y pues no hacían más que adivinarte,
no podían cantarte cual mereces.
En cuanto a aquellos que te contemplamos
con absorta mirada, estamos mudos.

XXXVIII

Tiempo, no has de jactarte de mis cambios:
alzas con nuevo brío tus pirámides
y no son para mí nuevas ni extrañas
sino aspectos de formas anteriores.
Por ser corta la vida, nos sorprende
lo antiguo que reiteras y que impones,
cual si fuera lo nuevo que deseamos
y si rió torciéramos su historia.
Os desafío a ti y a tus anales;
no me asombran pasado ni presente,
pues tus anales y lo visto engañan
al transformarse mientras te apresuras.
Por mí, te juro que he de ser constante
a pesar de tu hoz y de ti mismo.

XXXIX

Pobre alma, centro de culpable limo
a la que burla, indócil, quien la ciñe,
¿por qué adentro sufrir afán y hambre
si pintas lo exterior de alegre lujo?
Si el contrato es tan breve, ¿por qué gastas
ornando tu morada pasajera?
¿Tendrá por fin tu cuerpo sustentar
al gusano que herede tu derroche?
Vive, alma, a expensas de tu servidor;
que aumenten sus fatigas tu tesoro;
y cambia horas de espuma por divinas.
Sé rica adentro, en vez de serlo afuera.
Devora tú a la Muerte y no la nutras,
pues si ella muere, no podrás morir.

LOS DOS HIDALGOS DE VERONA

WILLIAM SHAKESPEARE

DRAMATIS PERSONAE

EL DUQUE DE MILÁN	<i>padre de Silvia.</i>
VALENTÍN	<i>los dos hidalgos</i>
PROTEO	
ANTONIO	<i>padre de Proteo.</i>
TURIO	<i>grotesco rival de Valentín.</i>
EGLAMUR	<i>cómplice de Silvia en su evasión.</i>
RELÁMPAGO	<i>criado gracioso de Valentín.</i>
LANZA	<i>criado gracioso de Proteo.</i>
PANTINO	<i>criado gracioso de Antonio.</i>
POSADERO	<i>donde Julia se aloja en Milán.</i>
LOS BANDIDOS	<i>tres compañeros de Valentín.</i>
JULIA	<i>amada de Proteo.</i>
SILVIA	<i>amada de Valentín.</i>
LUCIA	<i>doncella de Julia.</i>

CRIADOS y MÚSICOS.

ESCENA: *Verona, Milán y las fronteras de Mantua*

Acto Primero

Escena I

Verona - Una plaza pública

(Entran Valentín y Proteo)

VALENTÍN - Cesa de persuadirme, querido Proteo. La juventud casera tiene siempre gustos caseros. Si un respetable afecto no encadenase tus años mozos a las dulces miradas de tu honorable amada, más bien solicitaría tu compañía para contemplar, lejos de la patria, las maravillas del mundo, pues viviendo la hastiada monotonía del hogar, consumes tu juventud en ociosidades sin relieve. Pero puesto que amas, continúa amando, y sé tan feliz en tus amores como para mí deseo cuando ame a mi vez.

PROTEO - ¿De modo que te marchas? Pues ¡adiós!, querido Valentín. Piensa en tu amigo Proteo cuando encuentres algo extraordinario, digno de nota, en tu travesía. Tenme presente en los momentos de dicha, cuando todo vaya bien. Y en tus peligros, si te rodearan, encomienda tus infortunios a mis santas oraciones, pues seré tu rogador, Valentín.

VALENTÍN - ¿Y rogarás por mi éxito en un devocionario de amor?

PROTEO - Rogaré por ti en cierto libro que amo.

VALENTÍN - Sin duda, en alguna frívola historia de un amor profundo, en donde se cuente, por ejemplo, cómo el joven Leandro atravesó a nado el Helesponto.

PROTEO - Que es la profunda historia de un sentimiento de los más profundos. ¡Como que Leandro se hundió por considerar el amor por encima de sus zapatos!

VALENTÍN - Es verdad; pero tú has colocado las botas por encima del amor, y todavía no se sabe que pasarás a nado el Helesponto.

PROTEO - ¿Por encima de las botas? No me hagas, pues, que dé un bote.

VALENTÍN - No, no lo deseo; he hecho por ti voto de compasión.

PROTEO - ¿Por qué?

VALENTÍN - Por estar enamorado. Amar es comprar desprecios con lamentos; miradas de desdén con suspiros de dolor; es cambiar por un instante de placer veinte noches de ansiedades y desvelos. Si se triunfa, cara cuesta la victoria. Si se nos engaña, sólo conservaremos desastres. ¿Qué queda, pues, del amor? Una tontería conseguida a fuerza de ingenio o un ingenio vencido por la tontería o la locura.

PROTEO - En resumen, que me crees loco porque estoy enamorado.

VALENTÍN - En resumen, que si no estás loco lo estarás.

PROTEO - Te burlas del amor, y yo no soy Amor.

VALENTÍN - El amor es tu amo, pues te esclaviza, y quien sufre el yugo de un loco, no merece, a mi juicio, que se le tenga por cuerdo.

PROTEO - Sin embargo, dicen los autores que el amor ardiente se encuentra en las inteligencias más privilegiadas, como el gusano roedor en los más lozanos capullos.

VALENTÍN - Y también dicen que así como el gusano roe el capullo más precoz antes de abrirse, así el amor trastorna la inteligencia joven y apasionada. Marchita en flor, ve desaparecer su lozanía primaveral y, con ella, toda esperanza de un porvenir brillante. Pero en fin, ¿a qué perder tiempo en aconsejar a un esclavo de apetitos amorosos? Por última vez, adiós. Mi padre me espera en el puerto para presenciar mi embarco.

PROTEO - Te voy a acompañar, Valentín.

VALENTÍN - Querido Proteo, no. Despidámonos ahora. Escríbeme a Milán. Comunícame tus conquistas y cuanto ocurra por aquí mientras falta tu amigo, que también promete escribirte.

PROTEO - ¡Pues felicidades en Milán!

VALENTÍN - ¡Las mismas te deseo en casa! Conque ¡Adiós! (*Sale*)

PROTEO - Él va en pos del honor, yo del amor. Abandona a sus amigos para hacerse más digno de ellos. Yo abandono por el amor a mis amigos, a mí mismo y a todo. ¡Tú, Julia, tú me has metamorfoseado! Por ti he descuidado mis estudios perdido mi tiempo, desatendido los buenos consejos: despreciado el mundo, debilitado con ilusiones mi inteligencia y enfermado mi corazón con inquietudes.

(*Entra Relámpago.*)

RELÁMPAGO - ¡Señor Proteo salud! ¿Visteis a mi amo?

PROTEO - Acaba de irse para embarcarse rumbo a Milán.

RELÁMPAGO - Veinte contra uno, entonces, a que se ha embarcado ya, y al perderle me he portado como un carnero.

PROTEO - Verdaderamente, en ocasiones se pierde el carnero a poco que le abandone su amo.

RELÁMPAGO - ¿De lo cual deducís que mi amo es un pastor y yo un carnero?

PROTEO - Claro.

RELÁMPAGO - Luego vele yo o duerma, mis cuernos le pertenecen.

PROTEO - Respuesta estúpida y muy digna de un carnero.

RELÁMPAGO - Lo que prueba que lo soy.

PROTEO - Y tu amo el pastor.

RELÁMPAGO - Lo niego por una razón.

PROTEO - Te lo probaré con otra.

RELÁMPAGO - El pastor busca el carnero, y no el carnero al pastor; yo busco a mi amo, y mi amo no me busca a mí; luego no soy, carnero.

PROTEO - El carnero, por un puñado de hierba, sigue al pastor; el pastor, para comer, no sigue al carnero; tú sigues a tu amo por la paga; tu amo no te sigue; luego se sigue que tú eres el carnero.

RELÁMPAGO - Otra prueba como esa y me vais a oír el *bee*.

PROTEO - Pero ¿me atiendes? ¿Entregaste mi carta a Julia?

RELÁMPAGO - Sí, señor. Yo, carnero descarriado, entregué vuestra carta a esa apacible oveja, y esa apacible oveja nada dio por su trabajo al carnero descarriado.

PROTEO - Una pastura te hubiera sentado bien.

RELÁMPAGO - Que ella me dé la pastura, pero entregadme vos la pasta.

PROTEO - Bueno. ¿Qué te ha dicho? Desembucha.

RELÁMPAGO - Desembuchad vos el bolsillo, a fin de que se exhiban a la vez vuestro dinero y mi mensaje.

PROTEO - (*Dándole dinero*) Toma, ahí tienes por tu trabajo. Pero ¿qué te ha dicho?

RELÁMPAGO - Francamente, no creo que la conquistéis.

PROTEO - ¿Por qué? ¿Es que te ha dejado entrever...?

RELÁMPAGO - No me ha dejado entrever nada, ni aun siquiera un ducado, por entregarla vuestra misiva. Pero por la dureza que ha demostrado con el portador, presumo cómo se ha de portar. Dadle piedras por regalos, ya que es tan dura como el acero.

PROTEO - ¡Pero qué! ¿Nada te ha dicho?

RELÁMPAGO - Ni siquiera un «Toma eso por tu trabajo». Agradezco las monedas que acabáis de entregarme, pero en lo sucesivo dignaos llevar vos mismo vuestras cartas. De manera, señor, que os encomendaré a los buenos recuerdos de mi amo.

PROTEO - Anda, anda, date prisa y libra del naufragio al buque que te lleve. No naufragará mientras estés a bordo mereces la muerte en tierra firme. (*Sale Relámpago*) Mandaré a un mensajero más hábil. Temo que Julia rechace mis cartas si se las entrega un cartero tan idiota. (*Sale.*)

Escena II

El mismo lugar - En el jardín de Julia

(Entran Julia y Lucía)

JULIA - Vamos a ver, Lucía, ahora que estamos solas: ¿me aconsejarías caer en amores?

LUCÍA - Con tal que cayerais sin sentido...

JULIA - A tu parecer, ¿cuál de los hidalgos que me cortejan crees más digno de mi amor?

LUCÍA - Decid de nuevo sus nombres y os daré mi opinión.

JULIA - ¿Qué piensas del apuesto caballero Eglamur?

LUCÍA - Que es un buen tipo, elegante y de lenguaje correcto, pero en vuestro lugar no lo elegiría.

JULIA - Y del rico Mercurio, ¿qué me dices?

LUCÍA - Que están bien sus riquezas, pero así así su persona.

JULIA - ¿Qué piensas de Proteo?

LUCÍA - ¡Jesús, Dios mío! ¡Qué grande es la locura humana!

JULIA - ¿Qué te pasa? ¿Por qué tanta emoción al pronunciar su nombre?

LUCÍA - Perdón, querida señora. Verdaderamente, yo no soy quién para juzgar así a caballeros tan amables.

JULIA - Y ¿Por qué no a Proteo igual que a los demás?

LUCÍA - Porque le creo el mejor de los buenos.

JULIA - ¿La razón?...

LUCÍA - La de una mujer. Le creo así porque así lo creo.

JULIA - ¿Y me aconsejarías amarle?

LUCIA - Sí, si le consideráis digno de vuestro amor.

JULIA - Pero me resulta el más indiferente de todos.

LUCÍA - Pues es el que os ama con más sinceridad.

JULIA - Quien es tan parco en palabras no amará mucho.

LUCÍA - Los fuegos concentrados son los que abrasan.

JULIA - Los que no saben manifestar su pasión no aman.

LUCÍA - ¡Oh! Menos aman los que pregonan por todas partes sus amores.

JULIA - Quisiera saber su pensamiento.

LUCÍA - Pues leed este papel, señora. (*Dándole una carta*)

JULIA - «A Julia.» ¿De quién es?

LUCÍA - Por el contenido lo sabréis.

JULIA - Dime, dime, ¿quién te la dio?

LUCÍA - El paje del caballero Valentín, a quien Proteo se la entregó para vos. El paje os la hubiera dado a vos misma, pero encontrándome a mí, la recibí en vuestro nombre. Perdón por la falta, os ruego.

JULIA - ¡Bonito papel has representado! ¡Vaya! ¿Conque te atreves a encargarte de cartas amorosas y conspirar en secreto contra mí? ¡Pues créeme: es un papel muy digno de ti, y tú lo más a propósito para desempeñarlo! Toma este papel y devuélvelo, inmediatamente o jamás te presentes ante mí!

LUCÍA - Abogar por el amor merece mejor recompensa que el odio.

JULIA - ¿Quieres marcharte?

LUCÍA - Sí, os dejaré meditar... (*Sale.*)

JULIA - Y, sin embargo debí haber leído la carta. Pero me avergüenza llamar a Lucía e incurrir en la misma falta por la que acabo de reprenderle. ¡También es tontería suya, sabiendo que soy una joven, no haber insistido hasta obligarme a leer el billete! ¿No sabe que por pudor decimos muchas veces *no*, aunque estamos deseando que ese *no* se interprete por un *sí*? ¡Lástima, lástima!

¡Qué testarudo y caprichoso es el amor! Es como un niño, de teta, que araña a su nodriza y un instante después besa humildemente sus pechos. He despedido de mal humor a Lucía y no estaba deseando sino que se quedase. Me he mostrado arisca cuando un gozo interior inundaba de alegría toda mi alma. Y ahora tengo que llamar de nuevo a Lucía y pedirle perdón de mi falta. ¡Eh! ¡Lucía!... (*Vuelve a entrar Lucía*)

LUCÍA - ¿Que desea la señorita?

JULIA - ¿Es ya hora de comer?

LUCÍA - Quisiera que fuera para veros descargar vuestra cólera en la comida y no en vuestra doncella.

JULIA - ¿Qué es eso que recoges tan aprisa?

LUCÍA - Nada.

JULIA - ¿Por qué te has inclinado al suelo?

LUCÍA - Nada que me interese.

JULIA - Pues que recoja ese papel mentiroso aquel a quien interese.

LUCÍA - Para quien le interese no contendrá sino sinceridades, si bien se interpreta.

JULIA - Algunos versos que te escribe un amante.

LUCIA - Si queréis que los interprete, dadme entonación y nota para cantarlos.

JULIA - No entiendo de eso. Puedes cantarlas al compás de *La antorcha del amor*.

LUCÍA - Ese diapasón es alto para mí.

JULIA - Deja que vea tu canción. (*Coge la carta*)

LUCÍA - Si queréis, la podemos cantar a dúo.

JULIA - No hay tenor.

LUCÍA - Yo hago la parte de Proteo.

JULIA - ¡No quiero que me molestes ya con habladurías. ¡Toma, mira el caso que hago de tu carta! (*Rompe la carta*) ¡Márchate y deja los pedazos en el suelo; me enfadaré si los tocas!

LUCIA - (*Aparte*) Aunque mete mucho ruido, no le disgustaría que otra carta volviera a disgustarla. (*Sale*)

JULIA - Y ¿por qué me he enojado tanto?...

¡Qué, odio tengo a mis manos por haber roto tantas frases llenas de amor! ¡Pérfidos zánganos, que habéis tenido la osadía de bañaros en miel, matando con vuestros agujones a las abejas que la han producido! Quiero besar, en reparación, en uno tras otro, todos esos pedacitos de papel. Este dice «Dulcísima Julia». ¡Cruel Julia! Para vengarme de lo ingrata que eres, ¡toma!, arrojo tu nombre contra el suelo. Y llena de desprecio, piso con mis pies tus desdenes. A ver, ¿qué dice éste?: «Proteo, herido de amor.» ¡Pobrecito herido! Descansa en mi seno, como en un lecho, hasta que tu herida se cure completamente. Y mientras tanto, deja que imprima en ella un soberano beso. Mas aquí aparece muchas veces el nombre de Proteo... - ¡No soples, bondadoso viento! ¡No me robes ni una sola palabra hasta que encuentre todas las letras de esta carta, a excepción de mi nombre, que un vendaval transporte a una árida roca, amenazadora y terrible, y desde allí lo arroje al irritado mar! ¡Ah! He aquí una línea, que tiene dos veces trazado el suyo: «El infortunado Proteo, el amante Proteo, a la dulce Julia.» Por este último nombre lo voy a rasgar. Pero no, no quiero rasgarlo, ya que se une al suyo, afligido, de un modo tan encantador. Los voy a doblar juntos; así; ahora abrazaos, disputaos como queráis. (*Vuelve a entrar Lucía*)

LUCIA - Señora, la comida está dispuesta y vuestro padre os aguarda.

JULIA - Pues vamos.

LUCIA - ¡Cómo! ¿Dejaremos en el suelo estos indiscretos papeles?

JULIA - Recógelos, si tienen algún valor para ti.

LUCIA - Me he comprometido ya con abandonarlos, pero en fin, los recogeré para que no se constipen.

JULIA - Veo que los aprecias demasiado.

LUCÍA - Podéis decir lo que veis, como yo veo muchas cosas, aunque creáis que tengo los ojos cerrados.

JULIA - ¡Vamos, vamos! ¿Querrás que nos marchemos? (*Salen*)

Escena III

El mismo lugar - Aposento en casa de Antonio

(Entran Antonio y Pantino)

ANTONIO - Dime Pantino... ¿de tanto interés era lo que te decía en el vestíbulo mi hermano?

PANTINO - Me hablaba de su sobrino Proteo, vuestro hijo.

ANTONIO - Y ¿qué te decía de él?

PANTINO - Dolíase de que vuestra señoría le hiciese permanecer en su ciudad natal, en tanto que otros hombres de estirpe más baja envían lejos a sus hijos en busca de adelantos: unos a probar fortuna en la guerra otros a descubrir remotas islas y otros a estudiar a las Universidades. Para cualquiera de esas carreras dice que es apto vuestro hijo, y me ha rogado que influya cerca de vos para que no le hagáis perder más el tiempo, pues seguramente le molestará en la edad madura no haber viajado cuando era joven.

ANTONIO - No es preciso que te esfuerces para convencerme, pues desde hace un mes pienso lo mismo, y he reflexionado sobre el tiempo que perdía. Tengo la seguridad de que no será nada, si no adquiere experiencia e instrucción: la experiencia se adquiere con el trabajo y se perfecciona con el tiempo. Y ¿adónde te parece que convendría mandarle?

PANTINO - Creo que no ignorará vuestra señora que su amigo, el joven Valentín, está al servicio del emperador en su real corte.

ANTONIO - Lo sé.

PANTINO - Pues allí creo que convendría enviarle. Se ejercitaría en las justas y, torneos, aprendería el bien decir, alternaría con la nobleza y, en fin, se le identificaría con los ejercicios dignos de su juventud y elevada cuna.

ANTONIO - Me parece bien tu consejo; es una prudente advertencia, y para probarte lo admirable que la hallo, voy a ponerla en práctica. Mandaré en seguida a mi hijo a la corte del emperador.

PANTINO - Precisamente mañana don Alfonso y otros varios caballeros distinguidos marchan a saludar al emperador y a ponerse a sus órdenes.

ANTONIO - Excelente compañía. Proteo marchará con ellos. Y en buena hora llega. Voy a hablarle del asunto. (*Entra Proteo*)

PROTEO - ¡Encantador amor! ¡Encantadoras líneas! ¡Encantadora vida! Aquí está su carta, mensajera de su corazón. Aquí me jura amor eterno y me empeña su palabra. ¡Oh, Julia celestial!

ANTONIO - ¿Qué hay? ¿Qué carta estás leyendo?

PROTEO - Con permiso de vuestra señoría. Son unas palabras de recomendación que me envía Valentín para un amigo que me ha visitado en su nombre.

ANTONIO - Déjame esa cara, a ver qué nuevas contiene.

PROTEO - Nuevas, ninguna, padre; sólo dice Valentín que es dichoso; que todos le quieren y que cada vez le distingue más, el emperador. Y añade que marche a su lado y disfrute con él de su prosperidad.

ANTONIO - Y ¿cómo acoges tú esa prueba de afecto?

PROTEO - Como un anhelo cuya realización depende más de vuestra señoría que de las aspiraciones de un amigo.

ANTONIO - Pues mi voluntad está completamente de acuerdo con su deseo. Si me preguntas por qué procedo tan de repente, te diré que porque así me parece bien, y nada más. He resuelto que permanezcas algún tiempo con Valentín en la corte del emperador. Te señalaré la misma pensión que él recibe de su familia. De modo que prepárate a partir mañana temprano, y nada de excusas, pues estoy decidido.

PROTEO - Pero Señor, ¿en tan pocas horas cómo me voy a preparar? Dadme de término uno o dos días, os lo ruego.

ANTONIO - Mira, las cosas que necesitas te las enviaremos después. Nada de prórroga; debes salir mañana. Acompáñame, Pantino. Prepárale todo para la marcha. (*Salen Antonio y Pantino.*)

PROTEO - ¡Es decir, que huía del fuego, por no abrasarme, y he caído en el mar, donde me ahogo! ¡Temiendo amor, no quise enseñar a mi padre la carta de Julia, y de los mismos motivos de mi pretexto sacó él los medios más contrarios a mi amor. ¡Oh! ¡Qué parecida es esta pasión naciente a la belleza insegura de un día de abril! ¡Deja de pronto ver el sol en toda su gloria y al instante una nube lo cubre todo! (*Vuelve a entrar Pantino.*)

PANTINO - Señor Proteo, vuestro padre os llama. Está impaciente. Os ruego tengáis la bondad de venir.

PROTEO - Nada, está resuelto. Mi corazón tiene que consentir. Y sin embargo me repite mil veces, no (*Sale*).

Acto Segundo

Escena I

Milán - Aposento en el palacio del Duque

(Entran Valentín y Relámpago)

RELÁMPAGO - Señor: vuestro guante *(Entregándole un guante)*

VALENTÍN - No es mío. Tengo puestos los dos.

RELÁMPAGO - Perdón; creí que era de vos. Lo hallé casualmente...

VALENTÍN - ¡Ah! ¿A ver? ¡Dámelo! Es mío. ¡Adorno encantador, que cubres una mano divina!, ¡Ah, Silvia! ¡Silvia!

RELÁMPAGO - *(Gritando)* ¡Doña, Silvia! ¡Doña Silvia!

VALENTÍN - ¿Qué haces, majadero?

RELÁMPAGO - ¡No nos oye, señor!

VALENTÍN - Pero ¿quién te ha dicho que la llames?

RELÁMPAGO - Vuestra señoría, o mucho me equivoco.

VALENTÍN - ¿Yo? Eres demasiado ligero.

RELÁMPAGO - Pues no hace mucho me regañabais por ser demasiado lento.

VALENTÍN - Bien, bien. Pero dime: ¿conoces tu a doña Silvia?

RELÁMPAGO - ¿A la que tanto adoráis?

VALENTÍN - ¿Cómo sabes que la adoro?

RELÁMPAGO - ¡Pardiez! Veréis en qué lo he conocido. Primeramente habéis aprendido, como el señor Proteo, a cruzaros de brazos como un melancólico, a modular una canción de amor como un petirrojo, a pasearos solo como si tuvierais la peste, a gemir como un escolar que ha perdido su abecedario, a plañir como una niña que acaba de enterrar a su abuela, a ayunar como un

enfermo puesto a dieta, a velar como si temierais que os robaran, y a hablar con voz lastimera como un pobre en la fiesta de Todos los Santos. Antes se desbordaba vuestra risa como canto del gallo, andabais a paso de león, sólo ayunabais después de comer, y únicamente se os veía triste cuando no teníais dinero. Pero ahora os ha cambiado una dama de tal modo que, por más que os miro, apenas reconozco en vos a mi amo.

VALENTÍN - ¿Todo eso se advierte en mí?

RELÁMPAGO - Todo eso se advierte en vos a cien leguas.

VALENTÍN - ¿Es posible?

RELÁMPAGO - Ya lo creo que es posible. Como que esas locuras están dentro de vos de tal manera, que les servís de vaso y a través de vos se las ve brillar como el agua en un orinal. Por eso no hay quien os vea que no conozca vuestra enfermedad tan bien como un médico.

VALENTÍN - Vaya, hombre; pero dime: ¿conoces a doña Silvia?

RELÁMPAGO - ¿A la que miráis tan fijamente cuando está a la mesa?

VALENTÍN - ¿Lo has notado tú?... Pues sí, de ella, te hablo.

RELÁMPAGO - Mi querido señor, ¡no la conozco!

VALENTÍN - ¿Has notado que la miraba fijamente, y no la conoces?

RELÁMPAGO - No carece de señor.

VALENTÍN - ¡Como que tiene, más gracia que belleza!

RELÁMPAGO - Lo sé de un modo absoluto.

VALENTÍN - ¿Qué sabes tú?

RELÁMPAGO - Que no es tan bella como la gracia que os ha hecho.

VALENTÍN - He querido decir que su hermosura es incomparable, pero su gracia infinita.

RELÁMPAGO - ¡Como que la una es hermosura pintada y la otra una gracia sin ninguna gracia!

VALENTÍN - ¡A ver, a ver, explica eso!

RELÁMPAGO - ¿No dicen para alabar a una mujer: «Es tan hermosa que ni pintada»? Pues ahí la tenéis pintada, para colmo de su belleza.

VALENTÍN - ¿Te burlas? ¿Por quién me tomas a mí, que tanto te estimo?

RELÁMPAGO - Es que no la habéis visto desde que se ha vuelto fea.

VALENTÍN - ¿Desde cuándo es eso?

RELÁMPAGO - Desde que la amáis.

VALENTÍN - La amé en cuanto la vi, y siempre la he visto hermosa.

RELÁMPAGO - Si la amáis no podéis verla.

VALENTÍN - ¿Por qué?

RELÁMPAGO - Porque Amor es ciego. ¡Oh! ¡Que no tengáis mis ojos, o que los vuestros no vean tan claro como cuando reprendíais al señor Proteo por ir sin ligas!

VALENTÍN - ¿Qué vería entonces?

RELÁMPAGO - Vuestra locura presente y la terrible fealdad de vuestra alma. Porque él, como estaba enamorado, no veía para atar sus calzones; y vos, desde que lo estáis, no veis para ponerlos vuestros.

VALENTÍN - Pues según eso, bribón, debes de estar tú enamorado, porque esta mañana no veías para limpiar mis zapatos.

RELÁMPAGO - En efecto, señor, estaba enamorado... de la cama. Y os agradezco el haber castigado mi amor con las correas de los estribos. Así me vengaré ahora zurrando el vuestro.

VALENTÍN - Acabemos. La quiero y basta.

RELÁMPAGO - ¡Ya disminuiría vuestro cariño como os echaran el yugo!

VALENTÍN - Por cierto que anoche me mandó escribir unos versos para una persona a quien ama.

RELÁMPAGO - ¿Y los habéis compuesto?

VALENTÍN - Pues claro.

RELÁMPAGO - Y ¿son pasables?

VALENTÍN - Así así; he hecho lo que he podido. ¡Silencio! Aquí llega.
(*Entra Silvia*)

RELÁMPAGO - (*Aparte*) ¡Oh! ¡Lindos andares! ¡Un maniquí rematado!
¡Ahora la servirá él de intérprete!

VALENTÍN - Señora mía y dueña: os saludo mil veces.

RELÁMPAGO - (*Aparte*) ¡Atiza! Ya veréis ofrecerle en pago un millón de carantoñas.

SILVIA - Señor Valentín, mi servidor, yo os saludo dos mil.

RELÁMPAGO - (*Aparte*) Debería él pagar el interés y es ella quien lo paga.

VALENTÍN - En cumplimiento de vuestro mandato he escrito la carta dirigida al secreto amigo, cuyo nombre no me quisisteis confiar. El encargo era duro; sólo por obedeceros lo he realizado. (*Entregándole un papel*)

SILVIA - Muchas gracias, amable servidor. La carta está admirablemente escrita.

VALENTÍN - Pues creedme, señora; me ha costado algún trabajo, porque como ignoraba a quién iba dirigida he tenido que escribir al azar y no muy seguro de lo que hacía.

SILVIA - ¿Creéis, por ventura, que os ha costado un trabajo en extremo excesivo?

VALENTÍN - No, señora; si ello os causa complacencia, mandad y escribiré mil veces otro tanto. Y sin embargo...

SILVIA - ¡Un lindo período! Bien adivino lo que sigue. Y sin embargo no lo diré. Y sin embargo me es indiferente. Y sin embargo tomad esto otra vez. Y sin embargo os lo agradezco. No volveré a importunaros en lo sucesivo.

RELÁMPAGO - (*Aparte*) Y *sin embargo* todavía os importunaré y os embargaré con otros *sin embargos*.

VALENTÍN - ¿Qué queréis decir, señorita? ¿No os agrada el estilo?

SILVIA - Sí, sí; son muy lindos vuestros versos, pero puesto que los habéis escrito a disgusto, tomadlos, quedaos, con ellos. (*Le entrega la carta*)

VALENTÍN - Señora, son para vos.

SILVIA - Sí, sí, caballero; ya sé que los habéis escrito a instancia mía, pero no los quiero; para vos. Yo los hubiera preferido más apasionados.

VALENTÍN - Si me lo permitís, señorita, escribiré otros.

SILVIA - Pues cuando los escribáis, leedlos por mí. Y si os agradan, bien; si no os agradan, también.

VALENTÍN - Si me agradan, señora, ¿qué hago entonces?

SILVIA - Pues si os agradan guardadlos por vuestro trabajo. Conque, buenos días, mi servidor. (*Sale.*)

RELÁMPAGO - ¡Oh, juego de palabras oculto, inescrutable, invisible como la nariz en medio del rostro o como la veleta sobre un campanario! ¡Mi amo la galantea, y ella, de discípulo suyo, se cambia en su maestro! ¡No es mala idea! ¡Superiorísima! ¿Se ha visto cosa igual? *¿Escoger de amanuense a mi señor para que escriba epístolas de amor?*

VALENTÍN - ¡Eh, eh! ¿Qué estás discurrendo ahí solo?

RELÁMPAGO - Estaba solas con la rima para dejaros el pensamiento.

VALENTÍN - ¿Qué pensamiento?

RELÁMPAGO - El que necesitáis para servir de intérprete a doña Silvia.

VALENTÍN - ¿Para con quién?

RELÁMPAGO - Para con vos mismo. Pues os hace el amor por medio de enigmas.

VALENTÍN - ¿Cómo enigmas?

RELÁMPAGO - Por cartas debí decir.

VALENTÍN - ¿Me ha escrito a mí, acaso?

RELÁMPAGO - ¿Para qué, si ha hecho que os escribierais vos mismo?
¿Es que no habéis comprendido el juego?

VALENTÍN - Créeme que no.

RELÁMPAGO - Es extraño, en verdad. Pero ¿no adivinasteis el interés que mostraba al hablaros?

VALENTÍN - No hizo sino dirigirme palabras de ira.

RELÁMPAGO - Pero os entrego una carta.

VALENTÍN - La que escribí yo para su amigo.

RELÁMPAGO - Y os dio esa carta, y allí acabó el asunto.

VALENTÍN - ¡Ojalá no quede aún lo peor por descifrar!

RELÁMPAGO - OS lo aseguro, fue como os digo: *Le escribisteis muchas veces, y ella, fuera por pasión o bien por pasar el tiempo, ha conseguido de vos, mediante un gracioso ardid, que le escribáis de su amor, tomándoos por mensajero de vuestra propia pasión.* Os juro que todo esto es tal como lo leí impreso. ¿En qué meditáis, señor? Es hora de comer.

VALENTÍN - He comido ya.

RELÁMPAGO - Sí, pero oídme, señor: aunque Amor es una especie de camaleón que puede vivir del aire, yo necesito mi ración y quisiera algo sólido. ¡Oh! No seáis como vuestra dama; conmoveos. *(Salen)*

Escena II

Verona - Aposento en casa de Julia

(Entran Proteo y Julia)

PROTEO - Ten paciencia, amable Julia.

JULIA - Es preciso, cuando no hay remedio.

PROTEO - Tan pronto como pueda volveré.

JULIA - Si no cambias volverás antes. Guarda esto en recuerdo de tu Julia.
(Le entrega una sortija)

PROTEO - Pues entonces haremos un cambio: toma este anillo. *(La entrega un anillo)*

JULIA - Y sellemos el trato con un santo beso.

PROTEO - He aquí mi mano, en testimonio de mi constancia inalterable. Y Cuando deje pasar un solo instante del día sin suspirar por ti, ¡que me castigue, Julia una irreparable desgracia por el olvido de mi amor! Mi padre me espera. No Puedo detenerme. Llegó la hora de la marea, no la marea de mis lágrimas que me detendría más tiempo. ¡Julia, adiós! *(Sale Julia)* ¡Como! ¿Sale sin decirme una palabra? ¡Sí, así se manifiesta el amor verdadero! ¡No puede hablar, y mejor que con palabras se muestra la sinceridad con actos! *(Entra Pantino)*

PANTINO - Señor Proteo, os aguardan.

PROTEO - Ve; te sigo, te sigo. ¡Ay! ¡La separación hace enmudecer a los amantes! *(Salen)*

Escena III

El mismo lugar - Una calle

LANZA - ¡Pues me apuesto a que se pasa una hora antes que acabe de llorar! Toda la raza de los Lanzas ha tenido este defecto. He recibido, como el hijo pródigo, mi parte de herencia, y voy a acompañar al señor Proteo a la corte del emperador. Para mí que mi perro *Crab* es el tipo de perro más insensible que hay entre los perros. Mi madre lloraba, mi padre gemía, mi hermana sollozaba, nuestra doncella daba alaridos, nuestra gata se retorció las manos; en fin, estaba la casa en la mayor desolación. ¡Pues bien! ¿Lo creeríais? Este perro, de corazón de roca, no ha derramado una sola lágrima. Os aseguro que es un mármol, un verdadero pedernal, y que no hay en él más compasión que en un perro. ¡Vaya con la criatura! Un judío hubiera llorado al ver nuestra separación. Mi abuela, que no tiene ojos, ha llorado tanto, que las lágrimas le impedían ver. Ahora veréis cómo pasó. Este zapato es mi padre. No, mi padre es el zapato izquierdo... no, no; el zapato izquierdo es mi madre. Pero no es eso, no puede ser... Sí, sí es, sí es eso; es el que tiene peor suela. Pues este zapato agujereado es mi madre, y éste mi padre. ¡Esto es tener cabeza! Ya di en el quid. Ahora, señor, este palo es mi hermana, que ya lo veis, es blanca como un lirio y delgada como una varilla. Este sombrero es Ana, nuestra criada. Yo soy el perro... No, el perro es él mismo... Y yo soy el perro... ¡Oh! El perro es yo; y yo soy yo mismo; sí, eso es, eso es. Entonces me dirijo a mi padre: «¡Padre, vuestra bendición!» Y echa el zapato a llorar, de tal manera, que las lágrimas le dejan mudo. Beso entonces a mi padre, y se deshace en lágrimas. Voy después a mi madre, ¡oh, pobre mujer, si pudiese ahora hablar! Bien. La beso. «¡Por vida de...!» Eso es, escuchad su respiración cómo va y viene con fuerza. Ahora me acerco a mi hermana. ¡Oíd cómo gime! ¡Pues bien! En todo ese tiempo no vierte el perro una lágrima, no articula ni una sola palabra. Y, en cambio, yo, ¡ya veis cómo riego el polvo con mi llanto! (*Entra Pantino.*)

PANTINO - ¡Lanza, corre, corre a bordo! Ya se embarcó tu amo y debes reunirte con él a fuerza de remos. ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras, hombre? ¡Echa a correr, gran bestia, pues si tardas pierdes lo que traes entre manos!

LANZA - ¿Qué me importa perderlo?

PANTINO - ¿Qué dices?

LANZA - Hablo de este perro, de mi *Crab*.

PANTINO - ¡Idiota! Quiero decir que perderás el viaje; con tu viaje, a tu amo, y con tu amo la colocación. Vamos, vete, me han enviado a llamarte...

LANZA - Llámame como quieras.

PANTINO - ¿Quieres seguirme?

LANZA - Bueno, te sigo. (*Salen*)

Escena IV

Milán - Aposento en el palacio del duque

(Entran Valentín, Silvia, Turio y Relámpago)

SILVIA - ¡Servidor!

VALENTÍN - ¡Señorita!

RELÁMPAGO - *(Aparte a Valentín)* Mi amo: el señor Turio os pone malos ojos.

VALENTÍN - Lo sé; es por amor.

RELÁMPAGO - Pero no a vos.

VALENTÍN - Será a mi señora.

RELÁMPAGO - Yo que vos le aplastaba las narices.

SILVIA - Mi servidor, os veo triste.

VALENTÍN - Verdaderamente, señora, lo parezco.

TURIO - ¿Luego parecéis lo que no sois?

VALENTÍN - Tal vez.

TURIO - Entonces, ¡disimuláis!

VALENTÍN - Como vos.

TURIO - ¿Parezco yo algo que no sea?

VALENTÍN - Cuerdo.

TURIO - ¿Qué soy, pues, que no parezca?

VALENTÍN - Loco.

TURIO - ¿En qué fundáis mi locura?

VALENTÍN - En vuestra manera de vestir.

TURIO - Llevo doble capa.

VALENTÍN - Razón de más para que haya en vos doble locura.

TURIO - *(Incomodado)* - ¡Cómo!

SILVIA - ¿Qué es eso? ¡Os incomodáis, señor Turio! Cambias de color.

VALENTÍN - Le está permitido, señora. Es una especie de camaleón.

TURIO - Con más valor para beber vuestra sangre que para vivir de vuestro aire!

VALENTÍN - ¿Habéis dicho, caballero?

TURIO - Y terminado por ahora.

VALENTÍN - Lo presumía, caballero; siempre acabáis antes de haber empezado.

SILVIA - ¡Señores: vaya una brillante salva de palabras y un fuego graneado!

VALENTÍN - Es verdad, señora, y lo agradecemos.

SILVIA - ¿A quién, mi servidor?

VALENTÍN - A vos, dulce señora, pues vos habéis mandado el fuego. El señor Turio toma su ingenio de las miradas de vuestra señoría y gasta generosamente en vuestra presencia lo que os tomó prestado.

TURIO - Señor, si con vuestras palabras prestadas pretendéis desafiarme, me parece que va a dar quiebra vuestro ingenio.

VALENTÍN - Lo sé, caballero; tenéis banca de palabras y creo que es todo lo que podéis dar a vuestros criados. El lamentable estado de su librea indica que sólo con palabras les pagáis.

SILVIA - Basta, señores, basta. Aquí llega mi padre. *(Entra el Duque)*

DUQUE - Vaya, os asedian de cerca, querida Silvia. Señor Valentín, vuestro padre sigue sin novedad. ¿Qué pensaríais si os dijera que he recibido una carta de vuestros amigos llena de excelentes noticias?

VALENTÍN - Señor, toda la que de ellos venga será acogida por mí con reconocimiento.

DUQUE - ¿Conocéis a vuestro compatriota don Antonio?

VALENTÍN - Sí, mi señor, y le tengo por persona excelente, de justificada reputación.

DUQUE - ¿No tiene un hijo?

VALENTÍN - Sí, mi señor, y que merece ciertamente el honor de tener tal padre,

DUQUE - ¿Le conocéis?

VALENTÍN - Como a mí mismo. Desde la infancia hemos estado juntos, si bien yo he sido un perezoso y he descuidado aprovechar el tiempo para revestir mi edad madura de una perfección completa. No ha sucedido así con Proteo - que tal es su nombre - sino que ha empleado con hermosa ventaja sus días. Joven por edad, pero viejo en experiencia; aunque su cabeza es verde, su juicio está maduro. En fin - a pesar de que su mérito está por encima de cuanto pueda decir-, nada le falta en cuanto a persona y talento y reúne todas las cualidades de un perfecto hidalgo.

DUQUE - ¡Caramba! De no fallar el elogio, es tan digno del amor de una emperatriz como apto para consejero de un emperador. Bien, caballero; pues ese hidalgo ha llegado a mi corte, recomendado por grandes potentados, y se propone pasar en ella algún tiempo. Supongo que no os desagradará la noticia.

VALENTÍN - De haber tenido yo algo que desear hubiera sido su presencia.

DUQUE - Recíbidle como conviene a su mérito, Silvia; contigo hablo, y con vos, señor Turio. En cuanto a Valentín, no necesita mis exhortaciones. Os lo voy a enviar al instante. *(Sale)*

VALENTÍN - Es el joven de quien dije a vuestra señoría que hubiera venido conmigo de no haberle retenido su dama prisioneros los ojos en sus miradas de cristal.

SILVIA - Tal vez los haya libertado ahora para empeñar en otro su fe.

VALENTÍN - Seguramente no, señora; pienso que todavía los retiene cautivos.

SILVIA - Pues entonces está ciego y, siéndolo, ¿cómo ha podido venir hasta vos?

VALENTÍN - Bien sabéis, señora, que Amor tiene veinte pares de ojos.

TURIO - Pues hay quien dice que es completamente ciego.

VALENTÍN - Para los amantes como vos, Turio. Amor cierra los ojos ante un objeto repugnante.

SILVIA - Basta, basta. Aquí llega el hidalgo. (*Entra Proteo*)

VALENTÍN - ¡Bien venido, querido Proteo! Señorita, os ruego confirméis mi acogida con una distinción especial.

SILVIA - Su propio valer es garantía de la satisfacción que nos causa con su presencia, si se trata de quien tan frecuentemente habéis deseado tener noticias.

VALENTÍN - Él es, señorita, y dignaos permitir, hermosa dama, que comporta conmigo el honor de servir a vuestra señoría.

SILVIA - Poco es el ama para tan distinguido servidor.

PROTEO - Nada de eso, dulce señora; el servidor es demasiado insignificante para merecer una mirada de dama tan gentil.

VALENTÍN - Abandona esas modestias. Encantadora señorita, aceptadle por vuestro servidor.

PROTEO - Será para mí un orgullo colmar los deberes que ese título me impone.

SILVIA - El cumplimiento del deber halla siempre su recompensa. Mi servidor, bien venido seáis al servicio de tan indigna dama.

PROTEO - La muerte daría a quien, sin ser vos, dijera eso.

SILVIA - ¿Qué seáis bien venido?

PROTEO - No; que dijera que sois indigna. (*Entra un Criado*)

CRIADO - Señora, mi señor, vuestro padre, quisiera hablaros.

SILVIA - En seguida marchó. (*Sale el Criado*) Acompañadme, señor Turio. Mi nuevo servidor: por segunda vez, mi sincera acogida. Les dejo que hablen de sus asuntos. En cuanto acaben espero que nos volveremos a ver.

PROTEO - Los dos iremos a presentar nuestros respetos a vuestra señoría. (*Salen Silvia, Turio y Relámpago*)

VALENTÍN - Dime ahora: ¿Cómo Siguen los que acabas de dejar en Verona?

PROTEO - Tus amigos bien, y te mandan recuerdos.

VALENTÍN - ¿Y los tuyos?

PROTEO - Los dejé en completa salud.

VALENTÍN - ¿Cómo está la dama de tus pensamientos, y cómo va tu amor?

PROTEO - Siempre te molestaron mis confidencias amorosas. Como no te gustan las conversaciones de amor...

VALENTÍN - Sí, Proteo; pero son otras mis ideas. He expiado cruelmente los desdenes que tuve con el amor. Emperador y dueño absoluto de todos mis pensamientos, me ha castigado con amargos ayunos y con gemidos de penitencia. He derramado lágrimas por la noche y exhalado de día dolorosos suspiros. Para vengarse de mi antiguo desprecio, el amor ha desterrado el sueño de mis ojos, haciéndoles velar las aflicciones de mi corazón. ¡Oh, gentil Proteo! El amor es un señor poderoso. Me ha humillado hasta el punto que no hallo sufrimiento que iguale a sus castigos, aunque no hay placer en la Tierra comparable a la dicha de servirle. Ahora no hablo si no es de amor. Ahora puedo almorzar, comer, cenar y dormir con sólo el nombre de Amor.

PROTEO - Basta; se retrata en tus ojos la felicidad. ¿Es tu ídolo la persona que acabo de ver?

VALENTÍN - La misma; y ¿no es un ángel del cielo?

PROTEO - No; pero es una maravilla terrestre.

VALENTÍN - Llámala divina.

PROTEO - No quiero adularla.

VALENTÍN - ¡Oh!, adúlame a mí, pues el amor se complace con exaltar el objeto amado.

PROTEO - Cuando yo estaba enfermo me dabas amargas píldoras y ahora debo yo administrártelas.

VALENTÍN - Entonces di sobre ella la verdad. Si no es divina, confiesa a lo menos que es la primera entre todas las mujeres, la soberana de todas las criaturas de la Tierra.

PROTEO - Excepto mi adorada.

VALENTÍN - Querido, no exceptúes a nadie, y si a alguien exceptúas, exceptúa mi amor.

PROTEO - ¿No tengo razón para preferir a la que amo?

VALENTÍN - Y yo la exaltaré, además, a tus propios ojos. Se ensalzaría con este alto honor...., con levantar la cola del vestido de mi soberana, por temor de que la indigna tierra se atreviese a besar sus ropas, y enorgullecida por tal favor desdeñase procurar sus nutritivas sustancias a las flores del verano e hiciera de este modo eterno el invierno.

PROTEO - Querido Valentín, ¿qué tonterías son éstas?

VALENTÍN - Perdóname, Proteo. Cuanto pudiera decir es nada comparado con aquella cuyo mérito ofusca todos los demás. Es sola.

PROTEO - Entonces déjala sola.

VALENTÍN - ¡Ni por el mundo entero! ¡Qué! Es mía únicamente, hombre. Y la posesión de esa joya me hace más rico que si poseyera veinte océanos cuyos granos de arena fuesen todas perlas, el agua néctar y las rocas oro purísimo. Dispensa que, absorto en mi amor, no me ocupe de ti. Ha salido acompañada de mi estúpido rival, de quien tan sólo hace caso su padre por sus muchas riquezas, y me es preciso ir a su encuentro, pues ya sabes que el amor es por demás celoso.

PROTEO - ¿Pero ella te ama?

VALENTÍN - Sí, y estamos de acuerdo; porque además hemos convenido el momento de nuestro enlace y el medio hábil de efectuar nuestra fuga. He de

escalar su ventana con una escala de cuerda, y todo está preparado y pronto para nuestra felicidad. Querido Proteo, ven conmigo a mi cuarto para ayudarme con tus consejos en este asunto.

PROTEO - Anda tú delante; luego iré yo. Tengo que llegarme al puerto a desembarcar algunas cosas que necesito. Y entonces me tendrás a tu disposición.

VALENTÍN - ¿Te darás prisa?

PROTEO - Sí. (*Sale Valentín*) ¡Con qué facilidad un ardor apaga otro ardor! Así como un clavo saca otro clavo, así también un nuevo amor me ha hecho perder la ilusión de mi amor primero. ¿A quién debo acusar de la turbación que sufre mi mente? ¿A mis ojos, a los elogios de Valentín, a las perfecciones de esa nueva hermosura o a mi inconstancia? Verdaderamente, Silvia es bella; pero ¿acaso no lo es también Julia, a quien amo? Es decir, a quien amaba; porque ahora mi amor, semejante a una figura de cera que se aproxima a las llamas, se ha derretido como hielo, sin conservar señal alguna de lo que era. Diría que se ha entibiado mi amistad por Valentín y que ya no le estimo como antes. ¡Oh! Pero amo con demasiado exceso a su adorada, y ésta es la razón de que le quiera a él tan poco. Y si de tal manera adoro a esa mujer apenas vista, ¿qué será cuando haya podido apreciarla más? No conozco sino su retrato y ello ha bastado para trastornar mi razón. Pero cuando contemple sus perfecciones todas, forzosamente quedaré ciego. Haré cuanto pueda por reprimir este culpable amor. Si no lo consigo, pondré todos los medios para poseerla. (*Sale.*)

Escena V

El mismo lugar - Una calle

(Entran Relámpago y Lanza)

RELÁMPAGO - ¡Lanza! ¡Por mi honor! ¡Bien venido seas a Milán!

LANZA - No jures contra ti, amable joven, pues no soy bien venido. He creído siempre que un hombre no está por completo perdido hasta que no le han ahorcado, y que no es bien venido a un sitio hasta que no ha pagado el hospedaje y le ha hecho buena acogida la patrona, diciendo: «¡Bien venido!»

RELÁMPAGO - Vamos, pedazo de bruto, ven conmigo a la taberna y ya verás acogidas. Pero dime, sinvergüenza: ¿Cómo se han separado tu amo y doña Julia?

LANZA - ¡Pardiez! Comenzaron a despedirse con ardor y se separaron riendo.

RELÁMPAGO - Pero ¿se casará con él?

LANZA - No.

RELÁMPAGO - Entonces, ¿se casará él con ella?

LANZA - Tampoco.

RELÁMPAGO - Qué, ¿han roto?

LANZA - No han roto nada. Están tan enteros como antes.

RELÁMPAGO - Pero ¿cómo anda la cosa?

LANZA - ¡Pardiez! Verás. Cuando todo va bien para él, todo va bien para ella.

RELÁMPAGO - ¡Qué asno te has vuelto! ¡No te entiendo!

LANZA - ¡Qué bestia eres, que no me comprendes! Eres más insoportable que mi bastón.

RELÁMPAGO - ¿Qué dices?

LANZA - Sí, y te lo hago ver. Mira, me apoyo en él y me sostiene.

RELÁMPAGO - Claro, te sostiene, ¿y qué?

LANZA - Que sostener y soportar es lo mismo.

RELÁMPAGO - Bueno; ¿se efectuará o no el casamiento?

LANZA - Pregúntaselo a mi perro: si dice sí, se verificará; si dice que no, se verificará también; si menea el rabo y nada dice, también se verificará.

RELÁMPAGO - Según eso, se hará la boda.

LANZA - No obtendrás de mí este secreto Sino por medio de parábolas.

RELÁMPAGO - Ni de esa manera lo obtendré. Pero ¿qué dices, Lanza, de ver a mi amo tan loco de amor?

LANZA - Así le he conocido siempre.

RELÁMPAGO - ¿Cómo?

LANZA - Loco.

RELÁMPAGO - ¡Idiota! No me entiendes.

LANZA - ¡Borrico! No me refiero a ti, sino a tu amo.

RELÁMPAGO - Quiero decirte que mi amo es un enamorado de los más ardientes.

LANZA - ¿Y a mí qué me importa, aunque se achicharre? ¿Vienes o no vienes a la taberna? Si no vienes eres un hebreo, un judío y no mereces el nombre de Cristiano.

RELÁMPAGO - ¿Por qué?

LANZA - Porque no tienes suficiente caridad para acompañar a un cristiano a la taberna. ¿Vienes?

RELÁMPAGO - Soy cristiano. *(Salen)*

Escena VI

El mismo lugar - Aposento en el palacio del duque

(Entra Proteo)

PROTEO - Dejando a mi Julia soy desleal; amando a la bella Silvia, soy desleal; traicionando a mi amigo, soy más desleal aún, y el poder que me impuso mi primer juramento es el mismo que me induce a esta triple deslealtad. Amor me hizo jurar, y Amor me obliga a que me retracte de mi juramento. ¡Oh, Amor! Dulce consejero: si has pecado, enséñame a mí, súbdito tuyo, y por ti rendido, a excusar mi falta. Hasta hace un instante era mi ilusión una resplandeciente estrella, pero ahora amo a un sol celestial. Imprudentes promesas pueden ser prudentemente retractadas, y falto de talento es quien no emplea el suyo en trocar lo malo por lo mejor... ¡Quita allá! ¡Quita allá, irrespetuosa lengua! ¡Calificar de mala a aquella cuya soberanía tantas veces proclamaste con mil y mil ardientes protestas! No puedo dejar de amar y, no obstante, dejo de amar y, sin embargo, no amo donde debiera amar. Pierdo a Julia y pierdo a Valentín. Si los conservara, necesariamente me perdería a mí mismo. Si los pierdo, hallo en lugar de Valentín a mí mismo, y en lugar de Julia a Silvia. Soy más querido para mí mismo que lo pueda ser un amigo. Porque el amor es el más precioso de los bienes, y comparado con Silvia -¡os tomo por testigos, cielos, que tan bella la formasteis!- Julia no es sino una negra etíope. Olvidaré que Julia existe, para recordar que ha muerto para ella mi amor. Y veré tan sólo en Valentín un enemigo, para tener en Silvia una amiga querida. No puedo ahora ser constante conmigo mismo sin usar de alguna traición con Valentín. Esta noche se propone escalar con una escala de cuerdas la ventana del dormitorio de la celestial Silvia. Tomándome por confidente, soy su competidor. Voy ahora a poner en conocimiento de su padre sus ocultos designios y proyectada fuga. Éste, encolerizado, desterrará a Valentín, pues quiere casar a su hija con Turio. Y alejado Valentín, medios suficientes tendré a mi alcance para desbaratar los estúpidos planes de Turio. ¡Amor, préstame alas para desarrollar mi proyecto, como me has prestado inteligencia para concebirlo! *(Sale)*

Escena VII

Verona - Aposento en casa de Julia

(Entran Julia y Lucia)

JULIA - ¡Aconséjame, Lucía; ayúdame, amable muchacha! Y puesto que eres el libro de memorias en que se hallan impresos con caracteres imborrables mis pensamientos, te suplico, por la buena amistad que me dispensas, que me aconsejes; que me digas un medio compatible con mi honor, mediante el cual pueda emprender un viaje para reunirme con mi amado Proteo.

LUCIA - ¡Ay! El camino es largo y pesado.

JULIA - Un devoto peregrino, animado de una verdadera decisión, puede recorrer sin fatigarse reinos enteros con sus débiles pasos; mayormente yo, que para huir dispongo de las alas de Amor, y más cuando se trata de reunirme con un ser de una perfección tan divina como Proteo.

LUCÍA - Mejor será que esperéis a que Proteo retorne.

JULIA - ¡Oh! ¿Ignoras que sus miradas constituyen el alimento de mi alma? ¡Ten piedad del hambre que he sufrido tanto tiempo! Si conocieras todo el sentimiento íntimo del amor, pensarías tanto en encender fuego con nieve como en apagar el fuego de amor con palabras.

LUCÍA - No es mi intención extinguir el ardiente fuego de vuestro cariño, sino moderar su calor, para que no abrase más allá de lo razonable.

JULIA - ¡Cuanto más obstáculos le busques, tanto más se avivará su llama! Si al manso riachuelo que se desliza con suave murmullo pretendes detenerle, protestará empujando sus ondas con impaciente estruendo. Pero si libremente le dejas seguir su curso acariciará con melodioso susurro el esmalte de sus granos de arena, besando con amor cuantos arbustos halle en su peregrinación, y después de haber jugueteado dulcemente en mil revueltas, irá a precipitarse en el embravecido mar. Por tanto, déjame partir y no intentes detener mi curso. Seré tan sufrida como la apacible corriente, la más dura marcha será para mí un juego hasta que los últimos pasos me conduzcan ante mi amado. Ya allí, olvidando todas mis penalidades, descansaré como un alma bendita en el Elíseo.

LUCÍA - ¿Y en qué traje os proponéis viajar?

JULIA - No en el de mujer, pues quiero guardarme de inoportunos encuentros con libertinos. Amable Lucía, búscame vestidos que cuadren bien a un paje de buena casa.

LUCÍA - Pero entonces, señorita, os tendréis que cortar el cabello.

JULIA - No, muchacha; lo ataré con cordones de seda tan enlazados como los nudos que unen a los amores sinceros. Ir extravagante no resultará mal en un joven de la edad que yo representaré.

LUCÍA - ¿Y de qué moda quiere la señora el pantalón?

JULIA - Que es como si dijeras: «¿Qué anchura quiere el caballero que tengan sus faldas?» Pues aquella moda que juzgues tú a propósito, Lucía.

LUCÍA - Será necesario ponerle gregüescos, señora.

JULIA - ¡Quita, quita, Lucía! Eso sería de mal tono.

LUCÍA - Señora, hoy no darían ni un alfiler de pantalón sin que tuvierais una almohadilla lo bastante rellena para servir de acerico.

JULIA - Lucía: si me quieres, procúrame lo que te parezca y creas más adecuado. Pero dime, muchacha: ¿qué pensarán de mí al verme emprender tan extraño viaje? Temo promover un escándalo.

LUCÍA - En ese caso, quedaos en casa y no marchéis.

JULIA - No, eso no quiero.

LUCIA - Entonces no penséis en infamias y partid. Si cuando lleguéis agrada el viaje a Proteo, no importa a quién podáis disgustar al salir. Pero se me figura que no ha de gustarle mucho.

JULIA - Ése es el menor de mis temores, Lucía. Millares de juramentos, un océano de lágrimas e infinitas protestas de amor me garantizan una buena acogida por parte de mi Proteo.

LUCÍA - Todo eso es patrimonio de los hombres falsos.

JULIA - Viles serán los que de ello se sirvan para viles usos. Pero astros más bondadosos han presidido el nacimiento de Proteo. Sus palabras son el evangelio, sus juramentos, oráculos; su amor, sincero; sus pensamientos, puros;

sus lágrimas, intérpretes verdaderos de su alma. Su corazón dista de la perfidia como la Tierra del Cielo.

LUCIA - ¡Ojalá le halléis así al llegar a su lado!

JULIA - Lucía, por el cariño que me guardas, no tengas mala opinión de su caballerosidad. Quiérole, si en algo me aprecias. Y ven a mi cuarto para anotar cuanto sea preciso para mi deseado viaje. Dejo cuanto tengo a tu disposición: mi fortuna mis tierras, mi buen nombre. Sólo te pido, en cambio, que me avíes pronto. ¡Vamos!;Sin contestar!;En seguida!;Me impaciento por mi tardanza! (*Salen*)



Acto Tercero**Escena I**

Milán - Antecámara en el palacio del duque

(Entran el Duque, Turio y Proteo)

DUQUE - Señor Turio, os agradecería nos dejarais solos un momento, pues tenemos que hablar sobre asuntos particulares. *(Sale Turio)* Decidme ahora, Proteo: ¿qué queráis conmigo?

PROTEO - Mi apreciable señor: Si hubiera de cumplir las leyes de la amistad, lo que tengo que revelaros permanecería en el silencio. Pero pensando en la cariñosa acogida con que, aunque indigno, os habéis dignado honrarme, mi conciencia me obliga a descubrir un secreto, que de otro modo ni por todos los tesoros del mundo habría revelado. Sabed, digno príncipe, que Valentín, mi amigo, intenta robaros esta noche a vuestra hija, habiéndome hecho entrar en la confianza del complot. Como sé que pensáis dar la mano de vuestra encantadora hija a Turio - aunque ella no le quiere-, me imagino que, si os la robaran, sería un golpe terrible para vuestra vejez. He aquí por qué os lo comunico.

DUQUE - Proteo, os agradezco profundamente vuestra leal solicitud y sabré, recompensarla: disponed de mí mientras viva. Varias veces he sospechado que existía ese amor entre ellos, a pesar de que creían adormecida mi prudencia, y hasta he pensado desterrar a Valentín de la compañía de mi hija y de la corte. Pero temiendo que mis sospechas fueran infundadas y no atreviéndome a deshonar injustamente a un hombre -desgracia que he podido evitar hasta ahora-, seguí mostrándole buen semblante hasta descubrir lo que me acabáis de revelar. Prueba de mis temores es que, conociendo lo fácil de extraviar a la juventud, he hecho que mi hija habite una torre elevada del palacio, de la cual llevo siempre la llave encima. Afortunadamente, ninguna evasión hay que temer.

PROTEO - Sí, la hay, noble señor. Sabed que todo está preparado para que asalte él la ventana de su aposento y haga descender a vuestra hija por una escala de cuerdas. De esta escala se halla provisto ya el tierno enamorado y no tardará un instante sin que le veáis pasar por aquí. Podéis cortarle el paso, pero con cierta habilidad, querido señor, para que no sospeche la revelación que os acabo de hacer, debida no a rencor a mi amigo, sino a afecto hacia vos.

DUQUE - Os juro por mi honor que jamás os descubriré.

PROTEO - Adiós, señor. Valentín se acerca. (*Sale. Entra Valentín*)

DUQUE - Señor Valentín, ¿adónde tan aprisa?

VALENTÍN - Con permiso de Vuestra Gracia; me aguarda un mensajero para llevar unas cartas a mis amigos y voy a entregárselas.

DUQUE - ¿Son muy importantes?

VALENTÍN - No expresan otra cosa que mi estado de salud y la ventura que disfruto en vuestra corte.

DUQUE - Si es así, nada impide que permanezcas un instante conmigo. Tengo que hablarte de unos asuntos que me tocan de cerca, cuyo secreto quisiera confiarte. No ignoras que me he propuesto dar la mano de mi hija a mi amigo Turio.

VALENTÍN - Lo sé, señor; es un partido a la vez rico y honroso. Turio es un hidalgo en quien se juntan la generosidad, el mérito y cuantas cualidades debe reunir el esposo de vuestra encantadora hija. ¿No sabría Vuestra Alteza procurar que ella le correspondiese?

DUQUE - No, créeme; es malhumorada, caprichosa, arisca, altanera, desobediente, porfiada, incumplidora de su deber, que olvida que es hija mía y no tiene por mí el respeto que a su padre se debe. Después de pensarlo con detención, te aseguro que el orgullo de mi hija ha acabado por enajenarle todo mi afecto. y cuando soñaba con hallar en los cuidados de su filial solicitud el consuelo de mi vejez, he decidido casarme y alejarla de mi presencia, abandonándola a quien quiera tomarla. Por tanto, que sea su belleza su dote y que nada espere de mí.

VALENTÍN - ¿En qué puedo ser útil a Vuestra Gracia?

DUQUE - Es el caso que hay aquí en Milán una dama por quien me intereso, pero tan reservada y descontentadiza, que apenas hace caso de mis viejos requiebros. Yo quisiera que tú me instruyeras, pues ya he perdido la costumbre de cortejar y los estilos modernos son otros, a ver por qué medios pudiera yo merecer ante la luz deslumbradora de sus ojos.

VALENTÍN - Atraedla con regalos, si en ella no hacen efecto las palabras. Mudas alhajas, con su elocuente silencio, dicen a veces más en el alma de la mujer que todos los discursos.

DUQUE - Pero ha rechazado con desdén un presente que le remití.

VALENTÍN - La mujer acostumbra rechazar aquello que más desea. Mandadle otro y no desesperéis de vencer, pues los primeros desdenes sólo hacen más vivo el amor que les sigue. Si se os muestra seria, no significa que os rechace: es únicamente para aumentar vuestro amor. Si os habla despectivamente, tampoco es para librarse de vuestra presencia, pues nada aborrecen tanto las mujeres como la soledad, que es lo que las vuelve locas. Así, no toméis sus palabras en sentido literal. Pues *salid* en sus labios no quiere decir *marchaos*. Adulad, alabad, rogad, exaltad sus encantos y, aunque fuera negra, decid que es rubia como un ángel. El hombre que tiene lengua no es hombre, a mi juicio, si no puede con ella conquistar a una mujer.

DUQUE - Pero es que, prometida a un digno caballero amigo de la casa, le está prohibido hablar con los hombres, de tal modo que durante el día nadie puede acercarse a ella.

VALENTÍN - Vedla de noche.

DUQUE - Sí, pero está cuidadosamente vigilada para que ningún hombre pueda, durante la noche, tener acceso a ella.

VALENTÍN - ¿Qué impide que entre uno por su ventana?

DUQUE - Se halla a gran altura su aposento y nadie puede intentar el escallo sin arriesgar su vida.

VALENTÍN - Entonces lo que necesitáis es, una escala de cuerda, fabricada con arte, que la arrojéis y se sostenga mediante un par de garfios. Con lo cual se escalaría la torre de una nueva Hero mientras se encontrara un Leandro capaz de acometer la empresa.

DUQUE - Pues siendo así que te veo un hombre de arrestos, dime dónde podría yo procurarme una escala semejante.

VALENTÍN - ¿Cuándo la queréis?

DUQUE - Esta misma noche, pues Amor es como un niño, que se impacienta por conseguir lo que apetece.

VALENTÍN - A las siete os traeré esa escala.

DUQUE - Pero fíjate bien que quiero ir solo a verla. ¿Cómo podré transportar hasta allí la escala?

VALENTÍN - Será muy ligera, con objeto de que podáis llevarla debajo de una capa ordinaria,

DUQUE - ¿Me serviría una como la tuya?

VALENTÍN - Seguramente, señor.

DUQUE - Entonces déjamela ver, para hacerme una de la misma medida.

VALENTÍN - ¡Bah! Cualquiera capa ha de servir, señor.

DUQUE - (*Tirando de la capa de Valentín*) Veamos cómo me sentaría una así. Permitidme que me pruebe la vuestra. (*Levantando la capa y descubriendo la escala de cuerda, al tiempo que cae una carta*) ¿Una carta? (*Leyendo*) «¡A Silvia!» Y luego un instrumento que convierte, a mi proyecto. Romperemos el sobre. (*Lee*) «Cuando llega la noche vuelan hacia ti mis ojos y mi pensamiento, y junto a ti se recrean en horas plácidas. ¡Si fuera tan dichosa mi alma que gozase esa felicidad que tanto apetece! Pero pensamiento mío, te hallas encerrado como un esclavo, a pesar de que tu cárcel es dorada. Sin embargo, siento envidia de ti, aunque soy tu dueño, y ansío celoso tu felicidad. ¡Amada mía, mi vida, mi desesperación! ¡Si a semejanza de mi pensamiento pudiera yo verme al lado de tu corazón, pasar junto a él, amado, todas las horas de mi existencia y arrobarme en tus divinas gracias!» ¿Qué dice aquí? «Silvia, esta noche os libentaré.» Todo admirablemente preparado, y aquí la escala que debe servir para la evasión. (*Colérico*) ¡Ah! ¡Ah! Faetón -porque eres hijo de Merops-, ¿aspiras a guiar el celeste carro, como cochero, y con tu loca audacia quieres abrasar el mundo? ¿Pretendes elevarte hasta los astros porque ellos te presten su luz? ¡Fuera, vil intruso, esclavo vanidoso! Comparte con tus iguales tus falsas sonrisas. Y agradece a mi paciencia, más que a tu mérito, el privilegio de dejarte partir. Agradécelo más que otros favores que te he concedido. Pero no permanezcas en mis territorios un minuto más, pues juro por el Cielo que como no abandones mis estados lo antes posible, mi cólera excederá en mucho al afecto que sentía por mi hija o por ti. ¡Márchate! ¡No quiero escuchar vanas disculpas! ¡Si aprecias tu vida sal de aquí inmediatamente! (*Sale*)

VALENTÍN - Y ¿por qué no la muerte antes que tan atroces sufrimientos? Matarme es separarme de mí mismo; y Silvia es mi persona. Desterrarme de su lado es arrancarme de mí mismo... ¡Horrible destierro! ¡Qué luz es luz si no veo a Silvia! ¿Qué placer es placer si Silvia no está a mi lado, a no ser que sueñe que está allí presente y que la imagen de la perfección venga a ser alimento de mi vida? Si de noche no estoy cerca de Silvia no tiene armonía el ruiseñor. Si de día no contemplo a Silvia es todo sombras y el caos para mí. Ella es mi esencia. ¡Yo no puedo vivir sin ser nutrido, iluminado, protegido, sostenido en la vida por su influencia bienhechora! ¿Qué es la sentencia de muerte? Sustraerme a ella no es

escapar de ella. Si me quedo, muero. Pero ¿y si me alejo? ¡Me separo de mi propia vida! (*Entran Proteo y Lanza.*)

PROTEO - ¡Aprisa, muchacho! Corre, corre y procura hallarle.

LANZA - ¡Hola, hola!

PROTEO - ¿A quién has visto?

LANZA - Al que buscamos. No tiene un pelo que no sea de Valentín.

PROTEO - ¿Eres tú, Valentín?

VALENTÍN - No.

PROTEO - ¿Su sombra?

VALENTÍN - Tampoco.

PROTEO - ¿Qué eres entonces?

VALENTÍN - Nada.

LANZA - ¿Puede hablar la nada? ¿Le pego, mi amo?

PROTEO - ¿A quién quieres pegar?

LANZA - A la nada.

PROTEO - ¡Guárdate, desdichado!

LANZA - Como será darle a la nada, señor, dejadme hacer...

PROTEO - ¡Cállate, bergante!... Amigo Valentín, una palabra.

VALENTÍN - Mis oídos están cerrados; tantas malas noticias han escuchado que no pueden oír las buenas.

PROTEO - Entonces callaré las mías, porque son duras, enojosas y desagradables de oír.

VALENTÍN - ¿Ha muerto Silvia?

PROTEO - No, Valentín.

VALENTÍN - ¡No; Valentín fue quien murió para la adorable Silvia! ¿Ha abjurado de mí?

PROTEO - No, Valentín.

VALENTÍN - ¡No; murió Valentín falto de amor de Silvia! ¿Qué noticias tienes que comunicarme?

LANZA - Señor, una proclama anuncia que estáis enterrado.

PROTEO - Que estás desterrado. ¡Oh! Ésta es la nueva que tenía que comunicarte. Tienes que alejarte de Milán, de Silvia y de mí, tu amigo.

VALENTÍN - ¡Oh! Ya he apurado con exceso el cáliz de esa desgracia y no podría probarlo otra vez. ¿Sabe Silvia mi destierro?

PROTEO - Sí, sí, y para revocarlo ha derramado un océano de líquidas perlas. Se ha postrado ante su padre, humilde y temblorosa, retorciéndose las manos, cuya blancura tanto las embellecía, que dijérase que el dolor las había decolorado. Pero ni sus dobladas rodillas, ni sus blancas manos extendidas, ni sus dolorosos suspiros, ni sus profundos lamentos, ni sus lágrimas, que caían en plateadas gotas, han podido aplacar a su padre. Pero si Valentín es preso tendrá que morir. Y no sólo esto, sino que sus intercesiones le han irritado de tal modo, cuando suplicando pedía su perdón, que la han prescrito reclusión completa, amenazándola, colérico, si infringía sus órdenes.

VALENTÍN - ¡Calla! A no ser que la primera palabra que pronuncies tenga sobre mi vida un poder de muerte. Si es así, te ruego que me la hagas oír como el último cántico de mi último dolor.

PROTEO - No deploras ya lo que es irremediable y busca remedio a lo que deploras. El tiempo es padre y creador de todo bien. Si permaneces aquí no podrás ver a la que amas, imprudencia que, además, te costará la vida. La esperanza es el palo de viaje de un amante; sal de aquí con él y oponlo a las ideas de desesperación. Aunque te marches tus cartas podrán llegar a estos sitios. Dirígelas a mí, y yo mismo las depositare en el níveo seno de tu adorada. Por ahora serían inútiles todas las súplicas. Ven, te acompañaré para que te franqueen la puerta de la ciudad, y antes de despedirme de ti, hablaremos de cuanto concierne a tus asuntos amorosos. ¡Por tu cariño a Silvia, ya que no por ti mismo, no te expongas a una muerte segura, y ven conmigo!

VALENTÍN - Por favor, Lanza, si ves a mi criado, dile que se dé prisa a reunirse conmigo en la Puerta del Norte.

PROTEO - Anda a buscarle, pícaro... Vamos, Valentín.

VALENTÍN - ¡Oh, mi querida Silvia!... ¡Desgraciado Valentín! (*Salen Valentín y Proteo*)

LANZA - Como veis, no soy más que un imbécil, pero me sobra talento para sospechar que mi amo es un malvado; y si no es más que un malvado... En fin, vamos a lo mío. ¿Quién sabe que yo estoy enamorado? Nadie. Y, sin embargo, lo estoy. Pero un tronco de caballos enganchados no me arrancaría este secreto. Y ¿de quién lo estoy? Tampoco lo sabe nadie. ¡Pues de una mujer! Y ¿quién es esa mujer? No lo revelaré ni a mí mismo. Aunque es una doncella. Y sin embargo no es doncella... porque ¡se ha dicho cada cosa de ella!... Y sin embargo es doncella, porque es la doncella de servicio de su amo. Tiene más cualidades que un perro pachón, lo que es mucho para un descamisado cristiano. (*Sacando un papel*) Aquí está la lista de sus méritos. «Primeramente, sabe ir a buscar y traer.» ¡Bravo! Un caballo no podría hacer más. ¿Qué digo? Un caballo trae, pero no va a buscar. Luego vale más que un rocín. «Ítem. Sabe ordeñar.» ¡Fijaos bien! Es una excelente prenda en una doncella que tiene las manos limpias. (*Entra Relámpago*)

RELÁMPAGO - ¡Hola, Lanza! ¿Cómo va tu grandeza?

LANZA - ¿Mi grandeza? Como tu pequeñez.

RELÁMPAGO - ¡Siempre con tus juegos de palabras! ¿Qué noticias trae ese papel?

LANZA - Más negras de lo que te puedes imaginar.

RELÁMPAGO - ¿Cómo negras?

LANZA - Como la tinta.

RELÁMPAGO - Déjame leerlas.

LANZA - ¡Quita de ahí, avestruz! ¡Si tú no sabes!

RELÁMPAGO - ¡No he de saber!

LANZA - Voy a demostrártelo. Contéstame a esta pregunta: ¿Quién te engendró?

RELÁMPAGO - ¡Toma! El hijo de mi abuelo.

LANZA - ¡Oh, ignorante cabestro! Es el hijo de tu abuela. Eso prueba que eres un analfabeto.

RELÁMPAGO - ¡Vaya, idiota, trae y verás cómo leo ese papel!

LANZA - ¡Toma, bruto, toma, y San Nicolás te ayude!

RELÁMPAGO - (*Leyendo*) «Ítem. Sabe ordeñar.»

LANZA - ¡Y que lo sabe!

RELÁMPAGO - «Ítem. Sabe dar puntadas.»

LANZA - También sabrá dar puntapiés.

RELÁMPAGO - «Ítem. Sabe hacer medias.»

LANZA - También las hará enteras.

RELÁMPAGO - «Ítem. Sabe lavar y fregar.»

LANZA - Virtud especial, porque así no tendrá necesidad de ser lavada y fregada.

RELÁMPAGO - «Ítem. Sabe hilar.»

LANZA - Por hallarse en disposición de ganarse la vida en el torno nuestros días serán hilados de oro y seda.

RELÁMPAGO - «Ítem. Posee mil virtudes que no tienen nombre.»

LANZA - Serán entonces virtudes bastardas, que no Conocen a su padre y, por consiguiente, no tienen nombre.

RELÁMPAGO - Ahora viene aquí el catálogo de sus defectos.

LANZA - Es lo lógico, después del de sus méritos.

RELÁMPAGO - «Ítem. No se debe abrazarla en ayunas, a causa de su mal aliento.»

LANZA - No importa. Ese defecto lo puede corregir un buen almuerzo. Sigue.

RELÁMPAGO - «Ítem. Tiene una toca retrechera.»

LANZA - He aquí lo que compensa su aliento ingrato.

RELÁMPAGO - «Ítem. habla durmiendo.»

LANZA - Bien, con tal de que no se duerma hablando.

RELÁMPAGO - «Ítem. Habla muy despacio.»

LANZA - ¿Eso es defecto? ¡La lentitud en las palabras!. ¡Atiza! ¡Pero si es la única virtud de la mujer! Apártame ese defecto y apúntalo como el primero de sus méritos.

RELÁMPAGO - «Ítem. Es soberbia.»

LANZA - Quita también eso. Es herencia de Eva, que no hay modo de suprimir.

RELÁMPAGO - «Ítem. No tiene dientes.»

LANZA - Me gusta la corteza.

RELÁMPAGO - «Ítem. Es mala.»

LANZA - Que lo sea; pero como no tiene dientes para morder...

RELÁMPAGO - «Ítem. Es bastante dada a la bebida.»

LANZA - Si la bebida es buena, hace bien. Si ella no lo hace, lo haré yo.

RELÁMPAGO - «Ítem. Es demasiado pródiga.»

LANZA - De su lengua no puede ser, pues es lenta de palabras. De su bolsa, tampoco, porque la tendré cerrada. De otra cosa que quiera hacer, no podría impedirlo. Conque continúa.

RELÁMPAGO - «Ítem. Tiene más cabellos que talento.»

LANZA - Es posible, y puede probarse. La tapadera de la caja de sal encubre la sal y, por lo tanto, es más que la sal; los cabellos que ocultan el cerebro, o sea el talento, son más que el talento y porque el más oculta el menos. ¿Qué sigue ahora?

RELÁMPAGO - «Más defectos que cabellos.»

LANZA - Eso es monstruoso y me agradecería que no fuera así.

RELÁMPAGO - «Y más riquezas que defectos.»

LANZA - ¡Cómo! Ésa es una condición que hace graciosos los defectos. Será mi mujer. Y si me acepta, como nada hay imposible...

RELÁMPAGO - Bueno. ¿Y qué?...

LANZA - ¡Que tu amo te espera en la Puerta del Norte!

RELÁMPAGO - ¿A mí?

LANZA - Sí, a ti.

RELÁMPAGO - ¿Y tengo que ir con él?

LANZA - Pues claro, y que correr, pues llegarás tarde por haberte detenido aquí tanto tiempo.

RELÁMPAGO - ¡Imbécil! ¿Por qué no me los has dicho antes? ¡Malditas tus cartas de amor! (*Sale*)

LANZA - ¡Paliza le espera por haberse detenido leyendo mis cartas! ¡Esclavo sin educación, que se entromete en mis secretos! Voy a seguirle para gozar de la corrección del tunante. (*Sale*)

Escena II

El mismo lugar - Aposento en el palacio del duque

(Entran el Duque y Turio)

DUQUE - Señor Turio, respirad satisfecho. Ahora que Valentín está lejos de su vista, mi hija os amará.

TURIO - Desde el día de su destierro me desprecia más, evita mi compañía, se burla de mí; de manera que desespero de conseguirla.

DUQUE - Esa débil muestra de amor es una figura modelada en hielo; al cabo de una hora de calor el hielo se derrite y la figura pierde su forma. Así pasará con Silvia. Poco tiempo bastará para derretir el hielo de sus pensamientos y hacer que olvide al indigno Valentín. *(Entra Proteo)* ¡Hola, señor Proteo! ¿Marchó tu compatriota conforme a nuestra proclama?

PROTEO - Sí, señor.

DUQUE - Mi hija está dolorosamente afectada por su partida.

PROTEO - Señor, el tiempo extinguirá en seguida ese pesar.

DUQUE - Así lo creo, pero Turio no es de mi parecer. Proteo, el buen concepto que he formado de ti y del que tan bellas pruebas me has dado me obliga a consultarte de nuevo.

PROTEO - No deseo sino robustecer aún más las protestas de mi lealtad a Vuestra Alteza. Mandad.

DUQUE - Ya sabéis mi interés por el enlace de Turio con mi hija.

PROTEO - Lo sé, en efecto.

DUQUE - Y no ignoras, seguramente, la resistencia que opone ella a mi voluntad.

PROTEO - Esa resistencia os la oponía cuando estaba aquí Valentín.

DUQUE - Persiste en ella con mayor fuerza todavía. ¿Qué medios emplear para conseguir que olvide a Valentín y ame a Turio?

PROTEO - Lo mejor sería acusar a Valentín de falso, de cobarde y de mal nacido; tres cosas que detestan cordialmente las mujeres.

DUQUE - Sí, pero pensará que nos hace hablar el odio.

PROTEO - Sin duda, si el que así hable es un enemigo de Valentín, pero no si es un amigo suyo.

DUQUE - Entonces encárgate tú del cuidado de calumniarle.

PROTEO - Me causa repugnancia, señor. Ese papel no sienta a un caballero, especialmente cuando se dirige contra su verdadero amigo.

DUQUE - Cuando tu mediación no puede servirle, tus calumnias no han de dañarle. Por tanto, puedes sin desdoro alguno emprender esa tarea, y más comprometiéndote a ello un amigo como yo.

PROTEO - Acepto, señor. Procuraré por todos los medios rebajar a Valentín en el afecto de vuestra hija y, si lo consigo, no le amaré mucho tiempo. Pero una vez desarraigado su amor a Valentín, no será razón para que ame a Turio.

TURIO - Conforme devanéis en torno de Valentín el hilo de su amor, para que no se enrede, haced de manera de devanarle en torno mío. Para lo cual será necesario decir de mí tanto bien como mal de Valentín.

DUQUE - Conque, Proteo, en cuerpo y alma nos entregamos a ti en este asunto. Sabemos por Valentín que eres fiel oficiante de Amor y que no rompes tus cadenas ni cambias de cariño. Bajo esta seguridad te concederé acceso cerca de Silvia; allí podrás hablarle a tus anchas, porque está triste, sombría y taciturna, y en consideración a tu amigo se alegrará de verte. Entonces te será fácil persuadirla que odie al joven Valentín y ame a mi amigo.

PROTEO - Todo lo pondré en práctica, pero vos, señor Turio, no empleáis mucha fuerza en vuestros ataques. Y debéis tender redes donde puedan aprisionarse sus deseos. Dirigidla apasionados sonetos, cuyas rimas rebosen protestas de vuestra adhesión.

DUQUE - Sí, la divina poesía ejerce un grande influjo en asuntos de amor.

PROTEO - Decidla que en el altar de su belleza sacrificáis vuestras lágrimas, vuestros suspiros y vuestro corazón. Escribid hasta que se seque la tinta de vuestro tintero y humedecedle con vuestro llanto para decírselo más tarde en versos conmovedores. Fibras de poetas formaban las cuerdas de la lira de Orfeo.

A sus potentes acordes se conmovían las piedras y el acero. Olvidaban los tigres su ferocidad, y abandonando los monstruos del mar sus insondables abismos, salían a deleitarse en la playa. Luego que le hayáis enviado vuestras dolientes elegías, haced que se escuche bajo las ventanas del aposento de vuestra adorada algún dulce concierto. A las voces de los instrumentos unid las palabras de un cántico melancólico. El silencio recogido de la noche dará realce a vuestras melodiosas querellas. Nada hay como este medio para atraeros su ternura.

DUQUE - Esas lecciones prueban haber estado enamorado.

TURIO - Y esta misma noche pondré en práctica tu consejo. Puesto que me abandono a tu discreción ten a bien, querido Proteo, acompañarme por la ciudad con objeto de elegir algunos caballeros que sean buenos músicos. Para seguir al pie de la letra tus lecciones tengo justamente un soneto que hará al caso.

DUQUE - ¡Pues en marcha, caballeros!

PROTEO - Acompañaremos a Vuestra Gracia hasta después de cenar, y luego nos pondremos de acuerdo sobre el asunto.

DUQUE - ¡Daos prisa! Yo disimularé vuestra ausencia. *(Salen)*

Acto Cuarto

Escena I

Bosque entre Milán y Verona

(Entran varios Bandidos)

BANDIDO 1 - Compañeros, preparaos. Veo venir a un viajero.

BANDIDO 2 - ¡Así vengan diez! ¡Firmes y despachémosles! *(Entran Valentín y Relámpago)*

BANDIDO 3 - ¡Alto! Entregadnos cuanto lleváis o vamos a tenderos y desvalijaros.

RELÁMPAGO - ¡Estamos perdidos, señor! Son los malhechores que tanto temen los viajeros!

VALENTÍN - *(Dirigiéndose a los Bandidos)* Amigos míos...

BANDIDO 1 - No hay amigos que valgan; somos enemigos vuestros.

BANDIDO 2 - ¡Silencio! Espera a ver qué quiere decirnos.

BANDIDO 3 - Sí, ¡por mis barbas! Tiene un aspecto simpático.

VALENTÍN - Sabed que no tengo gran cosa que perder. Os halláis ante un hombre combatido por la adversidad. Mis riquezas consisten en estos pobres vestidos. Si me los quitáis, me habéis quitado todo cuanto poseo.

BANDIDO 2 - ¿Adónde vais?

VALENTÍN - A Verona.

BANDIDO 1 - ¿De dónde venís?

VALENTÍN - De Milán.

BANDIDO 3 - ¿Habéis permanecido mucho tiempo allí?

VALENTÍN - Unos diez y seis meses, y más larga hubiera sido mi estancia a no impedírmelo mi mala suerte.

BANDIDO 1 - ¿Que habéis sido desterrado de allí?

VALENTÍN - Sí.

BANDIDO 3 - ¿Por qué delito?

VALENTÍN - Por una falta que me es doloroso recordar. He matado a un hombre, de cuya muerte estoy sinceramente arrepentido. Sin embargo le maté en combate leal, sin falsa ventaja ni vil traición.

BANDIDO 1 - Entonces no tenzáis remordimiento alguno. Pero ¿cómo se os ha desterrado por semejante pecadillo?

VALENTÍN - Estoy satisfecho de haber salido tan bien librado.

BANDIDO 1 - Por casualidad, ¿sabéis idiomas?

VALENTÍN - Es una ventaja que debe mi juventud a sus viajes y sin la cual hubiera sido frecuentemente desgraciado.

BANDIDO 3 - ¡Por el cráneo pelado del obeso fraile Robín de la Capucha! Este compañero sería un verdadero rey para nuestra banda.

BANDIDO 1 - Le tendremos. Una palabra, señor.

RELÁMPAGO - Mi amo, haceos de los suyos. ¡Es una honrada cuadrilla de ladrones!

VALENTÍN - ¡Silencio, idiota!

BANDIDO 2 - Decidnos: ¿os queda algún recurso?

VALENTÍN - Ninguno, sino mi buena suerte.

BANDIDO 3 - Sabed, entonces, que algunos de nosotros somos individuos de ilustre nacimiento, a quien las consecuencias de una desenfrenada juventud tienen apartados de la sociedad legal. Yo mismo he sido desterrado de Verona por haber querido robar a una dama, rica heredera, parienta cercana del duque.

BANDIDO 2 - Y yo de Mantua, a causa de un hidalgo, a quien, en mi cólera le atravesé el corazón.

BANDIDO 3 - Y yo también he sido desterrado por pecadillos del mismo jaez. Pero vamos al asunto. Pues os hemos dado a conocer nuestras transgresiones, para explicaros nuestra existencia extralegal, y viendo en vos un caballero digno y de presencia, un polígloto, según decís, y un hombre dotado de importantes cualidades, tal como necesitamos uno en nuestra profesión...

BANDIDO 2 - Considerando, por otra parte, que sois un desterrado, hemos resuelto, pues, haceros proposiciones. ¿Queréis ser nuestro capitán, convertir en virtud la necesidad y vivir como nosotros en estos despoblados?

BANDIDO 3 - ¿Qué te parece? ¿Quieres ser de los nuestros? Di sí y serás nuestro capitán. Te rendiremos homenaje y te obedeceremos y amaremos como nuestro jefe y rey.

BANDIDO 1 - Pero si rehúsas nuestra oferta te daremos muerte.

BANDIDO 2 - No nos conviene que divulgues nuestras proposiciones.

VALENTÍN - Acepto. Y quiero vivir con vosotros, con la condición de que no ultrajaréis la debilidad de las mujeres ni a los viajeros pobres.

BANDIDO 3 - No; detestamos semejantes cobardías y viles prácticas. Ven con nosotros. Vamos a presentarte a toda la cuadrilla y a mostrarte los tesoros que poseemos y de los que, así como de nosotros, puedes disponer. *(Salen)*

Escena II

Milán - Patio en el palacio del Duque

(*Entra Proteo*)

PROTEO - Ya he sido falso con Valentín y ahora es preciso que sea desleal con Turio. El pretexto de apoyar sus pretensiones me da suficientes facilidades para ofrecer mi propio amor. Pero Silvia es demasiado hermosa, demasiado fiel, demasiado santa, para que la seduzcan mis indignos presentes. Cuando protesto sincera lealtad por ella, me recuerda la traición cometida con mi amigo; cuando juro a su hermosura un eterno amor, me echa en cara mi perjurio por ser infiel a Julia, a quien amaba. Y a despecho de sus repentinos sarcasmos - el menor de los cuales fuera suficiente para destruir toda esperanza en el corazón de un enamorado-, todavía como un perro faldero, cuanto más rehúsa, mi amor, tanto más éste se extiende y arrastra a sus pies... Pero aquí llega Turio. Situémonos ahora bajo la ventana de Silvia, y que oiga esta noche melodiosa música. (*Entran Turio y Músicos.*)

TURIO - ¡Hola, señor Proteo! ¿Habéis llegado antes que nosotros?

PROTEO - Sí, querido Turio, pues ya sabéis que el amor se cuela donde no le llaman.

TURIO - Muy bien; pero creo, señor, que a nadie cortejáis aquí.

PROTEO - ¿Cómo que no? ¿Iba entonces a hallarme en este sitio?

TURIO - ¿A quién es? ¿A Silvia?

PROTEO - A Silvia, sí, por vuestro amor.

TURIO - Muchísimas gracias. (*A los músicos*) Ea, señores; templad esos instrumentos, y en seguida manos a la obra. (*Entran el Posadero y Julia, quedando a distancia. Julia viene vestida de paje.*)

POSADERO - (*A Julia*) Vaya, joven huésped, parece que estáis muy triste. ¿A qué se debe?

JULIA - Pardiez, hostelero, a que no puedo alegrarme.

POSADERO - Vamos, distraeos. Os conduciré adonde oigáis música y encontréis al caballero que buscáis.

JULIA - Pero ¿le oiré hablar?

POSADERO - Seguramente.

JULIA - Pues él será para mí la música. (*Suena la música*)

POSADERO - ¡Oíd! ¡Oíd!

JULIA - ¿Estará entre éstos?

POSADERO - Sí; pero... ¡Silencio! Escuchemos.

(*Canción*) ¿Quién es Silvia, y por qué a tantos hace de amor suspirar? ¿Quién es Silvia, que consigue de todos hacerse amar? La dama pura y hermosa fragante como una rosa. Tiene gracias a millares y es su rostro angelical. Pero ¿qué son sus encantos, conociendo su bondad? Para realzar su candor reina en sus ojos amor. Cantemos todos a Silvia, a sus dones y ternura. Rindámosle pleitesía por su exquisita hermosura, pues nadie al verla a su lado no se siente enamorado.

POSADERO - ¡Eh, eh! Os veo más triste que antes. ¿Qué os pasa, hombre? ¿Os hace daño la música?

JULIA - Os engañáis. Quien me hace daño es el músico.

POSADERO - ¿Por qué?

JULIA - Porque se porta falsamente.

POSADERO - ¡Cómo! ¿Da notas falsas?.

JULIA - Tan falsas que hacen estremecer hasta las fibras de mi corazón.

POSADERO - Tenéis un oído muy delicado.

JULIA - Pues quisiera ser sorda.

POSADERO - Veo que no os gusta la música.

JULIA - Jamás... cuando hay en ella tales disonancias.

POSADERO - ¡Escuchad! Es un bonito cambio de tono.

JULIA - El cambio es lo que menos me gusta.

POSADERO - ¿Había que tocar siempre lo mismo?

JULIA - Debiera limitarse a lo justo. Bueno, señor, ese Proteo de quien hablamos, ¿viene con frecuencia a ver a esa noble dama?

POSADERO - Lanza, su criado, me ha dicho que está loco perdido por ella.

JULIA - ¿Dónde está Lanza?

POSADERO - Ha ido en busca de un perro que, por orden de su amo, debe ofrecer mañana como presente a la señora de sus pensamientos.

JULIA - ¡Chist! Silencio. La compañía se separa.

PROTEO - Señor Turio, no temáis; patrocinaré tan bien vuestra causa, que os quedaréis admirado.

TURIO - ¿Dónde nos volveremos a ver?

PROTEO - Junto al pozo de San Gregorio.

TURIO - Adiós. *(Salen Turio y los músicos. Entra Silvia, arriba, en el balcón)*

PROTEO - *(A Silvia)* Señorita, buenas noches tenga vuestra señoría.

SILVIA - Gracias por vuestra serenata, señores. ¿Quién ha sido el que ha hablado?

PROTEO - Uno, señora, cuya voz os sería familiar si supierais cuánta sinceridad encierra su leal corazón.

SILVIA - ¿No es Proteo?

PROTEO - Para serviros, señora.

SILVIA - ¿En qué queréis servirme?

PROTEO - En lo que mandéis.

SILVIA - Pues os mando que os retiréis ahora mismo... ¡Mal hombre, astuto, pérfido, embustero, desleal! ¿Presumiste, quizá, que sería tan débil que me dejase seducir por un hombre cuyos falsos juramentos han burlado a tantas mujeres? ¡Márchate! Vete a pedir perdón a tu prometida. Yo, y pongo por testigo a

la pálida reina de la noche, estoy tan lejos de acceder a tus propósitos, que tu obstinación criminal no hace más que excitar mi desprecio, y al punto lamentaré el tiempo perdido en dirigirte la palabra.

PROTEO - Amada divina, sólo he adorado a una mujer, pero ya murió.

JULIA - (*Aparte*) Pero aún no está sepultada.

SILVIA - ¿Que ha muerto dices? Pero tu amigo Valentín vive. ¿Sabes que soy su prometida y no te avergüenzas de ultrajarle con tu importuna persecución?

PROTEO - He oído también que ha muerto Valentín.

SILVIA - Pues suponte que igualmente he muerto yo; porque te aseguro que mi amor está sepultado en su tumba.

PROTEO - Mujer celestial, permitidme que yo lo desentierra.

SILVIA - Vete al sepulcro de tu dama y desentierra su ternura, o a lo menos sepulta la tuya en su tumba.

JULIA - (*Aparte*) Eso no lo ha oído.

PROTEO - Señorita: si tan duro es vuestro corazón, concededme a lo menos vuestro retrato, retrato que pende de la pared de vuestro aposento. Le hablaré, le ofreceré mis suspiros y mis lágrimas, pues si la materia de vuestra persona está consagrada a otros, sólo soy sombra de mí mismo, y dedicaré a vuestra sombra mi sincero afecto.

JULIA - (*Aparte*) Si fuese materia también le engañarías, reduciéndola a no ser más que una sombra como yo.

SILVIA - No quiero, señor, ser vuestro ídolo. Pero como sois falso y conviene más a vuestra señoría adorar sombras e incensar falsas imágenes, mandad mañana por mi retrato y os lo entregaré. Y así, buenas noches.

PROTEO - Como las tienen los desdichados que han de ajusticiar al día siguiente. (*Sale Proteo. Silvia desaparece de la ventana*)

JULIA - (*Al Posadero*) Hostelero, ¿nos vamos ya?

POSADERO - (*Despertándose*) Por mi santiguada; dormía como un tronco.

JULIA - ¿Podrías decirme dónde vive Proteo?

POSADERO - En mi casa, pardiez. Creedme; dijera que está amaneciendo.

JULIA - ¡Amanecer! ¡Esta noche es la más larga y penosa que he pasado en mi vida! (*Salen*)

Escena III

El mismo lugar

(Entra Eglamur)

EGLAMUR - Es la hora en que me ha suplicado Silvia que la llamase para conocer sus intenciones. Sin duda me necesita para algo importante. *(Llamando)* ¡Señora! ¡Señora! *(Entra Silvia, arriba en la ventana)*

SILVIA - ¿Quién es?

EGLAMUR - Vuestro amigo y servidor, que viene a recibir las órdenes de vuestra señoría.

SILVIA - Mil veces bien venido, señor Eglamur.

EGLAMUR - Salúdoos con respeto, digna señora; y consecuente con los mandatos de vuestra señoría, he venido a la hora del alba a saber el servicio que hayáis tenido a bien encomendarme.

SILVIA - ¡Oh, Eglamur! Eres todo un caballero - y no creas que es adulación- valiente, discreto, compasivo. No ignoras mi amor por Valentín, a quien acaban de desterrar, ni que mi padre quiere obligarme a que me despose con el vacuo Turio, a quien aborrezco con toda mi alma. Tú has amado, y te he oído decir que el día que viste morir a tu amada esposa se apoderó de tu corazón un dolor tan intenso, que hiciste voto de pura castidad sobre su tumba. Señor Eglamur, quiero ir a reunirme con Valentín a Mantua, en donde me aseguran que reside; y como es peligroso pasar por el camino, deseo tu noble compañía, en cuya fe y honor confío. No me arguyas la cólera de mi padre, Eglamur. Piensa, al contrario, en mi dolor, en el dolor de una mujer, y en que mi fuga está justificada por sustraerme a un culpable enlace, digno de las maldiciones del Cielo y del Destino. Te ruego, con todo el ardor de un alma tan llena de dolores como el océano de arenas, que consientas en acompañarme. Si no, guárdame el secreto y me arriesgaré a partir sola.

EGLAMUR - Señora: os compadezco sinceramente por vuestros pesares. Vuestra virtud aprueba los motivos de vuestra aflicción. Os acompañaré. Importándome poco lo que pueda sobrevenirme con tal de que realicéis vuestros deseos. ¿Cuándo queréis partir?

SILVIA - Esta noche.

EGLAMUR - ¿Dónde iré a encontraros?

SILVIA - A la celda de fray Patricio, donde recibiré santa confesión.

EGLAMUR - No faltaré a vuestra señoría. Feliz madrugada, noble señora.

SILVIA - Feliz madrugada, caballero Eglamur.

Escena IV

El mismo lugar

(Entra Lanza con su perro)

LANZA - ¡He aquí lo que son las cosas! Cuando un criado se porta con su amo como un perro, todo va mal. Éste es un animal a quien ha criado desde su más tierna infancia y a quien salvé de un naufragio con tres o cuatro hermanos y hermanas ciegos. Lo he instruido tan cuidadosamente como quien hubiera de decir: «Así se educa a un perro». Mi amo me había mandado ir a ofrecer como regalo a doña Silvia, pero en cuanto entré en el comedor, emprendió carrera en derechura a la despensa y se apoderó de una pierna de capón. ¡Oh! ¡Es terrible que un perro no sepa portarse bien en sociedad! Para mí un perro debiera proponerse ser un verdadero perro, un perro en todo y por todo. Gracias a que he tenido el ingenio de decir que había sido yo el culpable, que si no, tan seguro como estoy aquí que acabo en la horca. Vais a juzgar. Imaginaos que debajo de la mesa del duque se mezcla en la compañía de tres o cuatro perros bien nacidos. No hacía dos minutos que estaba allí, cuando - advertí esto - el olfato de todos los convidados notó su presencia. «¡Fuera ese perro!» - dice uno - «¿Qué perro es ése?» - dice otro - «¡Echadle!» - añade un tercero - «¡Que lo ahorquen!» - exclama el duque - Yo, cuya nariz hacía mucho tiempo que estaba enterada, reconocí a mi *Crab*. Fui al encuentro del que ya blandía el látigo y le dije: «Amigo, vais a zurrar a ese perro, ¿no es eso?...» «¡Vive Dios! ¡Pues claro!» - me contestó -. «Eso será una injusticia - repliqué - pues he sido yo quien ha cometido la falta». Con lo que, sin más ceremonia, me echaron a la calle a puntapiés. ¿Qué amos harían otro tanto por sus criados? ¡Palabra de honor! Infinitas veces he pisado la cárcel por robar mi perro pasteles. En una ocasión me pusieron en la picota por haber matado él unas ocas. Y ahora... ¡Sinvergüenza, has olvidado ya todo eso! ¡Granuja! ¡Recuerdo la partida que me has jugado al despedirme de doña Silvia! ¿No te había encomendado tener fijos en mí los ojos y hacer cuanto yo hiciera? ¿Cuándo me has visto a mí levantar la pierna y ensuciar las faldas de una dama? ¿Cuándo me has visto cometer semejante falta de educación? ¡Dilo! *(Entra Proteo con Julia, vestida de paje.)*

PROTEO - ¿Es tu nombre Sebastián? Me gustas, y tengo que encargarte en seguida un importante servicio.

JULIA - Como os plazca. Estoy a vuestras órdenes.

PROTEO - Te lo agradeceré. *(A Lanza)* ¿Tú por aquí, sinvergüenza? ¿Qué ha sido de ti en estos dos días?

LANZA - Señor, cumpliendo vuestro mandato, he ido a regalar el perro a doña. Silvia.

PROTEO - Y ¿qué te ha dicho?

LANZA - ¡Oh! Me ha dicho que vuestro perro es un chucho asqueroso y que semejante regalo no valía ni las gracias.

PROTEO - Pero ¿ha aceptado el perrito?

LANZA - De ninguna manera, y aquí lo vuelvo.

PROTEO - ¡Cómo! ¿Es ése el perro que le has ofrecido de mi parte?

LANZA - Sí, señor. El otro gozquecillo me lo quitaron en la plaza del mercado y lo sustituí por éste, pensando, y con razón, que siendo diez veces mayor que el vuestro, la importancia del regalo aumentaría otro tanto.

PROTEO - ¡Vete y trae mi perro inmediatamente, o no vuelvas a mi presencia! ¡Fuera, digo! ¿Quieres burlarte de mí, idiota, que me avergüenzas a diario? (*Sale Lanza*) Sebastián, te he tomado a mi servicio, en parte, porque me hace falta un joven como tú que pueda desempeñar mis encargos con inteligencia, pues no hay que contar con un zopenco como ése, pero principalmente porque me gusta tu presencia y porte. O mucho me engaño, o eres de familia distinguida. Por eso te he admitido a mi servicio. Toma esta sortija y entrégala de mi parte a la señorita Silvia. Mucho me amaba quien me la dio.

JULIA - Parece que no la amáis ya, cuando os desprendéis de esa prenda de ternura. ¿Murió acaso?

PROTEO - No, aún vive, creo.

JULIA - ¡Ay!

PROTEO - ¿A qué viene ese «¡ay!»?

JULIA - Nada. Es que la compadezco.

PROTEO - ¿Por qué la compadeces?

JULIA - Porque creo que os amaba tanto como amáis a vuestra amada Silvia, y sueña en aquel que ha olvidado su amor, mientras que vos adoráis a quien es indiferente al vuestro. ¿No va a mover a lástima un amor tan mal

correspondido? Cuando pienso en estas cosas, no puedo menos de exhalar un «¡ay!».

PROTEO - ¡Bah! ¡Bah! No te preocupes. Dale esa sortija y esta carta. Desde aquí ves su aposento. Advértele a mi dama que reclamo el retrato que me ha prometido. Cumplida tu misión, te espero en casa, en mi cuarto, donde me hallarás triste y abatido. (*Sale Proteo*)

JULIA - ¿Aceptarían muchas mujeres semejante comisión? ¡Ay, pobre Proteo! Has elegido un lobo para guardar tus corderos. ¡Ay, qué desgraciada soy! ¿Por qué le compadezco si él me desprecia con todo su corazón? Pero no; puesto que le amo, debo compadecerle. Esta misma sortija fue la que le di cuando se alejó de mi lado, para que recordase mi ternura. Y ahora voy a pedir lo que no quisiera alcanzar; y voy a ofrecer lo que quisiera que me rechazaran. Como a amo mío que es, le quiero con amor leal y sincero, pero lealmente no puedo servirle sino, vendiéndome a mí propia. No importa; hablaré por él, aunque con frialdad. El cielo sabe cuánto deseo que fracasen sus esperanzas. (*Entra Silvia, acompañada de una doncella*) Buenos días, gentil señorita. ¿Tendrías la bondad de indicarme dónde puedo hablar con doña Silvia?

SILVIA - Si fuera yo, ¿qué tendríais que decirme?

JULIA - Si sois vos, oíd el mensaje que os traigo.

SILVIA - ¿De parte de quién?

JULIA - De mi amo, el caballero Proteo, señorita.

SILVIA - ¡Qué! ¿Os envía por mi retrato?

JULIA - Sí, señora.

SILVIA - (*A la doncella*) Úrsula, ve a buscar mi retrato. (*Traen un retrato*) Entregad esto a vuestro amo, y decidle de mi parte que cierta Julia, a quien olvida veleidosamente, estaría aquí más apropiada.

JULIA - (*Entregándole una carta*) Señora, tened a bien leer esta carta... Perdón... Distraídamente he entregado un papel por otro. Éste es el billete destinado a vuestra señoría. (*Dándole otro papel*)

SILVIA - Permitidme, por favor, pasar de nuevo la vista por éste.

JULIA - Perdón. No puedo, señorita.

SILVIA - *(Dándole el primer papel)* Tomad. ¿A qué me voy a molestar en pasar siquiera los ojos por lo que vuestro amo me escribe? Rebosará protestas de amor y contendrá nuevos juramentos, que violará con la facilidad con que rasgo este papel. *(Rasgando la carta)*

JULIA - Además, señorita, me ha entregado esta sortija para vos.

SILVIA - Y ¿no se avergüenza de mandármela? Mil veces le oí decir que se la había dado su Julia al partir. Aunque su dedo impostor haya profanado esa sortija, no hará el mío ese ultraje a Julia.

JULIA - Ella os lo agradece.

SILVIA - ¿Qué dices?

JULIA - Que os agradezco, señora, la deferencia que por ella mostráis... ¡Pobre señorita! ¡Mi amo se porta injustamente!

SILVIA - ¿La conoces?

JULIA - Como a mí mismo. He llorado mucho pensando en sus pesares.

SILVIA - Creerá, indudablemente, que Proteo la ha abandonado.

JULIA - En efecto, y ésa es la causa de su aflicción.

SILVIA - ¿Y es hermosa?

JULIA - Más lo ha sido de lo que ahora es. Cuando creía que mi amo la amaba era, a mi parecer, tan bella como vos. Pero desde que descuida su tocador y se ha despojado del velo que resguardaba del sol su rostro, el aire ha marchitado las rosas de sus mejillas y oscurecido el lirio de su cara; de modo que, actualmente, es tan morena como yo.

SILVIA - ¿Qué estatura tiene?

JULIA - Poco más o menos, la mía, porque en la pasada Pascua de Pentecostés, cuando en nuestros ratos de ocio nos dedicábamos a representar obras teatrales, varios jóvenes me vistieron de mujer e hicieron que me pusiera un vestido de la señorita Julia. A todos les pareció que me sentaba aquel vestido como cortado a mi medida; por eso sé que es poco más o menos de mi estatura. Y recuerdo que aquel día la hice llorar mucho, porque desempeñaba yo un papel conmovedor. Era, señora, el de Ariadna, lamentando la infidelidad de Teseo y su fuga desleal. Con tal verdad representaba aquel papel que, conmovida al ver mi

llanto, mi pobre señora se deshizo en lágrimas; y muera yo si con mi pensamiento no sentí su dolor como ella misma.

SILVIA - Ella te lo agradecerá, bondadoso joven... ¡Pobre mujer, solitaria y abandonada! Yo misma lloro por lo que acabas de relatar... Toma, joven, ahí tienes mi bolsa. Te la entrego por el amor de tu dulce señorita, porque la quieres mucho. Adiós. (*Sale Silvia, acompañada*)

JULIA - Y ella te dará las gracias si alguna vez la conoces. ¡Dama virtuosa, amable y bella! Quien tanto interés muestra por el amor de mi señora, acogerá con frialdad los deseos de mi amo. ¡Ay! ¡Cómo es posible que el amor se burle de sí propio! He aquí su retrato: mirémosle. Con estos atavíos mi rostro sería tan encantador como el suyo. Y sin embargo parece que el pintor la ha favorecido un poco. Sus cabellos son castaños; los míos, de un rubio perfecto. Si tan sólo esa diferencia cautiva el amor de Proteo, me procuraré una peluca del mismo color. Azules como el vidrio son sus ojos; los míos, también, sí, pero su frente es reducida, y la mía despejada. ¿Qué adora, pues, en ella que no pudiera yo hacerle adorar en mí, si Amor no fuese un dios ciego?... Vamos, Julia, sombra de ti misma, llévate esa sombra, porque es tu rival. ¡Oh, miniatura insensible! Serás divinizada, besada, querida, adorada. Porque, si hubiese alguna razón en esta idolatría, a mi persona se dirigirían tales tributos. Te trataré con miramiento, en consideración a tu dueña, que tan afectuosamente me ha tratado. Si no... ¡Ah, si no! Por Júpiter, mis uñas te arrancarían los inanimados ojos, para que mi amo te aborreciera. (*Sale*)



Acto Quinto

Escena I

Milán - Una abadía

(Entra Eglamur)

EGLAMUR - El Sol empieza a vestir de oro el Occidente y ya está cercana la hora en que Silvia debe reunirse conmigo en la celda de fray Patricio. No faltará, pues los amantes son exactos y llegan más bien temprano que tarde; tanto les espolea su impaciencia. Ved dónde viene. *(Entra Silvia)* ¡Felices tardes, señora!

SILVIA - ¡Amén, amén! Apresurémonos, buen Eglamur. Salgamos por la poterna del muro de la abadía. Temo que me siga alguien.

EGLAMUR - No temáis. El bosque distará de aquí unas tres leguas. Cuando le alcancemos ya no habrá peligro. *(Salen)*

Escena II

La ciudad - Aposento en el palacio del Duque

(Entran Turio, Proteo y Julia)

TURIO - Señor Proteo, ¿qué dice Silvia acerca de mis galanteas?

PROTEO - ¡Oh, señor! Se ha ablandado algo; y, no obstante, aún encuentra peros en vuestra persona.

TURIO - ¡Cómo! ¿Dirá que tengo las piernas demasiado largas?

PROTEO - No, sino demasiado flacas.

TURIO - Calzaré botas para redondearlas.

JULIA - *(Aparte)* Pero no hay espuela capaz de agujonear el amor y hacerle amar lo que odia.

TURIO - ¿Qué dice de mi rostro?

PROTEO - Que tenéis la tez blancuzca.

TURIO - Pues miente la bribona, mi cara es morena.

PROTEO - Pero las perlas son blancas, y ya sabéis el antiguo proverbio «Los morenos son perlas a los ojos de las mujeres bonitas.»

JULIA - *(Aparte)* En verdad, perlas como tú jamás atraerán las miradas de las mujeres. Más bien cerraría yo los ojos para no verlas.

TURIO - Y mi conversación, ¿qué le parece?

PROTEO - Mala cuando habláis de guerra.

TURIO - ¿Pero buena cuando de paz y de amor?

JULIA - *(Aparte)* Sólo es amena cuando das paz a los labios.

TURIO - ¿Qué dice de mi valor?

PROTEO - ¡Oh, señor! Sobre eso no le cabe duda.

JULIA - (*Aparte*) No podía tenerla, conociendo tu cobardía.

TURIO - ¿Y de mi nacimiento?

PROTEO - Que venís de rancia estirpe.

JULIA - (*Aparte*) Lo que no impide que de caballero vengas a necio.

TURIO - ¿Concede importancia a mis posesiones?

PROTEO - ¡Oh, sí! Y las lamenta.

TURIO - ¿Por qué?

JULIA - (*Aparte*) Porque las disfruta un asno como tú.

PROTEO - Por hallarse enajenadas.

JULIA - Ahí viene el duque. (*Entra el Duque*)

DUQUE - Felices, señor Proteo. Felices, Turio. ¿Quién de vosotros ha visto hoy a Eglamur?

TURIO - Yo no.

PROTEO - Ni yo.

DUQUE - ¿Habéis visto a mi hija?

PROTEO - Tampoco.

DUQUE - Pues entonces no me cabe ya duda de que se ha fugado, en compañía de Eglamur, para reunirse con ese miserable de Valentín. No hay duda, porque fray Lorenzo, les ha encontrado a los dos en el bosque, por donde pasaba para hacer penitencia. A Eglamur le ha reconocido desde luego. A Silvia no, porque iba disfrazada, pero sospecha que era ella. Por otro lado, mi hija tenía intención de ir a confesarse esta tarde a la celda de fray Patricio y no ha aparecido por allí. Estos indicios corroboran su fuga. Por consiguiente, os ruego ahorrar tiempo en palabras y montad a caballo y venid a encontrarme en la vertiente de la montaña, en dirección a Mantua, pues por allí han huido. Daos prisa, apreciables caballeros, y seguidme. (*Sale*)

TURIO - ¡Vaya! Se necesita ser una muchacha loca para huir de la felicidad. Iré a buscarla, más por vengarme de Eglamur que por amor a esa ligera Silvia. (*Sale.*)

PROTEO - Y yo te seguiré, más por amor a Silvia que por odio a Eglamur, en cuya compañía se ha fugado. (*Sale*)

JULIA - Y yo también iré, pero más por impedir ese amor que por rencor a Silvia, a quien el amor la ha impulsado a fugarse. (*Sale*)

Escena III

Fronteras de Mantua - El bosque

(Entran Bandidos, con Silvia)

BANDIDO 1 - Venid, venid; tened paciencia. Vais a comparecer ante nuestro capitán.

SILVIA - Un millar más de desgracias me han enseñado a soportar ésta pacientemente.

BANDIDO 2 - Vamos, conducidla.

BANDIDO 1 - ¿Y el caballero que iba con ella?

BANDIDO 3 - Era ágil de pies y se nos ha escapado, pero Moisés y Valerio le siguen. *(Al Bandido 1)* Ve tú con ella al extremo occidental del bosque; allí está el capitán. Nosotros vamos a ojear al que se ha evadido. Nuestros camaradas están escalonados en todo el lindero del bosque; es imposible que se escape. *(Salen todos, excepto el Bandido 1 y Silvia)*

BANDIDO 1 - Venid, voy a conducirlos a la cueva de nuestro capitán. Nada temáis; es de carácter noble e incapaz de faltar al respeto a una mujer.

SILVIA - ¡Oh, Valentín! Por ti sufro esto. *(Salen)*

Escena IV

Otra parte del bosque

(Entra Valentín)

VALENTÍN - ¡Cuánto puede en el hombre la costumbre! Esta soledad sombría, estos bosques desiertos, me causan más placer que las populosas y florecientes ciudades. Aquí puedo sentarme solo, ausente de todas las miradas; y aquí puedo juntar a los trinos lastimeros del ruiseñor mi voz doliente y los acentos de mi dolor. ¡Oh, tú que habitas en mi pecho, no dejes tu morada tanto tiempo vacía, si no quieres que cayendo a pedazos se desplome el edificio y no deje memoria de lo que fue! ¡Silvia, aliéntame con tu presencia! ¡Tú, ninfa amorosa, consuela a tu desolado pastor! *(Ruido dentro)* ¿Qué gritos y alborotos se sienten hoy en el bosque? Serán mis compañeros, sin más ley que su voluntad. Sin duda persiguen a un infeliz viajero. Aunque me profesan gran afecto, con dificultad puedo impedir que cometan actos brutales. ¿Quién se acerca? Ocúltate, Valentín. *(Se oculta. Entran Proteo, Silvia y Julia.)*

PROTEO - Señora, todo esto lo hago por vos. Por grande que sea vuestra indiferencia, os he prestado este servicio exponiendo mi vida. Os he librado de las manos de los que querían violentar vuestro honor y vuestro amor. Dignaos recompensarme con sólo una mirada bienhechora. No puedo pedir más y seguramente no me concederéis menos.

VALENTÍN - *(Aparte)* ¡Sueño me parece cuanto veo y oigo! ¡Amor, dame paciencia para contenerme por algunos instantes!

SILVIA - ¡Oh, miserable! ¡Desgraciada de mí!

PROTEO - Desgraciada antes de venir yo, señora, pero mi llegada os ha hecho feliz.

SILVIA - Vuestra presencia me hace la más desgraciada de las mujeres.

JULIA - *(Aparte)* Y a mí también cuando está junto a ti.

SILVIA - Si un león hambriento me hubiera desgarrado, preferiría servirle de presa a deber mi libertad al traidor Proteo. ¡Oh, cielos! Os tomo por testigos de que tanto cuanto amo a Valentín, vida para mí tan querida como mi alma, tanto - porque más es imposible- detesto al falso y perjuro Proteo. Huye, pues, y no insistas más.

PROTEO - ¡Llevaría a cabo la acción más arriesgada, aunque en ella perdiera la vida, por obtener de vos una sola mirada cariñosa! ¡Oh, maldición del amor es amar a una mujer y no ser amado!

SILVIA - ¡Amado de una mujer y no poder Proteo amarla! Lee en el corazón de Julia, tu primer amor apasionado, por quien en otra época rasgaste tu fe en mil juramentos que, por amarme, han venido a parar en perjurios. Y ahora ya no tienes fe, a no ser que tengas dos, que es peor que no tener ninguna. Más vale no tener fe que tenerla doble, porque sobra una, traidor a tu mejor amigo.

PROTEO - ¿Quién respeta la amistad en amor?

SILVIA - Todos los hombres, menos tú.

PROTEO - ¡Pues bien! Puesto que palabras de cariño no bastan para que me tengas sentimientos más afectuosos, triunfaré de ti a lo soldado, a punta de espada y fuera del verdadero amor. ¡A la fuerza!

SILVIA - ¡Cielos!

PROTEO - ¡Te obligaré a rendirte a mis deseos!

VALENTÍN - (*Apareciendo*) ¡Rufián! ¡Falso y miserable amigo! ¡Aparta esas manos!

PROTEO - ¡Valentín!

VALENTÍN - ¡Amigo vulgar, sin afecto ni fe! ¡Como todos! ¡Traidor, como todos los hombres! Has burlado mis esperanzas. ¡Hubiera necesitado verlo con mis propios ojos para creerlo! ¡Ya no me atreveré a decir que tengo un solo amigo en el mundo! ¿De quién fiarse, cuando la mano derecha ha vendido al corazón? Proteo, no te llames más mi amigo. Por ti me veo obligado a levantar entre el mundo y yo una barrera. Las heridas íntimas son las más profundas. ¡Horas de maldición! ¡De todos los enemigos ha de ser un amigo el peor!

PROTEO - ¡Me anonadan mi crimen y mi vergüenza! ¡Perdóname, Valentín! Si un dolor verdadero es bastante para expiar mi falta, te lo ofrezco aquí mismo. ¡La amargura de mis remordimientos iguala a mi crimen!

VALENTÍN - Entonces, todo está reparado y te devuelvo mi confianza. Quien no se satisface con el arrepentimiento no es del Cielo ni de la Tierra, porque Cielo y Tierra perdonan. La penitencia aplaca la cólera del Eterno. Y pues mi afecto aparece franco y libre, todo cuanto te tuve torno a entregártelo en honor de Silvia.

JULIA - ¡Desgraciada de mí! (*Desmayándose*)

PROTEO - ¿Qué le pasa a este mozo?

VALENTÍN - ¡Ea, joven! ¿Qué es eso, muchacho? ¿Qué os sucede? Abrid los ojos... Hablad.

JULIA - ¡Oh, buen señor! Mi amo me mandó entregar una sortija a la señorita Silvia y me he olvidado.

PROTEO - ¿Dónde está esa sortija, joven?

JULIA - Aquí; tomad. (*Dándole una sortija*)

PROTEO - A ver... ¡Cómo! ¡El anillo que di a Julia!

JULIA - Dispensadme, señor; me equivoqué. Aquí está la sortija que mandasteis a Silvia. (*Presentándole otra sortija.*)

PROTEO - Pero ¿cómo puedes tú tener esta sortija?... Es la que a mi partida di a Julia.

JULIA - (*Descubriéndose*) Y Julia me la dio y Julia en persona es quien la trae.

PROTEO - ¡Cómo! ¡Julia!

JULIA - ¡Reconoce a aquella a quien has hecho tantos juramentos y los ha guardado religiosamente en su corazón! ¡Cuántas veces los has profanado con falsedades! ¡Oh, Proteo! Haga este vestido que te avergüences. Avergüénzate de haberme obligado a ponerme un vestido semejante, si es que puede haber algo vergonzoso en un traje que el amor ha inspirado. Pero ante el pudor, menos afrenta hay en la mujer con cambiar de traje que en el hombre con cambiar de sentimientos.

PROTEO - ¡Que en el hombre con cambiar de sentimientos! Es verdad. ¡Oh, cielos! El hombre sería perfecto si fuera constante. Este solo defecto es origen de todas sus faltas, y le arrastra a todos los pecados. La inconstancia renuncia antes de haber empezado. ¿Qué hay en el rostro de Silvia que constantes mis ojos no puedan hallar con más lozanía aún en Julia?

VALENTÍN - Vamos, vamos, una mano cada uno. Que tenga yo la ventura de realizar tan feliz conclusión. Sería lamentable que dos amigos como vosotros estuvierais mucho tiempo enemistados.

PROTEO - (*Abrazando a Julia*) Pongo al Cielo por testigo de que están colmados mis deseos.

JULIA - ¡Y los míos! (*Entran los Bandidos con el Duque y Turio*)

LOS BANDIDOS - ¡Una presa! ¡Una presa! ¡Una presa!

VALENTÍN - ¡Deteneos, deteneos, os mando! Es mi señor el duque. Sea bien venido Vuestra Gracia a presencia de un hombre desgraciado, del proscrito Valentín.

DUQUE - ¡Señor Valentín!

TURIO - Allí está Silvia, y Silvia es mía.

VALENTÍN - ¡Turio, atrás o de lo contrario contempla tu muerte! Mantente a distancia de mi cólera. Y no digas que Silvia es tuya, porque, si lo repites, Verona no te vuelve a ver. ¡Mírala ante ti; atrévete sólo a tocarla con el aliento!

TURIO - Ningún caso hago ya de ella, señor Valentín. Loco por demás es quien arriesga la vida por una mujer de quien no es amado. Por nada del mundo la aceptaría, y por consiguiente, tuya es.

DUQUE - Eres el más degenerado y vil de los hombres por renunciar así a ella, después de todo lo que has hecho por obtenerla... Valentín, por la gloria de mis antepasados, aplaudo tu valerosa conducta y te creo digno del amor de una emperatriz. Aquí abjuro, por tanto, de todos los agravios del pasado, olvido mi enemistad anterior y te llamo de nuevo a mi corte. A tu mérito sin igual se debe una satisfacción. Yo mismo lo proclamo y te digo: «Valentín, eres un hidalgo del mejor abolengo; toma a tu Silvia, porque la has merecido.»

VALENTÍN - Gracias a Vuestra Alteza. Ese don colma mi felicidad. Permitidme ahora que, en nombre de vuestra hija, os pida una gracia.

DUQUE - Concedida, cualquiera que sea, en consideración a ti.

VALENTÍN - (*Presentando a los Bandidos*) Estos desterrados, con quienes he vivido, son hombres de apreciables cualidades. Perdonadles aquí lo que han hecho y levantadles el destierro. Están corregidos, civilizados, llenos de buenos sentimientos, y el Estado podrá emplearlos útilmente, digno señor.

DUQUE - Accedo a cuanto digas. Les perdono como a ti. Dispón de ellos, tú que conoces los méritos de cada cual. Ahora marchemos; vamos a celebrar nuestras avenencias con fiestas, regocijos y espléndidas solemnidades.

VALENTÍN - Y mientras vamos andando, me tomaré la libertad de hablar con Vuestra Alteza y hacerle sonreír. ¿Qué me decís de ese paje, señor?

DUQUE - Es un joven que no carece de gracia... ¡Se ruboriza!

VALENTÍN - Os garantizo, señor, que tiene más gracia de la que le es dado tener a un joven.

DUQUE - ¿Qué quieres significar?

VALENTÍN - Si gustáis, os lo contaré andando, y os maravillaréis de lo que ha sucedido... Ven, Proteo; tu único castigo consistirá en escuchar el relato del descubrimiento de tus amores. Hecho lo cual, un mismo día será tu casamiento y el mío. Y no tendremos más que una fiesta, una casa, una mutua felicidad. *(Salen)*

FIN